Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana....

STAR WARS

LOS LORES SITH

PAUL S. KEMP

timunmas |  Planeta Cómic

«PARECE SER QUE SUS SOSPECHAS SE CONFIRMAN, LORD VADER. NOS ESTÁN DANDO CAZA».

El caballero Jedi Anakin Skywalker es ya un recuerdo lejano. Darth Vader, recién nombrado lord Sith, está ganando cada vez más poder. Es el aprendiz elegido por el Emperador, y no ha tardado en demostrar su lealtad hacia el lado oscuro. Pero la historia de la orden de los Sith está llena de duplicidades, traiciones y acólitos que suplantan violentamente a sus maestros. Vader todavía no ha hecho su mayor demostración de lealtad, pero está a punto de hacerlo.

Ryloth es un planeta crucial para el Imperio en ciernes, que obtiene aquí esclavos y un narcótico conocido como «la especia». En Ryloth ha surgido un movimiento de resistencia muy agresivo, liderado por un revolucionario idealista, Cham Syndulla y por Isval, una antigua esclava con sed de venganza. Pero el emperador Palpatine tiene la intención de controlar este planeta en guerra y sus recursos tan preciados, ya sea mediante el poder político o por las armas. Palpatine no se dejará intimidar. Acompañado por su despiadado discípulo, Darth Vader, se enfrascará en una singular misión personal para asegurarse de que se cumpla su voluntad.

Para Isval y Syndulla, será la oportunidad de asestarle un golpe en el corazón a la dictadura implacable que se está extendiendo por la galaxia. Para Vader y el Emperador, será mucho más que una mera incursión para aplacar una insurrección: tras una emboscada, se estrellan en la superficie de Ryloth, donde tendrán que enfrentarse a un terreno inhóspito y a un ejército de revolucionarios. En Ryloth, su relación se pondrá a prueba como nunca antes lo ha hecho. Con tan solo sus sables de luz, el lado oscuro de la Fuerza y la ayuda del otro, los dos Sith tendrán que decidir si el vínculo brutal que los une los convertirá en aliados poderosos o en adversarios letales.



Los Lores Sith

Paul S. Kemp



NUEVO CANON

Esta historia está confirmada como parte del Nuevo Canon.

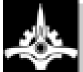
Título original: *Lords of the Sith*

Autor: Paul S. Kemp

Arte de portada: Aaron McBride

Traducción: Jaume Muñoz

Publicación del original: abril 2015

14 años antes de la batalla de Yavin

Digitalización: Bodo-Baas

Revisión: Satele88, Klorel

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.11

05.07.19

Base LSW v2.21



DECLARACIÓN

Hace mucho tiempo en una galaxia muy, muy lejana….

LOS LORES SITH

Durante ocho años, las Guerras Clon han asolado la galaxia. La República ya no existe y el Imperio está ganando poder. El emperador que gobierna es secretamente un Lord Sith. Con la ayuda de su poderoso aprendiz, Darth Vader, y de todos los recursos de su amplia maquinaria de guerra imperial, el Emperador tiene toda la galaxia en su poder.

Toda oposición ha sido eliminada y la libertad es un mero recuerdo. Todo ello en nombre de la paz y el orden. Pero están empezando a aparecer focos de resistencia por todas partes. El más intenso es el movimiento Ryloth Libre, liderado por Cham Syndulla.

Ahora, tras varios ataques a pequeña escala contra las fuerzas imperiales que han subyugado su planeta, Cham y sus compañeros revolucionarios intentarán asestarle al imperio un golpe letal para sumirlo en el caos. Un golpe dirigido al corazón mismo del Imperio: el Emperador Palpatine y Darth Vader…



CAPÍTULO UNO

Vader finalizó su meditación y abrió los ojos. Su cara pálida marcada por las quemaduras lo observaba desde el reflejo del transpariacero negro de su cámara de meditación presurizada. Sin la conexión neuronal con su armadura, era consciente de los muñones de las piernas, de sus brazos destrozados, del dolor perpetuo en la piel. Y lo abrazaba. El dolor alimentaba su odio, y el odio alimentaba su fortaleza. En el pasado, en sus tiempos de Jedi, meditaba para encontrar la paz. Ahora meditaba para refinar su ira.

Se quedó un rato observando su reflejo. Las heridas le habían deformado y destrozado el cuerpo, pero al mismo tiempo habían perfeccionado su espíritu y fortalecido su conexión con la Fuerza. El sufrimiento afinaba su percepción.

Un brazo metálico automatizado hizo bajar el casco y la máscara sobre su cabeza, como una condena cerniéndose sobre él. Los ojos de la máscara, que intimidaban a tanta gente, no podían ni compararse con sus ojos de verdad. Su rostro, lleno de cicatrices, hervía con una furia controlada, dominada. El respirador secundario, todavía unido a él, *siempre* unido a él, cubría lo que quedaba de su boca y hacía de caja de resonancia para su respiración.

Utilizando la Fuerza, activó el brazo automatizado, que descendió de modo que la cabeza le quedara cubierta por el metal y el plastiacero del casco y la máscara. Este era el cascarón en el que existía. Abrazaba los pinchazos cuando las agujas neuronales del casco se introducían en la carne de su cráneo y en su columna vertebral. Su cuerpo, su mente y su armadura quedaban unidos en un todo interconectado.

Cuando hombre y máquina eran uno, ya no sentía la ausencia de sus piernas ni sus brazos ni el dolor en la piel. Pero permanecía el odio. Seguía hirviendo de rabia. Nunca

renunciaba a estos dos sentimientos. De hecho, nunca se sentía más conectado a la Fuerza que cuando ardía de rabia.

Con un esfuerzo de la voluntad, dio instrucciones al ordenador para que conectara el respirador primario con el secundario y que sellara el casco en el cuello. Así quedaba totalmente cerrado. Estaba en casa.

En el pasado, la armadura le había resultado odiosa, extraña, pero ya no. Se había dado cuenta de que su destino siempre había sido llevar esta armadura, al igual que el destino del Jedi siempre había sido traicionar sus principios. Su destino siempre había sido enfrentarse a Obi-Wan en Mustafar, y perder. Y al perder, aprender.

La armadura lo separaba de la galaxia, de todo el mundo, lo hacía singular, lo liberaba de las necesidades de la carne y de las preocupaciones del cuerpo, que antes lo habían perturbado tanto. Así se podía concentrar únicamente en su relación con la Fuerza.

Aterrorizaba a los demás, lo sabía y le encantaba que fuera así. Su terror era una herramienta que utilizaba para cumplir sus objetivos. Yoda le dijo una vez que el miedo llevaba al odio y el odio al sufrimiento. Pero Yoda se equivocaba. El miedo era una herramienta utilizada por los fuertes para subyugar a los débiles. El odio era la fuente de la verdadera fortaleza. El sufrimiento no era el resultado del dominio del fuerte sobre el débil. El *orden* sí. Solo por su mera existencia, la Fuerza requería el dominio del fuerte sobre el débil; la Fuerza requería el orden. Los Jedi nunca lo vieron. Entendieron mal la Fuerza y fueron destruidos, pero el maestro de Vader lo vio. Vader lo vio. Y por eso eran fuertes. Y por eso mandaban ellos.

Se levantó. Su respiración resonaba en sus oídos, resonaba en la cámara de meditación. Su imagen imponente y oscura se reflejaba en la pared.

Con un movimiento de la mano y una orden mental, las paredes de la cámara oval de meditación se hicieron transparentes en lugar de reflectantes. La cámara estaba en sus aposentos privados, a bordo del *Peligro*. Miró hacia arriba, a través de la gran ventana que daba a la galaxia, con sus incontables planetas y estrellas.

Su deber era gobernarlos a todos. Ahora lo veía. Era la voluntad manifiesta de la Fuerza. Sin gobierno, sólo había caos, desorden y desastres. La Fuerza, invisible pero ubicua, se inclinaba hacia el orden. Era la herramienta a través de la cual el orden podía y debía imponerse, pero no a través de la armonía ni de la coexistencia pacífica. Ese había sido el enfoque de los Jedi. Un enfoque ingenuo e imperfecto, que sólo fomentaba más desorden. Vader y su maestro imponían el orden de la única forma en la que se podía imponer, de la forma en la que la Fuerza requería que se impusiera. A través de la conquista, obligando al desorden a caer ante el orden. Doblando al débil ante la voluntad del fuerte.

La historia de la influencia de los Jedi en la galaxia era una historia de desorden y de las guerras esporádicas que éste acarreaba. La historia del Imperio sería una historia de paz impuesta, de orden impuesto.

Una transmisión pendiente hizo sonar el intercomunicador. Vader lo activó. Apareció el holograma de un hombre de rostro aguileño y pelo gris. El Capitán Luitt, comandante del *Peligro*.

—Lord Vader, se ha producido un incidente en los astilleros de Yaga Menor.

—¿Qué tipo de incidente, Capitán?

—

Las luces de los ordenadores del puente de mando parpadeaban al ritmo de la nave y de los movimientos de una tripulación heterogénea y dispar. Cham estaba de pie detrás de la timonel de la nave. Iba mirando alternativamente la pantalla y el escáner, mientras se repetía mentalmente unas palabras que años atrás se había grabado en la mente como una inscripción en la piedra, para leerlas y recordarlas cuando fuera necesario: *No soy un terrorista, soy un revolucionario. No soy un terrorista, soy un revolucionario.*

Cham llevaba una década estándar luchando por su gente y por Ryloth. Había luchado por un Ryloth libre cuando la República intentó anexionarse el planeta, y seguía luchando por un Ryloth libre contra el Imperio, que estaba intentando saquearlo.

Un Ryloth libre.

Esta frase, esta idea, era la estrella alrededor de la cual orbitaria toda su existencia.

Porque Ryloth no era libre.

Cham ya lo había presentido durante las Guerras Clon. Un ocupante bienintencionado había dado paso a otro ocupante menos bienintencionado. A través de la alquimia de la ambición, una República se había transformado en un Imperio.

Un protectorado imperial. Así llamaban a Ryloth. En los mapas celestes imperiales, el planeta natal de Cham aparecía como «libre e independiente». Pero esas palabras sólo se podían utilizar irónicamente, ya que no significaban lo que tenían que significar.

Porque Ryloth no era libre.

Orn Free Taa, el obeso representante de Ryloth en ese Senado Imperial tan lisonjero y ceremonioso, dio su conformidad a las aspiraciones de conquista imperiales. Traidor. Y en Ryloth no faltaban ni colaboradores imperiales ni gente dispuesta a postrarse ante los soldados de asalto. Así que… Ryloth no era libre.

Pero lo sería algún día. Cham se aseguraría de ello. A lo largo de los años, había reclutado y entrenado a cientos de personas afines. La mayoría, twi'leks, aunque no todos. Tenía una red de contactos e informantes por todo el sistema de Ryloth. Había establecido bases secretas, había acumulado material. A lo largo de los años, había planificado y ejecutado numerosos ataques contra los imperiales. Ataques precavidos y precisos, pero siempre efectivos. Docenas de imperiales muertos eran un testimonio silencioso de la eficacia creciente del movimiento por un Ryloth Libre.

No soy un terrorista, soy un revolucionario.

Cuando le puso la mano en el hombro a la timonel para reconfortarla, sintió la tensión en sus músculos constreñidos. Era una twi'lek como Cham, como buena parte de la

tripulación. Cham estaba seguro de que nunca había pilotado nada más grande que un pequeño saltadesfiladeros. Sin duda nunca había estado a los mandos de una nave como el carguero armado que ahora pilotaba.

—Timonel, lo único que tienes que hacer es mantener la nave estabilizada —le dijo Cham—. No necesitamos que hagas florituras.

Desde detrás de Cham, Isval añadió:

—Eso esperamos.

La timonel exhaló y asintió con la cabeza. Sus lekku, las dos colas que le bajaban de la cabeza hasta los hombros, se relajaron ligeramente en señal de alivio.

—Sí, señor. Nada de florituras.

Isval dio un paso hacia Cham, sin apartar los ojos de la ventana principal.

—¿Dónde están? —refunfuñó Isval, agitando sus lekku de color azul oscuro en señal de irritación—. Ya han pasado varios días y no tenemos ninguna señal.

Isval siempre refunfuñaba. Estaba constantemente inquieta, como un viajero errante atrapado en una jaula. Una jaula que sólo ella podía ver. Recorría los confines de la jaula una y otra vez, comprobando incesantemente la resistencia de los barrotes. A Cham le recordaba a su hija, Hera. Cuando tenía tiempo para sus propios sentimientos, echaba mucho de menos a Hera.

Cham apreciaba esa necesidad que tenía Isval de movimiento constante, de acción constante. Eran polos opuestos, que se complementaban: ella impulsiva y práctica, él reflexivo y prudente.

—Tranquila, Isval —le dijo suavemente. Algo que le decía a menudo a Hera.

Se cogió las manos detrás de la espalda. Tenía las manos sudadas por la tensión. Aunque su tono fuera calmado, estaba tenso. Observó la pantalla de datos del puente de mando. Casi era la hora.

—No llegan tarde. Todavía no. Además, si hubieran fracasado, a estas alturas ya lo sabríamos.

Su respuesta llegó inmediatamente:

—Si hubieran tenido éxito, a estas alturas también lo sabríamos, ¿no?

Cham negó con la cabeza, haciendo balancear sus lekku.

—No, no necesariamente. Se mantendrían en silencio. Pok no se arriesgaría a charlar por el comunicador. Además, tenían que recorrer un gigante gaseoso entero para repostar, y quizá hayan tenido que evitar perseguidores. Tenían que cubrir mucha distancia.

—Pero habrían dicho algo —insistió ella—. Quizá los han destruido durante el intento de secuestro. Podrían estar todos muertos. O peor.

Pronunció estas palabras demasiado fuerte y varios miembros de la tripulación levantaron la cabeza, con cara de preocupación.

—Podrían estarlo, pero no lo están —dijo Cham, poniéndole la mano en el hombro—. Tranquila, Isval. Paz.

Isval hizo una mueca y tragó saliva, como si intentara deshacerse de un mal sabor de boca. Se apartó de él y empezó a caminar de un lado a otro.

—Paz. Sólo hay paz para los muertos.

Cham sonrió.

—Entonces tendremos que seguir en guerra, ¿no?

Se detuvo al oír las palabras de Cham, que le causaron una de sus medias sonrisas. Una media sonrisa era lo máximo que conseguía Isval. Cham sólo tenía una vaga idea de lo que le habían hecho a Isval durante su esclavitud. Pero de algo estaba seguro: debió de ser terrible. Había mejorado mucho.

—Volvemos al trabajo —ordenó Cham—. Prestad atención.

Pronto, todo el puente de mando se quedó en silencio. En el ambiente había una sensación generalizada de esperanza, pero muy frágil. Como si pudiera romperse en mil pedazos con la palabra incorrecta. La gravedad implacable de la espera atraía constantemente todas las miradas a la pantalla donde se mostraba la hora. Pero de momento, nada.

Cham había estacionado el carguero en los anillos de uno de los gigantes gaseosos del sistema. El mineral metálico presente de las masas de roca que componían los anillos ocultaría la nave de los escáneres.

—Timonel, súbenos. Salimos de los anillos —ordenó Cham.

También en un sistema fuera de los límites, era arriesgado sacar el carguero de la ocultación que ofrecían los anillos del planeta. Las credenciales de la nave no pasarían un control imperial completo. Además, había droides sonda y exploradores imperiales por todas partes, ya que el Emperador estaba reafirmando su dominio sobre la galaxia, sofocando toda resistencia. Si les descubrían, tendrían que huir.

—Amplía la pantalla cuando tengamos visibilidad.

Incluso magnificándola, la pantalla mostraba mucho menos que los sensores de largo alcance. Pero Cham tenía que verlo con sus propios ojos, no sólo analizar lecturas.

Isval se puso a su lado.

La nave se elevó un poco, por encima de los anillos de hielo y roca. La imagen magnificada de la pantalla mostraba el sistema exterior. Había un único planetoide lejano, deshabitado, orbitando alrededor de la estrella pálida del sistema. Al fondo, incontables estrellas brillaban en la oscuridad. A estribor, una nebulosa a años luz pintaba de color sangre una franja de espacio.

Cham contemplaba la ventana principal como si pudiera sacar a sus camaradas del hiperespacio con sólo su fuerza de voluntad. Eso, asumiendo que hubieran podido hacer el salto. Toda esa operación había sido muy arriesgada, pero Cham había decidido que valía la pena llevarla a cabo para conseguir más armas pesadas y obligar al Imperio a llevarse tropas de Ryloth. Además, quería que esta acción fuera como una declaración de intenciones. Quería enviar un mensaje inconfundible: que algunos twi'leks de Ryloth no aceptarían el dominio imperial así como así. Quería ser la chispa que encendiera un fuego por toda la galaxia.

—Venga, Pok —susurró con una sacudida involuntaria de sus lekku, que delataba su crispación. Conocía a Pok desde hacía años y lo consideraba su amigo.

Isval murmullaba improperios twi'leks sin parar.

Cham observaba la pantalla horaria: la hora prevista llegó y pasó de largo. Eso se llevó consigo la esperanza de toda la tripulación. Suspiros profundos y lekku débiles por todo el puente de mando.

—Paciencia, gente —dijo Cham con serenidad—. Esperaremos. Seguiremos esperando hasta que estemos seguros.

—Esperaremos —repitió Isval, asintiendo con la cabeza. Caminaba de un lado para otro, contemplando la ventana principal como si tuviera miedo de encontrar algo que no quería ver.

El tiempo se alargaba. Los miembros de la tripulación se movían nerviosos en sus asientos, intercambiando miradas de decepción. Cham se esforzaba por relajar la mandíbula.

La ingeniera encargada de los escaneos rompió el silencio.

—¡Tengo algo!

Cham e Isval se lanzaron sobre el escáner. Todas las miradas se centraron en ellos.

—Es una nave —informó la ingeniera.

Un rumor de alivio recorrió el puente de mando. Cham casi podía oír las sonrisas. Analizó la lectura del escáner.

—Es un transporte imperial —precisó la ingeniera.

—Es nuestro transporte imperial —dijo Isval.

Varios miembros del puente de mando lanzaron un grito contenido.

—Seguid concentrados, equipo —dijo Cham, pero con una sonrisa imborrable en los labios.

—Está saliendo ahora —dijo la ingeniera—. Son ellos, señor. ¡Son ellos! Nos están llamando.

—Pásalo al altavoz —ordenó Cham—. Mientras tanto, avisa al equipo de descarga. Tendremos que cargar todas esas armas y destruir esa nave tan pronto como…

Con un crujido de estática, oyeron la voz cansada de Pok.

—¡Salid de ahí ahora mismo! ¡Iros!

—¿Pok? —dijo Cham, mientras la euforia de la tripulación se transformaba en preocupación—. Pok, ¿qué pasa?

—Es Vader, Cham. ¡Salid de ahí ahora mismo! Nos seguían. Pensábamos que los habíamos despistado. Hemos ido saltando de un sistema a otro para dejarlos atrás. Creía que los habíamos dejado atrás, pero… ¡todavía nos siguen! ¡Marchaos, Cham!

La ingeniera levantó la mirada hacia Cham. Su piel color lavanda se oscurecía en las mejillas.

—Hay más naves a punto de salir del hiperespacio, señor. Más de una docena, todas ellas pequeñas —entonces su voz se endureció—. Cazas Ala-V, probablemente. Quizá interceptores.

Cham e Isval maldijeron al unísono.

—¡Todo el mundo a sus puestos! —ordenó Cham.

—

El interceptor Eta personalizado de Vader lideraba el escuadrón de cazas cuando el túnel estriado del hiperespacio dio paso al negro del espacio ordinario. Una exploración rápida le permitió localizar el transporte de armas secuestrado, al que habían perseguido por varios sistemas en su intento de huida hacia el Borde. El escuadrón se separó de sus anillos transportadores hiperespaciales.

El transporte iba equipado con armamento potente y mostraba signos evidentes de daños en el casco de popa, cerca de los tres motores, detrás del centro de la sección de carga.

—Formación de ataque —ordenó Vader. Los pilotos del resto del escuadrón acataron la orden y se colocaron en formación.

Vader se planteó si los secuestradores habrían salido del hiperespacio para atraer al escuadrón a una emboscada. Hizo un reconocimiento rápido del sistema entero, aunque los sensores del interceptor no fueran de los más sensibles. La lectura mostraba tan solo un par de gigantes gaseosos enormes y rodeados de anillos, cada uno de ellos con varias lunas; un cinturón de asteroides entre los planetas. En un extremo del sistema se encontraba la estrella y unos cuantos planetoides. Era un sistema remoto y deshabitado.

—Los escáneres no detectan más naves en el sistema —comunicó Vader.

—Confirmado —respondió el comandante del escuadrón.

La voz de uno de los pilotos sonó por el comunicador:

—Se están preparando para otro salto, Lord Vader.

—Síganme —ordenó Vader, y aceleró hasta velocidad de ataque—. No permitan que vuelvan a saltar.

Los cazas Ala-V y el interceptor de Vader eran mucho más rápidos y maniobrables que el transporte. Se lanzaron sobre él rápidamente, devorando el espacio entre ellos. Vader no se molestó en consultar su instrumental. Se guió por la Fuerza, volando por instinto como hacía siempre.

Antes de que el interceptor y los cazas Ala-V llegaran a estar a alcance de bláster, uno de los motores del carguero exhaló una llama azul y se detuvo. Los secuestradores habían forzado demasiado el transporte en su intento de huida.

—Quiero que caigan los escudos y que los dos motores restantes queden desactivados —ordenó Vader. Inhabilitando los motores, no podrían volver a saltar al hiperespacio—. Sobre todo, *no* destruyan esa nave.

El armamento pesado del transporte era superior a los blásteres del interceptor y los cazas Ala-V, y dispararon mucho antes de que los cazas estuvieran a alcance de bláster.

—Nos disparan. Maniobra evasiva —dijo el jefe del escuadrón cuando las torreras automatizadas del transporte empezaron a llenar de líneas verdes el espacio entre las naves. El escuadrón de cazas se dispersó, girando y haciendo picados.

Vader no sólo veía los blásteres del transporte. También los sentía. Viró a la izquierda, giró pronunciadamente a la derecha y se inclinó unos cuantos grados hacia

delante, acercándose al transporte. A su izquierda, un rayo verde alcanzó a uno de los cazas Ala-V. Su ala se fragmentó y salió disparado, describiendo espirales llameantes.

Las cúpulas giratorias de artillería de los laterales del transporte, más grandes y tripuladas, giraron y abrieron fuego: gruesos rayos de plasma rojo.

—Hay que espaciarse más —ordenó el comandante del escuadrón por el comunicador—. ¡Espaciado!

Un rayo de plasma rojo impactó de lleno en uno de los cazas Ala-V y lo vaporizó.

—Concentren el fuego en los escudos de popa —dijo Vader, haciendo girar sin parar su interceptor, deslizándose entre rayos rojos y verdes, hasta que quedó a alcance de bláster. Disparó y sus blásteres lanzaron rayos gemelos de plasma hacia los escudos de popa. Inclinó el disparo para maximizar la refracción. No quería atravesarlos y dañar la nave, sino drenarlos, para acabar desactivándolos.

El resto del escuadrón hizo lo mismo, golpeando el transporte desde múltiples ángulos. El transporte daba sacudidas bajo semejante arremetida. Los escudos iban drenando energía, y se iban debilitando visiblemente con cada disparo que recibían. El escuadrón entero pasó de largo, perseguido por los disparos verdes y rojos del carguero.

—Mantengan la distancia, sigan esquivando y giren para dar otro pase —ordenó el comandante del escuadrón—. División del escuadrón y maniobra por debajo.

Las naves del escuadrón se dividieron a derecha e izquierda, girando en círculo, y trazaron una ruta de intercepción en otro vector. Vader disminuyó la velocidad para quedar el último.

—Hay que acabar con los escudos en esta pasada, Comandante —ordenó Vader—. Tengo un plan.

—

Pok había dejado el canal abierto para que Cham y su tripulación pudieran escuchar la actividad del puente de mando del carguero secuestrado. Pok daba órdenes, alguien enumeraba a gritos los vectores de ataque de los cazas Ala-V, se oía el estallido de los disparos en los escudos…

—¡Pok! —gritó Cham—. ¡Podemos ayudaros!

—¡No! —replicó Pok—. Ya hemos perdido un motor. No podemos recuperar la potencia y hay un destructor estelar en algún lugar, detrás de estos cazas Ala-V. No podéis hacer nada por nosotros, Cham —entonces le gritó a alguien de su tripulación—. ¡Vuelve a activar el hiperimpulsor!

Una explosión produjo un crujido de estática y una gran reverberación en el canal.

—Escudos al diez por ciento —gritó alguien en el puente de mando de Pok.

—El hiperimpulsor todavía está inoperante —dijo otra voz.

Isval agarró a Cham por el brazo, tan fuerte que le hacía daño. Le habló en voz baja pero con dureza:

—Tenemos que ayudarles.

Pero Cham no veía cómo podían hacerlo. Si salían de la protección de los anillos, los cazas Ala-V, interceptores o lo que fueran, los encontrarían en los escáneres. Y si los descubrían, Cham no se hacía ilusiones sobre la habilidad de su timonel o su nave.

—No —dijo Cham a la timonel—. Nos quedamos como estamos.

—

Vader vio que el transporte se inclinaba hacia babor, en un ángulo que permitiría a las dos esferas de artillería disparar contra los cazas. Cuando entraron en el alcance del transporte, las torretas automatizadas y las esferas de artillería abrieron fuego, llenando el espacio con rayos de plasma sobrecalentado. Los cazas Ala-V bajaban en picado, giraban y esquivaban, dibujando espirales entre las líneas de energía verde y roja.

Vader, desde atrás, iba esquivando los rayos por encima y por debajo. Un tercer Ala-V recibió un disparo de una torreta y explosionó. La nave de Vader atravesó las llamas y rozó los restos del caza.

Cuando los cazas Ala-V estuvieron a alcance de bláster, abrieron fuego y los escudos del carguero cayeron inmediatamente.

—Los escudos han caído, Lord Vader —informó el jefe del escuadrón.

—Yo me encargo de los motores —dijo Vader—. Destruyan las torretas y el cañón central de estribor.

Los pilotos de su escuadrón, seleccionados por su excelencia a los mandos de un caza y por su registro de bajas causadas, hicieron exactamente lo que ordenó. El casco se llenó de pequeñas explosiones, y el armamento de la nave fue desapareciendo entre bocanadas de llamas. El transporte se estremeció con los impactos de los cazas Ala-V, que pasaron de largo, alzaron el vuelo y empezaron a maniobrar para dar la vuelta.

Mientras tanto, Vader viró a la izquierda y hacia abajo, apuntó a los motores y disparó. Una vez. Dos veces. Las explosiones sacudieron la popa del transporte, y salieron despedidos pequeños fragmentos de los dos motores. Una serie de explosiones secundarias sacudió el transporte que, no obstante, permanecía entero. Vader redujo la velocidad todavía más, a la cola del transporte.

—La nave avanza por inercia, señor —dijo el comandante del escuadrón—. Cuando llegue el *Peligro*, podrá atrapar al transporte con el rayo tractor y hacerlo entrar en uno de los muelles.

—No voy a dejar a los secuestradores a bordo de esa nave durante tanto tiempo —dijo Vader. Sabía que los secuestradores intentarían detonarla. Había suficiente armamento en la sección de carga para hacerlo—. Voy a abordarla.

—Señor, la entrada de carga de esa nave está demasiado dañada, y no hay muelle de aterrizaje —dijo el comandante del escuadrón.

—Soy consciente de ello, Comandante —dijo Vader.

La única cúpula de artillería que quedaba, operada por uno de los secuestradores, giró y abrió fuego sobre la nave de Vader. Guiándose por la Fuerza, Vader deslizó la nave de

un lado a otro, de arriba abajo, evitando los disparos bláster mientras se dirigía directamente a la cúpula. Podía ver al artillero al otro lado del cristal transparente, sentía su presencia pequeña e insignificante a través del tejido de la Fuerza.

—Señor… —dijo el comandante cuando el escuadrón de Ala-V dio la vuelta, pero Vader no respondió.

Vader pulsó un botón y despresurizó la carlinga del interceptor. Su armadura lo protegía del vacío. Entonces se acercó a la parte central del transporte, haciendo girar la nave a izquierda y derecha para esquivar los disparos. Seleccionó un punto del transporte, al lado de la cúpula de artillería, y fijó ahí la energía de la Fuerza.

Su interceptor se lanzó directamente contra la cúpula de artillería. Satisfecho con la trayectoria, Vader se desabrochó, anuló el mecanismo de seguridad del interceptor, abrió la tapa de la carlinga, y salió despedido al espacio.

Empezó a dar vueltas inmediatamente en gravedad cero. La nave y las estrellas cambiaban de lugar rápidamente. Pero logró mantener la concentración en ese punto de la nave: la compuerta de descompresión. Su armadura, sellada y presurizada, lo sostenía en el vacío.

El respirador resonaba con fuerza en sus oídos.

Su interceptor se estrelló contra la cúpula de artillería del transporte. El sonido no se transmite en el vacío, y la colisión se produjo en un silencio inquietante. Hubo una explosión de llamas momentánea, que se extinguió rápidamente en el vacío. Una nube de trozos de metal salió despedida hacia el espacio. El transporte dio una sacudida.

—

A través del comunicador, se escuchó una gran explosión. Saltaron las alarmas y el puente de mando de Pok explotó en una cacofonía de conversaciones simultáneas.

—Pok, ¿qué ha pasado? —preguntó Cham—. ¿Estáis bien?

—Hemos tenido una colisión. Estamos bien. Informe de daños —le pidió Pok a alguien de su puente de mando—. Envía alguien ahí inmediatamente.

—

—¡Señor! ¡Señor! —gritaba frenéticamente la voz del comandante del escuadrón, que Vader oía en el comunicador del casco—. ¡Lord Vader! ¿Qué está ocurriendo, señor?

La voz de Vader estaba tranquila.

—Voy a entrar en el transporte, Comandante.

Utilizando la Fuerza, Vader detuvo su rotación y se introdujo por el gran agujero humeante que su interceptor había dejado en el casco del transporte. Los tubos sueltos y cables eléctricos que colgaban de la abertura despedían gases y chispas en el espacio. Una porción del ala de su interceptor había sobrevivido al impacto y estaba clavada en el casco de la nave.

El resto había quedado vaporizado por el impacto.

Vader flotó a través de la sección destruida hasta quedar de pie en los restos del pasillo despresurizado, que estaba cubierto por trozos de metal y conexiones. El aire estaba lleno de humo, causado por el calor del impacto.

Los cazas Ala-V sobrevolaron el transporte, visibles a través del orificio en el casco.

—¿Señor? —dijo el comandante del escuadrón.

—Todo está bajo control, Comandante —dijo Vader.

Varios miembros del escuadrón de cazas susurraron por los comunicadores, sorprendidos y aliviados.

—Mantenga las comunicaciones —dijo el jefe del escuadrón, aunque Vader podía sentir la incredulidad en su voz—. Mi señor… hay docenas de secuestradores a bordo de ese transporte.

—No por mucho tiempo, Comandante —dijo Vader—. A partir de ahora, están en misión de escolta. Les haré saber si necesito algo más.

Una pausa.

—Por supuesto, señor.

Los mecanismos automáticos de seguridad del transporte habían sellado el pasillo con una puerta de emergencia, pero conocía los códigos para desactivarla. Cruzó el pasillo en ruinas e introdujo el código en el panel. La enorme puerta de emergencia se abrió. Empezó a salir aire presurizado del pasillo siguiente, con un fuerte silbido. Entró en el pasillo y volvió a sellar la puerta de emergencia. Introdujo un código en el ordenador de una pared y el pasillo volvió a quedar presurizado. Por los altavoces de la pared resonaba el sonido estridente de la alarma de brecha en el casco.

Al otro extremo del pasillo, se abrió una compuerta. Apareció un twi'lek de piel purpúrea con una armadura improvisada. Al ver a Vader, las colas de la cabeza del twi'lek se retorcieron y, con una expresión de horror, desenfundó el bláster a toda prisa. Cuando el twi'lek hubo desenfundado el bláster y apretado el gatillo, Vader ya tenía la espada de luz en la mano, encendida. Desvió el disparo de bláster hacia la pared, levantó la mano libre y recurrió a la Fuerza. Hizo un movimiento de pinza con dos dedos, utilizando la Fuerza para apretar la tráquea del twi'lek.

El twi'lek se agarró la garganta frenéticamente, mientras el poder de Vader lo levantaba del suelo. Con sus últimas fuerzas, mantuvo el arma en la mano. Asfixiado y a punto de morir, logró apuntar a Vader y disparar su bláster una y otra vez. Vader mantuvo la presión en la garganta del alienígena y desvió con indiferencia los disparos con su espada de luz. Sin perder tiempo, movió la mano levantada a izquierda y derecha para golpear el cuerpo del twi'lek contra las paredes. Semejantes impactos le hicieron crujir los huesos. Vader dejó caer el cuerpo al suelo. Se escuchó una voz en el comunicador del cinturón del twi'lek.

—¡Tymo! ¡Tymo! ¿Qué está pasando ahí? ¿Me recibes? ¿Me oyes?

Vader apagó la espada de luz, cogió el comunicador, abrió el canal y dejó que el comunicador capturara el sonido de su respirador.

—¿Qué es eso?

Vader respondió sólo con su respiración.

—Tymo, ¿eres tú? ¿Estás bien?

—Ahora vengo a por ti —dijo Vader.

Apretó el comunicador dentro del puño hasta hacerlo trizas. Entonces volvió a encender la espada de luz, pasó por encima del cuerpo del twi'lek y siguió por el pasillo.



CAPÍTULO DOS

Cham e Isval intercambiaron miradas de alarma. Habían oído la comunicación a través del canal abierto. Conocían el sonido del respirador.

—¿Eso era…? —preguntó Isval.

—Vader —dijo Cham—. Tenía que serlo. ¿Pok?

—Estoy de acuerdo —convino Pok—. Es Vader. Conocían a Vader por lo que habían oído sobre él. En el puente de mando, el silencio se podía cortar con un cuchillo.

—¿Qué sabemos sobre él? —le preguntó Cham a Isval, casi susurrando.

Ella hizo un gesto de negación con la cabeza, agitando sus lekku.

—No mucho. Historias de segunda y tercera mano. Tengo entendido que los oficiales lo odian, pero que los soldados de asalto prácticamente lo veneran.

—¿Cómo ha subido a la nave de Pok?

Isval se encogió de hombros. Ya no caminaba de un lado a otro. Mala señal.

—Dicen que puede hacer cosas que nadie debería poder hacer. Todo el mundo le tiene miedo. Esto es malo, Cham.

—Lo sé —los ojos de Cham siguieron a los de Isval hacia la ventana principal. No podían ver el carguero, pero Cham se lo podía imaginar. Y ahora se imaginaba a Vader en su interior.

—Situación, Pok.

Durante un momento, Pok no respondió. Quizá estuviera ocupado con otras cosas.

—Los motores no funcionan, Cham. Las armas están destruidas. Nos ha abordado… de alguna forma. Ya lo has oído.

—¿Cómo os ha abordado? —preguntó Cham—. ¿Va solo?

—No lo sé —dijo Pok. Entonces se dirigió a alguien en el puente de mando—. Necesito esa información ahora —entonces otra vez a él—. Cham, aquí somos veintiséis. Podemos luchar. Al menos, hacerles pagar.

—Pok… —empezó Cham, pero Pok le ahorró tener que decir algo.

—No te preocupes. No nos capturarán. Mis hombres conocían los riesgos cuando se presentaron voluntarios para esto. Por desgracia, no puedo autodestruir la nave con los motores apagados, pero he enviado un equipo con mis mejores hombres a la bodega de carga. Podemos utilizar las armas como último recurso… ¿Qué? Espera, Cham —se oyeron unas voces de fondo que Cham no entendía, y entonces volvió la voz de Pok—. Entonces, que suban. Que suban inmediatamente.

Hubo una pausa, y luego se escuchó una voz de fondo:

—No responden, Pok.

Cham silenció el micrófono del comunicador y le dijo a su ingeniera:

—Permaneceremos ocultos. Pero avísame inmediatamente si alguno de esos cazas Ala-V se mueve hacia nosotros.

Cham sabía que los cazas Ala-V no disponían de sensores de larga distancia, pero el carguero se encontraba en un extremo de los anillos. Incluso los cazas Ala-V los podían detectar si se acercaban lo suficiente.

—Sí, señor —respondió la ingeniera—. Parece que están en formación alrededor del transporte de armas.

—No podemos permitir que se mate —le dijo Isval a Cham, con la voz tensa—. Vamos a salir a ayudarlos. Podemos luchar.

—Su nave está muerta —replicó Cham. Inmediatamente se arrepintió de haber elegido esa palabra.

—Cham…

Cham la ignoró y volvió a darle voz a la conexión.

—¿Pok?

Pok se aclaró la garganta. El puente de mando estaba en completo silencio.

—He perdido al equipo que he enviado a la bodega, Cham. No sé qué… sus comunicadores no responden. Vader debe de haberlos interceptado.

Cham apretó el puño, pero mantuvo la calma.

—Entendido.

Isval le habló con los dientes apretados, de forma lenta pero enfática.

—Tenemos que ayudarles.

Cham silenció la conexión y se giró hacia ella, perdiendo ya la paciencia.

—¿Ayudarles cómo, Isval? ¡No tienen motores y están rodeados! Aunque lográramos destruir todos y cada uno de los Ala-V, y sabes muy bien que no podemos, ellos tardarían mucho tiempo en venir desde su nave a la nuestra. Hay un destructor estelar en camino y hay un… un hombre a bordo que ha acabado con los mejores hombres de Pok.

Isval permaneció inmutable ante esta descarga. El resto de la tripulación bajó la cabeza sobre sus puestos de trabajo.

—Vader no es un hombre —dijo Isval, severamente—. No por lo que he oído.

—Sí que lo es —dijo Cham, lo suficientemente fuerte como para que lo oyera todo el puente de mando—. Tiene que serlo. Pero no hay nada que podamos hacer por ayudarles sin acabar todos muertos. Pok lo sabe. Todos lo saben. Y nosotros lo sabemos —abatido, volvió a mirar por la ventana principal—. No nos gusta, pero todos lo sabemos.

Por el comunicador volvió a escucharse la voz de Pok.

—Cham tiene razón. Conocíamos los riesgos. Los aceptamos voluntariamente.

Cham soltó una palabrota. Pensaba que había silenciado la conexión.

—Pok, lo siento —la voz de Cham se llenó de emoción—. Pensaba…

—Lo sé —dijo Pok y soltó una risita. Rió de verdad—. ¿Es Isval la que está contigo?

—Sí, Pok —dijo ella.

—Siempre tan incisiva como una tormenta de arena —dijo Pok—. Eso está bien. Estoy contento de que al menos nos hayamos podido despedir. Cuida de Cham, ¿vale? Tiene demasiados principios y eso no siempre es bueno.

—No tiene que ser un adiós —dijo Isval, mirando fijamente a Cham.

—Sí, lo es. Pero primero intentaremos matar a este tal Vader. He preparado una emboscada…

Alguien se dirige a Pok desde el puente de mando.

—Disparos de bláster en el pasillo de acceso al ascensor del puente de mando, señor.

Durante un momento, nadie dijo una palabra en ninguno de los dos puentes. Pasaron unos momentos muy largos.

Entonces alguien se puso hablar en el puente de mando de Pok. Cham no logró entender lo que decía.

—¿Situación? —preguntó Pok a uno de sus tripulantes.

—Nadie responde al comunicador.

—¿Cómo ha podido…? ¡Había ocho hombres esperándole! ¿Qué está pasando ahí fuera?

—¡El ascensor del puente está subiendo! —dijo otro miembro de la tripulación de Pok.

Pok habló por el comunicador. Se le escuchaba respirar, como si estuviera muy cerca.

—Cham, vamos a matar a Vader y haremos estallar la nave. No cogerán a nadie con vida.

—Pok… —empezó a decir Cham.

—Ha sido un honor —dijo Pok—. Seguid luchando. Todos vosotros.

En el puente de mando de Pok, alguien gritó:

—¡Por un Ryloth libre! —y el resto de la tripulación repitió el grito.

Isval había cogido el brazo de Cham con tanta fuerza que se lo estaba dejando insensible. Cham observaba el comunicador abierto como si contuviera algún significado oculto. Algún secreto que pudiera salvar a Pok y al resto. Pero no había nada.

El resto de su tripulación estaba en silencio, cada uno en su puesto, con la cabeza baja. Escuchando.

—¡Se está abriendo! —dijo alguien en el puente de mando de Pok.

Se escuchó una descarga de disparos láser, pero sólo durante un momento. Entonces se quedaron en silencio.

—No hay nadie —gritó—. El ascensor está vacío.

—Compruébalo —ordenó Pok—. Sigue a bordo…

Entonces se escuchó un chisporroteo y un zumbido, gritos, un golpe seco, varios disparos, un zumbido prolongado, creciente y decreciente… y muchos gritos.

—¡Pok! —gritó Isval—. ¡Pok!

Cham soltó una palabrota.

—¿Qué está pasando ahí? —preguntó Isval—. ¿Qué es ese sonido?

A Cham, ese zumbido creciente le traía recuerdos lejanos.

—Es una espada de luz —dijo. El sonido de estas espadas se le quedó en la cabeza durante las Guerras Clon, cuando los Jedi las empuñaban. Los Jedi hacían cosas, como Vader, que las personas normales no podían hacer. Pero los Jedi ya no existían, ni tampoco la República. Sólo estaba Vader y el Imperio.

Un golpe seco, luego otro. Más gritos asustados. Sólo estaban disparando dos o tres blásteres. En el silencio relativo, se escuchó otro sonido por el comunicador: una respiración. Se oía muy fuerte, como si estuviera amplificada por un altavoz o un respirador. La respiración de Vader.

—¿Qué es eso? ¿Es Vader? —preguntó Isval, resoplando. Cham corrió a silenciar el micrófono de la conexión.

Hubo más gritos, la caída de algo pesado y el zumbido ascendente y descendente de una espada de luz.

—¡Por Ryloth! —gritó Pok, y el comunicador se llenó con el sonido de unos disparos rápidos.

Al oír el zumbido oscilante de la espada de luz, Cham se imaginó a Vader desviando los disparos de bláster con la espada. Lo había visto antes. De repente, los disparos se detuvieron. Por el comunicador escucharon un resuello. Era Pok, ahogándose.

—¡Lo está estrangulando! —gritó Isval.

El sonido duró unos segundos que les parecieron horas. La respiración amplificada de Vader contrastaba con los resuellos moribundos de Pok. Cham sabía que debía cortar la conexión, pero no podía. Sería como volver a abandonar a Pok.

—Dime lo que quiero saber —dijo una voz profunda, la voz de Vader—, y tu muerte será más fácil.

Escucharon una respiración entrecortada y una inhalación profunda, seguida de Pok insultando a Vader en twi’leki.

—Muy bien —dijo Vader.

Volvieron a oír la respiración de Pok, ahogándose. Entonces su respiración se detuvo. Oyeron un ruido sordo de algo pesado pero blando cayendo al suelo.

Isval soltó una palabrota. El corazón de Cham era como un martillo golpeándole las costillas, pero no dijo nada. No había nada que decir. El único sonido era la respiración de Vader a través del comunicador.

—¡Córtalo, Cham! —dijo Isval.

Cham miró el comunicador, encendido pero con el micrófono silenciado. La respiración de Vader era cada vez más fuerte, como si hubiera cogido el comunicador para observarlo o lo tuviera delante de la cara. Esa respiración. Esa respiración.

—¡Córtalo, Cham! —gritó Isval.

Cham se dio cuenta de que estaba conteniendo el aire. Parecía incapaz de respirar.

Sólo se escuchaba ese sonido macabro, regular como un péndulo, fuerte y ominoso.

Cham recuperó el control sobre su respiración y exhaló, pensando en Pok y en esos terribles resuellos. El último sonido que había hecho su amigo.

—Vuestros aliados están muertos —dijo Vader. Ante estas palabras, Cham hizo una mueca.

Isval golpeó el comunicador con la mano, cortando la conexión.

Silencio.

—Cham, tenemos que irnos —dijo ella—. Ahora mismo.

Pero Cham sabía que ya era demasiado tarde. Si intentaban huir del sistema ahora, acabarían exactamente igual que Pok y su tripulación: perseguidos, capturados y ejecutados.

Como Cham no respondía, Isval le dijo a la timonel:

—Sácanos de aquí.

Al oír esto, Cham reaccionó.

—¡Orden anulada! —dijo Cham. Entonces se dirigió a Isval, suavemente—. Es demasiado tarde para esto. Nos verán.

—Los *cazas* Ala-V se están desplegando, señor —dijo la ingeniera—. Parece que estén empezando un barrido. Se está acercando otra nave al sistema. Un destructor estelar.

Todos se quedaron sin aire al unísono. Las miradas se centraron en Cham. Estaban esperando sus órdenes, esperando la salvación. Pok ya no estaba. Atrás quedaba el momento de ensimismamiento. Cham no vaciló ni un segundo.

—Llévanos a lo más profundo de los anillos. Tenemos que convertirnos en una roca más, timonel. Soporte vital mínimo. Apaga el resto. Vamos a flotar.

—Si lo apagamos todo, no podremos huir si nos detectan —dijo Isval—. Cuando volvamos a tener los motores operativos…

—No hay escapatoria, Isval —espetó Cham con un tono pragmático—. O nos escondemos o morimos. Haz lo que te he dicho, timonel.

La timonel asintió con la cabeza y cumplió las órdenes. La nave descendió hacia los anillos. A través de la ventana principal se veían muchos bloques agujereados de hielo y piedra, girando y arremolinándose.

—Baja la potencia —ordenó Cham.

—¡Hecho! —confirmó la ingeniera. Las luces del puente de mando y de la ventana principal se apagaron.

Las tenues luces auxiliares recubrieron el puente de mando con un leve brillo anaranjado. La tripulación intercambiaba miradas entre las sombras, miraban al techo, a las paredes.

Algunos pedazos de hielo y roca chocaban contra el casco. Con el soporte vital al mínimo, la temperatura empezó a caer en picado. No llegaba a ser peligroso, sólo un poco incómodo.

Cham estaba más preocupado por la posibilidad de que la nave chocara contra uno de los bloques de roca y hielo, que giraban a gran velocidad. El casco podía aguantar unos cuantos golpes, pero no era impenetrable. Si la nave empezaba a rebotar contra las rocas de los anillos, no tendría más opción que encender los motores.

—Todo el mundo tranquilo —dijo.

Algunos miembros de la tripulación bajaban la cabeza; otros miraban por la ventana principal. La tensión era peor que el frío. Pasados unos minutos, Cham podía ver su aliento en el aire. Intentaba no temblar. Iba de un tripulante a otro, poniéndoles la mano en el hombro, en la espalda, susurrándoles palabras de ánimo. Cuando volvió a estar al lado de Isval, se dirigió a ella con voz calmada.

—Tendría que haber cortado el comunicador antes. Nos he puesto en peligro.

Isval no negó el error.

—Espero que tengas la oportunidad de volver a hacerlo —le respondió ella, sarcástica.

—Ha sido algo… duro de escuchar.

—Sí.

—Esta es la última vez que nos escondemos de Vader —le prometió Cham.

Ella se lo quedó mirando y asintió con la cabeza.

Un impacto hizo temblar la nave. La tripulación entera soltó una exclamación. La timonel casi se cayó del asiento, pero se agarró al tablero de instrumentos.

No se produjo ningún impacto más.

—Sólo ha sido una roca —informó Isval—. Tranquilos todos. Si ese destructor estelar nos detecta, todo acabará antes de que podamos sentir nada.

—Eso alegra a cualquiera —bromeó Cham. Isval le dedicó una de sus medias sonrisas. Más bien un cuarto de sonrisa.

Se quedaron sentados en silencio durante un buen rato. La esperanza aumentaba con cada minuto que pasaba. Pronto la tripulación volvía a respirar con tranquilidad.

—Creo que ya hemos esperado bastante —dijo Cham—. Vuelve a encenderlo todo, timonel.

A pesar del tiempo que había pasado, la tripulación estaba visiblemente tensa cuando volvieron a activarse todos los sistemas. Si una nave imperial cercana realizaba un escaneo, el carguero aparecería inmediatamente en sus sensores. Se volvieron a encender todas las luces, la pantalla integrada en la ventana principal y los motores. Empezaron a

ganar altura, alejándose de los anillos. Al cabo de poco, los anillos dejaron paso a la oscuridad del sistema.

—Los sensores no detectan nada —dijo la ingeniera.

A través de la ventana principal, veían un sistema vacío. Los cazas Ala-V ya no estaban. Tampoco el destructor estelar. Tampoco Pok y su tripulación. Todo había desaparecido, como si no hubiera pasado nada.

—Llévanos a Ryloth —ordenó Cham.

Se acercó a Isval mientras la nave se alejaba del campo gravitacional del gigante gaseoso y se ponía en marcha el hiperimpulsor.

—Se acabaron las medias tintas —dijo Cham—. No dejaremos de ser precavidos, pero tenemos que pensar más a lo grande.

Isval se quedó con la primera parte de la frase, y repitió las palabras de Cham:

—Se acabaron las medias tintas. Sí, señor.

Las estrellas se convirtieron en líneas y el fondo negro del espacio dio paso al azul del hiperespacio.

—

Vader estaba detrás del trono de su maestro en la sala de recepción de Coruscant, poco iluminada. El ritmo regular del respirador marcaba el paso de los minutos. En la puerta había dos miembros de la Guardia Real, cubiertos de pies a cabeza por la armadura color rojo sangre característica de su orden. Estaban en posición de firmes, cada uno con su pica aturdidora. Vader sabía que debajo de sus capas carmesí se escondía una pistola bláster pesada, una vibrohoja y varias armas más. Unos ventanales enormes permitían ver el perfil de Coruscant, con incontables naves sobrevolando los edificios de cristal, metal y cemento de la megaciudad. El sol proyectaba su última luz sobre el horizonte, bañándolo todo en tonos rojos y anaranjados.

El Emperador estaba sentado en el trono, en silencio. Parecía estar ensimismado.

Pero Vader, desde detrás del trono, sabía que no era así. Su maestro nunca estaba ensimismado. Los pensamientos del Emperador abarcaban el tiempo y el espacio de formas que ni siquiera Vader podía llegar a comprender. Era capaz de anticipar y planificar contingencias que otros no podían ni contemplar. Vader esperaba poder aprender esta técnica algún día, siempre y cuando no matara antes a su maestro.

Poco después de destruir a los Jedi, el Emperador le había dicho a Vader que un día sentiría la tentación de matarlo. Le dijo que la relación entre el aprendiz y el maestro Sith era simbiótica, pero que el equilibrio era muy delicado. Un aprendiz le debía lealtad a su maestro. Un maestro tenía la obligación de transmitirle conocimientos a su aprendiz y mostrarle fortaleza. Pero las obligaciones eran recíprocas, interdependientes. Si uno de los dos dejaba de cumplir sus obligaciones, el deber del otro era destruirlo. La Fuerza lo requería.

Desde antes de las Guerras Clon, el maestro de Vader había demostrado siempre una gran fortaleza, y por lo tanto, Vader tenía la intención de demostrar toda la lealtad posible. De esta forma, su dominio mutuo estaba asegurado.

Quizá Vader intentaría matar a su maestro algún día. Es lo que hacían normalmente los aprendices de Sith. Tenían que hacerlo, si estaban bien entrenados. Un aprendiz era incondicionalmente leal… hasta que dejaba de serlo. Tanto el maestro como el aprendiz lo sabían.

—Pero nuestra relación es distinta, maestro —le había dicho Vader entonces.

—Quizá —le había respondido su maestro—. Quizá.

O quizá el autoengaño formaba parte del entrenamiento que un maestro le inculcaba al aprendiz.

—Estás afligido, amigo mío —le dijo el Emperador, llenando el silencio con su voz fuerte. A menudo, el Emperador se refería a él como *amigo*. Quizá fueran amigos, aunque Vader intuía que el uso de esa palabra ocultaba una intención secreta. Creía que su maestro utilizaba un término usado entre iguales para enfatizar el hecho de que maestro y aprendiz no lo eran.

—No, maestro. No estoy afligido.

El Emperador soltó una risita, que se convirtió en carcajada.

—«Afligido» quizá no es el término más preciso. Tienes pensamientos violentos. —Palpatine hizo girar el trono para mirar a Vader. Los ojos le ardían dentro de la oscuridad de la capucha—. Estás reflexionando sobre la fortaleza, sobre su naturaleza. ¿No es así?

Vader nunca le mentía a su maestro. Y comprendía que su maestro sólo le hacía preguntas tras haber reflexionado mucho, para que la respuesta revelara más que palabras.

—Sí.

El Emperador se volvió a dar la vuelta y se quedó de espaldas a Vader. Un gesto calculado.

—Comparte tus pensamientos conmigo, mi aprendiz. Vader no vaciló.

—Estaba pensando en las lecciones que una vez me dio sobre la relación entre un maestro Sith y su aprendiz.

—¿Y? —preguntó el maestro.

Vader se arrodilló e inclinó la cabeza.

—Percibo una gran fortaleza a mi alrededor, maestro.

—Bien —dijo el Emperador—. Muy bien.

Pasado este momento, Vader se puso en pie y se quedó en posición de firmes detrás de su maestro.

Esperaron juntos la llegada de Orn Free Taa, el delegado de Ryloth. Un títere. Vader no conocía el objetivo del encuentro. Su maestro sólo le contaba lo que necesitaba saber.

Al cabo de poco, los dos miembros de la Guardia Real se apartaron para abrir la puerta doble, seguramente alertados de la llegada inminente del senador a través de los comunicadores del casco. Pero antes de que pudieran hacerlo, el Emperador hizo un gesto

con el dedo y abrió las puertas utilizando la Fuerza. La luz de la cámara adyacente iluminaba desde atrás la silueta oronda del senador twi'lek. El senador se detuvo ahí un momento, como si se hubiera quedado clavado por los ojos del Emperador, o como si tuviera que reunir valor para entrar.

—Pase, Senador —dijo el Emperador, con esa voz que siempre utilizaba para intimidar a gente pequeña, débil y fácil de asustar.

—Por supuesto, por supuesto —dijo Taa, adentrándose en la sala. Miró a los guardias con el rabillo del ojo mientras caminaba, y redujo el paso un momento cuando las puertas se cerraron audiblemente a sus espaldas.

Deteniéndose delante del trono, hizo una reverencia con sus ropajes bordados. Todo lo que le permitía su cintura.

—Emperador Palpatine —balbuceó, con gotas de sudor resbalándole por esa piel azul arrugada y con la mirada alternando nerviosamente entre Vader y el Emperador.

Sus resoplidos eran tan fuertes, que casi estaban a la altura del respirador de Vader.

—¿Cómo está, amigo mío? —preguntó el Emperador.

—Muy bien —respondió Taa entre resoplidos, y añadió rápidamente—. Muy bien, pero no *totalmente* bien, mi Emperador. Porque sé que la producción de especia en Ryloth se ha ralentizado considerablemente debido a… unos sucesos desafortunados. Pero…

—Unos «sucesos desafortunados» —respondió el Emperador, inclinándose hacia delante en su trono—. ¿Quiere decir los atentados terroristas del movimiento Ryloth Libre?

Taa resopló y se relamió los dientes afilados. Un tic nervioso. Sus lekku se retorcieron.

—Sí, mi Emperador. Son unos fanáticos descarriados que han puesto en peligro a mi gente con su imprudencia. Pero… —hizo una pausa para recuperar el aliento antes de continuar—… entre las fuerzas de seguridad twi'leks y las tropas imperiales de la Moff Mors, creo que las cosas ya están bajo control y que la producción se restablecerá pronto.

—Vaya —dijo el Emperador—. Resulta que no comparto su optimismo, Senador. Ni la gran estima que siente por la Moff Mors.

Era como si Taa hubiera recibido un puñetazo. Se le oscureció la piel. Parpadeó, tragó saliva, dio medio paso hacia atrás…

—Pero seguramente… —empezó a decir Taa.

—Como yo no creo que las cosas estén «bajo control», he tomado una decisión.

Un arrebato de pánico se apoderó de los ojos de Taa, que iban sin cesar de Vader al Emperador.

—Mi señor…

—Y esta es mi decisión: Lord Vader y yo le acompañaremos en una visita oficial a Ryloth. Ahí investigaremos el problema nosotros mismos. Notificaré a la Moff Mors que vamos a ir.

Taa estaba entre abatido y aliviado.

—Yo… no sé qué decir.

—No tiene que decir nada —le replicó el Emperador—. La decisión está tomada. El viaje ya está planificado y todo está «bajo control».

—Por supuesto —dijo Taa, bajando la mirada mientras se ajustaba los pliegues de ropa de la barriga—. Pero… *¿yo* tengo que volver a Ryloth? ¿No le sería más útil aquí, mi Emperador?

—No lo creo —respondió el Emperador—. Su presencia allí será inestimable. Creo que es hora de que la gente de Ryloth se sienta parte del Imperio. ¿No está de acuerdo?

—Ah, por supuesto, por supuesto —concedió Taa, asintiendo con la cabeza.

—No parece convencido, mi viejo amigo.

Taa negó con la cabeza, con tanta fuerza que las orejas se le extendieron como alas.

—No, no. Solo es que… —su voz se convirtió en un murmuro— el ambiente de ese planeta me resulta… desagradable.

—Estoy seguro de que estará bien, Senador —dijo el Emperador, con la voz cargada de desdén—. Viajaremos juntos, a bordo del *Peligro*.

Taa levantó la mirada, con una expresión que parecía llena de preocupaciones y excusas, pero le pareció que lo más adecuado era omitirlas.

—Puede retirarse, Senador —concluyó el Emperador.

—Mi Emperador —dijo Taa, haciendo una reverencia—. Lord Vader.

Cuando el senador salió y las puertas se cerraron, el Emperador le dijo a Vader:

—Dime qué te parece el senador, amigo mío.

—Tiene miedo de usted, y hace bien. Pero no es tan tímido como parece. Hará lo que se le pida para preservar el poder y los privilegios que tiene. Pero no hará más de lo que se le pida. Y lo hará todo pensando en sus propios intereses, luego en los de su gente y, por último, en los del Imperio.

—Mmh. ¿Dirías que es… leal?

—Teniendo en cuenta esas limitaciones, sí, yo lo consideraría leal.

—Teniendo en cuenta esas limitaciones, sí. Estoy de acuerdo con tu evaluación. Y también creo que Orn Free Taa no es un traidor.

—¿Sospechaba que lo fuera?

—O él o un miembro de su personal. Parecía un candidato poco probable, pero nunca se sabe. Alguien está informando a los terroristas del movimiento Ryloth Libre sobre lo que ocurre aquí. El secuestro que impediste lo demuestra. La traición debe provenir del personal de Taa.

Vader tendría que haber comprendido la motivación del Emperador. Como siempre, los razonamientos del Emperador estaban un paso por delante de los suyos.

—¿Y por eso iremos a Ryloth? —preguntó Vader—. ¿Para hacer de cebo? ¿Por qué arriesgarnos de esa forma? Yo podría eliminar a Taa y a todo su personal. Así acabaríamos con el traidor.

El Emperador negó con la cabeza y se puso en pie. Los guardias dejaron su posición junto a la puerta y corrieron a flanquearle.

Vader los siguió hacia las puertas de la sala. El sol proyectaba sus últimos rayos sobre el perfil de Coruscant, sumiendo la sala en una oscuridad todavía más profunda.

—Si lo hiciéramos así, no eliminaríamos la raíz de la traición —le aclaró su maestro—. Ni descubriríamos la magnitud de la misma, que sospecho que va más allá del personal del senador.

—Ya veo —dijo Vader—. Entonces debería ir yo solo. No hay ningún motivo para ponerle en peligro a usted.

—Al contrario, sí que lo hay —respondió el Emperador—. Tenemos que arrancar de raíz toda deslealtad. Dejarla secar y morir a la vista de todos.

—Que sirva de ejemplo. Que mande un mensaje.

—Sí. Que sirva de ejemplo para el resto del Imperio.

—Un ejemplo necesario —dijo Vader.

Desde la transformación de la República en el nuevo Imperio Galáctico, habían surgido focos de caos por todas partes. Buena parte de los planetas de la antigua República había aceptado el Imperio sin quejarse, pero había muchos grupos de resistencia y restos de separatistas por toda la galaxia. El movimiento Ryloth Libre era uno de los grupos más destacables y poderosos.

—En efecto —dijo el Emperador—. Y es una lección que tengo que dar yo mismo. Además, viejo amigo, hace demasiado tiempo que no viajamos juntos. Informa a la Moff Mors de que Orn Free Taa vuelve a Ryloth para hacer una visita oficial, y que viajará a bordo del *Peligro*. No le diremos que nosotros acompañaremos al senador. Todavía no.

—Sí, maestro.

—Tú has estado en Ryloth antes, ¿no, Lord Vader?

La pregunta desenterró recuerdos de guerra de las profundidades de la mente de Vader.

—Hace mucho tiempo, maestro. Fue antes de adquirir sabiduría.

—Por supuesto.



CAPÍTULO TRES

Cham estaba sentado a solas bajo una luz tenue en sus aposentos, en uno de los muchos campos de entrenamiento subterráneos desde donde dirigía su guerra de guerrillas contra el Imperio. Tenía varias de estas bases escondidas por Ryloth. Se había pasado años construyendo un ejército, cultivando una red de colaboradores, consiguiendo naves y armamento, preparando los cimientos para un gran golpe. Y ahora, aparentemente, había llegado una oportunidad. Una oportunidad más grande de lo que jamás hubiera podido esperar. Estaba sudando.

Observaba el mensaje descodificado que tenía en la mano. Incluso después de desencriptarlo, el mensaje le parecía extraño.

OFT en ruta c/1 y 2. Transporte 1DE. 10 ds.

Lo volvió a descifrar, asegurándose de haberlo entendido.

Orn Free Taa volvía a Ryloth. Iría acompañado por el Emperador Palpatine y Lord Vader. Vendrían en un destructor estelar dentro de diez días.

Lo estaba leyendo correctamente; pero no tenía ningún sentido. Aquello olía a trampa.

Llamó a Isval por el comunicador. Necesitaba su opinión.

Isval vino inmediatamente, con mirada inquisitiva. Cham le enseñó el mensaje desencriptado. Se relamió los labios mientras leía. Entonces se quedó mirando a la pared, pensando.

—No es posible, ¿no? —le preguntó Cham.

—¿Cuándo ha llegado esto?

—Hace una hora, a través de los canales habituales.

—¿Es fiable? —preguntó Isval.

—¿La fuente? Sí, aunque quizá esté mal informada.

—Exacto —dijo ella. Sentía que le palpitaba una vena de la frente. La tenía hinchada desde que oyeron a Vader matando a Pok en el secuestro que acabó mal. Isval le devolvió el papel del mensaje. Sus lekku se balanceaban expresando irritación—. Quizá sea incorrecto… o una trampa. Tiene que serlo.

Cham arrugó el papel y lo quemó en la llama de la vela del escritorio.

—Eso pensaba yo. Pero… ¿Y si no lo es? Es una oportunidad.

Isval resopló, caminando de un lado a otro de la habitación, negando con la cabeza, con las manos en los dos blásteres que llevaba en el cinturón.

—El destructor estelar tiene sentido si vienen —dijo Isval—. El *Peligro* es la nave insignia de Vader. Pero… *¿por qué* iban a venir? Eso es lo que no cuadra. ¿Vader *y* el Emperador vienen juntos al Borde Exterior? La única vez que están juntos en un mismo sitio es en Coruscant. Aquí el problema es el porqué. Necesitamos un porqué.

Cham se quedó mirando a la llama de la vela, pensando en Pok.

—No lo sé. ¿Quizá para darle una lección a Mors? ¿Una demostración de fuerza? Nuestros ataques han reducido enormemente la producción de especia.

Se refería al ryll refinado, extraído de las incontables minas de Ryloth. El Imperio utilizaba esta especia y todos sus derivados para incontables propósitos, especialmente en las divisiones médica y científica del ejército imperial.

—Quizá vengan a sustituir a Mors —especuló Isval—. ¿La querrán sustituir por Dray?

—Eso sería útil, pero… —dijo Cham, negando con la cabeza—. No. Si Mors cae, Belkor Dray caerá con ella. Él no lo ve, pero no podrá mantenerse en su sitio si Mors cae.

Isval estaba empezando a formarse una teoría.

—¿Traerán más soldados de asalto? Han reclutado a muchos colaboradores y combatientes, pero no son soldados de verdad. Son novatos en busca de aventuras. Quizá vengan con más tropas, tropas de élite, para afianzar su dominio y controlar la producción de especia…

—Quizá, pero… ¿un solo destructor estelar? ¿Para el Emperador y Vader?

—¡Es un destructor estelar, Cham! Piensa en lo que estás diciendo.

—Sí, pero…

—Me apuesto lo que quieras a que la flota está esparcida por toda la galaxia —dijo Isval. Había dejado de caminar y ahora estaba mirando a la pared, con los puños tan apretados que tenía los nudillos blancos, como si esperara el momento de asestar un golpe decisivo—. O quizá el Emperador no quiere venir con una gran flota por miedo a que la gente reciba el mensaje incorrecto. No quiere que parezca que les tiene miedo a esos ridículos revolucionarios de Ryloth.

—Necesito que seas la voz de la razón, Isval. Yo ya me estoy inclinando demasiado en una dirección.

—Sí, pero quizá haces bien —dijo Isval—. ¿Y si le estás dando demasiadas vueltas al tema? Cham, ¿cuándo se han equivocado nuestras fuentes? Imagina que hay una docena de motivos que no podemos ver y nos pasamos el tiempo intentando descubrirlos… A fuerza de darle vueltas, se nos podría escapar la oportunidad.

—Si yo le estoy dando demasiadas vueltas, tú le estás dando demasiado pocas. Estamos hablando de gente muy astuta. ¿Y si nos están obligando a salir de nuestro escondite?

—Incluso los hombres más astutos cometen errores —afirmó Isval, volviendo a caminar de un lado a otro—. Además, no tienen ni idea de las fuerzas que tenemos a nuestra disposición, Cham. Hace años que actuamos como una pequeña banda de terroristas…

—Revolucionarios —le corrigió Cham.

—Revolucionarios. Pero tenemos naves, cientos de soldados, armas pesadas. Se trata del Emperador, de Vader y Taa. Vader, Cham. Piensa en lo que le hizo a Pok.

Cham tenía pesadillas recurrentes sobre Pok. Siempre se levantaba respirando con dificultad, convencido de que se estaba ahogando.

—No necesito que me lo recuerdes, Isval. Pero estamos luchando por un Ryloth libre, no para derrocar al Imperio.

Isval se detuvo y se lo quedó mirando.

—¿Y no es lo mismo?

—¿Qué?

—Es lo mismo, Cham. Si queremos un Ryloth libre, entonces necesitamos derrocar al Imperio. O al menos debilitarlo. Necesitamos que ardan fuegos por toda la galaxia. Entonces quizá nos dejen en paz. Quizá.

Cham no estaba de acuerdo, pero daba igual. Eliminar a Vader y al Emperador serviría para enviar el mensaje que Cham siempre había querido enviar: ocupar Ryloth tiene un precio demasiado alto. Por mucha especia que haya.

—De acuerdo —dijo Cham—. Vamos a empezar a hacer planes y a avisar a las células. Pero todavía no haremos nada, Isval. Lo digo en serio. No diremos una palabra de más. Vamos a ver si Belkor nos informa de algo. Si me comunica que Vader y Palpatine vienen, entonces sabré que nos están tendiendo una trampa.

—¿Y eso por qué?

—Belkor nunca nos daría la oportunidad de atacar a Vader y al Emperador a menos que se lo ordenaran. Es ambicioso, pero no suicida.

Isval asintió con la cabeza.

—Tiene sentido.

—Vale, entonces ya puedes empezar. Si Belkor se pone en contacto conmigo, te lo haré saber.

Isval le dedicó una media sonrisa y salió de la sala como si tuviera miedo de que Cham cambiara de opinión.

Cuando Isval se fue, Cham se quedó sentado en su escritorio, planificando cómo se lo diría a Belkor. El oficial imperial estaba a punto de recibir una sorpresa desagradable.

—

Como tenía por costumbre, Belkor Dray utilizaba el trayecto en trasbordador de Ryloth a la luna más grande del planeta para ordenar sus pensamientos. Además, ensayaba la expresión facial que ponía cada vez que hablaba con la Moff Mors. Estaba sentado a solas en el espacioso compartimento de pasajeros, y ensayaba diversas expresiones posibles para ocultar el desdén que sentía por ella.

—Nos estamos acercando a la luna, Coronel —anunció el piloto por el comunicador.

—Informe a la Moff de que nos acercamos, Fruun —respondió Belkor.

—Sí, señor.

Fruun era uno de los hombres de Belkor. Uno de los cientos de soldados cuya lealtad había conseguido a base de favores o de chantaje. La Moff Delion Mors, perezosa y descuidada como era, había dejado la ocupación de Ryloth en manos de Belkor. Y Belkor no había perdido el tiempo. Había colocado oficiales de confianza en muchas unidades imperiales. Oficiales que no le eran leales a Mors, ni siquiera al Imperio, sino a él. Y los soldados harían lo que les ordenaran sus comandantes. Los soldados de asalto eran un problema, evidentemente, pero en Ryloth no había muchos soldados imperiales procedentes de la Academia. En esencia, Belkor disponía de un ejército en la sombra, al que podría recurrir cuando llegara el momento adecuado.

—Moff Belkor Dray —dijo, probando cómo sonaba el título de la misma forma que ensayaba expresiones faciales. Nada de coronel o general. *Moff*.

Algún día.

Resultaría fácil desacreditar a Mors, pero Belkor tenía que hacerlo de modo que él quedara bien. Y ya tenía planes en movimiento para hacerlo.

—Aterrizando, señor —informó Fruun.

Belkor se levantó y comprobó el estado de su uniforme: limpio y planchado, con los dobleces tan afilados que podrían cortar un trozo de carne. Los zapatos brillantes. La insignia de rango a la distancia reglamentaria exacta respecto al cuello. Se quitó el gorro, se alisó el pelo y volvió a ponerse el gorro.

Belkor le prestaba una gran atención a los pequeños detalles. Detalles que otros pasaban por alto. Así evitaba volverse descuidado. Y tenía demasiados secretos como para permitirse descuidos.

El trasbordador descendió sobre la plataforma de aterrizaje exterior, y Belkor pulsó un botón para abrir la puerta. Arrugó la nariz ante ese aire tan húmedo. Olía a vegetación. Unos árboles de cuarenta metros de alto rodeaban la plataforma de aterrizaje. De sus grandes ramas colgaban innumerables ramas más pequeñas, gruesas como brazos humanos. Esos millares de lazos vegetales eran el paisaje predominante en la luna. El aire estaba lleno de los chillidos y aullidos de la fauna local. Las copas de los árboles eran tan

altas que bloqueaban la visión del elegante centro de mando de Mors, construido con los trabajos forzados de twi'leks.

En la plataforma de aterrizaje le esperaba un joven oficial subalterno, cuyo nombre Belkor había olvidado, acompañado por tres soldados de asalto, que le saludaban mientras Belkor bajaba por la rampa. El saludo del joven oficial era bastante descuidado. Belkor le devolvió el gesto con firmeza y eficiencia.

—La Moff no ha podido recibirle en persona —dijo el oficial subalterno.

«Porque estará embriagada de especia», pensó Belkor, sin decirlo. «O demasiado ocupada con sus esclavas twi'leks». —Le conduciré hacia ella.

«Porque es demasiado perezosa para caminar hasta aquí», pensó Belkor. Pero se limitó a decir: —Muy bien, Teniente.

Tres cazas Ala-V les pasaron por encima volando bajo. El característico zumbido de sus motores en la atmósfera rompió temporalmente la cacofonía de la fauna local.

Belkor ya había empezado a sudar a causa de la humedad de la luna cuando llegó a la zona climatizada del lujoso centro de mando de Mors, más parecido a la villa de un noble de Naboo que a unas instalaciones imperiales. Belkor estaba de mal humor por culpa del uniforme sudado, y apenas respondió al saludo de los soldado de asalto que hacían guardia delante de las puertas principales de la villa.

Unos ventanales enormes permitían contemplar las amplias extensiones de jungla de color viridiana. Por todas partes había muebles de bordes redondeados, mesas de madera pulida, butacas, sofás y divanes mullidos. El conjunto daba una impresión de blandura que resultaba muy adecuada para la personalidad de Mors. Todas las mesas estaban decoradas con las «esculturas» de piedra típicas de los twi'leks que, según Belkor tenía entendido, no eran más que pedazos de roca tallada de forma natural por los vientos de Ryloth. Las sirvientes twi'leks se movían por los salones como espectros de color verde claro. Mors elegía solo a twi'leks de piel verde clara para su servicio doméstico. La Moff se negaba a llamarlas esclavas, pero ninguna de ellas podía irse.

—Su piel hace juego con los árboles del entorno —le había dicho una vez Mors a Belkor.

Los soldados de asalto se separaron y se colocaron en sus puestos de guardia en el interior, mientras el joven oficial llevaba a Belkor hacia el patio central al aire libre de la villa, donde Mors pasaba prácticamente todo el tiempo, mientras Belkor hacía todo el trabajo en el planeta.

El patio estaba cubierto por una cúpula transparente retráctil que dejaba entrar la luz ambiente. En este momento, la cúpula estaba completamente abierta, y cientos de insectos de colores brillantes y del tamaño de un puño revoloteaban por el aire del patio, procedentes de los árboles de la jungla.

Un pequeño camino transcurría entre flores de colores, matorrales y versiones en miniatura de los árboles del planeta. Cuando Belkor encontró a Mors, le pareció tan blanda y recargada como la decoración de la villa. Estaba sentada en un banco cerca de una fuente, en el centro del patio, enfrascada en una conversación con un hutt. El hutt

parecía una babosa de tres metros de largo con una piel arrugada y curtida. Todo su cuerpo se convulsionó en algo parecido a una carcajada. Belkor necesitó un gran esfuerzo para contener una expresión de repulsión. Hizo una fotografía mental del hutt y la archivó en el armario que era su mente, con la intención de investigar más tarde todos los registros de sus desplazamientos. Si implicaba a Mors en una conspiración con los hutt, que participaban en numerosas actividades criminales, tendría una herramienta más para desacreditar a la moff.

Mors alzó un dedo para indicarle a Belkor que no se acercara hasta que hubiera acabado su conversación con el hutt. Observándolos, Belkor quedó sorprendido con las similitudes entre los dos. La mujer y el alienígena parecían salchichas demasiado rellenas, solo que Mors estaba envuelta en un uniforme arrugado en lugar de piel curtida. Sus ojos acuosos y su expresión vagamente distendida indicaban que estaba embriagada de especia. Los ojos acuosos y la expresión distendida del hutt indicaban que era un espécimen típico de su raza.

—¿Quién es ese? —le preguntó Belkor al oficial, en voz baja.

—Nashi el hutt, un enviado de Jabba.

Ninguno de los nombres significaba algo para Belkor, pero los archivó igualmente.

—¿Qué tiene que ver el Imperio con los hutt? —preguntó.

El oficial no respondió. Belkor no insistió. Mientras tanto, el hutt y la mujer reían al unísono. La risa del hutt era inesperadamente aguda. Entonces, Mors le hizo un gesto a Belkor y al oficial para que se acercaran.

—¡Acérquese, Belkor! —dijo Mors. Después se dirigió al oficial subalterno—. Teniente, acompañe por favor a Nashi a su nave. Ah, y asegúrese de que reciba tres cajas de vino de Theen.

—Sí, señora —dijo el oficial.

Nashi dio la vuelta con todo su cuerpo serpenteante y quedó de cara a Belkor. Antes de que Belkor pudiera hablar, la criatura eructó una nube hedionda que olía a carne podrida.

Belkor dio un paso atrás para salir de ella, pero no dijo nada.

Nashi murmuró algo en huttés y soltó una risita.

Mors también rió y le respondió, también en huttés.

—Señora, me temo que no entiendo el idioma de este alienígena —dijo Belkor, dirigiéndose a Mors con expresión rígida.

Mors hizo un gesto con la mano como para decir que no importaba. Como para decir que nada importaba.

—Ah, ha dicho algo de usted. Que parecía estirado y rígido como un árbol. Yo le he dicho que era un oficial joven y ambicioso, y que actualmente todos los oficiales salían así de la Academia. Le he dicho que debería oírle hablar.

—¿Disculpe?

Mors sonrió.

—¿Alguna vez se ha oído hablar a sí mismo, Belkor? Habla como si todas sus palabras estuvieran escritas en el aire con un trazo preciso.

El hutt dijo algo en huttés y los dos rieron a la vez.

Belkor no relajó su postura.

—Por supuesto, señora.

—Ay, no se ofenda, Belkor. —Mors se puso en pie con piernas tambaleantes y le hizo una reverencia al hutt—. Buen viaje, Nashi. Estamos en contacto.

El hutt hizo lo más parecido a una reverencia que puede lograr una babosa, le dedicó un gesto con la cabeza a Belkor y se alejó reptando, acompañado por el teniente.

Mors volvió a aposentar todo su peso en el banco.

—Todo esto no le gusta nada, ¿no es así, Belkor?

Belkor se mantuvo impasible.

—¿Disculpe?

—Todo esto —dijo Mors, con un gesto expansivo—. Este lujo. Le ofende, ¿no es cierto? Lo lleva escrito en la cara.

A Belkor no le costaba mentir.

—Era solo el… aspecto del hutt, señora. El lujo no me ofende. Tener un rango implica privilegios.

Mors sonrió y se inclinó hacia atrás, asintiendo.

—¿Lo ve? Todas esas palabras están escritas en el aire con un trazo preciso. ¡Ja! Sea como sea… es cierto. Un rango implica ciertos privilegios. Nos han destinado al más remoto de los dominios del Imperio, así que, al menos, tendremos que sacarle algún partido.

—Por supuesto, señora.

—¿Y usted, Belkor? No goza demasiado de esos privilegios. ¿Quiere tomarse una copa de vino conmigo?

Dio una palmada. Una twi’lek de piel verde claro, con una túnica y pantalones ajustados y un pañuelo en la cabeza salió de entre los árboles. Llevaba una jarra de vino y dos copas.

Belkor no se había dado cuenta de que estaba ahí.

—Señora… necesito estar despejado para el viaje de vuelta.

—Usted se lo pierde —respondió Mors, mientras la esclava le servía el vino—. Y, dígame, ¿qué le trae a mi pequeña luna, Belkor? ¿Todo bien en el planeta?

Para Belkor estaba claro que la moff no era más que una estúpida holgazana.

—Señora, debo presentar mi informe trimestral sobre Ryloth.

—¿Ya? —exclamó Mors, genuinamente sorprendida. Se toqueteó el moño apretado que llevaba durante un momento—. Vaya, qué rápido pasa el tiempo.

—Especialmente cuando se está tan ocupado como usted —dijo Belkor, conteniendo una sonrisa.

—Exactamente —dijo Mors. Le dio un sorbo a la copa de vino—. El deber es el deber. Proceda, Coronel. ¿Qué está ocurriendo en esa roca árida de allá abajo?

Belkor se quedó de pie mientras recorría una lista de temas cuidadosamente preparada. Cosas que quería que Mors supiera: cambios de personal, movimientos de tropas, envíos de especia, etc. Durante el recital de Belkor, Mors no dijo nada. Se limitó a asentir distraídamente de vez en cuando.

—¿Tiene alguna pregunta? —le dijo Belkor, con una fórmula calculada. Mors casi nunca preguntaba nada, pero Belkor tenía que mantener una imagen de deferencia.

Mors se terminó el vino y se quedó mirando el fondo de la copa con aire melancólico.

—Solo una. ¿Cómo están las cosas con los terroristas?

La pregunta lo cogió desprevenido y Belkor casi perdió esa expresión que llevaba como una máscara.

—¿El movimiento Ryloth Libre?

—Los terroristas —insistió Mors.

—Yo… Mi mejor personal está en ello, señora —informó Belkor—. Todo está tranquilo en el planeta. Hace más de un mes del último ataque.

Según los planes de Belkor, la tranquilidad no duraría un mes más. Tendría que darle algo de información a Cham Syndulla para incentivar un ataque. Belkor necesitaba violencia por parte del movimiento. Estos ataques le daban la munición necesaria que utilizaría para derrocar a Mors. Pero no quería que la violencia escalara demasiado mientras él fuera el encargado de aplacarla. Lo que necesitaba era violencia controlada. Violencia canalizada. Hacía meses que utilizaba a Cham con esta finalidad.

Los ojos de Mors se enfocaron. Demasiado, para el gusto de Belkor. La mujer aguantaba bien la especia.

—Hace más de un mes del último ataque *aquí*, Belkor. Pero no hace mucho, el movimiento intentó secuestrar un envío de armas. Fracasaron, por supuesto, pero…

Belkor no sabía nada al respecto. No se lo había dicho ni Cham ni nadie. Esa ignorancia le resultaba alarmante.

—¿Dónde? ¿Cuándo?

Mors hizo un gesto delicado con la mano.

—No importa. Como he dicho, el intento fracasó. Todos los terroristas murieron —y al decirlo, soltó una risita como si le pareciera divertido.

Belkor pensó con cuidado en su próxima pregunta. Esperaba no haber perdido a Cham. De lo contrario, tendría que empezar de cero con otro líder de la resistencia.

—¿Hay… hay algún nombre conocido entre los terroristas muertos?

—No que yo sepa. La gentuza habitual, supongo.

—Vaya, ojalá lo hubiera sabido antes. Habría reforzado nuestros esfuerzos en el planeta, ahora que seguimos al movimiento de cerca.

—¿Lo seguimos de cerca? —preguntó Mors, atravesando a Belkor con la mirada.

Belkor cambió el peso de una pierna a otra.

—Como bien sabe, señora, resulta difícil luchar contra una insurgencia. Los miembros de la resistencia se funden con la población civil. Y si matamos inocentes

indiscriminadamente, los twi'leks neutrales se inclinarán por la resistencia. Hemos hecho progresos, pero el proceso será largo.

—Por supuesto —convino Mors—. Por supuesto. Sé que está haciendo todo lo que se puede hacer. Y en cuanto al secuestro fallido, yo me acabo de enterar. Ah, por cierto… el senador Orn Free Taa viene a Ryloth dentro de diez días. De eso también me acabo de enterar.

Belkor se puso a pensar inmediatamente en Cham y en posibilidades.

—Me pregunto por qué vendrá el senador. Hace varios meses desde su última visita.

—¿Quién sabe lo que les pasa por la cabeza a los políticos? Supongo que el Emperador le habrá ordenado que vuelva para hacer público el fracaso de los terroristas en el secuestro. Afianzar la ocupación y ese tipo de cosas.

—Apaciguar a los que no son militantes —añadió Belkor—. Demostrarles que los terroristas están destinados a fracasar.

—Sin duda —dijo Mors—. En cualquier caso, ahora ya sabe tanto como yo.

Y Belkor sabía muy bien cómo utilizar esa información.

—¿Señora, se ocupará usted personalmente de darle la bienvenida? ¿O lo hago yo?

—Ah, confío en que usted se encargará de ello, Coronel. En mi nombre, por supuesto. Ahora… ¿dónde se ha metido la chica del vino?

—Empezaré con los preparativos inmediatamente —informó Belkor—. ¿Eso es todo?

—Eso es todo.

Mientras Belkor se alejaba, Mors lo llamó:

—¡Belkor!

—¿Sí?

—¡Anímese un poco, Coronel! ¡Tiene usted que aprender a disfrutar un poco de las cosas! Por cierto, si ve a la chica del vino, envíemela.

—Por supuesto —respondió Belkor. Mientras se iba, su mente analizaba todas las posibilidades. Cuando llegó al trasbordador, había seleccionado las más interesantes y ya tenía un plan en mente. Había llegado su momento. Tenía una oportunidad. El asesinato de Orn Free Taa bajo la guardia de Mors. Eso supondría un golpe letal para la Moff. Taa era un pelele sin ningún tipo de poder, claro, pero era el pelele que utilizaba el Emperador como herramienta para calmar a la población de Ryloth. Lo único que tenía que hacer Belkor era asegurarse de que la caída de Mors no le salpicara a él.

Moff Belkor Dray. Por primera vez, este título no le parecía una mera aspiración, sino algo plausible y cercano.

Tan pronto como llegó a sus aposentos en el planeta, utilizó un comunicador personal portátil para enviarle un mensaje encriptado a Cham.

Tenemos que vernos inmediatamente.

Cham le respondió en unos minutos, concretando una hora y un lugar para encontrarse. La rapidez de la respuesta de Cham le sorprendió. Era casi como si el twi'lek estuviera esperando su mensaje.

—

Cinco horas después de la puesta de sol, Belkor se quitó el uniforme y se vistió de civil, con una chaqueta con capucha. Cambió su estado en el registro del ordenador a: *Fuera de la base. Ocio.* Era un eufemismo que utilizaban los oficiales al visitar a sus amantes twi'leks o al frecuentar cantinas. Cuando el oficial de guardia veía esa entrada en el registro, por deferencia no hacía más preguntas.

—Vaya con cuidado, señor —le dijo el oficial de guardia por el comunicador—. Hace mucho viento ahí fuera.

Belkor se montó en un aerocoche del muelle de vehículos, introdujo el código que hacía bajar el campo de fuerza del muelle y salió del complejo imperial.

Lessu, la capital de Ryloth, se extendía en forma de espiral sobre un peñón erosionado, grande como una montaña. Las murallas, las villas, las tiendas y los hogares de la ciudad se arrapaban como liquen a la piedra. En el interior de la roca había miles de túneles reforzados y cuevas naturales. De día, a Belkor la ciudad le hacía pensar en el rastro que deja una descarga de artillería. La ciudad había presenciado muchas luchas, como el planeta entero, y se notaba.

Alrededor de la montaña volaban docenas de aerocoches, unos cuantos valientes inclinados sobre sus motos deslizadoras y varios planeadores cinéticos, un vehículo de alas anchas diseñado para dominar los vientos de Ryloth. Las luces nocturnas de todas estas naves parpadeaban en la oscuridad. También vio un par de patrullas imperiales volando bajo por encima de la ciudad. Belkor utilizaba los vehículos imperiales con cautela para imponer la ley. Para muchos nativos del planeta, la visión de naves imperiales resultaba irritante. Por eso delegaba las funciones diarias de vigilancia policial a una fuerza de seguridad formada por twi'leks, que colaboraban imponiendo el dominio imperial sobre su propia gente a cambio de una paga y unas condiciones de vida mejores.

Introdujo un código de alta seguridad en el ordenador de a bordo. Así ninguna patrulla lo molestaría al salir del espacio aéreo de la ciudad.

Mientras sobrevolaba el paisaje, veía pequeños fuegos de gente que cocinaba en calles, patios y cuevas. Y a pesar de la hora tardía, las calles estaban llenas de animales y vehículos que salían para combatir el calor o el aburrimiento.

El verano de Ryloth se caracterizaba por la subida de las temperaturas y por los altercados nocturnos. A causa del calor, la gente salía a la calle y las cantinas se llenaban. Las muchedumbres provocaban enfados, y los enfados provocaban disturbios. La política de Belkor, administrada en nombre de Mors, era contener estos altercados lo mejor posible y evitar que se produjesen víctimas mortales y grandes desperfectos, pero sin llegar a sofocarlos completamente. Los consideraba un mecanismo muy práctico para desahogarse.

La mayoría de los twi'leks se encontraba en un término medio entre los colaboracionistas y los fanáticos de la resistencia. Pero casi todos estaban resentidos por

la ocupación imperial. Necesitaban una vía de escape para liberar esa rabia que hervía a fuego lento.

—Si no dejamos que protesten de vez en cuando, todos acabarán en el movimiento Ryloth Libre —le había dicho Belkor a Mors en una ocasión—. Con el paso del tiempo los iremos domesticando, y al final se sentirán a gusto con nuestro dominio. Muchos ya lo hacen.

A Mors aquello le pareció muy sabio. Belkor opinaba que Cham Syndulla ya tenía suficientes guerreros y espías en su movimiento.

Belkor tiró de los controles del aerocoche para hacerlo subir hasta la altura de crucero. Empezó a ver el paisaje que rodeaba la ciudad, pálido bajo la luz de la mayor de las lunas de Ryloth, la luna en la que vivía Mors.

Los alrededores de Lessu consistían en kilómetros y kilómetros de rocas y pueblos esparcidos. Algunos estaban rodeados por murallas, otros estaban construidos bajo tierra para protegerse de los vientos implacables y los peligrosos depredadores del planeta. El terreno era escarpado y estaba cubierto por arbustos recios y resistentes al viento y por árboles látigo de tronco delgado y flexible.

Abajo, un movimiento le llamó la atención. Dirigió la cámara de a bordo hacia allí y amplió la imagen: tres lyleks enormes estaban desmembrando a otro de su especie, más pequeño. Estos grandes depredadores insectoides agitaban sus pinzas con púas y sus poderosas mandíbulas hacia arriba y hacia abajo, con movimientos espasmódicos. Cortaban y mataban con una eficiencia que a Belkor le parecía admirable. No malgastaban ningún esfuerzo en la masacre. Todo era muy eficiente. *Muy imperial.*

Viró hacia el oeste, de cara a los vientos de Ryloth, que parecían querer arrebatarle el control del vehículo. El polvo y los escombros golpeaban el parabrisas como si fueran metralla. No era un buen piloto, así que se limitaba a coger los controles con todas sus fuerzas, sudando, confiando en los compensadores mientras se dirigía al punto de encuentro.

Cuando ya había dejado atrás el espacio aéreo de Lessu, desactivó el código de seguridad que había estado emitiendo. Para no dejar un rastro que alguien pudiera seguir más tarde, no introdujo las coordenadas del punto de encuentro en el navegador. En lugar de ello, activó la lectura en directo de la posición. Iba viendo pasar las coordenadas mientras el aerocoche devoraba un kilómetro tras otro.



CAPÍTULO CUATRO

Belkor recorrió cañones escarpados, altiplanos de sal y valles rocosos con enormes torres de piedra. En Ryloth había muchas extensiones deshabitadas, con la excepción de alguna que otra aldea o población aislada, que tenía poco contacto con el mundo exterior. Fuera de las ciudades había muchas zonas salvajes pobladas por rebaños de depredadores y sus presas. Este planeta sería totalmente insignificante si no fuera porque se convirtió en fuente de mano de obra forzada para la extracción de ryll, un mineral milagroso con múltiples aplicaciones dentro del campo de la ciencia, el ejército y los estupefacientes.

A lo lejos, a la derecha, vio las luces de una planta de extracción de ryll. No obstante, viendo las coordenadas, supo que tenía que seguir en dirección oeste. Redujo velocidad cuando empezó a acercarse a su destino. Observó atentamente las coordenadas hasta llegar a la ubicación designada.

Delante de él, Belkor vio un valle cubierto de matorrales, árboles látigo y rocas que parecían esparcidas por un gigante. Las paredes del valle estaban llenas de cuevas. Cham le esperaba en una de ellas. Belkor dio un par de vueltas en círculo, buscando la nave de Cham, pero no veía nada. En la segunda vuelta, una baliza infrarroja le envió una señal desde una de las cuevas.

—Buenas noches, Syndulla —susurró, y se dirigió hacia ahí.

Al salir del aerocoche, le recibió ese viento omnipresente y la mujer twi’lek que siempre acompañaba a Cham. Isval, creía recordar que se llamaba. Salió de detrás de un matorral, se le acercó, le dio la vuelta bruscamente y empezó a registrarlo en busca de armas. La expresión que tenía su rostro intimidaba más que los dos blásteres y la vibrohoja que llevaba.

—Espera un minuto —le pidió Belkor, pero Isval no se detuvo. La fuerza que tenía en las manos no le dejaba duda alguna de que toda resistencia sería inútil. Isval le quitó el bláster de la cintura, que era más ceremonial que otra cosa: Belkor sólo había disparado un bláster durante los entrenamientos en el campo de tiro, pero nunca en combate.

—Sígueme —le ordenó la mujer—. Y no me hables.

—¿Quién eres tú para…?

Ella se dio la vuelta, gruñendo y alzando levemente el labio para mostrarle los dientes punzantes que ella misma se afilaba, algo que sólo suelen hacer los twi'leks varones.

Se dirigió a él con tono amenazante, con los puños fuertemente apretados:

—¿Es que no me he expresado bien, imperial? *No* me hables.

Se dio la vuelta y lo condujo hacia la cueva, donde teóricamente le esperaba Cham. Belkor no tenía ganas de volver a ver esos dientes, así que se quedó en silencio.

Cham le esperaba en la entrada de una cueva, con la luz infrarroja en la mano y un rostro adusto y espectral. El viento nocturno agitaba el pelo de Belkor. Sintió un ataque de nervios en el estómago. Nunca se había fiado de Cham, pero estaba seguro de que no era estúpido. Y Cham sabía que Belkor era un traidor (traicionaba a Mors y quizá también al Imperio), pero también sabía que tenía información abundante sobre todas sus operaciones. Nombres, lugares. Belkor podía desmontar la resistencia si se lo proponía. Y Cham no podía arriesgarse.

Por alguna razón, esta reunión tenía un tono distinto a sus encuentros previos.

—Vamos a hablar aquí mismo —le propuso Belkor—. No necesito mucho tiempo para lo que tengo que decirte.

—Para lo que yo tengo que decirte, sí —le replicó Cham, apagando la luz infrarroja. Dio media vuelta y se adentró en la cueva—. Sígueme.

Belkor estaba atrapado entre Isval y Cham y no tenía muchas alternativas. Se llevó la mano a la funda de bláster vacía de la cintura. Isval soltó una risita.

—Abre bien los ojos —le gritó Cham a Isval, que se quedó haciendo guardia en la entrada de la cueva.

Belkor se apresuró para seguir a Cham, adentrándose con él.

—No veo nada, Syndulla —gritó Belkor, con las manos extendidas hacia delante. Los twi'leks pasaban buena parte de sus vidas bajo tierra y tenían la vista bastante adaptada a la oscuridad. Belkor se sentía más vulnerable que nunca. Respiraba demasiado rápido y estaba sudando.

La luz infrarroja volvió a encenderse. Tenía a Cham justo delante, mirándole a los ojos.

—¡Ahh! —gritó Belkor, asustado.

—Estas cuevas son viejas —le explicó Cham—. Atraviesan todas estas montañas. Mi gente siempre se ha escondido aquí para formar grupos de resistencia. Ha sido así un ciclo tras otro. El opresor cambia, pero las cuevas siguen siendo las mismas.

Acercó la luz a las paredes. Belkor vio que estaban cubiertas de grafitis anti-ocupación. Algunos se remontaban a las Guerras Clon e incluso a antes.

—Los twi'leks despreciáis a los Jedi y a los separatistas tanto como al Imperio —dijo Belkor.

—Despreciamos los yugos de todo tipo —le replicó Cham.

A sus espaldas, una ráfaga de viento aullaba en la entrada de la cueva.

Belkor sentía que había perdido terreno en la conversación. Se propuso recuperarlo.

—No vengo a recibir una lección de historia, Syndulla.

—No —le respondió Cham con un tono distinto al de encuentros anteriores, más seguro de sí mismo—. Vienes para recibir otro tipo de lección.

—¿Y cómo es eso? —preguntó Belkor, intentando sonar despreocupado.

Miró por encima del hombro, con la sensación de que la twi'lek estaba ahí, en medio de la oscuridad, observándolo. Se la imaginaba con los ojos fijos en él, como un depredador observando su presa. Entonces se acordó de los lyleks que había visto al venir, desmembrando al más pequeño y débil.

Se aclaró la garganta y trató de olvidar esa imagen.

El túnel giraba a la izquierda, hacia un espacio abierto iluminado por una luz naranja.

Dentro de la cueva con suelo de arena había una sencilla mesa de madera y dos sillas a cada lado. Nada más. Sólo la mesa y las sillas.

—¿Vamos a jugar al holoajedrez, Syndulla?

—Llevamos años jugando al holoajedrez, Belkor. Y tú has perdido. Solo que no te has dado cuenta. Pero vas a hacerlo. Siéntate. Vamos a ser honestos el uno con el otro. Totalmente honestos.

—Eso no parece muy recomendable —bromeó Belkor, intentando esconder su preocupación creciente. El aire seco le drenaba toda la humedad de la boca. Se sentó delante de Cham. La piel naranja del twi'lek estaba enrojecida, sus lekku se balanceaban ligeramente y tenía la mirada clavada en los ojos de Belkor.

Belkor se esforzaba por devolverle la mirada a Cham.

—¿Has estado tomando especia, Syndulla? Creo que has malinterpretado nuestra relación, al igual que tu chica ahí fuera. Yo no trabajo para ti. Eres tú el que trabaja para mí. Puedo perdonar un lapsus una vez, pero…

Cham levanto una mano, con un ceño fruncido amenazador. Belkor tartamudeó un poco y acabó quedándose en silencio.

—He dicho que vamos a ser honestos —insistió Cham—. Empezaré yo. Estás aquí para decirme que Orn Free Taa va a venir a Ryloth en visita oficial dentro de diez días.

—Yo… —Belkor se mordió la lengua—. Tienes unos espías excelentes.

—Más de lo que te puedes imaginar. Irá en el destructor estelar *Peligro*.

Belkor se reclinó hacia atrás en la silla, sudando, escudriñando a Cham, fingiendo indiferencia, aunque sabía que no lo estaba haciendo demasiado bien.

—¿Y qué?

Cham se inclinó hacia delante, agarrando los márgenes de la mesa con las manos. Miraba a Belkor directamente a los ojos.

—Pues que te veo, Belkor. ¿Tú me ves?

—¿Qué? No lo entiendo… ¿Qué quieres decir? —Belkor se sentía desconcertado. Sabía que debía de tener un aspecto ridículo.

—Siempre te he visto —dijo Cham—. Y todo este tiempo te creías que estaba bailando tu canción, ¿no? ¿Te pensabas que estabas jugando conmigo? Eres como un *niño*, Belkor.

Belkor parpadeó ante la gran confianza que desprendía Cham. Intentó buscar las palabras adecuadas, pero no las encontró. Intentó buscar su dignidad, pero no la encontró. Se puso en pie, con las piernas temblorosas.

—Nuestra relación ha terminado. Me voy.

—No, no te vas. Siéntate, Belkor Dray. Siéntate.

Belkor tragó saliva, con la cara roja de rabia y miedo.

—¿Vas a matarme? He tomado medidas. Si me pasa algo…

—¿Tus agentes me matarán? Es mentira, Belkor. No confías en nadie lo suficiente como para hablarle de nuestra relación. Ya sé que tienes hombres por todo el planeta que te son leales a ti y no a Mors. Pero si les contaras lo nuestro dejarían de ser leales, ¿no? Precisamente porque tienes ese ejército es por lo que me resultas interesante. Yo también tengo un ejército, Belkor. Tú y yo somos una pareja bastante singular.

—Un disco de datos —dijo Belkor rápidamente, con un tono más agudo de lo habitual—. Preparado en caso de que yo muera. Revela tu identidad y la ubicación de muchas de tus bases, de tu gente. Lo recibirá todo el mundo que necesite saberlo.

Cham le dedicó una sonrisa de superioridad.

—Mira, eso me lo creo, pero no cambia nada. No sabes ni la mitad de lo que hay que saber sobre mi red, Belkor. La información de ese disco supondría un golpe, pero no un golpe mortal.

El twi'lek se quedó callado un momento, aparentemente para dejar que Belkor digiriera lo que le había dicho. Belkor no sabía qué pensar. ¿Era mentira? ¿Era verdad? No lo sabría decir.

El tono de Cham se volvió más sombrío.

—Además, hace mucho tiempo que estoy preparado para morir por mis principios. Las amenazas no me afectan. Pero ¿y tú, Belkor? ¿Tienes principios? ¿Estás preparado para morir por ellos? ¿Estás preparado para morir por el Imperio? Aquí. Ahora.

Se puso en pie, desenfundó el bláster y le apuntó a la cabeza de Belkor.

Belkor parpadeó y tragó saliva.

—No.

Cham guardó el arma y volvió a sentarse.

—Eso creía. ¿Por qué querrías morir? Eres una persona ambiciosa, Belkor. Eso te hace fácil de entender y de manipular. De los dos, tú eres el único que tiene algo que perder. Deja que te enseñe una cosa.

Cham se sacó un holocristal portátil y un reproductor de mano de uno de los compartimentos del cinturón. Lo puso sobre la mesa y lo activó. Belkor vio una serie de imágenes de sus encuentros anteriores con Cham. Docenas de encuentros. Escuchó su

propia voz dándole a Cham o a uno de sus agentes información sobre el próximo envío en tal o cual fecha, sobre la cantidad de soldados imperiales de guardia en esa o aquella planta de producción de especia, sobre los esquemas de patrullas y cómo evitarlos… incontables momentos de incriminación, innumerables casos de traición.

Belkor sentía como si se deshinchara, como si se estuviera quedando sin aire. Miró alrededor de la cueva en busca de la cámara. Seguro que este encuentro también lo estaban grabando.

—También estás grabando este encuentro —le dijo con un hilo de voz.

—Por supuesto —respondió Cham—. Eres mío. Siempre has sido mío. Y ahora ya lo sabes. Esta es la honestidad que te he prometido. ¿Ahora nos entendemos?

Belkor asintió con la cabeza, vacilante. Sintió un mareo.

—Nos entendemos.

—Muy bien. Puedo portarme mejor contigo de lo que el Imperio se ha portado con Ryloth. Aquí nadie tiene por qué perder, Belkor. Estoy siendo honesto. Pero necesito más de ti de lo que te he pedido nunca. Necesito algo más que información. Necesito compromiso. Necesito colaboración.

Belkor negaba con la cabeza.

—No puedo. No lo haré.

—Claro que puedes y claro que lo harás. Tienes que hacerlo.

A pesar de su negación, Belkor sabía que lo haría. Tenía que hacerlo. Le daba vueltas y más vueltas, y no veía otra salida.

—Dime qué quieres —le pidió calladamente.

—Para empezar, tienes que decirme todo lo que sepas sobre el *Peligro*. ¿Taa vendrá con todo su séquito? ¿Habrá otros dignatarios a bordo?

—Sólo sé que estará Taa —dijo Belkor—. Estoy seguro de que irá también su personal, pero no me consta ninguna otra figura destacada.

Cham le estudió el rostro, como si buscara mentiras con la mirada.

—Dime la verdad.

—Es la verdad —le respondió Belkor—. Solo irá Taa. Cham frunció los labios.

—Te creo, Belkor. Muy bien, esto es lo que necesito que hagas…

Cham se reclinó hacia atrás en la silla. Durante la media hora siguiente, Cham le explicó su petición. Belkor escuchaba atentamente, cada vez con mayor incredulidad. No tenía ni idea de que Cham tuviera tantos hombres y tanto equipo a su disposición. Había subestimado al twi'lek y le había costado caro.

Cuando terminó, Cham le preguntó:

—¿Lo has entendido?

Belkor asintió con la cabeza, con sensación de derrota.

—Muy bien —dijo Cham—. Ahora una dosis más de honestidad. Si todo esto falla, te delataré.

—¿Qué? ¡Te he dicho que te ayudaría con todo esto! ¡Pero no te puedo garantizar el éxito!

Cham sonrió, pero era una sonrisa desprovista de alegría.

—Yo no quiero que me garantices el éxito. Quiero que me garantices que te esforzarás al máximo. Nada de medias tintas, Belkor. Lo haces a fondo. Tenemos éxito juntos o morimos juntos, cada uno a su modo. ¿Lo entiendes?

Belkor no podía ni hablar. Se limitó a asentir levemente con la cabeza.

—Muy bien —concluyó Cham—. Ahora vámonos de aquí.

Salieron juntos por el túnel, caminando uno al lado del otro, hasta que vieron la silueta de Isval en la entrada de la cueva. Un pensamiento repentino se apoderó de Belkor. Miró a Cham a los ojos.

—¿Y si no hubiera dicho que sí? Me habrías matado, ¿no? ¿O me habría matado ella?

Cham no vaciló.

—Lo habría hecho yo, no ella. Por eso venimos a esta cueva. Está muy apartada. No hay animales carroñeros. El nivel de humedad en el aire es tan bajo que un cuerpo se seca a una velocidad sorprendente. Te habría dejado ahí mismo. Así no me hubiera cansado ni ensuciado al enterrarte. Nadie te habría encontrado jamás.

Belkor se quedó mirando la oscuridad de la caverna, viéndola como su tumba, y entonces volvió a mirar a Cham.

—Pero no ha sido necesario —dijo Cham—, porque eres inteligente, Belkor. Y ahora te voy a decir algo importante. ¿Me escuchas?

Belkor asintió.

—En cuanto salgas de aquí, vas a empezar a repensártelo. Vas a empezar a pensar sobre cómo le puedes dar la vuelta, salvarte y librarte de mí. Pero no puedes. Tengo gente en todas partes, Belkor. Por eso sabía lo de Taa. Toda la información que me has ido dando en el pasado… ya la sabía. Sólo quería que me la dieras para poder grabarte mientras lo hacías. Tenerte en el bolsillo para utilizarte cuando fuera necesario. Y ahora es el momento de utilizarte. Si metes la pata o intentas darle la vuelta a todo esto, lo sabré inmediatamente. Y entonces te delataré y se sabrá todo.

—Fuiste tú quien cometió todos esos crímenes, no yo.

Mientras Belkor lo decía, se dio cuenta de lo estúpidas que sonaban esas palabras.

—Sí, pero tú fuiste cómplice. Imperiales muertos, Belkor. Muchos. El Imperio te hará responsable de ello y, por mucho que quieras justificarte, nadie te perdonará. Cuando salgas de aquí y te invada la incerteza, tienes que recordar que sólo me tienes a mí. Que si me traicionas, lo único que te espera es una muerte muy fea y un escándalo para toda tu familia. Pero… *pero* si haces lo que te digo, los dos saldremos beneficiados. Taa morirá, Mors caerá en desgracia y nos encargaremos de que quedes como el héroe. Moff Dray. Suena bien, ¿no?

—Pero todavía me tendrás en el bolsillo —replicó Belkor.

—Pero seguirás con vida. Y serás Moff. Eso es mucho mejor que la alternativa.

Belkor no dijo nada.

—Adiós, Belkor. Empieza con los preparativos. Pronto me pondré en contacto contigo. Ah, y bienvenido a la resistencia.

Belkor salió de la cueva, pasó por delante de Isval sin apenas verla y volvió a su aerocoche. Entró y se sentó. Pasó un momento de calma absoluta, hasta que todo explotó en su interior.

Empezó a golpear el panel de instrumentos con los puños una y otra vez, una y otra vez.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!

Paró cuando vio que estaba sangrando. El dolor le ayudó a concentrarse. Apretó la mano herida contra el pecho, encendió los motores y se dirigió a Lessu a toda velocidad. A medio camino se lo empezó a repensar, como había anticipado Cham. A pesar de la confusión que lo invadía, empezó a analizar la cuestión desde todos los ángulos posibles. Aparte de colaborar con Cham o entregarse, solo veía una opción: huir, buscar un rincón remoto en la galaxia y vivir su vida en la clandestinidad. Cham lo podría delatar, pero él ya estaría lejos de ahí.

Pero cuando empezó a ver las luces de Lessu a lo lejos, ya había descartado la idea de huir. Siempre había estado en peligro. De acuerdo, Cham lo controlaba. Podía vivir con ello. Podía vivir con Cham. Se necesitarían el uno al otro cuando fuera Moff.

Y lo único que tenía que hacer era asesinar a un senador twi'lek.

Belkor podía vivir con ello.

—

Cham e Isval observaron cómo la oscuridad engullía el aerocoche de Belkor.

—¿No ha mencionado a Vader o al Emperador? —preguntó Isval.

—No. Le he dado la oportunidad y estaba con la guardia baja. Hubiera dicho algo, o se lo hubiera detectado en la mirada. No sabe nada.

Isval exhaló.

—Entonces la información es buena. Vader y Palpatine vienen con Taa.

Cham asintió con la cabeza.

—Pero podría ser una trampa. Sólo que Belkor no forma parte de ello. Podrían sospechar que está colaborando con nosotros.

—No —dijo Isval—. Hemos ido con mucho cuidado y él también. Y Mors es una imbécil. Lleva años holgazaneando en esa luna mientras Belkor lleva las cosas por ella, saboteándola siempre que puede. No, simplemente es que no le han dicho que Vader y el Emperador vienen. La van a sustituir, Cham, y para ello montarán un gran espectáculo. Probablemente traigan también una guarnición de soldados de asalto. Nos van a invadir a lo grande.

Cham asintió con la cabeza.

—Seguramente tienes razón.

—Entonces, ¿seguimos adelante? —preguntó, alzándose sobre la punta de los pies.

—Seguimos adelante —respondió Cham—. Pobre Belkor. Cuando sepa en lo que se ha metido…

Isval endureció la expresión.

—Es chusma, Cham. Chusma imperial. No seas sentimental. Ni con él, ni con el resto. Nunca.

La vehemencia de Isval no le sorprendió, teniendo en cuenta lo que había experimentado durante su juventud.

—No es una cuestión de sentimiento. Son principios. ¿Qué soy sin eso?

—Eres alguien que estará en el lado de los ganadores. Eso es lo que espero —respondió Isval, y entonces cambió de tema—. ¿Y ahora qué?

—Ahora lo preparamos todo —le respondió Cham—. Y quiero decir *todo*. Esta es la operación que hemos estado esperando. Hay que movilizar a todo el mundo, preparar todas las armas y las naves. Tendremos los patrones de las patrullas imperiales y podemos moverlo todo. Vamos a ver si somos tan buenos como creemos.

—Lo somos —afirmó Isval—. Dalo por hecho. Pero escúchame, voy a volver a Lessu un día o dos. Me ocuparé de todo desde ahí.

Cham se dio la vuelta y se quedó cara a cara con ella. Casi nunca percibía su belleza, oculta como estaba tras la máscara de su rabia. Pero justo entonces, bajo la luz pálida de las lunas, Isval parecía tan vulnerable y tan bella como el día en que la conoció. De vez en cuando le resurgían sentimientos por ella, pero los reprimía. Eran una complicación que no se podía permitir. Le había dicho que no fuera sentimental. Pues no lo sería.

—¿Qué tienes en Lessu? —le preguntó, preocupado.

Volvió a aparecer la máscara.

—Son asuntos personales. ¿De acuerdo?

Cham no preguntó nada más. No tenía ningún derecho a husmear.

—Muy bien. Pero ve con cuidado.

—Siempre voy con cuidado.

—Seguro —respondió Cham, sonriendo.

Isval había alquilado una pequeña buhardilla en un complejo residencial subterráneo, en un barrio pobre de Lessu. Las paredes eran muy finas y se oían ruidos de las habitaciones adyacentes; gritos de una, risas histéricas de otra. El olor de la cena de alguien se filtraba por el sistema de ventilación compartido. Estaba hambrienta, pero no de comida.

Al ver a Dray, con su pelo peinado impecablemente, su ropa planchada sin arrugas y esa expresión tan insufrible de confianza en sí mismo… se había acentuado su necesidad. Hacía días que esta sensación la iba invadiendo, como una de las tormentas de arena de Ryloth. Finalmente, la tormenta había explotado.

Le había dicho a Cham que estaría en Lessu dos días, pero sólo tenía intención de utilizar el primero. Sentía demasiada necesidad, presión, agitación. No podía esperar dos días. Tenía que hacerlo esa misma noche. Tenía que hacerlo. Si no lo hacía, no podría

ayudar a Cham, estaría demasiado enfadada, demasiado descuidada. Necesitaba una vía de escape.

Sabía cómo la veían los demás: impaciente, brusca, siempre a punto de explotar. La esclavitud la había hecho así. Si era un monstruo, era un monstruo engendrado por el Imperio.

Vio su propio reflejo en el pequeño espejo que colgaba de la pared. Se había puesto un pañuelo en la cabeza de los que gustaban a los hombres, además de maquillaje para acentuar sus pómulos altos, sus ojos hundidos y sus labios generosos. Era la máscara que se ponía cuando cazaba.

La de la máscara no era ella, sino más bien quien había sido en el pasado. Una versión más monstruosa de ella misma.

La extensión azul pálida de su piel parecía un mar de aguas tranquilas. ¿Cuántas veces habría oído exactamente eso de labios de algún imperial? Demasiadas veces. Isval imaginaba lo que debían de pensar los imperiales: que si eran educados y disfrazaban la opresión con palabras bonitas, entonces, de alguna forma, le estaban dando una oportunidad a la chica. Pero no era así. Simplemente se estaban mintiendo a ellos mismos sobre lo que querían de ella y por qué ella estaba obligada a dárselo. Nunca había tenido una oportunidad, una oportunidad de verdad. Al menos hasta que estranguló a ese cabo con un pañuelo y huyó a la resistencia.

Pero llevaba sus cicatrices; las llevaría siempre. No eran cicatrices en la piel, sino en el alma. Y se las abría cada vez que necesitaba recordar lo que era el dolor o alimentar su rabia. La esclavitud y sus degradaciones la habían destrozado. Sabía que no se iba a recuperar nunca, no del todo, pero le daba igual. La destrozaron y la dejaron como una roca escarpada y abrupta. Y ahora utilizaba todas sus puntas afiladas para hacerles daño. La habían convertido en algo, en una esclava, en una posesión, en una *cosa*... y cuando huyó, el proceso continuó. Siguió endureciendo su espíritu como un herrero golpea el metal con un martillo, hasta convertirse en algo nuevo: en una guerrera. A veces, en una asesina. Cham Syndulla le había dado un lugar y le estaba muy agradecida. Para él era una causa, pero para ella no. Para ella era la válvula de escape que utilizaba para expulsar su ira contra el Imperio.

Practicó una sonrisa en el espejo mientras se ponía un collar alrededor del cuello. La sonrisa le parecía útil, a pesar de sus colmillos afilados. Llevaba pantalones ajustados y una camiseta que dejaba entrever su vientre. Por encima se puso una túnica reluciente y transparente que acentuaba sus curvas al caminar. Se guardó el bláster en una cartuchera en la parte de atrás de la cintura y escondió una vibrohoja debajo de las cintas que llevaba en la pierna izquierda.

Vaciló durante unos momentos, recordando las palabras de Cham sobre los principios. Sabía que él no le daría su consentimiento, que no aprobaría esto que hacía, esto que había hecho una docena de veces. Seguramente estaría en desacuerdo no sólo por el riesgo que corría, sino también por los principios. Principios. Se imaginó lo que le respondería, y se sintió liberada.

—Hacemos lo que tenemos que hacer para ganar, Cham. Son chusma y se lo merecen.

Sin embargo, sólo se lo creía a medias. Seguro que Cham la había estado influyendo más de lo que pensaba. Pero creérselo a medias era suficiente para seguir adelante. Especialmente con la necesidad que sentía.

Salió de la buhardilla, subió por las escaleras, pasó junto a un borracho que dormía tumbado junto a la pared y salió a la calle. La avenida le llenó todos los sentidos: el sonido del tráfico y el zumbido de los transeúntes; el olor de los fuegos donde la gente cocinaba, las pipas de especia y el hedor sudoroso y seco de la noche de Ryloth. Con el viento, la túnica se le arrapaba al cuerpo. Podía sentir todas las miradas que se fijaban en ella y le recorrían la figura, pero las ignoraba.

Levantó el brazo para detener un aerotaxi. Con sus curvas y el maquillaje, no tardó en parar uno. Le dijo al conductor que la llevara al Octágono, una de las plazas principales de Lessu. Sus ocho lados estaban llenos de cantinas y salas de baile frecuentadas por imperiales y por chicos y chicas del oficio. Nunca había ido ahí a cazar.

El Octágono estaba excavado en el interior rocoso del peñón de Lessu. El suelo de la plaza estaba a treinta metros de profundidad. Una serie de escaleras, túneles y balcones, excavados en la roca e iluminados con antorchas, subía hasta los niveles superiores. De aquí, un laberinto de calles y escalinatas conducía al exterior.

Los clubes y las cantinas estaban excavados directamente en la roca, y el interior quedaba escondido. Había un flujo constante de vehículos imperiales y oficiales sonrientes que iban y venían entre los varios niveles del Octágono. La mayoría iba con acompañantes twi'leks. Banderas ondeando al viento, carteles luminosos y promotores callejeros anunciaban los numerosos establecimientos. Isval los contemplaba a través de la ventana del aerotaxi. Odiaba todo aquello.

—Nivel siete, por favor —dijo, y el conductor la llevó hasta una de las plataformas del nivel siete, el segundo empezando por abajo. Cuando se abrió la puerta del vehículo, la asaltó inmediatamente ese olor, que le recordaba a su vida anterior: una mezcla de humo, perfume y especia. Desde el nivel inferior se escuchaban risas, mezcladas con la música.

Un oficial panzudo un poco mayor, vestido de gris reglamentario, se la quedó mirando mientras su aerotaxi se iba. Levantó las cejas y le dedicó una sonrisa de confianza, indicio evidente de que le estaba haciendo una proposición. Isval lo ignoró y se dirigió a unas escaleras cercanas.

—¡Estirada! —le gritó el oficial por detrás.

El laberinto estaba lleno de rincones oscuros, recovecos secretos, túneles estrechos y callejones sin salida. Por todas partes se podían ver borrachos, drogadictos colgados de especia, chicas del oficio y otros desechos del negocio del vicio de Lessu. A medida que Isval descendía hacia las profundidades del Octágono, los vicios eran cada vez más graves y los carteles luminosos más explícitos. Se había pasado la juventud en el nivel uno, conocido como el Agujero. Y ahora mismo iba a cazar ahí, al Agujero.

Con una sonrisa falsa y una habilidad muy entrenada, a medida que bajaba iba librándose de los manoseos de imperiales borrachos o abotargados por la especia. Uno de ellos se estaba haciendo excesivamente pesado, así que le dio un rodillazo en la ingle y lo dejó gimiendo en la escalera. Las risas que se oían desde arriba le recordaron que tenía que ir con mucho cuidado para que no la vieran.

Cuando llegó al fondo, estaba sudando. El hedor del nivel uno le trajo muchos recuerdos. La degradación, el hambre, los abusos y esa desesperación implacable y constante.

El aire estaba cargado de humo y pestilencia. Había pocas antorchas y los carteles luminosos desprendían una luz escasa o estaban apagados. Humanos, twi'leks y demás razas se movían por esa oscuridad sofocante como espectros, tan avergonzados de sus inclinaciones que solo podían librarse a sus deseos prácticamente en la oscuridad total. Isval se movía entre ellos, convertida ella también en un espectro, buscando una víctima y un lugar apropiados. Estaba muy cerca de ambas cosas.

Se sentó en un recoveco cercano a un club de especia y vicio, al amparo de la oscuridad, sumida en su rabia. Observó a un joven oficial que salía del club, cogido del brazo de una twi'lek más bien desnutrida. La chica habría visto ya veinte veranos, y llevaba la ropa justa para cubrirse. El oficial la iba toqueteando mientras caminaban. Iba sudado, con la cara sonrojada por el calor de la noche y por las expectativas de lo que iba a suceder. Se inclinó sobre ella torpemente y murmuró algo en su oído.

La chica sonrió, con esa sonrisa falsa que Isval conocía tan bien y que había practicado a menudo.

Isval lo seguía observando, cada vez con más desprecio y rabia. Era un joven teniente, probablemente recién llegado en un transporte desde el Núcleo, de esos que creían que llevar el uniforme gris y un arma les daba derechos sobre todos los recursos y las mujeres de Ryloth.

Isval buscó en su interior la determinación necesaria, la encontró y salió de su escondite. Su aparición sorprendió a la pareja, y la sorpresa del oficial se transformó en deseo, al mirarla lascivamente de arriba abajo. No había nadie más alrededor.

En el rostro enrojecido y alcoholizado del oficial se formó una sonrisa desaliñada, y balbuceó unas palabras:

—Qué guapa eres. ¿Por qué no te unes a nosotros?

Isval se le acercó, sonriendo, mientras se llevaba la mano a la cartuchera de la espalda. Cuando lo tuvo delante, sacó el bláster y le asestó un culatazo en la mandíbula. Le hizo saltar sangre y algún diente, y el oficial cayó al suelo, gimiendo de dolor.

La chica soltó una exclamación y parecía que iba a salir corriendo.

—¡No, quédate! Ayúdame —le pidió Isval. Desarmó al oficial, lo agarró por las axilas y lo arrastró hacia el rincón oscuro donde se había escondido antes. La chica no la ayudó, pero la siguió, indecisa y cautelosa. De pie sobre el oficial, Isval le preguntó a la chica:

—¿Cómo te llamas?

La chica parpadeó y no dijo nada.

—A *ti* no te voy a hacer daño —le aseguró Isval.

El oficial gimió y empezó a mover la mano. Isval se la pisó, se oyó un crujido y el oficial gritó de dolor.

—Ryiin —dijo la chica en voz baja, mirando alternativamente a Isval y al oficial—. ¿Qué quieres de nosotros? ¿Nos vas a robar?

—Tú y este… —le pegó una patada al oficial— no sois «nosotros», da igual lo que te haya dicho.

—Yo no… ¿qué?

—¿De qué clan eres? —le preguntó Isval. Ryiin apartó la mirada, avergonzada.

—No eres de ninguno —concluyó Isval, asintiendo con la cabeza. Entonces le dijo lo que había dicho muchas veces antes—. Pues esto va a cambiar. Escúchame, Ryiin. Yo antes estaba como estás tú ahora. Me pasé tres años en el Agujero antes de poder escapar.

En los ojos de Ryiin no había ninguna esperanza.

—¿Escapar? No se puede escapar de aquí.

—Sí que se puede, si quieres.

Ryiin alzó la barbilla, mirándola fijamente:

—¿Cómo?

—Ven conmigo. Te sacaré de aquí. Tengo un lugar, podrás quedarte ahí. Volver a empezar. Lejos de… esto. Ya lo sé, ya lo sé. No te fías de mí. ¿Por qué ibas a fiarte de mí? Pero mi oferta es auténtica.

Ryiin dio un paso hacia atrás, como si en lugar de ofrecerle su ayuda, Isval la hubiera amenazado. Isval no se sorprendió. La esperanza y la confianza no abundan entre las trabajadoras del Octágono.

—No puedo…

—Sí que puedes. Deberías. Mírame. Mira. Te voy a ayudar.

La chica negaba con la cabeza.

—Me perseguirán.

Isval no le mintió.

—Podría ser. Pero no es muy probable. Ni siquiera saben tu nombre completo. Y cuando desaparezcas, habrás desaparecido. Y si quieres, puedes irte para siempre.

—*Yo…* no puedo.

El oficial soltó un gemido de dolor. Isval sacó la vibrohoja.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Ryiin, horrorizada.

—Lo que habría que hacer con todos ellos —le respondió Isval, arrodillándose con la vibrohoja en la mano.

—¡No, no! —le gritó Ryiin. Se lanzó de rodillas junto a Isval con expresión de súplica, y le cogió la muñeca.

—No lo hagas, ¿de acuerdo? Me iré contigo, pero no hagas esto.

—No quiero que vengas conmigo para salvarle a él —le gritó Isval—. Quiero que vengas conmigo para salvarte a ti misma. ¿Qué significa él para ti?

Ryiin miró al oficial, luego a Isval.

—No significa nada, pero… no me ha hecho nada malo.

—Lo hubiera hecho —le replicó Isval—. Además, es un soldado del Imperio. Y el Imperio se ha portado muy mal con todos nosotros.

—Lo sé —dijo Ryiin—. Pero no lo hagas. ¿Vale? No lo hagas. Iré contigo. Quiero irme contigo. Pero… tengo miedo.

Se quedaron congeladas al oír unas voces en el callejón, cerca de su recoveco. Pero los ruidos pasaron pronto.

—Pues este tipo te debe la vida —dijo Isval. Se puso en pie y le dio una patada en la cabeza al oficial, que no hizo ningún sonido. Simplemente se quedó sin fuerzas.

—Vámonos. No puedes ir a recoger tus cosas.

—No tengo nada que recoger.

Isval se llevó a Ryiin de la mano y la sacó de aquel tugurio, lejos del humo, de las sonrisas lascivas, de la especia y el vicio. Subieron más y más. A medida que subían, Isval se empezó a sentir más ligera de lo que se había sentido desde hacía meses. Sabía que ese sentimiento no iba a durar, pero lo disfrutó mientras podía. Se preguntaba qué pensaría Cham si supiera lo que hacía, lo que tenía que hacer. Seguramente no lo entendería. Cham predicaba siempre sus principios, pero sólo alguien que no ha bajado nunca al nivel uno del Octágono puede pensar en términos de principios. En el mundo real no siempre se aplicaban los principios. Isval lo sabía. Quizá Ryiin también.

Cuando llegaron a la parte superior del Octágono, sudadas y sin aliento, se perdieron entre la multitud. Ryiin miraba a su alrededor, boquiabierta, respirando profundamente el aire de la noche.

—¿Cuánto tiempo has estado? —le preguntó Isval.

—Hace semanas que no salgo del Agujero.

—¿Todavía estás convencida?

Isval se lo preguntaba porque en alguna ocasión, llegadas a este punto las chicas daban media vuelta. Era extraño, pero a veces pasaba.

—Estoy convencida —le aseguró Ryiin.

—No vuelvas nunca —le pidió Isval, y Ryiin asintió con la cabeza—. Y ahora te llevaré a casa. A tu nueva casa.

Un aerotaxi las llevó hasta la buhardilla de Isval, de la que había salido unas horas antes. Condujo a Ryiin por las escaleras, pasaron junto al mismo borracho de antes, que no se había movido, y llegaron a la buhardilla.

—No es gran cosa —dijo Isval, al enseñarle la habitación—, pero es seguro. Y es tuyo.

—¿Qué quieres decir? ¿No te quedas? ¿No es tu casa?

—No, es tuya. Está pagada para todo un año.

—¡Un año!

—Hay comida en los armarios y unos cientos de créditos en el cajón, al lado de la nevera. Con esto deberías tener suficiente para empezar una vida nueva.

Al oír todo eso, a Ryiin le flojearon las rodillas. Cogió una silla y se sentó. Tenía lágrimas en los ojos. Isval se quitó el pañuelo de la cabeza, se desvistió y se puso su camisa de siempre, los pantalones y el cinturón de las armas.

Ryiin no le quitaba ojo de encima.

—No lo entiendo. No te entiendo. ¿Quién eres? ¿Por qué haces todo esto?

—Ya te lo he dicho —le respondió Isval, mirándose en el espejo. Cogió un trapo, lo mojó con agua y se quitó el maquillaje—. Yo también hacía lo que haces tú. Bueno, lo que *hacías*. Sólo quiero ayudar. Ojalá alguien me hubiera ayudado a mí.

—No es eso lo que quiero decir —dijo Ryiin—. ¿Por qué yo? No soy nadie.

—¡Eso no es cierto! ¡Eres alguien! Te he elegido… al azar. Ibas con un imperial y estabais los dos solos.

—¿Eso es lo que haces? ¿Buscas imperiales para matarlos? ¿Por qué?

Isval se la quedó mirando a través del espejo.

—¿En serio tienes que preguntarlo?

Ryiin no le aguantó la mirada en el reflejo del cristal.

—¿Lo… has hecho antes? ¿Has matado imperiales?

Esta vez, Isval se miró a sí misma en el espejo.

—¿Tienes que preguntarlo?

Ryiin no dijo nada. Le recorrió un escalofrío.

—Tengo un amigo —le explicó Isval—. Quiere salvar este planeta entero. Pero eso es… es demasiado para mí. Demasiado. Yo sólo quiero salvar a alguien, salvar a alguna gente. Quizá a ti.

Ryiin sonrió.

Isval se aclaró la garganta y recogió sus cosas.

—Cuídate, Ryiin. Normalmente no vuelvo a pasarme nunca. Sería peligroso para las dos.

—¿Normalmente? ¿Lo has hecho antes con otras chicas?

—Sí.

—Parece que ya has salvado a alguien. ¿Puedo preguntarte a cuántas?

—A muchas. No importa.

—¿Y cada vez has…?

Isval terminó la frase mentalmente… *¿matado a alguien?*

—Me voy —dijo Isval.

—Espera, ni siquiera sé cómo te llamas.

—No hace falta que lo sepas. Adiós, Ryiin.

—Bueno, gracias. Muchas gracias. No sólo por salvarme, sino por no hacer eso.

Isval se detuvo en la puerta pero no se dio la vuelta. Le preguntó por encima del hombro:

—¿Por qué te importa tanto?

Ryiin negó con la cabeza, se recolocó en la silla.

—No lo sé, pero… algún día tiene que acabar, ¿no? La violencia. Las muertes. Alguien tiene que parar, o nunca acabará. ¿No crees? Quizá yo te esté salvando a ti.

Ryiin se rió. Isval se miró las manos pero no respondió.

—¿Qué pasa? —le preguntó Ryiin—. ¿He dicho algo malo? Lo siento.

—No has dicho nada malo. Quizá es que no pasaste demasiado tiempo en el Agujero. Buena suerte, Ryiin. No vuelvas nunca ahí, ¿vale?

—¿Eso es todo? —preguntó Ryiin.

—Eso es todo.

Isval salió de la buhardilla. Otra chica más liberada de sus ataduras. Alguna de las chicas a las que había salvado en el pasado había acabado volviendo, pero la mayoría no. Su nueva vida nunca era fácil, pero al menos ya no eran esclavas.

Paró un aerotaxi. Mientras el vehículo se detenía a su lado, volvió a escuchar las palabras de Ryiin.

Algún día tiene que acabar, ¿no?

Isval no veía cómo podía acabar. Al menos no para ella. Le pidió al conductor que la llevara otra vez al Octágono, esta vez al nivel dos.

—No pareces el tipo de mujeres que hay en el nivel dos —exclamó el conductor.

—Te sorprendería —respondió ella. Al salir del vehículo, empezó a bajar hacia la oscuridad de las profundidades. No tardó en encontrar el recoveco. El imperial seguía ahí, medio inconsciente, con la mano rota y la cara amoratada del golpe que le había dado. Había saliva y sangre en el suelo, cerca de su boca. Sacó la vibrohoja y se la puso en la garganta. El oficial parpadeó y abrió los ojos. Seguramente le costaba ver.

—No… —murmuró el oficial.

Isval se quedó un rato mirando aquellos ojos nublados por el dolor, con la vibrohoja a punto. Se la apartó del cuello.

—Ryiin te ha salvado la vida esta noche. No lo olvides. Si alguna vez vas a buscarla, entonces vendré a por ti. ¿Me oyes? ¿Me oyes?

Asintió con un gruñido.

Se guardó la vibrohoja.

—Está claro que vas a vivir. Pero te debo una dosis de dolor.

Le dio una patada en las costillas. Dos. Se escuchó un crujido muy fuerte. El oficial se retorcía, gritaba. Isval se inclinó sobre él, lo agarró de la camisa y le dio un puñetazo en la cara. Siguió dándole puñetazos hasta que quedó sin sentido, como una muñeca de trapo en sus manos. Lo dejó caer al suelo y se lo quedó mirando, respirando con dificultad. Se miró los nudillos, que estaban en carne viva y ensangrentados.

Toda ella se sentía así. En carne viva. Destrozada. Eso no cambiaría nunca.

Atrajo muchas miradas cuando salió del callejón y empezó a subir por unas escaleras. Cuando había subido un nivel entero, empezó a oír gritos desde abajo. Había sido descuidada, había dejado un rastro. Cham se lo decía siempre: *hay que planear bien la huida*. Pero en el Octágono se producían palizas y peleas muy a menudo. Y ella parecía una esclava twi'lek cualquiera. Subió tres niveles más y parecía que nadie la perseguía.

Se montó en otro aerocoche. Ya no sentía la necesidad de antes. Ya podía volver a pensar con claridad y empezó a planear todos los preparativos necesarios para el ataque sobre Taa y Vader. El plan de Cham era muy elaborado y extremadamente arriesgado, pero le encantaba por lo que tenía de atrevido.

Tenían nueve días para prepararlo todo.



CAPÍTULO CINCO

Cham caminaba de un lado a otro sobre la piedra agrietada del muelle de aterrizaje, que estaba lleno de gente. Sonrió para sus adentros, pensando que era peor que Isval. Sólo le faltaba refunfuñar un poco y el parecido sería perfecto.

La base subterránea de la tercera luna de Ryloth era un hervidero de actividad. En el suelo del muelle de aterrizaje había un repertorio misceláneo de tecnología, naves droide y armamento. Docenas de ingenieros twi'leks lo supervisaban todo, seguidos por numerosos droides de asistencia, que parecían madres preocupadas. Por el suelo estaban dispuestas ordenadamente piezas y herramientas que los trabajadores y los droides iban cogiendo a medida que las necesitaban.

Todo el mundo estaba tan concentrado en su trabajo que ni siquiera levantaba la mirada hacia Cham.

Cham y sus agentes llevaban años comprando, robando y construyendo naves. Durante todo ese tiempo, habían estado acumulando armas en escondites por todo Ryloth y sus lunas, desde cajas de armas de mano hasta muelles de aterrizaje improvisados con droides tri-caza y droides buitre. Tenía un gran ejército a su disposición, y lo había creado delante de las narices del Imperio, con la asistencia forzada de Belkor Dray.

A lo largo de los años, sus ingenieros (especialmente Kallon, que era todo un genio en temas de inteligencia artificial) habían aprendido a reprogramar los cazas droide para que pudieran operar sin la supervisión de una nave central de control. No serían de gran utilidad en un combate aéreo contra naves tripuladas, pero eso no formaba parte de los planes de Cham.

Repasó mentalmente todo el plan, paso a paso. Le asaltaban las dudas. Se lo estaba jugando todo a un solo golpe. Toda su gente, todos sus recursos. Valdría la pena si mataba a Vader y al Emperador. Se desataría una revuelta en toda la galaxia, los recursos del Imperio estarían mermados y, en medio de todo ese caos, lograrían liberar Ryloth. De lo contrario…

No quería pensar en lo que pasaría.

Un Ryloth libre; ese era su objetivo. Y si tenía que derribar un Imperio entero para lograrlo, estaba dispuesto a hacerlo.

A través del comunicador diminuto que llevaba implantado en el canal auditivo, escuchó la voz de Isval, como si le estuviera hablando directamente a su cerebro. Ella llevaba un dispositivo parecido. Así podían escuchar los susurros del otro sin que les oyera nadie más. Los ingenieros de comunicaciones de Cham habían creado una subred de comunicaciones que funcionaba con una serie de viejos satélites de las Guerras Clon, que orbitaban alrededor de Ryloth junto con el resto de desechos de la guerra. Gracias a los satélites de comunicación, el movimiento tenía una red privada segura por todo el planeta y hasta la órbita de la luna más lejana.

—Aquí abajo todo está a punto —anunció Isval—. Los tres equipos ya han recibido instrucciones.

Apretó la mandíbula dos veces para activar el implante.

—Estás en el equipo señuelo, ¿no?

—No —respondió Isval, sin vacilar ni un segundo—. Lidero el equipo principal. Tengo que hacerlo.

—Isval…

—No hay discusión posible, Cham. Soy la mejor oportunidad que tenemos. Además… tengo que hacerlo. Por Pok.

No podía discutir con lo que pensaba, con lo que sentía. Pero la mera idea de perderla hacía que le temblaran las piernas. La necesitaba demasiado, le importaba demasiado. Recordó la muerte de Pok, el sonido que hacía al ahogarse, agonizante…

—Ya sé lo que piensas —dijo ella—. Pero si esto sale mal, ya no me necesitarás. No te necesitarás ni a ti mismo. Ya no quedará un movimiento que liderar.

Isval tenía razón y Cham lo sabía.

—Entonces vamos a asegurarnos de que no salga mal.

—Lo he repasado y lo he vuelto a repasar —respondió Isval—. Lo veo hasta en mis sueños.

Cham también. Lo había repasado tres veces y todo parecía sólido. Claro que nunca habían planificado algo a tan gran escala, con tantas contingencias y tantos factores en movimiento.

—Si no logramos bajarles los escudos, abortamos la misión —advirtió Cham.

—Si no les bajamos los escudos, no habrá nada que abortar porque ni siquiera habremos empezado.

Sobre esto también tenía razón. La calma con la que hablaba Isval le ayudaba a centrarse. Normalmente estaba agitada, inquieta, pero cuando llegaba el momento de entrar en acción estaba más tranquila que un estanque. Cham era lo contrario, normalmente era sereno y controlado, pero se ponía nervioso ante la acción inminente. Se preocupaba por su gente, probablemente demasiado para ser un revolucionario.

En el pasado, había liderado misiones como esta. Ahora sólo las planificaba.

—Me he convertido en un burócrata —murmuró Cham.

—Ahora no vayas a volverte perezoso —bromeó ella, riendo. Entonces su voz se puso seria—. ¿Cuándo salen las últimas naves droide?

Se quedó mirando las tres docenas de droides buitre, distribuidos en varias filas en el muelle de aterrizaje.

—Esta noche, creo. Cuando Belkor nos dé la luz verde.

Belkor les había proporcionado información sobre patrullas imperiales, movimientos de naves y escaneo de sensores. Cham había utilizado esta información para mover los cazas droide y las minas a un extremo del sistema sin ser vistos.

—Y hablando de burócratas —bromeó Isval—, ¿cómo lo lleva nuestro pequeño Belkor?

—Ah, creo que él también lo ve todo hasta en sus sueños.

—¿No ha dado indicios de saber nada sobre Vader y el Emperador?

—No. —Cham hizo una pausa, y entonces dijo—. Dos días, Isval. Según la información que tenemos, el *Peligro* se está preparando.

—Dos días —convino Isval—. Estamos listos, Cham.

—Estamos listos —repitió él, como si diciéndolo con mucha convicción se convirtiera en realidad.

—

Dos días más tarde, Cham estaba sentado en el centro de mando improvisado de la tercera luna de Ryloth. Le acompañaban tres de sus camaradas: Gobi en el transmisor subespacial, con sus dedos regordetes a punto de transmitir órdenes, Xira supervisando con atención el flujo vertiginoso de datos enviado por los sensores de los droides sonda y Kallon, el ingeniero consultor. Junto al asiento de Xira estaba su droide de procesamiento de datos D4L1, conectado a través de un enlace directo al flujo de datos entrante.

En la pared había nueve pantallas que mostraban las regiones externas del sistema de Ryloth, vistas desde media docena de droides sonda, repartidos por el cinturón de asteroides. Las demás naves droide que habían preparado estaban escondidas por el cinturón de asteroides, con la energía casi a cero, esperando la orden de Gobi para activarse. En el espacio flotaba una nube de minas, como una serie de ornamentos colgando en la oscuridad, esperando a que el *Peligro* saliera del hiperespacio.

Por décima vez en los últimos diez minutos, Cham se planteó la posibilidad de que Belkor se hubiera echado atrás y le hubiera traicionado o le hubiera dado una información

incorrecta. Y por décima vez se obligó a dejar de pensar en ello. Si Belkor los había traicionado, el movimiento quedaría cojo y no se podría hacer nada.

Pero Belkor no les había traicionado. No podría haberlo hecho, porque Cham había dejado muy claro cuáles serían las consecuencias. No, todo iba según sus planes. Y si todo seguía así, pronto miles de imperiales estarían muertos, entre ellos el propio Emperador.

No soy un terrorista, repitió para sus adentros, *soy un revolucionario.*

Todo en lo que había trabajado durante años estaba a punto de dar sus frutos o de fracasar. Y lo único que podía hacer era presenciarlo todo a través de una transmisión subespacial instantánea, a más de seiscientos mil kilómetros de distancia.

En definitiva, un burócrata.

—

Vader y el Emperador estaban en la franja central del puente de mando del *Peligro*. Los guardias reales los siguieron hasta ahí y tomaron posiciones detrás de ellos, a lado y lado del ascensor principal. Los miembros de la tripulación iban de un sitio a otro o estaban sentados en sus puestos. Estaban ocupados con los preparativos del salto al hiperespacio de la nave espacial más poderosa y sofisticada del Imperio. El Capitán Luitt estaba unos pasos por detrás de Vader y el Emperador. Evitaba mirar directamente a Vader; estaba claramente incómodo en su presencia.

El capitán se volvió hacia el Emperador, que tenía el rostro oculto por la sombra de su capucha.

—Confió en que todo ha ido bien a bordo del *Desafío,* señor.

—El hiperimpulsor está en línea y la trayectoria está trazada, señor —anunció el timonel, y varios oficiales repitieron la información hasta llegar a Luitt.

—Sería un honor que usted diera la orden, señor —dijo Luitt.

—No, no, Capitán —respondió el Emperador, agitando la mano—. Soy un líder político, no militar. Proceda como lo haría normalmente.

—Activen el hiperimpulsor —ordenó el capitán. La orden desató una ola de actividad a lo largo del puente de mando.

Vader notó un leve tamborileo en el puente cuando se activó el poderoso hiperimpulsor del *Peligro*. Las estrellas y la oscuridad del espacio desaparecieron, sustituidas por la vorágine azul del hiperespacio.

—De camino a Ryloth —anunció el timonel.

—Atenúen la ventana principal —ordenó Luitt, y a continuación el transpariacero se oscureció hasta que ya no se veía el hiperespacio. Se volvió hacia el Emperador—. Mi señor, si usted y Lord Vader prefieren retirarse a sus aposentos, les informaré cuando lleguemos al sistema de Ryloth.

—Creo que por ahora nos quedaremos en el puente de mando, Capitán —le contestó el Emperador.

—Muy bien, señor —dijo Luitt, frunciendo los labios bajo su bigote hirsuto y gris—. No tardaremos mucho.

El capitán empezó a pasearse entre la tripulación, mirando por encima de sus hombros, dando órdenes y aprovechando para mantenerse alejado de Vader. La tripulación del puente de mando se sumergió en el ritmo de sus ocupaciones.

—Creo que lo incomodas, Lord Vader —dijo el Emperador.

Vader incomodaba a la mayoría de los oficiales navales que encontraba. Para ellos, era una figura alta y oscura que no formaba parte de la cadena de mando, que había salido de la nada y que poseía poderes que nadie comprendía.

—Su incomodidad me resulta útil —respondió Vader.

—Los subordinados siempre deberían estar incómodos en presencia de sus superiores. ¿No lo crees?

Vader comprendió lo que se escondía detrás de la pregunta, y respondió en consecuencia:

—Sí, maestro.

—Muy bien.

Mientras el *Peligro* recorría pársecs a gran velocidad, los dos examinaban el puente de mando en silencio, que sólo rompía la aspereza del respirador de Vader. Al cabo de un rato, la tripulación del puente de mando empezó a trabajar a un ritmo distinto, mientras preparaban el regreso del destructor estelar al espacio normal.

—Saliendo del hiperespacio —anunció el timonel.

—Saliendo del hiperespacio —el eco del mensaje llegó hasta el puente de mando.

—Y ahora empieza la prueba —dijo el Emperador.

Vader miró a su maestro con la cabeza inclinada interrogativamente. No entendía lo que quería decir hasta que él también sintió una perturbación en la Fuerza.

—Una nave está saliendo del hiperespacio —anunció Xira, con la voz aguda por la emoción.

Cham se dio cuenta de que llevaba treinta minutos con los puños apretados.

—Activad las minas. Vamos a acorralarlos. Minas drenadoras de escudos preparadas.

Las colas de la cabeza de Kallon oscilaban nerviosamente, y su piel purpúrea estaba tan pálida que parecía más bien de color lavanda. Las minas drenadoras de escudos eran su creación. Como siempre, murmuraba para sus adentros.

Cham le puso una mano en el hombro a Gobi.

—Prepárate para transmitir a las naves droide, Gobi.

—Estoy más que preparado, Cham —respondió Gobi, temblando de emoción o de tensión—. Vamos a administrarles varias cucharadas de fuego a estos imperiales.

—Eso mismo —dijo Cham.

No soy un terrorista. Soy un revolucionario.

—

Cuando el *Peligro* salió del hiperespacio en el borde exterior del sistema de Ryloth, el transpariacero de la gigantesca ventana principal se volvió transparente de nuevo. A través de ella se podían ver, a lo lejos, varios gigantes gaseosos. Más cerca se encontraba el cinturón de asteroides que separaba el sistema exterior del interior. La estrella del sistema ardía en tonos anaranjados y brillaba en la distancia. Ryloth estaba demasiado lejos para resultar visible.

—Aceleración máxi… —empezó a decir el capitán, pero antes de poder terminar la palabra se produjo un impacto en estribor y la nave entera se estremeció.

Los miembros de la tripulación levantaron la cabeza de sus posiciones y se miraron interrogativamente entre ellos. Inmediatamente después se produjo un segundo impacto, y luego un tercero, más grande que los anteriores, que hizo escorar al destructor. Vader miró por la ventana principal pero no vio nada. Su maestro tenía la mirada en el suelo y una media sonrisa muy extraña.

—¡Situación! —ordenó el capitán, con la voz tranquila.

—Señor, estoy…

Otro impacto sacudió la nave, y luego otro, y otro. El destructor seguía escorando. Se dispararon las alarmas.

—Tenemos cortocircuitos eléctricos y algunos fuegos —informó el oficial de servicio—. Hay daños por toda la nave.

—¿Qué está pasando, Capitán? —preguntó Vader, dando un paso hacia delante y cogiendo a Luitt por el brazo. Lo hizo con tanta fuerza, que el capitán se retorció en una mueca de dolor.

Luitt miró a Vader, al Emperador, y le gritó al oficial de escaneo.

—¿Situación?

—Son minas, señor —informó el oficial—. Cientos de minas por todas partes.

—¿Minas? —repitió el capitán—. Paren las máquinas. Activen armas.

Varias explosiones más sacudieron el destructor. A través de la ventana principal se podía ver una docena de minas flotando en el espacio. Eran todas de formas y tamaños distintos: desde cubos enormes con sensores magnéticos a esferas con pinchos equipadas con detectores de movimiento. Vader reconoció algunos diseños modernos, otros modelos de las Guerras Clon y otros todavía más antiguos.

—Los escudos evitarán que causen daños graves en la nave, señor —le dijo el Capitán Luitt al Emperador—. Le pido disculpas por las molestias.

—Realice un escaneo profundo de esta zona del sistema —ordenó Vader—. Especialmente en el cinturón de asteroides. Noto algo…

El Capitán Luitt apretó los labios, impaciente.

—Señor, probablemente solo sea un grupo de minas que quedaron flotando en el exterior del sistema después de las Guerras Clon. He oído casos similares. No presentan ninguna amenaza para nosotros…

Entonces Vader levantó el dedo índice delante del rostro del capitán.

—Haga lo que le he dicho, Capitán.

Luitt frunció el ceño, pero no se atrevió a desobedecer.

—Como desee, Lord Vader. Oficial, empiece a…

Otra serie de explosiones golpeó los escudos de la nave, que empezó a temblar.

—No hay daños —dijo un oficial del puente de mando—. Los escudos aguantan.

—Señor, todavía hay más de trescientas minas ahí fuera —dijo el oficial de escaneo.

Luitt no se atrevía a mirar directamente a Vader. Le dijo al Emperador:

—Señor, creo que quizá sería mejor que desalojara el puente de mando.

—Al contrario —replicó el Emperador—. Este es precisamente el lugar en el que tengo que estar.

El oficial de escaneo se inclinó sobre sus instrumentos.

—Estoy recibiendo lecturas inusuales, señor. Creo que debería ver esto.

—¿Qué es? —preguntó Luitt, irritado, acercándose a él.

Vader le siguió de cerca, abalanzándose sobre el capitán y el resto de la tripulación.

—Esto —respondió el oficial de escaneo, señalando las lecturas de su pantalla.

Vader y Luitt comprendieron inmediatamente lo que eso significaba.

Luitt blasfemó y se puso recto.

—¡Todo el mundo a los puestos de combate! ¡Timonel, media vuelta!

—Hay minas por todas partes, señor. Estamos rodeados. Si damos media vuelta…

—¡Me da igual! ¡Media vuelta! ¡Ahora!

—Es demasiado tarde para eso, Capitán —objetó Vader. Activó un botón de la armadura para preparar su interceptor para el vuelo.

—Avise a los equipos de vuelo —le ordenó a Luitt—. Que preparen los cazas Ala-V para salir.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó Luitt, mirando a Vader y al Emperador—. Los escudos todavía están activos.

—No por mucho tiempo, probablemente —dijo Vader.

—Haga lo que ordena Lord Vader —intervino el Emperador, levantando la voz lo suficiente como para que todo el personal del puente de mando se estremeciera.

—Dé la orden —le dijo Luitt al oficial de servicio—. Y redoble la potencia de los escudos delanteros.

—

D4L1 emitió unos pitidos y Xira asintió con la cabeza.

—El *Peligro* está dando la vuelta.

—Han detectado las minas drenadoras de escudos —afirmó Cham.

A través de las pantallas, todos vieron detonar las minas de proximidad de la parte trasera del *Peligro*. Una, cinco, diez, veinte.

—Parece que hasta ahora las minas han causado muy pocos daños.

—Hasta ahora —repitió Gobi, removiéndose en su asiento.

Kallon empezó a murmullar, golpeando la mesa con el dedo índice.

En las pantallas de la pared Cham podía ver el gigantesco destructor estelar desde varios ángulos. De vez en cuando, la imagen se oscurecía cuando un asteroide pasaba dando vueltas por delante de uno de los droides sonda. Alrededor del destructor, cientos de minas sin explotar flotaban en el espacio, esperándolo mientras la nave hacía marcha atrás.

El paso siguiente era el crítico. Cham notaba la mirada intensa de Kallon. Hubiera preferido que la nave estuviera un poco más cerca del cinturón de asteroides, pero no había otra manera.

—Activad el drenaje de escudos, ahora —ordenó Cham, y Gobi asintió con la cabeza.

—Podéis hacerlo —murmuró Kallon, repitiendo la frase en voz baja como si fuera un conjuro—. Podéis hacerlo.

Observaban atentamente las pantallas, viendo a través de los ojos de los droides sonda.

Kallon había remodelado dos docenas de minas. Cuando entraban en contacto con los escudos de la nave no explotaban, sino que se acoplaban a la firma energética de los escudos, creaban una cuadrícula de anulación y, en teoría, debilitaban los escudos lo suficiente como para que pudieran pasar las naves.

Cham no podía distinguir las minas preparadas para explotar y las programadas para desactivar los escudos, pero sí que podía ver cuándo las drenadoras impactaban en los escudos del *Peligro* y se activaban.

Alrededor del destructor empezaron a dibujarse una serie de líneas brillantes, como venas en el campo protector de los escudos que iban de una mina drenadora a otra. Los escudos parpadeaban visiblemente a medida que las líneas se expandían.

El *Peligro* parecía atrapado en una red brillante.

—¡Hemos pescado un pez enorme! —gritó Gobi.

«Quizá», pensó Cham, como si todavía no se lo quisiera creer.

—Podéis hacerlo —murmuró Kallon, dirigiéndose a las minas drenadoras—. Podéis hacerlo.

—Infórmame, Kallon —le pidió Cham.

Kallon estudiaba los datos que venían del ordenador de Xira. D4L1 pitó y silbó, y Kallon dio un golpecito en la cúpula plateada del droide.

—Creo que funciona —dijo Kallon. Alzó la vista a la pantalla, observando la red que rodeaba el *Peligro*—. *Parece* que está funcionando.

—¿En serio? —preguntó Cham.

—Los escudos *se están* debilitando —anunció Xira, analizando los datos.

—Adelante, pues —dijo Cham. A continuación se dirigió a Gobi—. Lanza todas las naves droide.

Gobi lanzó la señal. A través de los ojos de los droides sonda, vieron una flota de cientos de droides buitre saliendo del campo de asteroides.

—¡Allá vamos! —gritó Gobi.
—Allá vamos —repitió Cham en voz baja.

—

—¿Qué es eso? —preguntó Luitt.
A través de la ventana principal veían una densa matriz de líneas brillantes, como relámpagos recorriendo los escudos.
—Escudos al cincuenta por ciento —anunció el oficial de escaneo, con un tono entre perplejo y asustado—. ¡Diecisiete! ¡Volvemos al veinticinco!
—¡Hay que devolverlos al máximo! —ordenó Luitt.
—Paren motores —ordenó Vader. Esta vez Luitt no replicó.
Con los escudos debilitados, no podían arriesgarse a colisionar con las minas que los rodeaban.
El timonel detuvo el *Peligro*. El oficial de escaneo tocó la pantalla.
—Capitán, algunas de las minas no son minas. Son dispositivos que crean una especie de bucle de acople en la matriz de los escudos. No están anulando los escudos, pero los están debilitando. Están abriendo agujeros en algunos lugares.
Un susurro incómodo recorrió el puente de mando. Vader miró a su maestro, pero el Emperador parecía estar absorto, con una ligera sonrisa en la comisura de sus finos labios.
Luitt iba de un puesto a otro, estudiando las lecturas. Cuando empezó a hablar, se notaba una gran tensión en su voz.
—Arreglen los escudos. Artilleros, apunten a estos dispositivos y acaben con ellos.
—Hay cientos de minas ahí fuera, señor —objetó el oficial de artillería—. Tenemos los escudos debilitados. Si fallamos, podríamos desatar una cadena de explosiones.
—¡Entonces no fallen! —gritó Luitt.
—Señor —intervino el oficial de escaneo—, no estoy seguro de cuál es una mina normal y cuál no. Hay demasiadas y son demasiado pequeñas.
Luitt tragó saliva. Se sentía tan atrapado como el propio *Peligro*. Miró al Emperador, a Vader, y a la tripulación del puente de mando.
Otro oficial agregó:
—Las minas tienen atractores de proximidad. Si los escudos caen, las minas se acercarán y explotarán.
Se produjo otro murmullo incómodo entre la tripulación. El *Peligro* no se podía mover, pero tenía que moverse.
—Necesito opciones —dijo Luitt, y la tripulación se sumergió en la lectura de datos.
Vader le dio una opción.
—Lance sus escuadrones de cazas —ordenó—. Yo mismo los lideraré.
La incomodidad que le producía Vader desapareció en plena crisis. Luitt asintió con la cabeza, aliviado.

—Por supuesto. Los cazas pueden eliminar las minas con precisión.

—Señor —dijo el oficial de escaneo, con la voz aguda en señal de alarma—. Hay cientos de droides buitre saliendo del cinturón de asteroides. Vienen directamente hacia nosotros.

—

—¡A las posiciones de combate! —ordenó Luitt, mientras empezaban a sonar las alarmas. Vader se giró para hablar con el Emperador, pero éste lo interrumpió antes de que pudiera decir una palabra.

—Me vas a sugerir que me retire a un lugar más seguro. A mi lanzadera, quizá, o a mis aposentos.

Vader asintió. A menudo, su maestro le leía el pensamiento.

—Creo que me quedaré aquí y veré cómo se va desarrollando todo —anunció el Emperador—. Pero tú haz lo que te has propuesto hacer.

—Sí, maestro —dijo Vader. Hizo una reverencia y se dirigió al ascensor. Cuando se acercaba, se abrieron las puertas y apareció una figura inquieta: Orn Free Taa. Las grandes orejas, los carrillos y la barriga del twi'lek se balanceaban mientras salía del ascensor. Se detuvo repentinamente, mirando alarmado la ventana principal.

—¡Por todas las estrellas! ¿Qué está ocurriendo?

—Saludos, Senador —exclamó el Emperador. Antes de que Taa pudiera responder, Vader hizo un gesto con la mano y utilizó la Fuerza para apartar al senador de su camino. Taa soltó un grito ahogado al golpear la ventana con la cabeza y cayó al suelo, a los pies de uno de los guardias reales del Emperador.

—Lord Vader tiene mucha prisa —dijo el Emperador—. Tiene que perdonarle.

Vader entró en el ascensor, se dio la vuelta y se quedó mirando a Taa mientras se cerraban las puertas.

Tenía poco tiempo. En cuanto las puertas del ascensor se abrieron en el nivel inferior, recorrió a toda prisa los pasillos del *Peligro* para llegar a otro ascensor que lo bajó hasta el hangar de los cazas.

Un destacamento de cazas Ala-V formaba varias hileras en el hangar. Los motores ya estaban encendidos. Las alarmas resonaban en la cubierta de vuelo. Los pilotos, vestidos con sus trajes de vuelo, corrían hacia las naves. Una docena de droides astromecánicos iban de aquí para allá entre pitidos y zumbidos. Vader prescindió de la escalera de la carlinga y utilizó la Fuerza para saltar hacia su interceptor y sentarse en su asiento. Mientras se abrochaba y bajaba el techo de la carlinga, por el comunicador del casco escuchó la voz del comandante del escuadrón.

—¿A qué nos enfrentamos ahí fuera, señor?

—Minas y droides buitre, por lo menos, Comandante.

—¿Droides buitre? Hacía tiempo que no veía de esos, señor.

—Despeguen cuando estén listos —ordenó Vader al escuadrón, mientras el dispositivo anti-gravedad levantaba el caza del suelo del hangar. Docenas de cazas Ala-V lo siguieron.

El comandante sincronizó los identificadores de los cazas con el ordenador del puente de mando para poder distinguirse fácilmente de las minas y los droides buitre.

—Pueden despegar —anunció el oficial del puente.

—Lord Vader —dijo la voz de Luitt por el canal privado—. Los escudos están al dieciséis por ciento.

—Entendido, Capitán —respondió Vader, activando sus motores de iones. Su interceptor aceleró y salió al espacio.



CAPÍTULO SEIS

—¿Puedes ampliar el muelle de lanzamiento? —preguntó Cham.

Kallon, sin dejar de murmurar, lo hizo. Una de las pantallas de la pared mostró un primer plano del muelle de lanzamiento del destructor estelar. A través de la red brillante de los escudos, cada vez más disminuidos, veían salir docenas de cazas Ala-V. Cham había previsto la presencia de un contingente de cazas. Un tercio de los droides se enfrentarían a los cazas Ala-V. El resto seguiría con su misión.

—¿Estado de los escudos? —le preguntó a Kallon.

Kallon negó con la cabeza.

—Estamos demasiado lejos para una lectura precisa, pero…

Ante su mirada atenta, la red de líneas que rodeaba el *Peligro* se dilató y desapareció. Habían caído los escudos.

—Vale —dijo Kallon, reclinándose hacia atrás y sonriendo—. Creo que al final tenemos una lectura precisa. Han caído.

—¡Sí! —exclamó Gobi, golpeando la mesa con el puño, y haciendo saltar un poco de café de su taza.

Ni siquiera Cham pudo contener una sonrisa.

—

Vader vio que los escudos se dilataban y desaparecían incluso antes de la llamada frenética de Luitt por el comunicador.

—Los escudos han caído, Lord Vader.

Innumerables minas, impulsadas por los sistemas atractores, flotaban hacia el destructor, cogiendo cada vez más velocidad. Cientos de cazas droide atravesaban el espacio en dirección a la nave vulnerable.

Vader dirigió su interceptor hacia las minas y el enjambre de droides buitre. Sentía que los droides suponían una amenaza mayor que las minas.

—Que todas las baterías disparen sobre las minas, Capitán.

La voz del comandante del escuadrón de Ala-V apareció en el comunicador.

—En diez segundos tendremos los buitres a tiro. Mientras tanto, disparad a las minas.

Vader se sumió en el profundo pozo de ira que tenía en su interior, lo utilizó para centrarse en la Fuerza y voló únicamente por instinto. Apuntó a una mina, disparó y vio cómo se desvanecía en una nube de llamas. Viró a la derecha y apuntó a otra. Y luego otra. Destruía una mina con cada disparo. Las explosiones a veces hacían detonar minas cercanas y el espacio se llenaba con una red de detonaciones simultáneas. Vader giraba y hacía tirabuzones entre todo este caos.

—Hay demasiadas, no podremos encargarnos ni de la mitad —dijo uno de los pilotos.

—Se acercan los droides —anunció el comandante del escuadrón.

—Rompan la formación y ataquen a esos droides —ordenó Vader.

A su alrededor, las formidables baterías del destructor estelar lanzaban rayos de plasma ionizado sobre el manto oscuro del espacio. Las minas hacían explosión a izquierda y derecha de Vader. Describió un círculo con el caza y subió, haciendo temblar el puente de mando del *Peligro* al disparar sobre una mina tras otra. Pero había demasiadas.

Las primeras minas alcanzaron el casco del destructor estelar, impactaron contra el casco y estallaron. Dos, ocho, doce, veinte. Las explosiones lanzaban llamaradas al espacio. Por los agujeros de los impactos salían despedidos al vacío cuerpos y escombros. Vader podía imaginarse los incendios, las alarmas, las muertes.

Vader volaba muy bajo sobre el casco del *Peligro*. Destruyó tres minas antes de que pudieran impactar contra la nave. Las explosiones causaron daños superficiales, pero no penetraron en el casco.

—Ya tenemos los droides a tiro —anunció el comandante del escuadrón—. Reagrúpense y adopten formación de ataque.

—

Cham contemplaba la batalla en las pantallas, con la mandíbula apretada y los hombros encorvados. Los cazas parecían diminutos en comparación con el destructor estelar, como moscas de sangre sobre un lylek.

La oscuridad del espacio alrededor del *Peligro* se iluminaba con los disparos y las explosiones. Gobi gritaba de alegría cada vez que una mina impactaba en el destructor estelar y producía una explosión.

Cham sabía que los droides buitre modificados de Kallon eran menos maniobrables de lo habitual, debido al cargamento y al cerebro que llevaban. No eran rivales para los cazas Ala-V, pero Cham sólo necesitaba que entraran unos cuantos para causar daños sustanciales en el *Peligro*.

—Volad, volad, pajaritos —susurró Cham.

Le entró una llamada por el comunicador seguro que llevaba en el oído: Isval.

—Dime —le pidió suavemente.

—En el planeta ya se está empezando a hablar sobre el ataque. Es el caos.

—¿Hay interceptores? —le preguntó.

—No que yo sepa, pero ahora mismo estoy en una nave de reparación. Eso sí, estoy segura de que no tardarán.

Cham miró a la pantalla.

—Llegarán demasiado tarde para detener esto.

—¿Cómo va todo? —preguntó Isval.

Cham no apartaba la mirada de la pantalla.

—Los buitres se están acercando. ¿Estáis listos?

—Estamos listos.

—Estamos en contacto —concluyó, cerrando la conexión. En la pantalla veía los droides buitre y los cazas Ala-V iluminando el espacio con sus disparos.

—¡Allá vamos! —dijo Gobi.

—

Los droides buitre se lanzaron sobre el destructor como un enjambre y abrieron fuego todos a la vez. Sus blásteres de repetición escupían rayos de energía roja a través del vacío. Vader alejó su interceptor del *Peligro*, que ardía a causa de decenas de explosiones de minas, y voló directamente hacia los droides buitre. Numerosas líneas de energía llenaban el espacio: los rayos verdes sólidos del *Peligro* y las descargas rojas intermitentes de los droides.

Vader dejó que la Fuerza lo guiara. Sus manos manejaban los controles con movimientos rápidos y suaves que hacían bailar el interceptor por ese mar de disparos, saliendo totalmente indemne. Los droides buitre se dispersaron en todas direcciones al acercarse el interceptor, y el escuadrón de cazas Ala-V. Vader apuntó a uno de los droides, disparó, lo destruyó, giró violentamente a la derecha, volvió a disparar y destruyó otro.

Aproximadamente un tercio de los droides se enfrentaron a los cazas Ala-V, mientras que el resto seguía hacia el *Peligro*. A través del comunicador, Vader oía a los pilotos del escuadrón, que se llamaban entre ellos, elegían objetivos y se protegían los flancos.

Vader empezó a seguir a uno de los droides que se agitaba a derecha e izquierda, intentando deshacerse de su perseguidor. Los buitres eran lentos y no pilotaban muy bien. Tenían algo que le parecía extraño. Vader no tardó en darse cuenta: estaban modificados.

Todos tenían un bulto en la parte inferior, un compartimento añadido o un arma de algún tipo. Los hacía volar de una forma extraña, menos maniobrables de lo habitual.

La curiosidad lo impulsó a centrarse en uno de ellos, apuntó cuidadosamente, disparó y le hizo saltar la parte inferior de una de las alas. Empezó a dar vueltas, fuera de control, y la fuerza centrífuga empezó a destrozarlo. Vader lo siguió, mientras el compartimento inferior se abría y se veía lo que llevaba dentro.

Cientos de esferas metálicas salieron disparadas hacia el espacio. Vader hizo un movimiento brusco con la palanca de mando para hacer bajar el interceptor, pero no pudo evitar toda esa metralla. Las esferas golpearon el interceptor y se quedaron ahí pegadas. Entonces Vader vio que no eran trozos de metralla, sino droides zumbadores. A las esferas magnéticas les salieron patas y ojos y empezaron a corretear por las alas y el fuselaje del caza, buscando los lugares donde pudieran hacer más daño.

Evitó los disparos de un droide buitre que lo perseguía haciendo girar el interceptor violentamente a la izquierda, disparó a otro, lo destruyó y entonces utilizó la Fuerza y con una oleada de energía cinética expulsó a los droides de su nave. Los pequeños droides no pudieron resistir el impacto y salieron volando en todas direcciones. La sorpresa llegó cuando los droides estallaron, con tanta fuerza que la serie de explosiones hizo temblar al caza y lo hizo dar vueltas descontroladamente. Un buitre empezó a perseguirle aprovechando que era vulnerable, disparó y le impactó en el ala antes de que pudiera estabilizar el caza y deshacerse del perseguidor.

—Los buitres van cargados con droides zumbadores explosivos —informó Vader por el comunicador. Miró en dirección al *Peligro* y vio una horda de droides buitre, volando hacia el destructor estelar cargados con esos droides.

—Hay que mantenerlos alejados del *Peligro* —le dijo el comandante del escuadrón al resto de los pilotos, comprendiendo inmediatamente las implicaciones.

Vader tiró de la palanca, hizo girar la nave y volvió a dirigirse hacia el *Peligro*, pero vio que llegaba demasiado tarde. Los cañones del destructor estelar habían vaporizado docenas de droides. Los cazas Ala-V, más maniobrables, también habían destruido muchos. Pero incluso así, muchos iban a llegar hasta su objetivo.

Mientras tanto, nubes de droides zumbadores que habían sobrevivido a la destrucción de los droides buitre que los llevaban habían quedado flotando en el espacio, agitando las piernas y los ojos. Vader vio cómo un grupo de droides se pegaba a un Ala-V. Correteaban por las alas y por la carlinga y explotaban, partiendo un ala, haciendo saltar el techo de la carlinga y eliminando al piloto.

Vader aceleró y se dirigió a una nube de droides. Con la mano libre, se concentró para utilizar la Fuerza: con un gesto de la mano y un ejercicio de su voluntad, hizo que varios de los droides que flotaban en el espacio chocaran entre ellos. Los droides explosionaron y le dejaron vía libre. A continuación, centró su atención en otro droide buitre, que estaba a punto de llegar al *Peligro*. Lo siguió a izquierda y derecha, disparó y lo redujo a una nube de llamas.

Como era de esperar, los droides buitre disparaban al acercarse al destructor estelar. Pero no reducían la velocidad para tener más maniobrabilidad, sino que se mantenían a aceleración máxima con la intención de chocar contra la nave y soltar su cargamento. Vader destruyó uno, luego otro. Pero no podía encargarse de todos. Los buitres supervivientes se estrellaron contra el destructor a máxima velocidad.

Una serie de llamaradas emergió de la superestructura del *Peligro*.

Vader viró a la izquierda y dio varias vueltas, destruyendo otro droide buitre mientras giraba. Se podía imaginar que los daños en el interior del destructor estelar eran peores de lo que podía ver, ya que los buitres habían soltado sus droides zumbadores por los pasillos. Seguramente correrían hacia las profundidades de la nave y entonces estallarían.

Dos buitres se dirigieron directamente al generador de escudos. Destruyó uno detrás del otro, pero los droides zumbadores que llevaban emergieron de entre la explosión, se acoplaron al generador de escudos y entonces explotaron. Otro buitre se estrelló contra la cubierta de vuelo; otro impactó junto al lado del puente de mando. Muchos se estrellaron directamente en las torretas de la nave o cerca de ellas, y las destruyeron. En la nave se produjo una ola de explosiones secundarias. El destructor estelar sangraba fuego, escombros y cuerpos con múltiples heridas.

Vader pasó por debajo del destructor, buscando más objetivos, y vio otra oleada de buitres cerniéndose sobre el *Peligro*.

Por el comunicador del escuadrón de Ala-V se oían gritos y blasfemias.

—Mantengan la concentración —gritó el comandante del escuadrón—. Y destruyan todos los que puedan antes de que lleguen al destructor.

Vader dio media vuelta, acompañado por el grueso del escuadrón de Ala-V, y abrió fuego sobre los droides buitre. Destruyó uno y luego otro. A estribor, un Ala-V prendió fuego y explotó.

—

Kallon había dejado de murmurar y hasta él sonreía viendo arder el *Peligro*. Gobi ya no podía estar sentado y daba vueltas de un lado a otro, sin apartar la mirada de las pantallas. También sonreía.

Pero Cham conocía mejor que sus camaradas la capacidad del destructor para soportar ataques. Le habían hecho mucho daño, habían matado cientos o acaso miles de imperiales, pero todavía estaban lejos de destruirlo.

—¡Las armas están inutilizadas! —exclamó Gobi—. ¡Están indefensos! ¡Vamos a acabar con ellos!

—La segunda oleada, Kallon —ordenó Cham. Kallon envió la orden a la segunda oleada de droides buitre que Cham tenía en la reserva. Justo después de enviar la señal, volvió a murmurar para sus adentros.

Más de cien droides buitre, cargados de droides zumbadores explosivos, se activaron y salieron a toda velocidad del cinturón de asteroides en dirección al destructor. Cham los

observó avanzar, atreviéndose a sentir un poco de esperanza en el pecho. Apretó la mandíbula dos veces para activar el pequeño comunicador implantado en el oído, y habló con Isval.

—Al final quizá no os necesitemos. Las cosas están yendo bastante bien.

—Espero que tengas razón —respondió Isval. Cham notó un poco de decepción en su voz—. Pero, por si acaso, estamos listos.

—

Isval estaba sentada en el asiento del copiloto de una nave de reparación cuadrada, estacionada en la enorme plataforma de aterrizaje de Ryloth. A su lado, en el asiento del piloto, Eshgo jugueteaba con el ordenador.

El movimiento había logrado infiltrar equipos en tres de las lanzaderas de reparación, que ahora estaban a la espera. Isval quería levantarse y caminar, pero no había espacio. El espacio de la lanzadera era muy reducido y estaba ocupado por un palé antigravitatorio de herramientas y por el resto de su equipo: Eshgo, Drim, Crost y Faylin, la única humana del grupo.

Cham le había dicho que todo iba bien. Si todo salía como lo habían planeado, que era lo que pasaba normalmente cuando Cham hacía planes, los iban a llamar pronto. Si el *Peligro* estaba en llamas, cosa que ella deseaba fervientemente, necesitaría ayuda no imperial.

Por la plataforma de aterrizaje estaban repartidas varias docenas de naves de reparación. Ingenieros con tabletas de datos y droides de mantenimiento se movían de un lado a otro, comprobando el estado de las naves. El comunicador de a bordo estaba sincronizado con las frecuencias de emergencia de Ryloth.

—Nada —dijo Eshgo.

—Todavía no están lo suficientemente desesperados como para pedirle ayuda a los twi'leks —le replicó Isval, mirando al exterior de la nave—. Pero pronto lo estarán.

Mientras tanto, no había nada más que hacer salvo esperar. Isval detestaba las esperas.

—

Vader observó la nueva oleada de droides buitre.

—Quédense atrás, Comandante —ordenó—. El escuadrón entero. Destruyan todas las naves que pasen de largo.

—Señor, pero…

—Esas son las órdenes, Comandante.

—Sí, Lord Vader.

Por el comunicador se escuchó la voz agitada del Capitán Luitt. De fondo, se oían las alarmas.

—Lord Vader, no estoy seguro de que podamos sobrevivir otra embestida de los droides buitre.

—No tendrán que hacerlo —respondió Vader, y cortó la conexión.

Vader se dejó llevar completamente por la Fuerza, dejó que la rabia fluyera por él, la empuñó como el arma que era y se lanzó directamente hacia los droides buitre.

—

La alegría generalizada del centro de mando fue sustituida por una pregunta silenciosa. Gobi la formuló en voz alta.

—¿Una sola nave se ha separado de la formación? ¿Es un Ala-V? ¿Qué es? ¿Qué está haciendo?

Cham no podía distinguir una nave de otra, pero no tenía duda alguna sobre quién pilotaba esa nave solitaria.

«No es un hombre», le había dicho Isval. Cham estaba medio convencido de ello. Enseguida activó el comunicador para hablar con ella.

—Creo que al final sí que te necesitaremos.

—¿Qué está pasando? —preguntó ella, con la voz llena de emoción.

Cham negó con la cabeza, inseguro.

—Es Vader. Pensaba que íbamos a tener suerte, pero… Estad preparados.

—

Cuando Vader estuvo a tiro de los buitres, el enjambre entero se lanzó sobre él y abrió fuego. Totalmente en sintonía con la Fuerza, calculaba intuitivamente ángulos, velocidades y vectores. Su interceptor se elevaba, bajaba, giraba y daba tirabuzones a través de la tormenta de disparos. El margen de error era de milímetros. Pero no devolvía los disparos. Su arma no era el bláster, sino que se centró en los droides buitre que iban en cabeza y usó la Fuerza.

Utilizando su voluntad, con un leve gesto, abrió el compartimento inferior de tres buitres. Los droides zumbadores explosivos que llevaban salieron al espacio. Muchos de los droides buitre que les seguían, incapaces de esquivar, colisionaron contra los zumbadores esparcidos. Se produjo una cadena de explosiones que pulverizó a numerosos droides buitre y zumbadores.

Vader se concentró en el compartimento de otro droide buitre y lo abrió, después otro. Una nube de droides zumbadores llenó el espacio con incontables pequeñas explosiones, sembrando el caos en el enjambre de droides buitre. Vader atravesó el enjambre y pasó de largo, sin parar de esquivar disparos. Hizo una maniobra pronunciada para dar la vuelta y se lanzó a perseguir a los droides buitre restantes, no más de una veintena, que se dirigían hacia el *Peligro*.

—No permita que pase ninguno, Comandante —le ordenó Vader al comandante del escuadrón, mientras aceleraba para perseguirlos.

Vader había atrapado a los droides buitre entre su interceptor y el resto del escuadrón. Ganó altura para evitar los disparos cruzados, mientras veía que los cazas Ala-V intercambiaban disparos con los droides. Los droides impactaron en dos cazas Ala-V y los destruyeron, pero el resto del escuadrón acabó con el resto de los droides. El espacio se llenó de fuego, escombros y nubes de droides zumbadores.

—Bien hecho, Comandante —dijo Vader—. Mantenga el perímetro. Voy a volver al *Peligro*.

El destructor estelar estaba suspendido en medio del espacio, con agujeros como bocas enormes a lo largo y ancho del casco, de donde salía fuego y humo.

Vader atravesó el humo al entrar en el muelle de aterrizaje y vio la destrucción. Había llamas por todas partes, conductos rotos que esparcían gas y fluidos. La tripulación estaba dispersa por el muelle. Algunos llevaban máscaras de oxígeno portátiles, otros sucumbían ante el humo. Por todas partes se veían droides, sistemas de supresión automática y equipos de incendios luchando contra el fuego, pero el incendio estaba descontrolado. Los daños superaban las posibilidades de la tripulación. Necesitaban ayuda. Por entre los restos se veían cuerpos y miembros dispersos. Muchas naves estaban en llamas, entre ellas la lanzadera del Emperador.

Al ver esto, Vader sospechó que su maestro había previsto buena parte de lo que había ocurrido, pero no había hecho demasiado para evitarlo.

Vader aterrizó, abrió el techo del caza, salió de un salto y caminó entre el humo y la carnicería. El suelo del muelle de aterrizaje estaba lleno de droides astromecánicos destrozados, restos de cazas y piezas de droides que habían explotado. Todo ello dominado por el humo. Las alarmas de emergencia aullaban. Vader se apresuró hacia el puente de mando.

Por toda la nave el panorama era parecido. Tripulantes corriendo gritando órdenes, humo, fuego, caos y descontrol.

La ira de Vader aumentaba con cada paso que daba.

—

Belkor estaba en sus aposentos. El corazón le latía a toda velocidad y un sudor nervioso le daba a su rostro un brillo incómodo. Respiró profundamente cuando le sonó el comunicador.

—Aquí el Coronel Belkor.

—Señor, debería venir inmediatamente al centro de comunicaciones. Han atacado al *Peligro*.

Belkor había ensayado muchas veces su respuesta.

—Voy inmediatamente —respondió, con la cantidad precisa de alarma y urgencia—. ¿Cuál es la situación del *Peligro*?

—De momento no se sabe, señor. Todavía no tenemos detalles. Estamos esperando información.

Belkor cortó la conexión, se alisó el uniforme, se puso bien el gorro, adoptó una expresión que había estado practicando y se dirigió al centro de comunicaciones. Por los pasillos de las instalaciones corrían hombres y mujeres de uniforme. Oía el eco de la suela de sus botas golpeando el suelo, mientras repetía mentalmente lo que le iba a decir a Mors.

Se encontró ante las puertas transparentes del centro de comunicaciones, que se abrieron automáticamente al acercarse. El interior estaba inundado por una cacofonía frenética de conversaciones a través de los comunicadores.

Aquí y allá, cazaba fragmentos de conversaciones. El teniente coronel que le sustituía en su ausencia se le acercó a toda prisa, asintiendo con la cabeza a unas palabras que oía por el comunicador.

—Coronel Belkor —dijo el teniente coronel.

—Infórmeme —ordenó Belkor, mientras un temblor le recorría las piernas.

—El *Peligro* ha sido atacado al entrar en el sistema, señor.

De nuevo, Belkor soltó rápidamente una respuesta ensayada.

—¿Atacado? ¿Cómo? ¿Por quién?

—Parece que son los terroristas, señor, pero no podemos estar seguros.

—¿Cuál es su estado?

Esperaba oír que lo habían destruido, pero no fue así.

—Está gravemente dañado, señor.

La expresión ensayada de Belkor, que llevaba como una máscara, desapareció con esta noticia inesperada.

—¿Qué quiere decir con que está dañado? Pensaba que… —se detuvo a tiempo y corrigió lo que iba a decir—. Por fin un poco de buenas noticias. Prosiga.

—Parece que los daños son *graves*, por lo que hemos podido averiguar. Todavía nos están informando. El destructor ha sufrido daños generalizados y hay numerosos incendios. A juzgar por los informes, parece que fue atacado por un enjambre de minas y viejos cazas droide. Las naves atacantes han sido destruidas, pero necesitan ayuda para contener los fuegos y hacer reparaciones.

—Póngame con la Moff Mors en el comunicador.

—Sí, señor.

Belkor notó la leve vibración del comunicador encriptado que llevaba en el bolsillo, que significaba que Cham le estaba llamando. Lo ignoró la primera vez y la segunda, pero a la tercera se dio la vuelta, se fue a un rincón de la sala y se puso el comunicador en el oído.

—Sí —respondió, con el tono que adoptaría al hablar con otro oficial imperial—. Lo he oído, sí. Es increíble.

Entonces escuchó la voz de Cham:

—Da la orden de que todas las naves de reparación disponibles acudan a ayudar al *Peligro*, incluidas naves no imperiales.

Belkor se tragó la ira y adoptó una media sonrisa falsa.

—No creo que eso sea posible. No ha hecho lo que se suponía que tenía que hacer.

El teniente coronel le estaba haciendo un gesto para que se acercara. Significaba que había establecido conexión con la Moff Mors. Belkor le hizo una señal para que esperara.

—Hazlo ahora, Belkor. Ahora mismo. Está en llamas, y caerá. Hazlo.

La rabia que sintió Belkor al recibir órdenes de Cham le impidió hablar durante un momento.

—Veré qué puedo hacer —concluyó Belkor con la mandíbula apretada, y entonces cortó la conexión.

Belkor corrió al lado del teniente coronel.

—Conexión con la Moff establecida —informó el teniente coronel.

—Pásela a la sala de conferencias —ordenó Belkor.

—Sí, señor.

Belkor recobró la compostura y se dirigió a la sala de conferencias, que estaba completamente en silencio. Una vez ahí, activó el comunicador y apareció un holograma de Mors sobre la mesa triangular. Estaba elegante con su uniforme y tenía la mirada despejada. A Belkor no le gustó nada.

—Moff Mors —dijo Belkor—. El *Peligro* ha sido atacado en cuanto ha…

—¡Ya lo sé! —gritó Mors, con la cara enrojecida. Un fleco de pelo negro se escapó del moño apretado que llevaba, y formó un arco sobre la frente—. Lo que quiero saber es cómo una flota entera de naves rebeldes se ha instalado en los márgenes de este sistema y nadie se ha enterado.

—Como sabe, nuestros recursos son limitados. Normalmente no hacemos patrullas en lugares tan lejanos del sistema.

—¡No le estoy preguntando eso, Coronel! ¡Quiero saber cómo han llegado hasta ahí!

La verdad era que Belkor había desviado patrullas y líneas de vuelo de modo que Cham pudiera colocar todas las naves en posición, pero lo había hecho cuidadosamente, utilizando el código de autorización de Mors. Las desviaciones en sí no resultaban necesariamente sospechosas, ya que era habitual cambiar las rutas de patrulla por motivos de seguridad. Pero si alguien empezaba a sospechar, la investigación señalaría a Mors. Sería la palabra de Belkor contra la de Mors. Y, evidentemente, en una situación así, Belkor saldría ganando. Podía demostrar que Mors era una adicta a la especia, que se dedicaba a malversar las ganancias de las operaciones imperiales de minería, que fraternizaba con criminales conocidos como los hutt y que eludió su responsabilidad al asignarle a Belkor toda la gestión de Ryloth. Mientras tanto, Belkor, completamente leal, había hecho todo lo posible para cumplir su deber.

—Investigaré lo que ha ocurrido y averiguaré quién es el responsable —afirmó Belkor—. Mientras tanto, sugiero que demos la orden de que todas las naves de reparación disponibles acudan a ayudar al *Peligro*.

—Sí, sí —respondió Mors, haciéndole un gesto con la mano para que procediera—. Hágalo. ¿Qué?

—¿Qué, señora?

Pero Mors no le hablaba a él. Le estaba hablando a alguien de su personal, que Belkor no podía ver. Mientras Mors estaba ocupada, Belkor abrió la puerta y llamó al teniente coronel.

—Dé la orden de que todas las naves de reparación disponibles acudan a ayudar al *Peligro*, incluidas naves no imperiales. Ahora mismo.

—¡Sí, señor! —respondió el teniente coronel, y empezó a dar órdenes.

Belkor volvió a la mesa y a Mors, que seguía hablando con alguien que él no podía ver. Algo había cambiado. Era como si Mors se hubiera encogido, como si se estuviera desmoronando. Tenía el rostro decaído y terror en la mirada.

—Necesito que me lo confirmen —le dijo Mors a alguien de su personal, con un temblor en la voz—. Necesito que me lo confirmen ahora mismo.

El tono de voz de Mors alarmó a Belkor.

—¿Moff? —preguntó, con tono tentativo.

Mors tragó saliva, se aclaró la garganta y se sentó.

—Belkor… se rumorea que el Emperador y Lord Vader están a bordo del *Peligro*.

Las palabras golpearon a Belkor como una patada en el estómago. Estuvo un momento sin poder hablar ni respirar. Apoyó las manos en la mesa cuando las piernas le empezaron a temblar.

—Yo… ¿el Emperador?

—Esto ha ocurrido bajo su mando, Belkor —dijo Mors, con una voz pequeña, tímida, aterrorizada.

—Nuestro mando —le corrigió Belkor—. Bajo nuestro mando, señora.

Mors no respondió.

En la mente de Belkor empezaron a dispararse pensamientos de todo tipo, aunque ninguno tenía sentido.

¿Cham lo sabía? ¿Cómo lo hubiera podido saber?

Seguro que lo sabía. Cham lo sabía desde el principio y le había hecho cómplice de todo esto, y ahora él estaba totalmente implicado y sería responsable de…

—¡Coronel! —gritó Mors, devolviéndole a la realidad.

—¿Sí, señora?

—Envíe naves de vigilancia y de reparación al destructor, Belkor. Yo voy a bajar a Ryloth.

—Por supuesto —respondió Belkor, distraído, y cortó la conexión—. Por supuesto que va a bajar.

Cogió el holoproyector y lo golpeó contra la mesa, una y otra vez, hasta hacerlo pedazos. Notó que alguien le miraba. Probablemente le estaba mirando todo el mundo desde la sala principal del centro de comunicaciones. Le daba igual. Se quedó ahí sentado

un buen rato, respirando con dificultad. Cualquier intento de pensar se perdía, arrastrado por un remolino de emociones. Vader. El Emperador.

Intentó pensar cómo podía gestionarlo todo, cómo podía escapar del agujero en el que se había enterrado él mismo.

Podía huir. Ya lo había pensado antes. Era una opción posible: salir del planeta y encontrar un cuchitril en algún rincón del Borde Exterior y…

Sabía que no podía hacerlo. Si Vader y el Emperador morían y se descubría que él había huido, la Oficina Imperial de Seguridad lo perseguiría hasta el último confín del universo. A la OIS no se le escapaba nunca nadie. Y si Vader y el Emperador no morían y se descubría que él había huido, el propio Vader iría tras él.

Tenía que tirar adelante. No tenía otra opción.

Se puso en pie, tomó una respiración profunda, se alisó el uniforme y volvió a la sala principal del centro de comunicaciones. Todas las miradas que había atraído antes volvieron a sus respectivos puestos. El teniente coronel, que estaba esperándole en la puerta de la sala, vio que Belkor lo buscaba con la mirada. Belkor se dirigió hacia él y le ordenó:

—Asegúrese de que todas las naves de reparación lleven un caza de vigilancia. Hágalo ahora mismo. Yo… ahora vuelvo. Necesito comprobar una cosa.

—Sí, señor —respondió el teniente coronel, saltando hacia el oficial de comunicaciones más cercano.

Belkor tragó saliva y salió del centro de comunicaciones, recorrió un pasillo, subió en un ascensor y se dirigió a unos baños exclusivos para oficiales. Se quedó ahí de pie, con la espalda contra la puerta. No había nadie más, así que se encerró. Una vez ahí, pudo dejar de apretar la mandíbula y los puños, pudo liberar la tensión que tenía en todo el cuerpo.

Vader y el Emperador. Vader y el Emperador.

El comunicador encriptado empezó a vibrar. Era Cham. Se lo sacó del bolsillo, apretándolo con tanta fuerza que le resbaló de la mano y cayó al suelo.

Lo recogió, soltando insultos, respondió a la llamada y se lo llevó al oído.

—¡Desgraciado! —gritó—. ¿Tú sabes lo que has hecho?

—Cálmate, Belkor.

—¿Que me calme? ¡Has intentado matar…! —recuperó el control y bajó el tono, hasta casi susurrar—… has intentado matar al Emperador y a Vader.

—*Voy* a matar al Emperador y a Vader —le corrigió Cham—. Y tú me vas a ayudar.

Belkor no podía aceptar de ninguna manera. Cham pareció entender su silencio.

—Lo harás, Belkor. Tienes que hacerlo. El ataque ya se ha producido. Estás implicado. No podrás huir a ninguna parte…

Belkor cortó la conexión. El corazón le latía a toda velocidad, estaba sudando bajo el uniforme, y todos sus pensamientos estaban desbordados. Empezó a caminar de un lado a otro del baño. El comunicador encriptado volvió a vibrar en su bolsillo.

—Mierda, mierda, mierda, mierda.

Respondió al comunicador.

—No digas nada, *Coronel* —le espetó Cham, pronunciando el rango de Belkor como si fuera un insulto—. Escúchame. Te dije que te delataría si no me ayudabas, y lo voy a hacer. Estás metido hasta el fondo en todo esto. ¿Has dado la orden de enviar las naves de rescate? ¡Contesta!

—Sí —respondió Belkor severamente.

—Muy bien. Ahora escúchame. Vader, el Emperador y Taa morirán hoy. Está a punto de pasar. No tienes que hacer nada más, aparte de supervisar las reparaciones y el rescate, como harías normalmente. No es nada sospechoso. ¿Lo ves? ¿Me estás escuchando, Belkor?

Belkor tuvo que ir a buscar la respuesta a lo más profundo de sus entrañas.

—Sí. Mors va a bajar a Ryloth.

Cham se quedó en silencio durante un momento.

—Eso no cambia nada. Haz lo que te he dicho. Y ten este comunicador a mano por si necesito algo más. Todo va a cambiar en menos de una hora.



CAPÍTULO SIETE

Cham se guardó el comunicador encriptado en el bolsillo y volvió al centro de mando. Nadie se dio la vuelta para verle entrar. Todas las miradas estaban fijas en las pantallas. El *Peligro* estaba en llamas pero todavía volaba, atravesando el sistema a toda velocidad en dirección a Ryloth.

En realidad, la intención de Cham no era derribar el *Peligro* sólo con los droides buitre, aunque había empezado a albergar esperanzas antes de que interviniera Vader.

Apretó la mandíbula dos veces para activar el comunicador privado y se dirigió a Isval, aunque hablaba tan alto que todo el personal del centro de mando podía escucharle.

—Empezamos la fase dos —informó, y al decirlo todo el mundo se le quedó mirando—. Pronto recibirás la señal. Es tu turno, Isval. El *Peligro* está ardiendo pero sigue volando en dirección a Ryloth.

—Entendido —respondió Isval.

—Buena suerte.

Kallon, Xira y Gobi se quedaron mirando a Cham, frunciendo el ceño. Incluso D4 emitió un pitido interrogativo.

Kallon habló por todos al preguntar:

—¿Hay una fase dos?

—Efectivamente —respondió Cham. Sólo se lo había comunicado a la gente que necesitaba saberlo.

—¡Sí! —exclamó Gobi.

Cham se le quedó mirando hasta que se le pasó la alegría.

—¿Qué? —preguntó Gobi—. ¿He dicho algo malo?

—Esto no es un juego —dijo Cham, pensando en el riesgo enorme que iba a correr Isval—. ¿Lo entiendes? Hay mucha gente muriendo.

—Sólo de los suyos —precisó Gobi en voz baja.

—Hasta ahora —le replicó Cham—. Esperemos que siga así. Pero sea como sea, no es ningún juego.

—De acuerdo —dijo Gobi, con la piel oscurecida de vergüenza—. De acuerdo.

Cham se quedó mirando las pantallas. La cosa ya no estaba en sus manos, y acababa de empezar la parte más peligrosa de todo el plan.

—

Isval y Eshgo intercambiaron una mirada y asintieron, aguardando la señal. No tuvieron que esperar demasiado tiempo, ya que al cabo de poco se activó el comunicador: *Todas las naves deben ir a ayudar al destructor imperial en peligro.*

—Reparador 83, recibido —dijo Isval.

Alrededor de ellos, en la plataforma de aterrizaje, los twi'leks de los equipos de reparación salían corriendo de las cuevas laterales y se dirigían a sus respectivas naves. Otras naves ya estaban preparadas y empezaban a alzar el vuelo.

El ordenador de a bordo parpadeó, recibiendo los detalles, permisos y asignaciones pertinentes de la central. Esperaron a que les dieran el permiso. Cuando lo recibieron, Eshgo puso en marcha la nave y despegó. Utilizando el comunicador de muñeca privado, Isval contactó con los otros dos equipos de soporte.

—Estamos despegando. ¿Cuál es vuestra situación?

—Ya hemos despegado y hemos salido —respondió un equipo.

—Estamos despegando, esperando permiso para salir —dijo el otro.

—A partir de ahora, silenciaremos los comunicadores.

—Entendido —respondieron los dos equipos—. Y buena suerte.

Isval cortó la conexión y les dijo a sus compañeros:

—Eso mismo.

Drim, Faylin y Crost asintieron.

Con Eshgo a los mandos de la nave, salieron del muelle de aterrizaje. Al salir al aire libre, notaron los potentes vientos de Ryloth. Inmediatamente empezaron a acelerar a máxima velocidad atmosférica. Se alejaron rápidamente de la superficie seca y rocosa de Ryloth. En unos momentos, la luz del atardecer del planeta se convirtió en la oscuridad del espacio.

—Estamos saliendo de la atmósfera exterior —anunció Eshgo, comprobando los instrumentos—. Acelerando al máximo. Tiempo estimado de llegada: menos de una hora.

El espacio se llenó con una flota de naves de reparación (algunas imperiales, pero la mayoría rylothianas), todas ellas volando en dirección al destructor estelar dañado. Al pasar a toda velocidad por delante de las lunas de Ryloth, Isval miró fugazmente la pequeña luna rocosa donde estaban Cham y muchos miembros del movimiento,

escondidos en una de sus bases subterráneas más antiguas. Varios cazas Ala-V salieron a acompañarlos, procedentes de las bases imperiales de la luna más grande, donde vivía la Moff.

Isval apretó la mandíbula para activar el comunicador privado con Cham.

—Estoy pasando cerca de ti. Pronto saldremos de las órbitas de las lunas. Después ya perderemos la comunicación.

—Tiene que ser entrar y salir, Isval. Tan rápido como puedas. La velocidad es tu aliada.

Isval asintió con la cabeza.

—¿Dicen algo los imperiales sobre Vader y el Emperador?

—Por todas las frecuencias se habla de ellos. Todo el mundo está sorprendido de que estén a bordo. Pero no se sabe con seguridad si todavía están vivos. El *Peligro* avanza hacia Ryloth rápidamente. Ya ha pasado del cinturón de asteroides.

—¿Y Taa?

Cham se echó a reír.

—A nadie le interesa Taa, sólo a nosotros. Ahora mismo no tiene demasiada importancia.

El comunicador crepitó en el oído de Isval. Estaba perdiendo la conexión. Cham dijo algo que ella no pudo entender.

—¿Me lo repites?

—Planea bien la huida, Isval. ¿Me oyes?

Isval sonrió. Tendría que haberlo imaginado.

—Entendido, Cham.

La flota de naves de reparación seguía atravesando el sistema.

—Ahí está —exclamó Eshgo, señalando el radar. En un extremo del área de escaneo, acababa de aparecer una nave—. Ese es.

A través de la ventana, a lo lejos, Isval vio el *Peligro*. Al principio era un punto pequeño, que poco a poco fue creciendo hasta convertirse en un triángulo. Se inclinó hacia delante en el asiento. A medida que se acercaban, la nave se iba haciendo cada vez más grande. Faylin, Drim y Crost se levantaron de sus asientos en la parte trasera de la zona de carga para mirar por encima de Isval y Eshgo.

Drim silbó. Faylin blasfemó. Crost exhaló, alterado.

—¿Estás bien? —le preguntó Isval.

Sus lekku se reavivaron.

—¿Yo? Sí, muy bien.

—Está en muy mal estado —comentó Eshgo, refiriéndose al destructor.

—Eso parece —dijo Isval. La visión del *Peligro* en semejante estado le daba muchos ánimos.

—Mirad todos esos incendios —observó Drim—. Los buitres han hecho un buen trabajo.

—Ahora nosotros tenemos que hacer el nuestro —dijo Isval. Todos asintieron con la cabeza.

El muelle de aterrizaje delantero del *Peligro* estaba gravemente dañado. El elegante diseño rectilíneo de la abertura principal se había convertido en un perfil abrupto. Parecía más bien una boca enorme, abierta para tragarse las estrellas. Por todas partes salían llamas de múltiples incendios, que se habían hecho bastante grandes. Y eso era lo único que Isval podía ver desde esa distancia y ese ángulo. Podía imaginar que los droides zumbadores explosivos modificados de Kallon habían causado estragos en el interior del destructor estelar. O eso esperaba.

Le produjo una gran satisfacción pensar en la cantidad de imperiales que ya habrían muerto.

—Y los que faltan —murmuró para sus adentros.

—¿Qué dices? —le espetó Eshgo.

—Nada, estaba hablando sola.

—¿Ya haces como Kallon? —bromeó Eshgo—. ¿Ahora te pasarás el día murmurando?

Isval sonrió.

Toda la superestructura estaba ennegrecida por los daños causados por los droides buitre. Una explosión había convertido la antena de sensores delantera en una masa de metal escarpado, que daba vueltas sin sentido. El destructor avanzaba a toda velocidad, deslizándose rápidamente por el espacio a pesar de los daños. Una flota miscelánea de naves anti-incendio de todas las formas y tamaños, tanto imperiales como twi'leks, revoloteaba alrededor del destructor, lanzando descargas de espuma anti-fuego. Las naves más pequeñas seguían trayectorias paralelas al destructor estelar, manteniéndose al mismo ritmo.

—Se acerca rápidamente a Ryloth —observó Faylin.

—Creo que se sienten vulnerables —dedujo Eshgo. Su comentario jocoso levantó alguna sonrisa, pero nadie se rió.

Isval nunca había estado tan cerca de un destructor estelar. A medida que se acercaba, su masa descomunal empezó a ocupar todo el campo de visión de la carlinga. Isval estaba muy sorprendida, pero no permitió que las dimensiones del destructor la impresionaran. Si el movimiento quería asestarle un golpe al Imperio, tenían que hacerlo a esta escala. Y necesitaban matar a muchos imperiales para que doliera de verdad. Y lo más importante, tenían que acabar con Vader y el Emperador.

Dirigió la mirada al puente de mando, donde se imaginaba que se encontrarían si seguían vivos.

—Hay que estar atentos —le pidió al equipo. Asintieron con la cabeza, boquiabiertos todos ante la grandeza del destructor estelar.

El canal de comunicaciones transmitía órdenes y conversaciones. La tripulación del destructor estelar iba dando órdenes a las naves de reparación que llegaban. Isval esperaba la llamada. No tardó en llegar.

—Aquí el Reparador 83 de Ryloth —respondió Isval.

—Puerto 45A —dijo la voz, a la vez que les enviaban instrucciones para la computadora de navegación.

Isval hizo una comprobación rápida y vio que el puerto 45A estaba en la popa, muy lejos de su objetivo. Llamó por el comunicador.

—Aquí el Reparador 83, otra vez. Señor, tengo un equipo de especialistas a bordo. Se supone que tenemos que ayudar en la reparación de los motores.

—Reparador 83, no tenemos ningún parte al respecto.

—Ahora mismo las cosas en el planeta son un caos, señor, como se puede imaginar. Hemos recibido la llamada y hemos despegado inmediatamente. Las órdenes y los partes no son una prioridad ahora mismo. Lo importante es que el *Peligro* siga volando. Mi equipo será de más ayuda si podemos trabajar en el compartimento del motor.

—Entendido, Reparador 83. A ver… entonces… muelle 266R.

Isval buscó la ubicación del muelle 266R y vio que estaba cerca del compartimento del motor, y no demasiado lejos de la sala del hiperimpulsor.

—266R —repitió ella—. Gracias, puente de mando.

—Allá vamos —dijo Eshgo.

Notó el cambio en los miembros de su equipo. Los nervios, la excitación, esa tensión silenciosa que los oprimía. Ella también lo notaba, así que les dio algo que hacer.

—Comprobad dos veces el equipo, las armas y los explosivos. Todo el mundo tiene que ir armado sin que se vea nada. Y respirad profundamente.

El equipo acató la orden sin objetar, mientras Eshgo dirigía la nave al muelle 266R. Isval hizo un análisis en el ordenador para ver a qué muelles habían asignado a las naves de los dos equipos señuelo. Memorizó los números de los muelles.

Mientras tanto, el ordenador de a bordo adaptó su velocidad a la del destructor estelar, al tiempo que Eshgo viraba y se dirigía al puerto de acople del muelle 266R. El babor de la nave de reparación se acopló con el babor del *Peligro* y se sellaron las juntas. Una luz verde anunció un sellado correcto.

—Poned cara de trabajo —ordenó Isval.

Todos asintieron y los twi'leks agitaron sus lekku. Todo el mundo estaba serio.

—¡Allá vamos! —exclamó Isval.

Tomó la palanca de mando del palé antigravitatorio, que consistía en una especie de trineo enorme con numerosos compartimentos repletos de herramientas y piezas, y abrió la compuerta que comunicaba con el *Peligro*.

Lo primero que advirtió fue el sonido: el estrépito de las alarmas, las voces incesantes de los comunicadores de la nave, el ajetreo del pasillo repleto de gente. Lo segundo fue el olor: el hedor de plástico quemado, carne chamuscada y el olor punzante de los fuegos eléctricos.

A lo largo y ancho del vestíbulo había terminales que se habían salido de la pared, con los cables colgando y soltando chispas. Numerosos oficiales de uniforme corrían por los pasillos, solos o en grupo. Todos parecían estar superados por las circunstancias y

hablaban a toda prisa por sus comunicadores de muñeca. Vieron varios hombres y mujeres heridos sentados de espalda a la pared. La sangre iba dejando manchas en sus uniformes y en el suelo blanco impoluto. Pequeños droides ratón rodaban de aquí para allá en medio del caos. A Isval le picaban los ojos a causa de la neblina de humo que se acumulaba junto al techo. La ventilación todavía no la había podido eliminar.

—¡Tú! —gritó un oficial.

Se le aceleró el corazón, pero no permitió que esto le afectara a la expresión. Permaneció tranquila. El oficial, un humano pelirrojo y pecoso, llevaba una tableta de datos en la mano. Le dijo algo a su comunicador de muñeca mientras Isval giraba el palé antigravitatorio hacia el oficial. Su equipo la siguió.

Un grupo de soldados de asalto salió de un pasillo lateral y se les acercó. Isval se quedó congelada durante unos segundos y se llevó la mano al bláster. Pero antes de que pudiera desenfundar, los soldados de asalto ya habían pasado de largo y se alejaban por el pasillo. Isval parpadeó y trató de volver en sí, haciendo ver que buscaba una herramienta con la mano.

—Identificación —ordenó el oficial.

Dejó el palé y se acercó al oficial. Le dio su tableta de datos, que contenía sus credenciales falsificadas. Confiaba en que no las estudiara con demasiada atención.

—Somos del Reparador 83. Equipo de reparación del motor. Vamos…

—Muy bien, muy bien. —Miró la tableta sólo por encima, entonces introdujo unos datos en la suya. Frunció el ceño por algo que vio, y entonces le hizo un gesto a un oficial subalterno que estaba ahí cerca.

—Teniente Grolt, lleve a este equipo de reparación…

—Señor, ya sabemos adonde vamos —le interrumpió Isval.

El oficial siguió hablando, como si ella no hubiera abierto la boca:

—Lleve a este equipo de reparación a los accesos del motor.

Al ver al Teniente Grolt, delgado como un árbol látigo, Isval se acordó del oficial al que dio una buena paliza en el Octágono.

La palidez y la expresión de su cara indicaban que su mundo se estaba desmoronando con el ataque al *Peligro*. Hasta ahora, tanto él como el resto de la tripulación se habían sentido invulnerables en el destructor estelar. Isval disfrutaba viendo que se sentían vulnerables, que sentían un miedo parecido al que tenían que sufrir todos los twi'leks día tras día.

—Por supuesto, señor —dijo Grolt, haciéndole un saludo al oficial. Entonces se dirigió a Isval y a su equipo—. Síganme.

El teniente se movía rápidamente por entre el caos. Isval clavó la mirada en el cogote del oficial, pensando en formas de matarle si llegaba el momento.

El palé antigravitatorio les ayudaba a abrirse paso a través del tumulto del pasillo. Por toda la nave el panorama era el mismo: daños graves, fuego, alarmas, bajas, humo y personal corriendo de un lado a otro, sin prestarle atención al resto.

A medida que avanzaban, Isval repasó de memoria el diagrama aproximado del destructor estelar que había memorizado. Se estaban aproximando al objetivo, pero pronto tendrían que desviarse. Intercambió una mirada de complicidad con Eshgo, que asintió discretamente.

—¿Sabe una cosa, teniente? Desde aquí ya sabemos ir —le dijo Isval a Grolt—. Seguro que tiene otras cosas que hacer.

El teniente ni siquiera se dio la vuelta para mirarla.

—Me han dado una orden, twi'lek —le espetó.

Isval se dio cuenta de que la idea de matarlo era cada vez más probable.

—Por supuesto —respondió ella. Isval y Eshgo se miraron y asintieron al unísono.

Llegaron a un ascensor y se apiñaron en su interior. Isval colocó el palé antigravitatorio de modo que el ascensor quedara lleno. Grolt pulsó el nivel 29 en el panel de control del ascensor.

Llegó otro oficial imperial, que intentó entrar, pero Eshgo se puso en medio.

—Lo siento, lo siento —dijo Eshgo, como si estuviera intentando apartarse.

Isval les dio un pequeño golpe a los dos con el palé antigravitatorio.

—Perdone. Lo siento mucho —exclamó Isval—. Creo que no cabe nadie más. Este palé… —improvisó Isval, encogiéndose de hombros.

—Lo siento —se disculpó Grolt.

—Esperaré —dijo el otro oficial, dando un paso atrás. Saludó a Grolt, que le devolvió el gesto.

En cuanto se cerraron las puertas, Isval sacó el bláster que llevaba escondido en la parte de atrás de la cintura. Le disparó en la nuca a Grolt, que se desplomó sin hacer ruido. El disparo del pequeño bláster le dejó la cabeza intacta. La herida, cauterizada por el disparo de bláster, no llegó a sangrar.

Eshgo y Drim no necesitaban instrucciones. Abrieron uno de los compartimentos más grandes del palé y empezaron a introducir el cuerpo de Grolt en su interior.

—¡Deprisa! —les urgió Isval.

Isval observaba la pantalla digital, que iba mostrando las plantas. Veintidós, veintitrés.

—¡Venga, venga!

Faylin los ayudó, retorciendo los brazos de Grolt en ángulos imposibles, rasgando cartílagos y empujando con fuerza la cabeza de Grolt hasta que entró completamente. Veintinueve.

Eshgo cerró el compartimento y se abrieron las puertas del ascensor. Ante la puerta vieron un par de oficiales de uniforme, que inmediatamente pusieron cara de sorpresa. Uno de ellos arrugó la nariz, notando quizá el olor de disparo bláster.

—Cables quemados —dijo Isval.

—¿En qué nivel estamos? —intervino Eshgo, mirando la tableta—. Creo que nos hemos equivocado. Tendríamos que estar uno por debajo. ¿Bajan? —les preguntó a los oficiales, que no tardaron en ver que no cabían en el ascensor.

—Esperaremos —respondió el más alto de los dos.

Isval se esforzó por mantener la sonrisa falsa hasta que se cerraron las puertas.

Todo el equipo exhaló a la vez, pero nadie dijo nada mientras el ascensor bajaba y se abría la puerta, en el nivel que habían dejado atrás unos momentos antes. Con el cuerpo de un oficial imperial muerto escondido en el palé antigravitatorio, recorrieron los pasillos atestados en dirección a la sala del hiperimpulsor.

Al acercarse a esa zona de la nave, los pasillos se estrechaban. Empezaron a encontrar cada vez menos ajetreo, ya que la mayoría de la tripulación estaba en las salas principales. Los pasillos laterales estaban casi vacíos.

—Nos hubiéramos ahorrado mucho tiempo enviando un buitre hasta aquí con su cargamento especial —exclamó Faylin.

—Demasiado escondido en el interior de la nave, y demasiado reforzado —le replicó Isval.

—Además, nos hubiéramos aburrido demasiado en Ryloth —bromeó Drim.

Recordando la advertencia de Cham, Isval se esforzaba en recordar la distribución de los pasillos, por si la huida se complicaba. Si hubiera venido sola, no le habría preocupado tanto la salida. Pero su equipo esperaba que los sacara de ahí, y eso era exactamente lo que iba a hacer.

Al doblar una esquina, vieron un grupo de cuatro soldados de asalto de guardia delante de una enorme compuerta reforzada que daba acceso a la sala del hiperimpulsor.

Cuando Isval y su equipo se les acercaron, los soldados de asalto se tensaron y se llevaron las manos a los blásteres.

—Cuidado —se dijo a sí misma en voz baja, aunque notaba gotas de sudor resbalándole por las axilas. Se esforzó por adoptar un aspecto inofensivo.

Uno de los soldados dio un paso hacia delante y levantó su mano enguantada.

—Alto ahí. Esto es un área restringida —el amplificador de su casco hacía que la voz sonara robótica.

Isval disminuyó la velocidad pero no se detuvo.

—Somos de la nave Reparador 83. Equipo de reparación del motor.

—Los accesos al motor están por ahí —replicó el soldado, señalando el camino por el que habían venido.

—Lo sé —respondió Isval, sin dejar de acercársele—. Pero el hiperimpulsor también está dañado. Tenemos autorización para repararlo. ¿Lo ve?

Le enseñó su tableta de datos, pero el soldado de asalto no quiso ni mirarla.

—Me da igual lo que diga, twi’lek. Nadie puede pasar por esta puerta sin ir acompañado por un oficial autorizado. Fuera de aquí. Ahora.

El soldado se la quedó mirando. Isval se vio reflejada en las lentes negras del casco. Notó que su equipo también estaba algo tenso, pero decidió tomarse un momento para reagruparse.

—De acuerdo —dijo ella—. Iremos a buscar a un oficial y volveremos.

Ya le estaba dando la vuelta al palé antigravitatorio cuando se escuchó un ruido desde dentro del compartimento principal: una voz. Alguien estaba llamando por el comunicador del Teniente Grolt.

—Teniente Grolt —dijo una voz amortiguada—. Acuda inmediatamente al Muelle de Armas Diecinueve. Grolt, responda.

Isval notó que se le oscurecía la piel.

Los soldados de asalto se quedaron mirando el palé antigravitatorio, luego miraron a Isval, e inmediatamente empuñaron sus blásteres.

—

La ira creciente de Vader le acompañaba mientras el ascensor subía hacia el puente de mando. Al abrirse las puertas, se encontró con una nave en crisis. Los oficiales de rostro ceniciento se dedicaban a sus tareas con profesionalidad. El aire iba lleno del zumbido de los comunicadores y de las órdenes que gritaban los oficiales. Llegaban informes de daños de todo el destructor estelar y los oficiales se encargaban de asignar tareas con voz de urgencia al personal apropiado. Era como una sinfonía de fuego y muerte. Luitt iba de un puesto a otro escuchando informes, emitiendo órdenes, intentando recuperar el control de la situación. Un miembro de la tripulación pasó corriendo al lado de Vader y entró en el ascensor.

El Emperador seguía en el mismo sitio de antes, en la plataforma elevada del centro del puente de mando. Orn Free Taa estaba cerca de él, con la mirada baja, inclinando la cabeza para ver el contenido de las diversas pantallas.

Todas las miradas se volvieron hacia Vader cuando se acercó por la plataforma central. Sin aminorar el paso, utilizó la Fuerza para coger a Orn Free Taa. Levantó del suelo al twi’lek orondo y lo dejó suspendido delante del Emperador. Taa, boquiabierto y temblando, se agarraba la garganta y respiraba con dificultad. Vader fue con cuidado para no matarlo. Todavía no.

—Lord Vader ha vuelto —anunció el Emperador—. Pareces disgustado, viejo amigo.

Soltó a Taa, que cayó al suelo boca abajo.

Vader se colocó al lado del Emperador, alzándose sobre Taa. Señaló al twi’lek con el dedo.

—Hay un traidor entre sus filas, Senador. Y ese traidor es responsable de lo que acaba de pasar aquí.

Taa se quedó de piedra al oír aquello. No sabía qué decir. Acariciándose la garganta, se apartó un poco de Vader.

—¿Qué está pasando? —preguntó Luitt, subiendo los escalones de dos en dos desde el nivel inferior—. ¿Este pedazo de escoria alienígena es un traidor?

Taa se puso en pie, gruñendo y resoplando. Su mirada suplicante alternaba entre Luitt, Vader y el Emperador.

—No, él no —respondió el Emperador—. Pero uno o más miembros de su equipo sí.

—Mi Emperador —dijo Taa, con la voz todavía afectada por el estrangulamiento de Vader—. Lord Vader, yo no tenía ni idea. Si lo hubiera sabido… —resopló y se puso firme—. Le prometo que encontraré a los traidores responsables de este ataque repugnante y…

—Ah, le creo —le interrumpió el Emperador, con desdén—. Pero eso no le exime de su culpa, Senador. Hay un traidor entre sus filas y no se ha enterado.

El Emperador hizo una señal a los guardias reales, que se colocaron a lado y lado del senador.

A Taa le temblaba la barbilla. Parecía a punto de ponerse a llorar. Sus ojos se dirigían a los guardias, a Vader, de Vader al Emperador.

—Mi Emperador, ojalá pudiera…

—Confine todo el personal del senador en sus aposentos —le ordenó el Emperador a Luitt—. Tienen prohibido el acceso a terminales de ordenadores y equipos de comunicación. Preséntelo como una práctica habitual en situaciones de este tipo. Lord Vader les interrogará cuando lleguemos a Ryloth.

A Vader le pareció una perspectiva muy deseable.

El Emperador se volvió hacia Taa.

—Senador, confío en que puedo contar con usted en todo lo referente a Ryloth, ¿no? Sobre el movimiento Ryloth Libre y el comercio de especia y esclavos. Con las dificultades que se están viviendo en su planeta, será necesario aplicar medidas más duras. Creo que si mis órdenes se canalizan a través de su voz, la gente estará más predispuesta a aceptarlas. ¿Está de acuerdo?

—Por… por supuesto, mi Emperador —respondió Taa.

—Mientras tanto, confío en que se quedará aquí con Lord Vader y conmigo. Ver cómo algo roto se reconstruye es totalmente fascinante.

Taa ni se molestó en responder.



CAPÍTULO OCHO

Los soldados de asalto empuñaron los blásteres al mismo tiempo que los compañeros de Isval. Isval no desenfundó el arma, sino que empujó el palé antigravitatorio a toda velocidad contra los soldados. Los estrelló contra la pared y sus disparos dieron en el techo. Eshgo le disparó en la cabeza a uno de los soldados, Drim le impactó a otro en el pecho y Faylin y Crost dispararon a los otros dos en la cara.

—Tenemos unos minutos —les dijo Isval, y a continuación rompió el silencio del comunicador para llamar a los dos equipos señuelo. Cham había insistido en utilizar señuelos por si las cosas iban mal y necesitaban crear una distracción. Como siempre, Cham tenía razón.

Isval recordó las palabras de Cham. *Hay que planear bien la huida.* Pero ahora mismo, la huida no le importaba tanto como derribar el *Peligro*.

—Adelante —le ordenó a los equipos señuelo—. Todo el mundo. Adelante. Aunque todavía no nos encontramos en estado de emergencia. Repito, todavía no nos encontramos en estado de emergencia.

Isval recibió respuestas afirmativas. Los otros dos equipos que se habían colado en el destructor estelar en las otras naves de reparación iban a causar dos o tres explosiones, incluso empezar un tiroteo si era necesario.

Isval desenfundó los dos blásteres, Drim sacó un rifle bláster pesado de un compartimento del palé antigravitatorio y Eshgo y el resto del equipo también prepararon sus armas. Drim desactivó el protocolo de seguridad para abrir la compuerta del hiperimpulsor y el equipo entró corriendo, siguiendo el palé antigravitatorio y dejando a los soldados de asalto muertos en el pasillo.

—

—Mi capitán —dijo el oficial de comunicaciones del puente de mando. Había algo en su tono que atrajo la atención de Vader—. Señor, se ha notificado un tiroteo en el muelle diecisiete y unas explosiones en el muelle doce.

—¿Un tiroteo? —preguntó Luitt—. ¿Cómo es posible que haya un tiroteo?

El oficial de comunicaciones se puso la mano en el auricular, asintió con la cabeza e informó a Luitt:

—Señor, es uno de los equipos de reparación. Twi'leks. Parece ser que las explosiones han sido intencionadas. He recibido informes de múltiples bajas adicionales. Los equipos de seguridad están en camino.

Entonces Vader lo entendió. El ataque de los cazas droide había causado estragos, pero había sido tan solo una treta, tan solo la mitad del plan. El movimiento Ryloth Libre era más ingenioso de lo que él o el Emperador se habían imaginado.

—Ordene a los equipos de seguridad que eliminen a todos los equipos de reparación de Ryloth que encuentren a bordo —ordenó Vader. Sus palabras silenciaron a todos los tripulantes del puente de mando. Se dio la vuelta y se dirigió al ascensor.

—Lord Vader —le dijo Luitt desde atrás—, hay casi cien equipos a bordo. ¿Mi Emperador?

—Cien equipos parece una cantidad manejable —respondió el Emperador, que no estaba mirando al capitán sino a Vader.

—Dé la orden, Capitán —exigió Vader—. Mátelos a todos.

—Sí, Lord Vader.

Las puertas del ascensor se cerraron delante de Vader. Se dirigió al muelle 17.

—

El hiperimpulsor del destructor estelar era un enorme módulo vertical ubicado en el fondo de un foso circular en el centro de una sala cavernosa. Una pasarela metálica le daba la vuelta al hiperimpulsor. Las paredes estaban cubiertas por ordenadores y otros dispositivos que Isval no sabría reconocer o comprender. Por un momento, el diseño le recordó al Octágono de Lessu. Esta asociación le levantó una sonrisa triste. Aquí había dejado un rastro de imperiales muertos como lo había hecho allí.

Alrededor de la pasarela había varios ingenieros y oficiales supervisando los ordenadores y examinando los conductos. Por lo que parecía, el grosor de la compuerta había silenciado los disparos del pasillo. El que estaba más cerca, un oficial técnico, se dio la vuelta hacia ellos y bajó la tableta de datos que llevaba en la mano.

—No pueden estar aquí sin la compañía de… —empezó a decir el oficial. Se detuvo, atónito, cuando advirtió que llevaban los blásteres en la mano.

Isval le disparó en el pecho a través de la tableta de datos, y el oficial se desplomó. Drim abrió fuego con el rifle bláster, mientras Eshgo, Faylin y Crost también disparaban contra la tripulación, que salía en desbandada, gritando.

—¡Asegura la compuerta! —le ordenó Isval a Eshgo. Acto seguido, apuntó a un objetivo, luego a otro, disparó y los dos cayeron al suelo con agujeros humeantes en el uniforme.

Los imperiales corrían, se agachaban y trataban de huir hacia la compuerta del otro lado. Un hombre bajo y fornido con uniforme de ingeniero salió corriendo hacia una alarma, pero Drim le disparó por la espalda. El hombre se desmoronó contra la pared y cayó de bruces al suelo, dejando un rastro de sangre en la pared. Ninguno de ellos iba armado, como era el caso de la mayoría de ingenieros y oficiales técnicos imperiales. El equipo de Isval acabó con ellos rápidamente.

—Busca un uniforme —le ordenó Isval a Drim mientras ella y el resto del equipo llevaban el palé antigravitatorio a la base de las escaleras—. No, dos uniformes. Coge prendas de varios, si hace falta, pero que no tengan agujeros de bláster.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Hazlo.

Eshgo, que se estaba peleando contra el mecanismo de bloqueo de la compuerta por la que habían entrado, disparó con el bláster sobre el panel de control, que explotó y empezó a soltar chispas y humo.

—La compuerta está asegurada —gritó Eshgo—. He hecho lo que he podido.

Tendría que funcionar.

—Vigila la otra puerta, Drim —ordenó Isval, señalando la compuerta con la barbilla—. Pero no hagas saltar los controles. Necesitamos una salida.

—Entendido —respondió Drim, y salió corriendo por la pasarela, saltando por encima de los cuerpos, hacia la única compuerta que permitía entrar o salir de la sala. Isval sabía que llevaba a una zona de mantenimiento que, a través de un pequeño laberinto, conducía a uno de los pasillos principales de la nave.

Faylin y Crost le habían quitado la chaqueta y la camisa a uno de los oficiales y tenían los pantalones y el sombrero de otro.

Con la ayuda de Eshgo, Isval bajó con cuidado el palé antigravitatorio por las escaleras que descendían de la pasarela hacia el enorme hiperimpulsor. Era dos veces más grande que ella. Al estar tan cerca, sintió un hormigueo y se le erizaron los pelos de los brazos. La superficie gris metálica del módulo estaba cubierta de ruedas y espirales. Sabía que todos estos conductos canalizaban de alguna manera la energía de la unidad, pero aparte de esto no tenían mayor significado para ella que una especie de escritura mística indescifrable. Unos cables gruesos como brazos, grandes transmisores y otros dispositivos electrónicos que le resultaban desconocidos salían por los lados del hiperimpulsor y se perdían por debajo del suelo.

Abrió el compartimento inferior del palé antigravitatorio, donde llevaban una docena de cargas explosivas. Parecían pequeños misiles, cada uno de ellos equipado con potentes placas magnéticas y temporizadores.

—Ayúdame —le pidió a Eshgo, y entre los dos empezaron a sacar los explosivos. Ahora le parecían más pesados que cuando los habían cargado en Ryloth. Seguramente la descarga de adrenalina de la última media hora la había debilitado.

A través del sistema de comunicación de la nave empezó a sonar otra alarma, distinta en tono y cadencia a la que habían escuchado al llegar al destructor. Isval miró a Eshgo, que la observaba con arrugas de preocupación en la frente.

—Saben que estamos aquí —dijo Isval—. ¡Rápido, rápido! —les gritó a Faylin y Crost.

—Sí, sí —replicó Faylin.

Isval abrió la parte superior del palé antigravitatorio, sacó el cuerpo rígido de Grolt y lo dejó en el suelo. Le cogió el comunicador y lo aplastó con la bota.

—Tengo un trabajo más para usted, Teniente Grolt —le dijo Isval al cuerpo inerte.

—¿Qué haces? —preguntó Eshgo.

—Necesitaremos este espacio —respondió Isval—. Vamos a colocar las cargas.

—

Vader salió del ascensor y utilizó la Fuerza para aumentar su velocidad y recorrer a toda prisa los pasillos humeantes y repletos de gente. Vio un grupo de twi'leks de un equipo de reparación: cuatro hombres y una mujer. Recorrían el pasillo con un palé antigravitatorio de herramientas y recambios. Nada en ellos parecía sospechoso.

Le daba igual. Cuando encendió la espada láser, los imperiales del pasillo se apartaron y le dejaron paso, desconcertados.

Los twi'leks apenas tuvieron tiempo de ver qué se les acercaba. Los liquidó uno detrás del otro y siguió avanzando a toda prisa, dejando cinco cadáveres y un pasillo lleno de soldados atónitos.

A través del comunicador le llegaron detalles sobre la ubicación del tiroteo, y se dirigió hacia allí. Escuchó los disparos mucho antes de verlos. Al fondo del pasillo vio un pelotón de soldados de asalto, agachados, intercambiando disparos con un enemigo que estaba a la vuelta de la esquina. El cabo que lideraba el pelotón lo vio acercarse y se dio la vuelta para dirigirse a él.

—Lord Vader, hay cinco sabot…

Vader pasó rozando al cabo y dobló la esquina, conectado con la Fuerza, con la espada de luz en la mano.

Un twi'lek de piel verde, de espalda a la pared, abrió fuego contra Vader con su rifle bláster. La luz roja de la espada de luz de Vader no sólo bloqueó los disparos, sino que los devolvió al twi'lek, que cayó al suelo con un agujero en el pecho y otro en la cara.

Mientras Vader avanzaba por el pasillo, salió un segundo twi'lek de una esquina, disparando una ráfaga de rayos rojos con su pistola bláster. Vader los desvió, extendió la mano libre y utilizó la Fuerza para arrebatarle la pistola, que se precipitó hasta su propia mano. El twi'lek reaccionó desenfundando una segunda pistola bláster que llevaba en una cartuchera de la pierna. Sin dejar de caminar, Vader le lanzó la espada láser, que cortó al twi'lek en dos. Vader apretó la mano y aplastó el bláster que le había arrebatado, lo tiró al suelo y, con la otra mano, utilizó la Fuerza para recuperar su espada de luz.

Vader escuchó el sonido de las botas de los soldados de asalto a sus espaldas. Los soldados del pelotón le pasaron por el lado, disparando sus rifles bláster. Cuando Vader dobló la siguiente esquina, había tres twi'leks más muertos.

—Lord Vader —dijo la voz del oficial de comunicaciones del puente de mando a través del comunicador—. Nos informan de que hay soldados de asalto muertos delante de la cámara del hiperimpulsor. La compuerta está sellada desde dentro.

Vader lo comprendió inmediatamente. Los twi'leks que acababa de matar no eran más que un cebo.

—Voy para allá —respondió Vader. Pasó por encima de uno de los twi'leks muertos y se dirigió a la popa del *Peligro*.

—

Eshgo e Isval colocaron las cargas en su lugar: la mayoría en el hiperimpulsor, pero también unas cuantas en la base de varios componentes cercanos, en el lugar preciso que había especificado Kallon. Lo habían ensayado docenas de veces. Cuando estallaran las cargas, el hiperimpulsor quedaría destruido. La explosión desencadenaría una serie de detonaciones secundarias que acabarían con los motores del *Peligro* y con el destructor estelar entero.

Isval vio que a Eshgo le temblaban las manos al manipular los temporizadores.

—Yo me encargo —le propuso Isval, que tenía el pulso firme, como siempre que se trataba de eliminar imperiales.

Eshgo se hizo a un lado para que Isval colocara los temporizadores en las cargas, uno a uno. Iban a explotar en secuencia, separados por milisegundos. Kallon les había dicho que la sincronización tenía que ser precisa o no habría reacción en cadena.

—Ha llegado el momento —murmuró Isval, secándose el sudor de la frente.

Intercambió miradas con todo el equipo y todos asintieron con la cabeza. No tenían muy claro si saldrían de esta, pero al menos la destrucción era inevitable. Una vez armados los explosivos e iniciado el recuento de los temporizadores, ya no había nada que pudiera salvar al *Peligro*. Sería una tumba volante.

Iban a *intentar* salir de ahí, por supuesto, pero teniendo en cuenta que la nave entera estaba bajo alerta, las probabilidades no eran muy favorables.

Faylin, la única humana del equipo de Isval, ya se había desvestido y se estaba poniendo el uniforme imperial. No le encajaba bien, pero al menos no tenía agujeros de bláster. Daría el pego a primera vista.

—Tiene buena pinta, cabo —bromeó Isval. Entonces vio que Faylin estaba más pálida de lo habitual—. ¿Estás bien?

Faylin se recogió la larga melena oscura debajo del gorro de oficial.

—Estoy bien. Estoy bien.

Isval apretó los hombros de Faylin. Entonces empezó a desvestirse ella también y se puso el segundo uniforme imperial, botas y guantes incluidos. No podía hacer nada para ocultar sus lekku o su piel azul, pero iba a utilizar el cuerpo de Grolt.

—Todo el mundo a la puerta —ordenó Isval. Llevaron el palé antigravitatorio hasta la segunda compuerta y se quedaron esperando a Isval.

Isval respiró profundamente y armó las cargas. Los temporizadores empezaron la cuenta atrás inmediatamente. Tenían cuarenta y dos minutos estándar para salir de la zona de impacto.

Bum. Un estruendo en la compuerta por la que habían entrado indicaba el uso de algún tipo de ariete, pero la puerta no cedía. Escucharon un segundo impacto, pero la compuerta aguantaba.

—¿Drim? —preguntó Isval.

—Por aquí no oigo nada —respondió, indicando la otra compuerta—. Pero eso no significa nada. La puerta es muy gruesa, Isval.

—Muy bien, entonces —concluyó Isval—. Vámonos.

—Y rápido —añadió Eshgo.

Isval se cargó el cuerpo de Grolt al hombro, gruñendo por el peso, y subió por las escaleras para unirse a su equipo.

—

Vader corría por el interior de la nave. Era como si su ira lo precediera y fuera apartando a la tripulación de los pasillos. Llegó a la compuerta de la sala del hiperimpulsor. Delante había cuatro soldados de asalto muertos. Un grupo de soldados y personal de seguridad intentaba forzar la compuerta utilizando un ariete gravitatorio portátil. El panel de control y los interruptores de la puerta estaban inutilizados, probablemente saboteados desde dentro.

El cabo encargado del equipo de seguridad vio que se acercaba Vader y dio un paso hacia delante para recibirlo. Mientras tanto, el ariete se acabó de cargar con un zumbido y golpeó la compuerta. No le hizo nada.

—Lord Vader —dijo el cabo—. Han sellado la compuerta desde dentro y han desactivado los interruptores. Hay otra vía de acceso a la sala. Ya he enviado un equipo a…

Vader encendió la espada de luz.

—Apártense —ordenó Vader, sin dejar de caminar. El personal de seguridad y los soldados de asalto tuvieron que hacerse a un lado, todos a la vez.

Cogió la espada láser con las dos manos, se concentró en la Fuerza para canalizar su ira y clavó la espada en la compuerta. El haz de luz roja se hundió medio metro en el metal. El calor del arma iba fundiendo la compuerta. Alrededor de la espada, el metal ardiente estaba al rojo vivo. Vader apretó con fuerza la empuñadura del arma y mantuvo la concentración. El metal empezó a ceder ante el calor del arma. El calor de su propia ira.

No tardaría mucho en abrir una entrada en la compuerta. Y entonces los traidores serían suyos.

—

El equipo entero volvió la cabeza al oír un chisporroteo, procedente de la compuerta por la que habían entrado. El metal se estaba enrojeciendo por el calor. Primero era sólo un pequeño punto, pero poco a poco se fue expandiendo. Estaban cortando la puerta para entrar.

Isval blasfemó.

El círculo se expandía. De la compuerta empezó a salir humo debido al corte de la herramienta que estaban utilizando, fuera lo que fuera.

—¡Se suponía que no había nada que pudiera atravesar esa puerta! —exclamó Eshgo.

Isval recurrió al mapa mental que se había formado del destructor y trazó una ruta para llegar a su nave. Les esperaban tantos obstáculos, que parecía que la nave estuviera a un pársec de distancia. No sabía si tendrían tiempo suficiente.

A sus espaldas, una punta roja de energía atravesó la compuerta. Isval lo reconoció al instante: era una espada de luz. Vader estaba ahí fuera. El mismo Vader que había acabado con Pok y toda su tripulación.

Le sobrevino una sensación de terror, mezclada con emoción. Se acordó de Pok y pensó en la venganza. La voz de Eshgo la sacó de su ensimismamiento.

—¡Isval, tenemos que irnos!

Isval parpadeó y asintió con la cabeza.

—Abre —le ordenó Isval. Todo el equipo se puso en posición, con las armas a punto, mientras Drim abría la puerta.

—

Una masa de metal fundido, burbujeante y humeante, se acumulaba junto a las botas de Vader mientras su espada de luz agujereaba la compuerta. Podía sentir el miedo de los traidores en la sala del hiperimpulsor. Sin duda habían visto su espada de luz y sabían lo que se les acercaba. Hacían bien en tener miedo. El miedo de los traidores alimentaba su

ira. El ritmo regular de su respirador marcaba el paso del tiempo: los momentos de libertad que todavía tenían los traidores antes de cayeran en sus manos.

—Dígale a sus hombres que capturen a los traidores con vida —le ordenó Vader al cabo—. Y que me los traigan a mí.

—Sí, Lord Vader.

—

Cuando la compuerta se abrió, no encontraron a nadie al otro lado.

Isval se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración. Seguramente los demás también, ya que exhalaron todos a la vez.

—¡Eshgo, Drim, Crost, todos al palé! —gritó—. Armas a punto.

—Intentad no dispararos entre vosotros —añadió Eshgo, mientras Drim y Crost se subían a dos de los compartimentos de herramientas del palé antigravitatorio—. Tendremos poco espacio.

Isval lo sabía. Se dirigió a Faylin:

—Tú conduces, Fay.

—¿Y tú? —le preguntó Faylin, mientras Eshgo se contorsionaba para caber en el último compartimento.

—Yo estoy herida o muerta —le respondió Isval—. Estaré arriba de todo. Seré tu apoyo si es necesario. Cúbreme con el cuerpo de Grolt.

Faylin arrugó la nariz, pero asintió con la cabeza.

Isval activó el comunicador y se puso en contacto con los equipos señuelo.

—Ha empezado la cuenta atrás. Media hora. Si podéis, salid ahora mismo.

Nadie respondió.

—¿Alguien me oye?

Nada. No le dio muchas vueltas a lo que eso podía significar. No tenía tiempo para darle vueltas a nada. La otra puerta se estaba fundiendo. Vader se acercaba.

Se tumbó sobre el palé antigravitatorio y Faylin la cubrió con el cuerpo de Grolt, de modo que casi no se le viera la cabeza. Faylin le puso el gorro de Grolt en la cabeza para tapar un poco sus lekku.

—Si alguien nos observa con atención, te verán —advirtió Faylin—. Mejor dicho, no tendrán que observar con atención. Basta con que nos miren.

Isval lo sabía, pero no había espacio para ella dentro del palé antigravitatorio. Cubrirse con el cadáver era lo único que creía que podía hacer.

—Tú limítate a ir rápido —le ordenó Isval.

—Cuenta con ello —dijo Faylin.

Detrás de ellos, Isval podía escuchar el goteo chisporroteante del metal de la puerta que Vader estaba atravesando con la espada láser. Oía también voces a través del pequeño agujero que Vader había hecho. Sentía la tentación de correr hacia ahí, cruzar la sala, poner el cañón del bláster en el agujero y disparar a ciegas. Pero tenía que resistir

esta tentación. La necesidad de sacar a su equipo de allí era más grande que la de matar a Vader. Los imperiales iban a entrar en cuestión de segundos y entonces iban a ver las cargas explosivas.

De repente, tuvo una idea.

Estaba pensando en la huida. Cham hubiera sonreído.

—Faylin, sácanos de aquí. Llévanos a un pasillo secundario y espera ahí.

—¿Esperar? Isval, sólo tenemos media hora.

—Ya lo sé. Pero haz lo que te digo.

—Isval…

—¡Hazlo!

—¿Estás segura? —replicó Eshgo desde el interior del palé antigravitatorio.

—Si vuelve a preguntarlo, pégale un tiro, Drim —bromeó Isval.

Drim soltó una risita y Faylin empujó el palé antigravitatorio, adentrándose en el pequeño laberinto que conectaba la sala del hiperimpulsor con uno de los pasillos principales del destructor estelar. Isval respiraba sobre la nuca del cadáver de Grolt. Tuvo que contenerse las arcadas.

No habían avanzado ni diez metros cuando Isval se dio cuenta de que se había olvidado de algo. Blasfemó.

—¿Qué pasa? —preguntó Faylin, alarmada—. ¿Qué ocurre?

—Nada. Nada.

Pero sí que pasaba algo. Con las prisas, se le había olvidado destruir el mecanismo de la segunda compuerta para sellarla. Cuando Vader se abriera paso por la primera, ya no habría nada que frenara su persecución.

—¿Por qué pasillo vamos? —preguntó Faylin.

—¡Elige uno! —gritó Isval.

Pero Faylin parecía paralizada por la indecisión. Desde un extremo del pasillo en el que estaban, escucharon el ruido pesado de botas. Botas de soldados de asalto.

—Por ese —susurró Isval—. Ahí mismo. Sácanos ahora mismo de este pasillo.

Las botas se acercaban, junto con el murmullo de voces. Isval percibió el ruido sutil de Eshgo, Drim y Crost moviéndose nerviosos en el interior del palé antigravitatorio. Probablemente se estaban colocando para disparar si las cosas se ponían feas.

Faylin se adentró por un pasillo de mantenimiento muy estrecho. Las luces del techo parpadeaban constantemente.

Se quedaron ahí en silencio, esperando, mientras las voces y las botas se acercaban cada vez más. Unos segundos más tarde, un grupo de soldados de asalto y de personal de seguridad pasó de largo en dirección a la sala del hiperimpulsor.

Cuando se alejaron, Isval susurró:

—Acércate un poco más al pasillo principal, entonces vuelve a parar.

—¿A qué estás esperando? —soltó Eshgo, con la voz amortiguada por los laterales del palé antigravitatorio—. Esta es nuestra oportunidad.

—No, no lo es —replicó Isval—. Todavía no.

Con cuidado para no hacer caer el cuerpo de Grolt, inclinó la cabeza y movió ligeramente el brazo para mirarse el reloj de la muñeca. Treinta y dos minutos.

—

La espada de Vader ya había cortado una abertura suficientemente grande. Una porción circular de la compuerta cayó al suelo con un estruendo. Vader se agachó para atravesar la brecha, seguido por los soldados de asalto.

Los traidores ya no estaban: habían huido por la otra puerta. La sala del hiperimpulsor estaba llena de imperiales muertos. A varios de ellos les faltaban partes del uniforme, pero el hiperimpulsor en sí parecía estar intacto.

La otra compuerta se abrió y entró el escuadrón que el cabo había enviado para interceptar a los traidores. El escuadrón se quedó mirando los cuerpos. A los que no llevaban casco se les veía una expresión interrogativa.

—Señor —dijo el cabo—, no hemos visto a nadie. Hemos…

Vader les ignoró. Podía sentir el peligro. Saltó al interior del foso circular donde se encontraba el hiperimpulsor. Vio inmediatamente las cargas explosivas que estaban pegadas al módulo central y a los amplificadores de campo adyacentes. El contador de los temporizadores estaba a veintisiete minutos.

Se arrodilló para examinar atentamente las cargas y vio los mecanismos de seguridad que llevaban. Si los ingenieros intentaban mover o desactivar las cargas, iban a explotar. Y si no hacían nada, también iban a explotar.

Se puso en pie. El sonido de su respirador resonaba entre las paredes del foso del hiperimpulsor. Activó el comunicador.

—Capitán Luitt, el hiperimpulsor está cargado de explosivos. No se pueden desactivar. Ordene la evacuación inmediata.

Hubo una larga pausa, entonces recibió una respuesta:

—¿Qué? No. Puedo enviar un equipo de ingenieros para…

—Ya me ha oído, Capitán. Es demasiado tarde para eso.

—¿Está… seguro?

—Dé la orden, Capitán. El *Peligro* va a explotar en media hora. Otra cosa, Capitán: el Emperador es su prioridad. Si no lo evacúa con seguridad, le haré directamente responsable.

—Lo… comprendo, Lord Vader —respondió Luitt—. Pero… el Emperador ya ha salido del puente de mando.

Vader se quedó pensando.

—Gracias, Capitán —concluyó. Entonces activó su canal de comunicación privado con el Emperador—. Maestro, el destructor va a explotar en menos de treinta minutos.

—Sí —respondió el Emperador—. Te estoy esperando en mi lanzadera.

—¿Su lanzadera? Pero…

—Tenía una segunda lanzadera preparada en el muelle de aterrizaje delantero. Tienes que apresurarte, amigo mío. El tiempo apremia.

—Sí, maestro.

Vader no sabía nada de la segunda lanzadera, pero tampoco le sorprendió. Su maestro se preparaba para todo tipo de contingencias.

Empezó a sonar la alarma de evacuación, estridente y prolongada. Innumerables simulacros habían preparado a la tripulación. Vader se los imaginó a todos corriendo en desbandada hacia sus cápsulas de escape. El caos imperante en el destructor estelar estaba a punto de agravarse todavía más.

Vader sabía que los traidores iban a aprovechar el alboroto para escapar. Vader no tenía ninguna intención de permitírselo.

—

El sonido estridente de la alarma de evacuación resonaba por todos los pasillos como el grito agónico de una nave moribunda. Una voz automatizada recitaba monótonamente las órdenes de evacuación.

—¡Ahora, vámonos! —ordenó Isval desde debajo del cadáver de Grolt.

Los pasillos iban a estar abarrotados. Nadie se fijaría en su palé. Quizá tuvieran una oportunidad de huir. *Quizá.*

—¡Bien hecho! —exclamó Eshgo desde dentro del palé antigravitatorio.

Isval lo ignoró y le dijo a Faylin:

—Hacia el pasillo principal. Rápido. No tenemos tiempo de volver a nuestra nave. Si ves cualquier cosa que nos sirva, que podamos utilizar… otra nave de reparación, una nave anti-incendio, lo que sea… corres hacia ella. ¿Lo entiendes? Y si tenemos que tomarla por la fuerza, lo haremos.

—Entendido —respondió Faylin, maniobrando el palé antigravitatorio por los pasillos.

—La velocidad es nuestra aliada —insistió Isval, recordando las palabras que le había dicho Cham—. ¡Vamos, Faylin!

Faylin empujaba el palé antigravitatorio tan rápido como podía, casi corriendo, en dirección al pasillo principal.

Por todas partes había miembros de la tripulación corriendo de un lado a otro, dirigiéndose a las naves y cápsulas de escape que tenían asignadas. Los droides caminaban o rodaban entre los tripulantes, dirigiéndose también a sus puntos de evacuación. Nadie se detenía para mirar el palé antigravitatorio ni hacerles preguntas.

Isval empezó a pensar que quizá lo conseguirían.

Pero si huían de la nave, también lo haría la mayoría de los imperiales. Vader y el Emperador escaparían, eso lo tenía claro. Tenía que hablar con Cham. Tenían que improvisar algo. Derribar el *Peligro* era algo grande, pero no era suficiente. Quizá podían recurrir a los droides tri-caza, aunque todavía estuvieran en fase experimental.

Apretó la mandíbula para activar el comunicador directo con Cham.

—¿Cham? —susurró.

Entre la estática, escuchó una única sílaba:

—¿… val?

—¿Me oyes?

Más estática, entonces una palabra embrollada. Todavía estaban demasiado lejos para tener señal.

—Si me puedes oír, te volveré a llamar en un momento.

El ruido blanco fue la única respuesta.

—

Vader utilizó la Fuerza para salir del foso del hiperimpulsor de un salto.

Los soldados de asalto y el personal de seguridad intercambiaron miradas de perplejidad. Todavía estaban digiriendo la orden de evacuación.

—¡Vamos! —les ordenó Vader—. La nave está perdida.

Casi todos asintieron con la cabeza, se dieron la vuelta y se fueron inmediatamente. Excepto tres soldados de asalto, que se quedaron ahí.

—Señor, deberíamos acompañarle a una cápsula de escape.

—No es necesario —replicó Vader—. Ya encontraré el camino. Fuera de aquí. Es una orden.

Los soldados hicieron un saludo y se fueron a regañadientes. Vader se dio la vuelta y observó la compuerta por la que debían de haber huido los traidores. Al menos uno de ellos llevaba un uniforme imperial, quizá dos. No tenía mucho tiempo pero sí el suficiente para atraparlos y matarlos antes de salir del *Peligro*.

Utilizó la Fuerza para correr detrás de ellos. No podían estar muy lejos. Seguramente se dirigían al pasillo principal, en busca de una cápsula o una nave para escapar.

Cuando llegó al pasillo principal, lo encontró repleto de personal técnico, oficiales, tropas y droides, siguiendo a toda prisa las rutas de evacuación designadas. El ruido monótono del lanzamiento de las cápsulas de escape resonaba en sus oídos.

Saltó hasta una pasarela dos pisos más arriba, dejando atónitos a los tripulantes que pasaban por ahí. Durante un momento susurraban su nombre, luego todos seguían corriendo.

Se quedó ahí arriba, como un ave de presa oscura oteando el panorama en busca de twi'leks o cualquier cosa que resultara sospechosa.

—

Isval se inclinó un poco para poder ver mejor y así orientarse. Los tripulantes pasaban de largo en todas direcciones, una amalgama de uniformes borrosos y voces tensas. Sin

moverse demasiado, Isval buscaba por las paredes alguna placa de identificación de ubicación. Al final, encontró una placa: 183B.

No estaban lejos del muelle en el que había aterrizado uno de los equipos señuelo. Era posible que la nave de reparación de ese equipo todavía estuviera ahí. Quizá el grupo todavía no se había evacuado o… a juzgar por el silencio en el comunicador, no lo iba a hacer.

—Dirígete hacia el 137-B —le ordenó a Faylin, levantando la voz para que la oyera por encima del alboroto—. El equipo señuelo A ha aterrizado ahí.

Vio más piernas que pasaban de largo: los uniformes oscuros y las armaduras blancas de un grupo de soldados de asalto.

—¡Voy! —respondió Faylin, girando en medio de todo ese gran caos.

Isval veía pasar las placas de identificación a toda velocidad. 157. 153. 147. Ya casi estaban ahí.

De fondo se oía el sonido grave y repetitivo de las cápsulas de escape lanzadas al espacio, un sonido parecido a un redoble de tambores. Como contrapunto, se oía la voz monótona del ordenador anunciando el tiempo que quedaba. Diez minutos.

141.

De repente, Isval escuchó una voz masculina junto al palé antigravitatorio. Tenía la cara en la otra dirección y no se atrevía a moverse. Le preocupaba que el cuerpo de Grolt no cubriera sus lekku completamente.

—¿Están bien? —preguntó el hombre—. ¿Están heridos? ¿Necesitan ayuda?

Faylin no detuvo el palé antigravitatorio.

—No, ya los llevo yo, señor. Gracias.

Isval se llevó la mano al bláster. Si el oficial se fijaba en el uniforme desparejo de Faylin o advertía la piel azul de Isval…

La voz automatizada anunció nueve minutos.

El oficial siguió caminando al lado del palé antigravitatorio.

—¿Está segura… cabo?

Isval se lo podía imaginar, perplejo y desconcertado por el uniforme de Faylin.

—Espere. ¿Cuál es su unidad? ¿Está…? ¿Qué está…?

Fuera cual fuera la pregunta que quería hacer, nunca llegó a salir de sus labios. Isval oyó el bláster de Faylin: una descarga amortiguada, como si hubiera disparado con el arma pegada a la barriga del oficial. Isval notó el peso del cuerpo del oficial encima del cadáver de Grolt.

—¡No te muevas! —le pidió Faylin, poniéndose en marcha otra vez—. No sé si nos ha oído alguien con todo este ruido.

Por encima del alboroto del pasillo, se escuchó una voz:

—¡Eh! ¡Tú! ¡Detente!

Isval blasfemó.

—¿Qué está pasando? —preguntó Eshgo desde dentro del palé antigravitatorio.

—No hagáis nada —les pidió Faylin—. Quietos. Todos.

La voz se perdió a lo lejos, fagocitada por el ruido imperante.

—No me lo decía a mí —aclaró Faylin.

El corazón de Isval latía tan fuerte que parecía que le iba a atravesar las costillas. Entre la agitación de la situación y el peso de dos imperiales muertos encima, apenas podía respirar. Inclinó la cabeza para mirar lateralmente y encontró lo que quería ver: 137. Su esperanza se avivó, aunque solo fue durante un momento.

—No está —anunció Faylin, con tono de derrota.

—¿Qué? —preguntó Isval—. ¿La nave?

—Sí —respondió Faylin—. Aquí no hay nada.

Isval soltó una palabrota. Podía ser que no recordara bien el número del muelle, que los imperiales se hubieran llevado la nave, que el equipo señuelo ya se hubiera ido o que la asignación de muelle de aterrizaje hubiera cambiado desde la última vez que Isval lo comprobó.

—¿Qué más hay? —preguntó Isval.

—¿Qué quieres decir?

—¡Otra nave, Faylin! ¿Hay algo cerca? ¡Concéntrate!

—No. Espera… sí. No os mováis.

Faylin empujó el palé antigravitatorio a través de oleadas de tripulación. El ordenador seguía anunciando la inexorable cuenta atrás. Ocho minutos. Faylin aparcó el palé en un lateral del corredor.

—Esperad. Esperad un momento. El palé no cabe por esta compuerta.

—¿Qué nave es? —preguntó Isval.

—Una nave de servicio, una lanzadera o algo así. No hay nadie dentro.

Quizá la tripulación que tenía asignada había muerto en el ataque de los droides buitre sobre el *Peligro*.

—Tendréis que salir —les dijo Faylin—. Esperad a que yo os avise.

Faylin rodeó el palé antigravitatorio. Isval se la imaginó observando a todos los imperiales que pasaban corriendo, esperando el momento oportuno. El ordenador anunció siete minutos.

—¡Ahora! —dijo Faylin, apartando el cuerpo del último oficial imperial.

Isval se quitó de encima el cuerpo de Grolt, que cayó al suelo, mientras Eshgo, Drim y Crost abrían sus compartimentos y empezaban a salir de dentro del palé. Faylin ayudó a Drim a ponerse en pie, mientras Isval agarraba a Crost por debajo de las axilas y lo ayudaba a salir.

—

Vader los vio: unos twi'leks saliendo de dentro de un palé de herramientas, y una humana con un uniforme imperial robado.

Ya eran suyos.

Activó su espada láser, se dejó invadir por la furia y se conectó con la energía de la Fuerza.



CAPÍTULO NUEVE

Isval empujó a su equipo por la estrecha escotilla del módulo de acceso a la nave. Vio que se trataba de una nave escolta. Eshgo la podría pilotar.

—¡Vamos! ¡Vamos!

Drim tropezó y cayó. Isval lo ayudó a levantarse. Al hacerlo, vio el corredor por el que habían venido. Se quedó sin aliento. Al final del corredor, vio a Vader saltando desde una pasarela de diez metros de altura. Aterrizó en el suelo arrodillado. Del puño le salía un haz rojo de energía procedente de su espada de luz.

—¡Vamos, Isval! —gritó Faylin, arrastrándola por la camisa.

—Es él —dijo Isval, paralizada.

Faylin le volvió a tirar de la camisa.

—¿Él? ¿Quién? ¡Tenemos que irnos, Isval!

Pero Isval pensó en Pok y no tenía intención de irse. Ya había salvado a su equipo. Ya había hecho su trabajo.

—Subid todos y encended los motores —le gritó a Faylin—. Iros. Ya.

—Isval… —le suplicó Eshgo.

—¡Iros de aquí! —gritó Isval, desenfundando los blásteres.

Vader estaba a cuarenta metros de ella. Se puso en pie. La tripulación empequeñecía a su lado. La estaba mirando directamente a ella, con la espada de luz en la mano. Isval sentía el peso de su mirada, como un puñetazo asestado con lentitud. De repente, Vader se puso en movimiento. Avanzaba hacia ella con una velocidad sobrenatural, devorando con cada zancada el espacio que los separaba. La tripulación se apartaba a su paso. Su forma oscura era como un cuchillo cortando la multitud en dos.

Isval levantó los blásteres, apuntó y empezó a apretar los gatillos tan rápido como le era posible. El aire que los separaba se llenó de líneas de energía roja. Vader no se detuvo en su carrera. Su espada de luz era un destello borroso que iba desviando los disparos en todas direcciones. Algunos disparos se dirigían hacia ella. Uno impactó en el palé. Las herramientas salieron volando y quedaron repartidas por el suelo. Otro chamuscó la pared, justo a su lado. Pero Isval seguía disparando sin inmutarse.

La tripulación del corredor entró en pánico y salió en desbandada. Un oficial se puso en el camino de Vader, frenando su avance durante un momento. Vader lo apartó hacia un lado como si no pesara más que un niño.

—¡Isval! —le gritó Eshgo desde detrás.

Vader estaba a veinte metros. Se le acercaba a toda velocidad.

Isval gritaba, sin dejar de disparar. Pero ningún disparo podía franquear la línea de su espada de luz. No comprendía cómo era posible. Entonces, sus propias palabras le resonaron en la cabeza: *Vader no es un hombre.*

Pero no podía parar. No quería parar.

—¡Por Pok! —gritaba con cada disparo—. ¡Por Pok!

El ordenador seguía anunciando la cuenta atrás: seis minutos. Vader estaba a diez metros. Disparaba una y otra vez, una y otra vez, gritando. Desde algún lugar del corredor le llegaron disparos de bláster, que impactaron en la pared. Soldados de asalto, seguramente.

Unos brazos la atraparon con fuerza desde atrás y la sacaron de ahí a rastras. Eshgo.

—¡No! —gritó Isval, retorciendo el cuerpo mientras intentaba seguir disparando—. ¿Qué estás haciendo?

—¡Te estoy salvando la vida! —le gritó Eshgo, arrastrándola por la escotilla del módulo de acceso a la nave, mientras una ráfaga de disparos bláster impactaba en el quicio de la puerta.

Una vez dentro, Eshgo la sentó en el suelo y golpeó un botón con el puño para cerrar la escotilla de entrada. Isval apretó los dientes mientras veía a Vader por última vez, antes de que la escotilla se cerrara totalmente. Lo vio corriendo hacia ellos, con la espada láser en la mano y la capa flotando a su paso.

Isval hizo ademán de levantarse hacia el panel de control, como para pulsar el botón y reabrir la escotilla. Eshgo disparó sobre el panel con el bláster.

Ella se le tiró encima, apretando con fuerza los puños, que todavía sostenían las pistolas. Se puso de puntillas para quedar a su altura.

—¡No tenías derecho!

—¡Tú has visto lo mismo que yo! ¡No lo ibas a detener con disparos de bláster, Isval! ¡Te hubiera partido en dos!

Justo en ese momento, como para ilustrar el argumento, la punta de energía roja de la espada de luz de Vader atravesó la escotilla, a unos centímetros del abdomen de Eshgo. Dieron un respingo para apartarse del arma, que empezó a rundir el metal.

Se miraron durante un momento, respirándose a la cara.

—Tienes razón —admitió Isval, desplomándose—. Sí, tienes razón. Pero no vuelvas a desobedecer una orden. Vámonos.

Se agolparon en la carlinga de la nave escolta. Drim ya había encendido los motores.

Le cedió el asiento del piloto a Eshgo, que se sentó a toda prisa, mientras Isval se colocaba y se ponía el cinturón del asiento del copiloto.

—¿Quién era ese? O mejor dicho… ¿Qué era eso? —preguntó Faylin.

—Vader —respondió Isval—. Era Vader.

Faylin soltó un insulto. Isval sólo pudo asentir.

—Desacoplando módulo de acceso —anunció Eshgo, mientras la nave se separaba del destructor estelar—. Estamos fuera. Y ahí está Ryloth.

Cuando la nave empezó a maniobrar, Isval miró por la ventana, ocupada en su mayoría por la esfera enorme de Ryloth. El *Peligro* había recorrido mucha distancia desde que ellos habían entrado. El destructor estelar iba a arder justo encima de un planeta oprimido por el Imperio.

A Isval le pareció muy adecuado.

Cientos de cápsulas de escape y numerosas otras naves rodeaban el *Peligro*, entre ellas varias docenas de cazas Ala-V. Muchas de estas naves seguramente aterrizarían en la luna más cercana, otras en Ryloth. Y algunas no saldrían a tiempo. Con una explosión originada en el hiperimpulsor, la onda expansiva del *Peligro* iba a ser enorme.

—No vayas muy lejos —le ordenó Isval a Eshgo.

—¿Qué? Tenemos que alejarnos de…

—Haz lo que te digo —insistió Isval. Eshgo no se atrevió a desobedecerla otra vez.

Isval tenía que hablar con Cham por el comunicador.

—

Vader había perdido a los saboteadores.

El ordenador anunció que quedaban seis minutos.

Vader apagó la espada de luz. Utilizando la Fuerza, corrió hacia la lanzadera del Emperador, que le esperaba en el muelle de aterrizaje delantero. Los pasillos estaban cada vez más vacíos porque ya se había evacuado a la mayoría de la tripulación. Cuando llegó al hangar donde se encontraba la lanzadera, tuvo la sensación de estar en una nave fantasma.

Todavía ardían fuegos por todo el hangar. La lanzadera del Emperador se encontraba en su plataforma, con los motores en marcha. Vader subió corriendo la rampa y encontró a su maestro sentado tranquilamente en el compartimento de pasajeros de la nave, flanqueado por los miembros de la Guardia Real, con sus armaduras y sus capas rojas. Palpatine tocó un botón del asiento.

—Ya podemos despegar —le ordenó al piloto. La lanzadera se elevó inmediatamente. Entonces se dirigió a Vader—. Siéntate, viejo amigo.

—¿Y el senador Taa? —le preguntó Vader.

El Emperador hizo un gesto de desdén.

—Ah, estoy seguro de que se habrá arrastrado hacia algún lugar seguro. Las ratas siempre logran salir de los barcos que se hunden.

—

Isval apretó la mandíbula para activar el comunicador que tenía con Cham.

—Cham, ¿me oyes?

—¡Afirmativo!

—Hemos salido.

—¿Habéis salido? —repitió Cham. Isval se emocionó al notar alivio en su voz—. Me daba miedo contactar contigo, incluso cuando ya estabais al alcance de las comunicaciones. No quería distraerte. Veo que el *Peligro* está a medio camino entre la luna central y el planeta. ¿Cuál es vuestro estado?

—Las cargas están colocadas. Va a caer, Cham.

—Va a caer —repitió Cham, no para ella sino para la gente que tenía alrededor.

—Creo que hemos perdido a los equipos señuelo. Y tenemos un problema.

Cham respondió en voz baja.

—¿Qué problema?

Mientras Eshgo alejaba a su nave del *Peligro*, Isval observaba la marabunta de pequeñas naves esparcidas por el espacio, que parecía un campo de asteroides. Isval levantó la mano para indicarle a Eshgo que no avanzara más. No quería alejarse demasiado. Eshgo suspiró para manifestar su disconformidad, pero hizo lo que le ordenaba.

—Han descubierto lo que habíamos hecho y han dado la alarma de evacuación.

Cham se quedó en silencio. Al cabo de un rato, suspiró y respondió:

—No vamos a considerarlo un problema. Que hayan evacuado no es ideal, pero aún podemos estar satisfechos: hemos derribado un destructor estelar y eliminado a cientos de imperiales. Es un golpe muy grande.

Isval inclinó la cabeza a un lado, apartándose un poco de Eshgo y le susurró al comunicador:

—Es un golpe grande, pero no lo suficiente. No es suficiente, Cham.

—Sí que lo es, Isval. Tiene que serlo. Hemos hecho lo que…

—¡No hemos terminado! No puede ser. Todo esto habrá sido en vano si no matamos a Vader y al Emperador. Querías empezar un incendio que se extendiera por todo el Imperio. Pues con esto no basta. Mentirán, dirán que han tenido un problema en la nave y que por eso ha caído el destructor, pero que el Emperador y Vader han salido indemnes. ¿Quieres encender un fuego? ¿Demostrar que el Imperio es vulnerable? Entonces tenemos que matar a Vader y al Emperador.

Ya veía a Cham negando con la cabeza.

—Pero es que sólo nos quedan dos docenas de droides tri-caza, Isval, y todavía no hemos terminado de ajustar sus programas. Aún no han sido probados en situación de combate. Kallon dijo que…

—Nos tienes a nosotros, Cham. Estamos aquí fuera. Ahora mismo —dijo, con la mirada fija en las naves que iban escapando. El tiempo corría—. Cham, sólo tenemos que destruir una o dos naves. Los tri-cazas serían una buena distracción para mantener ocupados a los cazas Ala-V. No necesitamos que estén listos para el combate. —Observó el panel de control de su nave, pero la distribución le resultaba desconocida. Le preguntó a Eshgo—. ¿Dónde están los controles de armamento? ¿Esta cosa tiene armas?

—Sí —respondió Eshgo—. Aquí.

Isval asintió con la cabeza y volvió a dirigirse a Cham:

—Sólo tenemos que encontrarlos. Si logramos localizarlos, me puedo encargar de ellos. Cham, ¿me oyes?

—¿En qué tipo de nave estáis?

—En una nave armada. Una nave escolta. Pídele a Belkor que nos diga inmediatamente el identificador de la nave de Vader y el Emperador. Tienen que tener su propio identificador especial.

Isval vio salir más cápsulas de escape de los laterales del *Peligro* y algunas naves más del hangar delantero. A estas alturas, el destructor estelar debía de estar casi vacío. No faltarían más de dos o tres minutos para la explosión.

—¿Cham?

—Muy bien, Isval. Voy a lanzar los droides tri-caza. Luego te informaré sobre el identificador de su nave. Estad preparados.

Isval se reclinó en su asiento, aliviada.

—Prepara las armas —le dijo a Eshgo—. En cuanto lleguen esos droides tri-caza, nos vamos de cacería.

Mientras tanto, se dedicó a familiarizarse con los instrumentos de la nave.

—

—¿Hacer qué? —preguntó Kallon, cuando Cham dio la orden de lanzar los droides tri-caza. Sus lekku se estremecieron de irritación. Detestaba la idea de poner en práctica un prototipo sin haberlo probado completamente—. Todavía están en fase experimental. Serían inútiles en un combate.

—Lo sé, pero hazlo igualmente. Prográmalos para que disparen a todo lo que no sea la nave de Isval.

Kallon resopló.

—¿Y cuál es su nave?

—Es una nave escolta.

—¿Y ya está? —preguntó Kallon—. ¿Una nave escolta? ¿No tenemos su identificador? ¿Cómo voy a evitar que les disparen?

—Dales las especificaciones de una nave escolta imperial y prográmalos para que disparen sólo a las otras naves —replicó Cham—. Los cazas son una distracción y no van a durar demasiado. No tengo tiempo para discutir, Kallon. Lánzalos y ya está. Ahora. Después abandona la base y vete a Ryloth.

Dicho esto, dejó a Kallon musitando, se dio la vuelta y salió del centro de mando. Activó el comunicador encriptado para hablar con Belkor.

El imperial respondió rápidamente, con irritación en la voz.

—¿Qué?

—Hemos derribado el destructor, pero dieron la orden de evacuarlo…

—Ya lo sé —le interrumpió Belkor—. Ya nos hemos enterado y…

—Necesito el identificador de la nave que normalmente lleva al Emperador *y* a Vader. Y lo necesito ahora mismo.

Belkor se quedó en silencio durante unos segundos. Cham se lo podía imaginar evaluando su petición y resistiéndose a llevarla a cabo.

—Si esos dos no mueren —le recordó Cham—, caemos todos. Necesito ese identificador ahora mismo.

—Me pondré en contacto contigo —respondió Belkor y cortó la conexión.

Cham no estaba seguro de ello. De repente pensó que quizá se había desmoronado. Soltó una palabrota, mientras veía a los droides tri-caza elevarse de sus soportes y salir del hangar. Activó su comunicador con Isval.

—Se han lanzado los droides tri-caza. No sé si voy a obtener los identificadores. Intenta investigar por tu cuenta.

—

Belkor estaba de pie en medio del bullicioso centro de operaciones, intentando decidir qué es lo que tenía que hacer. Las cosas se le estaban escapando de las manos. El aire parecía demasiado denso, las paredes, demasiado cercanas. Le costaba respirar.

Necesitaba espacio para moverse.

Y necesitaba mucho más que la muerte de Vader y el Emperador. No serían suficientes. No para él.

Sin reflexionar demasiado sobre lo que estaba haciendo, activó un comunicador con Mors.

—¿Qué ocurre, Coronel? —respondió Mors, con una voz tensa y preocupada.

El hecho de que Mors se dirigiera a él por el rango y no por el nombre no era una buena señal.

—Sólo quería comprobar su situación, señora. ¿Ya ha salido de la luna?

—Ahora estoy saliendo.

—Muy bien, señora. Le pediremos al piloto el identificador de la nave y lo prepararemos todo para su llegada.

Parecía que estaba actuando fuera de sí, como si se viera hacer las cosas desde fuera. Como un espectador de sí mismo. Se acercó a un ordenador y recuperó los identificadores de la lanzadera del Emperador y del transporte de Mors. Los copió en el comunicador encriptado que utilizaba para hablar con Cham, salió de la sala y llamó al twi'lek.

—¿Los tienes? —le preguntó.

—Te envío dos.

—¿Dos? —protestó Cham.

—Están en una de estas dos naves. O quizá están cada uno en una. Es lo mejor que te puedo ofrecer. Destruye las dos naves para estar seguro.

Belkor transmitió los identificadores. Su cuerpo estaba empapado de sudor.

—Recibidos —informó Cham—. No lances más cazas Ala-V hasta que haya acabado todo esto.

—Puedo retrasar su lanzamiento, pero sólo un rato —dijo Belkor, que no pudo evitar un tono de exasperación—. Acaba de una vez con todo esto, twi'lek.

El twi'lek desconectó sin responder y Belkor se quedó ahí plantado, con el uniforme tan sudado que se le pegaba a la piel.

Si Mors moría a la vez que Vader y el Emperador, Belkor podría inculpar a la moff. Esa era su mejor jugada. La única.

Miró a través del cristal que daba a la sala de comunicaciones, que ahora mismo era un hervidero de actividad, y respiró profundamente para calmarse. Se alisó el uniforme, se atusó el pelo y volvió a su puesto.

Su destino se iba a decidir en los próximos minutos.

—

Mors corrió hacia su lanzadera. Su piloto personal, llamado Breehld, despegó en seguida. No tardaron en dejar atrás la luna, recubierta por el manto verde de la jungla.

—¿Situación? —preguntó Mors por el comunicador de muñeca, mientras se instalaba en uno de los asientos acolchados del lujoso compartimento de pasajeros de la lanzadera.

El control imperial de Ryloth la informó de que el *Peligro* estaba en llamas y había sufrido daños graves, con centenares o incluso miles de bajas. Ahora mismo, el destructor se encontraba a medio camino entre el planeta y la órbita de la luna más cercana. La de Mors. El destructor estelar estaba más cerca de Ryloth que ella.

—Cuando el destructor entre en la órbita planetaria, quiero que envíen todos los recursos necesarios para ayudar a los heridos y contribuir a su reparación.

—Por supuesto, señora.

El cielo azul dio paso a la oscuridad del espacio. A través de una ventana de la lanzadera, vio alejarse su luna y acercarse Ryloth, que cada vez era más grande.

No le gustaba nada Ryloth. La suciedad, el aire seco, los vientos aullantes, su pobreza endémica. La comida era mala y la gente siempre estaba enfadada. Para ella no tenía

ningún sentido aguantar todo esto cuando podía vivir cómodamente en la luna selvática y dejarle todo el trabajo sucio a Belkor.

Pero esto había sido un error. Belkor le había fallado. Mors tendría que hacer algo al respecto, pero la idea le disgustaba.

No porque Belkor le cayera bien, sino porque significaría mucho trabajo para ella. Y no le gustaba nada trabajar. Estaba demasiado mayor para trabajar.

—

El *Peligro* estaba flotando en el espacio, a medio camino entre Ryloth y la órbita de su luna más cercana, cuando se produjo la primera explosión de la reacción en cadena. Varias explosiones de fuego sacudieron la popa del destructor. Múltiples fragmentos de la superestructura del *Peligro* salieron disparados hacia el espacio, pasando por entre las cápsulas de escape y los cazas Ala-V.

—Ha llegado el momento —anunció Isval, con calma.

—Deflectores a máxima potencia —dijo Eshgo, con tensión en la voz—. No estoy seguro de que estemos a salvo aquí.

—No te muevas de este lugar —ordenó Isval, examinando los cientos de naves y cápsulas que salpicaban el espacio.

Varias explosiones azotaron la cola del destructor estelar, iluminando la oscuridad del espacio con llamaradas de más de cien metros de largo.

—Tenemos que alejarnos —dijo Eshgo, con la voz tensa.

Isval lo sabía, pero también sabía que necesitaban estar cerca del destructor para el trabajo de limpieza posterior. Estaba segura de que Vader y el Emperador ya habrían salido de la nave.

Las explosiones empezaron a sucederse a toda velocidad. La popa cayó ante una única bola de fuego que destruyó los motores, aunque el destructor estelar siguió moviéndose en dirección a Ryloth por inercia. Llamas y escombros salían disparados en todas direcciones. Las explosiones iban recorriendo toda la nave, como una cortina anaranjada que iba cubriendo una sección tras otra.

La nave escolta de Isval se balanceaba por las ondas expansivas de los estallidos. A simple vista se podían ver algunas cápsulas de escape girando descontroladamente a causa de las olas expansivas.

Y eso sólo era el preludio. Isval lo sabía. Sabía que en el momento en el que explotaran las cargas que había colocado en el hiperimpulsor…

—¡Agarraos! —avisó por encima del hombro a Drim, Faylin y Crost. No tenían cinturones ni forma alguna de sujetarse, así que se agarraron a todas las protuberancias que encontraron en la cabina.

El vacío absorbía las llamas casi inmediatamente. Durante un momento, el destructor estelar siguió deslizándose por el espacio, silencioso, ennegrecido por el fuego y desgarrado por múltiples explosiones. Desprendía una curiosa aura de paz, como una

reliquia de una guerra muy lejana. Pero este momento llegó a su fin cuando la reacción en cadena desatada por el hiperimpulsor moribundo convirtió el *Peligro* en una estrella en miniatura.

Una explosión blanquecina recubrió lo que quedaba del destructor y lo redujo a pedazos. Isval entrecerró los ojos y se los cubrió con el brazo. Una lluvia de escombros en llamas se desató en todas direcciones.

—¡Agarraos! ¡Agarraos! —gritó Eshgo, sujetando los controles con fuerza.

Una onda expansiva, amplia y claramente visible, se originó en el cadáver del destructor estelar y atravesó el espacio. Alcanzó unas cuantas cápsulas de escape y las convirtió inmediatamente en chatarra. Innumerables cazas y otras cápsulas salieron disparados como guijarros en un torrente.

Cuando la onda expansiva golpeó la nave escolta, fue como si hubieran colisionado contra una pared de roca. La nave salió disparada, dando vueltas. El metal crujió y chirrió. Saltaron las alarmas. Crost, Drim y Faylin, al no estar sujetos, rebotaron contra las paredes de la parte trasera de la nave. La energía se cortó de repente, de modo que dejaron de sonar las alarmas y se quedaron a oscuras.

Isval blasfemó. Crost, Drim y Faylin gritaban y gemían a causa del dolor.

—¿Estáis bien? —Isval les preguntó a los tres.

Respondieron con quejidos y gemidos.

—¡Necesitamos recuperar la potencia, Eshgo! —gritó Isval.

—

—Agárrense, Excelencias —informó el piloto de la lanzadera a través del comunicador. Intentaba sonar tranquilo, pero se le notaba la tensión en la voz.

La onda expansiva golpeó por un lado la lanzadera, que salió lanzada unos cuantos kilómetros, inclinándose violentamente.

Vader y el Emperador, sentados, utilizaron la Fuerza para mantenerse en su posición, pero los cuatro miembros de la Guardia Real salieron disparados y rebotaron contra las paredes. Un ordenador montado en la pared empezó a soltar chispas. Saltó una alarma. Las luces de la cabina parpadearon y al final se apagaron. Todo se quedó a oscuras y en silencio. La respiración de Vader era el único sonido que rompía ese silencio.

La alimentación de emergencia devolvió la luz a la cabina.

—Un momento, Excelencias —informó el piloto a través del comunicador.

Los motores volvieron a encenderse y el piloto estabilizó la nave. Los guardias volvieron a ocupar sus posiciones, sin decir ni una palabra.

Vader miró a través de una de las ventanas. Pudo observar cientos de cápsulas y naves flotando en el espacio, muchas sin potencia, además de miles o millones de piezas de chatarra que habían salido disparadas por la explosión y la subsiguiente onda expansiva.

La mayoría de las naves volaban o iban dando vueltas en dirección a la superficie marrón de Ryloth. Algunas se dirigían a la luna más cercana al planeta. El resto iban describiendo espirales hacia las profundidades del espacio.

—Los escudos deflectores han caído, Excelencias —comunicó el piloto—, pero los motores están operativos.

—Prosiga hacia Ryloth —ordenó el Emperador.

—Llegaremos dentro de poco —respondió el piloto.

—Muy bien, Capitán —dijo el Emperador.

—

La alimentación de emergencia se activó segundos más tarde y Eshgo logró estabilizar la nave, que dejó de dar vueltas.

—Hemos recuperado el control —informó.

Isval miró por la ventana, vio miles de naves y fragmentos del destructor estelar dando vueltas o flotando a la deriva a causa de la onda expansiva. La primera oleada de cápsulas empezó a entrar en la atmósfera de Ryloth, despidiendo llamaradas a causa de la fricción y llenando el cielo de líneas anaranjadas. Vader y el Emperador podrían estar en cualquier parte. Buscó una nave más grande, como una lanzadera o algo parecido, pero a simple vista no había nada. El espacio a cubrir era demasiado extenso y había demasiadas naves y restos flotantes.

—Haz un escaneo completo —le pidió a Eshgo, y entonces apretó la mandíbula para activar el comunicador con Cham—. ¡Necesito esos identificadores de naves, Cham! ¡Ahora o nunca!

Cham respondió inmediatamente.

—Ahora mismo te los envío —respondió Cham, y los identificadores aparecieron en el ordenador de a bordo.

—Busca estas naves —le pidió Isval a Eshgo, pero entonces se puso a hacer el escaneo ella misma, sin apartar la mirada de la pantalla para no perderse nada.

—Llegan naves —informó Eshgo, tocando la pantalla con el dedo—. Parece que son los droides tri-caza. Algunos de los cazas Ala-V todavía están operativos y creo que los han detectado. Se están moviendo para interceptarlos.

Isval sabía que el cerebro experimental de los droides tri-caza no estaría a la altura de los cazas Ala-V, y eso significaba que no disponía de mucho tiempo. Si Vader y el Emperador habían huido del *Peligro*, tenía que encontrar su nave y destruirla en medio de todo este caos.

—¡Vamos! ¡Vamos! —le gritó al ordenador.

—

Toda la tripulación del centro de operaciones pareció quedarse boquiabierta al unísono al recibir la notificación de que el *Peligro* se había desintegrado en millones de fragmentos. Muchos se quedaron mirando un rato al techo, como si trataran de imaginarse la destrucción ahí arriba, en medio del espacio.

—Todo el mundo a sus puestos —ordenó Belkor, con un tono de voz fingido.

Belkor había jugado al sabacc pocas veces y siempre había sido bastante mal jugador, pero ahora estaba a punto de apostarlo todo. Le pidió al oficial de comunicaciones que se retirara, aparentemente para dejar que el joven oficial se recuperara. Abrió una comunicación con la lanzadera de la Moff Mors.

—Aquí el control imperial de Ryloth —anunció.

—Adelante, control —respondió el piloto.

—El *Peligro* ha caído. Han salido muchas cápsulas de escape. Hay una nave en apuros, en la que viajan altos dignatarios. Diríjanse inmediatamente hacia ahí para ayudarlos. Ustedes son la nave más cercana.

—¿Cómo que somos la más cercana? —preguntó el piloto. Belkor recordaba que se llamaba Breehld.

—Los cazas Ala-V de Ryloth están saliendo justo ahora. *Su* nave está más cerca.

—Entendido.

Dicho esto, Belkor transmitió el identificador de la lanzadera de Vader y el Emperador, junto con las coordenadas de la última ubicación conocida del *Peligro*.

La nave de Mors tendría que darle la vuelta al planeta, pero no tardarían más de un par de minutos. Y entonces, si todo salía bien, los droides de Cham la iban a borrar del espacio.

—Atención, todas las naves de reconocimiento —anuncio—. Tendremos muchos evacuados, tanto en el espacio como en el planeta. Hagan un seguimiento de todas las cápsulas.

El terreno agreste de Ryloth y las constantes tormentas de arena iban a dificultar mucho el proceso de búsqueda y rescate, pero Belkor tenía que dar una buena impresión.

La mayoría de los oficiales y soldados que iban a participar en la búsqueda y rescate eran leales a él, así que le resultaría fácil controlarlo todo.

—No empiecen todavía la operación de rescate —ordenó—. Primero quiero un escaneo completo y un informe detallado.

—Sí, señor.

Este retraso permitiría a Cham encargarse de Vader, del Emperador, y de Mors.



CAPÍTULO DIEZ

El comunicador chisporroteó.

—Señora —dijo Breehld, el piloto de Mors—, acabo de recibir la noticia —hizo una pausa muy larga, que a Mors no le gustó nada—. El *Peligro* ha caído.

Mors se levantó de su asiento.

—¿Qué quieres decir con que ha «caído»?

Pausa.

—Señora, parece ser que lo han destruido. Entre la órbita de la primera luna y Ryloth. Me lo acaban de comunicar desde el control de Ryloth.

Mors se hundió en su asiento y tragó saliva. Que ella supiera, nunca antes habían destruido un destructor estelar imperial. Y había ocurrido sobre el planeta que ella administraba, por obra de un movimiento revolucionario que se suponía que ella tenía que haber suprimido.

Su carrera militar futura se había derrumbado hoy con la caída del *Peligro*.

Aunque su lanzadera estaba al otro lado del planeta, miró por la ventana, como si esperara ver fragmentos del destructor estelar flotando por el espacio. No podía llegar a comprender cómo habían llegado hasta esta situación.

De hecho, sí que podía. Había confiado demasiado en ese Belkor. Se había fiado de él, y él la había defraudado.

Llamó a Belkor con su comunicador.

—Señora, ahora mismo tengo muchas cosas entre manos —dijo el coronel, con una voz aguda y tensa.

Mors se puso a gritar:

—¿Usted tiene muchas cosas entre manos? *¿Usted?*

—El *Peligro* ha caído, señora. Pero Vader y el Emperador han escapado. De hecho, hay muchos supervivientes. Le he dado instrucciones a su piloto para que…

—¿Que ha hecho *qué*?

—… se desvíe y ayude a rescatar al Emperador y a Lord Vader.

—¿Y por qué no están ahí ya todos los cazas Ala-V y las naves de rescate? ¿Qué está haciendo ahí abajo, Belkor?

—Señora, nuestras naves son limitadas. Además, me parecía imprudente que se acercaran demasiado al *Peligro* antes de la explosión. Acabo de dar la orden para que salgan.

A Mors empezó a dolerle la sien izquierda. Sintió un pinchazo de dolor que no experimentaba desde la época en la que se preocupaba de verdad por su trabajo. Se acercó el comunicador a la boca, apretó los dientes y empezó a hablar.

—No haga nada sin consultármelo, Coronel. ¿Queda claro?

Se produjo una pausa.

—Sí, señora.

—En cuanto llegue a Ryloth, va a responder por todas sus equivocaciones. ¿Queda claro?

Se produjo una pausa muy larga.

—Sí, señora.

Mors cortó la comunicación, furiosa. Hacía años que se despreocupaba de todo y dejaba que Belkor hiciera lo que quisiera en Ryloth. Tenía que dar la imagen de que tenía las cosas bajo control. Seguramente se iba a llevar a cabo una investigación. Habría castigos.

La única oportunidad que tenía Mors para redimirse, al menos parcialmente, era encontrar al Emperador y a Lord Vader y devolverlos sanos y salvos a la superficie de Ryloth. Si lo lograba, quizá podría conservar el cargo. Sobre la imposibilidad de suprimir el movimiento Ryloth Libre, seguramente podría culpar a Belkor: acusar a ese oficial prometedor pero poco eficiente de tomar las decisiones incorrectas que habían conducido a la pérdida de un destructor estelar. A Mors podrían acusarla de haber elegido mal, de ser demasiado tolerante con los errores de un subordinado, pero quizá se podía ahorrar lo peor.

Era su única oportunidad. Se dirigió al piloto:

—Rodea el planeta tan rápido como puedas, Breehld.

—Sí, señora.

La lanzadera aceleró al máximo, sobrevolando Ryloth en busca de los restos del *Peligro*.

—

—Aquí tengo una —anunció Eshgo, señalando hacia la pantalla del escáner.

Isval la vio: una lanzadera esquivando escombros en dirección a Ryloth.

—Los tri-cazas ya están cerca —añadió Eshgo.

—Armas activadas —dijo Isval, después de activar los modestos cañones de la nave escolta—. Vamos a por ellos.

Eshgo aceleró, apartándose constantemente de cápsulas y fragmentos del *Peligro*. El escáner emitió un pitido para indicar que había detectado el identificador de la segunda nave que les había dado Cham. Las dos naves estaban a miles de kilómetros de distancia la una de la otra.

—Nos centramos en la primera —ordenó Isval—. Pero no pierdas de vista la segunda. Luego iremos a por ella.

—

Mors miró por la ventana y se quedó sin aliento al ver la magnitud de la destrucción. Había trozos de mental flotando por todas partes, algunos, más grandes que su lanzadera. Entre los escombros había cápsulas de escape y unos cuantos cazas Ala-V sin potencia.

—¿Dónde están las naves de rescate? —se preguntó Mors a sí misma—. Maldito seas, Belkor.

Algunos trozos de metal a la deriva golpearon de repente el casco de la nave.

Mors recibió la voz de Breehld por el comunicador.

—Se acercan naves, señora.

—¿Las naves de rescate? ¿Cuántas hay?

—No, señora. El resultado del escaneo es extraño. Creo que son… viejos droides tri-caza.

—¿Que son qué? Da igual. ¿Ha encontrado la lanzadera del Emperador?

—La tengo en el escáner, señora.

—Establezca contacto.

—Muy bien. Un momento… Señora, se nos acerca una nave escolta en vector de ataque.

Mors pensó que si los terroristas tenían droides buitre y droides tri-caza, también podían tener naves escolta imperiales modificadas.

—¡Acción evasiva! —ordenó Mors. Se sentó en un asiento y se apresuró a intentar abrocharse el cinturón, pero con las prisas no lo logró.

Breehld, asumiendo que ya se habría abrochado, viró violentamente a babor. Mors salió disparada y se estrelló contra la pared de enfrente. Se quedó sin sentido.

—

El espacio se llenó de líneas rojas cuando los blásteres de repetición de los droides tri-caza empezaron a disparar contra las naves imperiales supervivientes. Incapaces de

esquivar correctamente, las cápsulas de escape explotaban en nubes de llamas. Los cazas Ala-V que todavía podían volar respondían abriendo fuego contra los droides tri-caza.

—Están haciendo maniobras evasivas —dijo Eshgo, balanceando la nave a izquierda y derecha mientras se acercaba a la lanzadera.

—Más cerca —le dijo Isval a Eshgo, esperando que la mira computerizada se centrara en el objetivo—. Un poco más cerca.

La mira emitió un pitido para indicar que el objetivo ya estaba fijado.

Isval disparó y los cañones despidieron unos rayos de plasma ardiente.

—

La lanzadera recibió un impacto y Mors fue lanzada de nuevo contra la pared. Durante un momento se quedó sin respiración. Empezó a sonar la alarma. Recuperó el conocimiento y se puso a cuatro patas, respirando con dificultad.

—Breehld, situación —dijo Mors, pero no hubo respuesta.

Seguramente Breehld estaba demasiado ocupado maniobrando la nave como para responder. La lanzadera estaba dando unos saltos violentos. Por las claraboyas de estribor veía pasar rayos de plasma rojo. Se produjo un segundo impacto en la cola de la nave. Entonces hubo otra explosión, mayor que el impacto. Se había prendido fuego en los motores. Se apagaron las luces de la carlinga y la lanzadera empezó a dar sacudidas. Mors volvió a salir despedida y se golpeó la cabeza contra un asiento. Gimió de dolor y se le enturbió la visión. Había empezado a sangrar debido al golpe en la cabeza y le caía un chorro de sangre junto al ojo.

—¡Breehld! ¡Breehld!

El compartimento de pasajeros empezó a llenarse de humo, que entraba por alguna parte. Le escocían los ojos. Las alarmas se escuchaban cada vez más débiles. O eso, o era ella la que se estaba debilitando. Tocó el asiento y se sorprendió al verse sangre en la mano. Intentó levantarse. Quien les estuviera disparando seguramente volvería a dar otro pase. No sabía si los escudos deflectores todavía estaban activos. Si no…

Estaba tan mareada que sólo se pudo levantar durante un momento, y entonces se volvió a desplomar.

—Breehld —repitió, con una voz que sonaba extrañamente distante.

Los motores se detuvieron y la nave dio varias sacudidas. El humo era muy espeso. Las luces se apagaron completamente. Tosiendo, con náuseas y a punto de perder el sentido, Mors se dio cuenta de que estaban a punto de caer. Se preguntó qué había ocurrido con la alimentación de emergencia.

—

—¡Maldita sea! —gritó Isval cuando la lanzadera a la que apuntaban giró a la derecha e hizo un picado. Eshgo tuvo que girar violentamente a la izquierda para esquivar una

cápsula de escape, pero tardó un segundo de más. La nave escolta rozó la cápsula antes de poderla esquivar. Metal contra metal.

—No hay daños, estamos bien —informó, suspirando—. Estamos bien.

—No, no lo estamos —replicó Isval, intentando no perder de vista la lanzadera entre los escombros y las otras naves y cápsulas. La había tenido fijada en el punto de mira, pero se le había escapado—. ¡Da la vuelta! ¡Ahora mismo, Eshgo!

—Eso intento —dijo él con la mandíbula apretada, esquivando escombros constantemente. A pesar de sus esfuerzos, muchos trozos de metal iban golpeando sin parar el casco de la nave.

—¡No la veo! —gritó Isval.

—Todavía la tengo en el escáner —le respondió Eshgo—. ¡Mira! ¡Se ha quedado sin potencia! Ni siquiera tiene soporte vital. Está flotando a la deriva en dirección al planeta.

—¿Dónde está la otra? —preguntó Isval, comprobando ella misma el escáner.

Vio que la segunda nave iba directa hacia Ryloth. Peor todavía, en los sensores vio que se acercaban cazas Ala-V, procedentes de Ryloth.

—Vamos a perder la segunda, Isval —dijo Eshgo.

—¡Ya lo sé! —respondió ella. Entonces se puso en contacto con Cham a través del comunicador privado.

—¿Cham? Necesito que extrapoles la zona de impacto más probable para…

—No puedo ver nada, Isval. Estamos al otro lado del planeta, en una nave, en dirección a la base de Ryloth. ¿Qué está ocurriendo ahí arriba?

—Le hemos dado a una de las naves. Se ha quedado sin energía y está cayendo hacia la atmósfera. No sé si Vader y el Emperador están a bordo. Aunque estén ahí, quizá sigan vivos.

—La estamos perdiendo —dijo Eshgo, refiriéndose a la segunda lanzadera.

—Haz lo que puedas y sal de ahí —le pidió Cham a Isval—. No nos podemos fiar de Belkor. Piensa en la huida, Isval.

Isval asintió con la cabeza.

—Te veo en Ryloth, Cham —entonces se dirigió a Eshgo—. Venga, vamos a por la segunda. Luego ya volveremos a buscar la primera.

En el escáner vio que la primera lanzadera caía hacia la atmósfera de Ryloth, sin potencia. La habían dejado en muy mal estado y probablemente no iba a sobrevivir. Pero para estar seguros tendrían que ir más tarde a buscar la nave, o lo que quedara de ella. No obstante, las interferencias de la atmósfera bloquearían todo intento de escaneado. Isval odiaba la incerteza. Pero no podía hacer nada más.

—Traza un vector de ataque sobre la segunda —le ordenó a Eshgo—. Y esta vez no dejaremos nada en manos del azar.

—

A través de una de las pequeñas ventanas, Vader observaba los millones de fragmentos de escombros. El conjunto era tan denso como un campo de asteroides. Cada fragmento de metal acrecentaba su indignación. Los revolucionarios iban a pagar por todo esto.

—La traición nunca sale impune —afirmó el Emperador, como si le estuviera leyendo la mente.

A Vader le pareció percibir una especie de amenaza velada en el tono de su maestro. Se dio la vuelta, con la intención de preguntarle qué quería decir, pero antes de que pudiera hacerlo sintió algo en la Fuerza: un peligro inminente. Su maestro también debía de haberlo sentido, porque le puso palabras a esa preocupación:

—Se acercan —dijo el Emperador, con la voz tan suave y gélida como una brisa fría.

A través del comunicador, se escuchó la voz del piloto:

—Excelencias, parece que se nos acerca una nave escolta imperial en un vector de ataque. No responde a la comunicación.

—Es hostil —respondió el Emperador por el comunicador—. Destrúyala.

Vader no se arriesgaba cuando se trataba de la seguridad de su maestro. Se puso en pie y se dirigió a la carlinga.

—

La nave escolta avanzaba rápidamente hacia la lanzadera.

—Nos han visto —informó Eshgo, ajustando el ángulo de aproximación—. Nos están apuntando.

—Y yo los veo a ellos —respondió Isval, viendo cómo la mira computerizada parpadeaba para indicar que el objetivo estaba cerrado—. Pero llegan tarde. Esquivad esto, bastardos.

Isval disparó mientras la lanzadera imperial seguía esquivando. Los disparos impactaron por debajo del morro de la nave y destruyeron el único cañón, que estalló en una nube de fuego y metal. La nave escolta pasó por encima de la lanzadera.

—¡Damos la vuelta! —gritó Eshgo, haciendo girar la nave.

—

Vader abrió la compuerta de la carlinga y escuchó el aullido de las alarmas. Por el cristal delantero no se veía la nave atacante. A lo lejos, vio el resplandor de disparos de cazas Ala-V.

—Los tenemos detrás —informó uno de los pilotos, no a Vader sino al copiloto.

—Hemos perdido el armamento. Los escudos deflectores están aguantando.

Por encima de la nave pasó una ráfaga de rayos verdes, que impactaron en una cápsula de escape que tenían a estribor. La cápsula quedó vaporizada al instante. Vader se agarró a un lateral de la compuerta para mantener el equilibrio. La nave escolta lanzó otra ráfaga de disparos sobre la lanzadera. Un impacto en el ala los hizo tambalearse. El piloto

giró bruscamente a babor y la nave atacante pasó de largo, tan cerca que Vader pudo ver a los pilotos de la nave escolta: twi'leks.

El piloto del Emperador blasfemó mientras esquivaba a toda velocidad los escombros del *Peligro*, que se estaban dispersando pero todavía eran densos. Tiró de la palanca de mando con fuerza, pero fue demasiado lento. Un trozo de metal a la deriva colisionó contra la lanzadera, con un golpe ensordecedor, y se dibujó una grieta en el ventanal de la carlinga.

Vader ya no podía más. Dio dos pasos hacia delante. Con una mano desabrochó las sujeciones del asiento del piloto, mientras con la otra lo levantaba del asiento y lo lanzaba con desprecio a un lado.

—Fuera —ordenó Vader, tomando el asiento del piloto. Agregó, dirigiéndose al copiloto—. Usted también.

El copiloto se desabrochó y se levantó del asiento, atónito, ayudó al piloto a ponerse en pie y salieron de la carlinga.

Con una mirada rápida, Vader consultó todos los datos proporcionados por el panel de instrumentos.

La nave escolta se acercaba para soltar otra ráfaga. El armamento de la lanzadera estaba inutilizado, así que de momento Vader se centró en la evasión.

Aprovechando los escombros, Vader viró con fuerza a babor y luego a popa. Empezó a cambiar de altura sin parar, moviéndose entre los fragmentos flotantes del *Peligro*. El espacio se llenaba de rayos verdes, pero los disparos de la nave escolta se dispersaban hacia arriba o hacia los lados, impactando en fragmentos de metal o en cápsulas inertes.

Vader dejó que su atacante se acercara. De repente, activó con fuerza la palanca de marcha atrás. La lanzadera se detuvo violentamente y el cuerpo de Vader se propulsó hacia delante en el asiento. Pasado un instante, reanudó la marcha. Esa parada momentánea había sido suficiente. La nave escolta había pasado de largo por encima de ellos. Inmediatamente se puso a seguirles, dándole la vuelta a la nave. La lanzadera había perdido las armas, pero Vader no estaba precisamente indefenso.

—

Isval y Eshgo empezaron a soltar imprecaciones al pasar de largo la lanzadera.

—Ese piloto es bueno —dijo Eshgo con voz seca—. Muy bueno.

—¿Dónde están? —preguntó Faylin desde el compartimento trasero—. ¿Qué están haciendo?

Isval volvió a ubicar la nave en el escáner.

—¡Los tenemos! Están…

Miró hacia arriba desde la ventana superior de la nave escolta, con los ojos totalmente abiertos. Vio la lanzadera a poco más de diez metros de distancia, volando boca abajo. Las ventanas de las dos carlingas estaban enfrentadas. Isval podía ver a Vader y Vader podía verles a ellos. Vader hizo un gesto con su mano enguantada, como si estuviera

pinzando una arteria. Isval notó que algo le apretaba la garganta. Instintivamente, se llevó la mano al cuello. Pero no tenía nada, sólo la presión, sólo algo que la apretaba. ¡No podía respirar! Se golpeó el cuello frenéticamente, pataleando con las piernas. A su lado, Eshgo estaba igual. Isval se esforzaba por respirar, pero no podía. Se arañó el cuello, retorciéndose en su aliento, empezó a jadear. Fuera lo que fuera lo que la apretaba… la apretaba cada vez más fuerte.

—¿Qué ocurre? —gritó Drim desde atrás—. ¿Qué está pasando? ¿Qué pasa?

A Isval se le empezó a enturbiar la visión. Veía pequeños puntos de luz en los ojos. Recordó el sonido que había hecho Pok a través del comunicador cuando Vader lo mató, el largo silencio acompañado de resoplidos agónicos.

Vader la estaba ahogando de alguna forma. Tenía que ser eso.

Miró hacia arriba y vio la lanzadera imperial, con Vader a los mandos.

Alguien gritaba su nombre. ¿Era Cham? ¿Drim? ¿Faylin?

No podía decir nada. La boca no le respondía. No tenía aliento, no encontraba las palabras. Su visión volvió a Vader. Sólo estaba Vader. Se imaginó a sí misma reflejada en los ojos del casco. El mundo de Isval quedó reducido a esos ojos, y a su propia ira. Y esta reducción le proporcionó un momento de claridad.

Estaba cayendo, lo sabía. Iba a morir, pero no moriría sola. Dejó de agarrarse la garganta y bajó las manos hasta la palanca de mando. Tiró de ella y la nave escolta se precipitó hacia arriba, hacia la lanzadera. Todo se fundió en negro.

—

Vader sintió el peligro una fracción de segundo antes de que la twi’lek moribunda lanzara la nave escolta contra ellos. Tiró con fuerza de la palanca hacia atrás y a la derecha, pero la lanzadera no era tan maniobrable como su interceptor Eta y la reacción fue demasiado lenta.

La nave escolta chocó contra el centro de la lanzadera, que salió volando, dando vueltas rápidamente, de popa a proa. Las estrellas y el planeta se sucedían en la ventana en una espiral enloquecedora. El metal chirriaba y las alarmas aullaban, pero sólo durante unos segundos, ya que entonces la lanzadera se quedó sin potencia. Vader estaba sentado en el asiento del piloto, a oscuras en la carlinga, con el mando de control inerte en la mano. Su armadura compensó la oscuridad activando los amplificadores de luz de las lentes de su casco. El sonido de su respirador llenaba el silencio. A través de la ventana, el espacio era un panorama vertiginoso de imágenes cambiantes: Ryloth, escombros del *Peligro*, cápsulas, la luna lejana de Ryloth, estrellas. Ryloth iba haciéndose más y más grande con cada rotación de la lanzadera. La nave caía hacia el planeta.

Por un momento, Vader detectó movimiento en su campo de visión: la nave escolta. Todavía tenía energía pero había quedado muy dañada por la colisión. Caía en espiral hacia Ryloth, ardiendo y humeando, en un ángulo demasiado pronunciado. La entrada en la atmósfera la destruiría.

Vader no se concentró en la perspectiva frenética que veía a través la ventana, sino en un punto fijo: el panel de instrumentos. Con calma, inmerso en la Fuerza, intentó reactivar la alimentación de emergencia, pero no lo consiguió. Raramente tenía que recurrir al talento mecánico que tenía desde que era niño, pero ahora mismo le iba a ir muy bien. Tenía poco tiempo antes de que la nave alcanzara la atmósfera del planeta. Y si entraban en la atmósfera girando descontroladamente, los iban a devorar las llamas.

Se puso a redireccionar toda la potencia latente de las baterías a los propulsores. Sólo necesitaba unos momentos de propulsión para enderezar la nave, y entonces controlar el timón para entrar en la atmósfera. Sus dedos se movían rápidamente por el instrumental. Ryloth se hacía más grande a cada momento.

Entonces lo asaltó un recuerdo afilado como un cuchillo. Una vez ya había estado flotando por encima de Ryloth, solo, en una cápsula de escape. Daba vueltas sobre la superficie del planeta, después de estrellar un crucero contra una nave de control de droides. Apareció un nombre, como atravesando la superficie del mar de la memoria.

Ahsoka. O Mocosa, como la llamaba él.

Apartó a un lado este recuerdo y se concentró en su tarea. No tardó en redirigir suficiente potencia de las baterías de emergencia para poder utilizar los propulsores durante unos segundos.

No vaciló. En sintonía con la Fuerza, miró por la ventana, sintió el movimiento de la nave y activó los impulsores.

La rotación de la nave se ralentizó y el ángulo se estabilizó un poco. Una segunda descarga de los impulsores detuvo completamente la rotación. La lanzadera seguía una trayectoria que le permitiría atravesar la atmósfera. Y todavía quedaba un pequeño reducto de batería.

La puerta de la carlinga se abrió detrás de Vader, que notó la presencia de su maestro.

—La nave apenas tiene potencia —dijo Vader—. Pero podré llevarla hasta la superficie.

—Sin duda —respondió su maestro, sentándose en el asiento del copiloto—. Tú y yo ya hemos estado antes en situaciones como esta.

Vader no dijo nada, pero recordó la batalla de Coruscant, poco después de matar a Darth Tyranus. Como siempre, su maestro parecía llenar todo el espacio con su presencia y abrumar a Vader con su poder.

—En Coruscant… —dijo su maestro—. Y en algunas otras ocasiones.

Vader se volvió hacia él, pero no pudo sacar nada de los ojos que le miraban desde la cara arrugada del Emperador.

A medida que la nave descendía, la ventana de la carlinga quedó cubierta por la masa de Ryloth. Al ver la superficie marrón del planeta, moteada de verde y negro, le asaltaron recuerdos remotos, sacados del lodo de su pasado lejano. Nombres en los que ya no pensaba casi nunca. Anakin. Mace. Plo Koon…

La lanzadera entró en la atmósfera abruptamente, dando sacudidas y estremeciéndose. El metal de la nave parecía aullar. Vader activó los impulsores durante una fracción de

segundo, corrigió el ángulo de entrada y redujo las sacudidas a meras vibraciones. La nave quedó envuelta por las llamas de la fricción atmosférica. El fuego los rodeaba. Fuego.

Mustafar. Obi-Wan.

Utilizó la ira que siempre le acompañaba para suprimir estos recuerdos, pero las garras chamuscadas del pasado se clavaron en su consciencia.

Padmé. Casi nunca se permitía recordar su nombre.

Una rabia descontrolada se apoderó de él, y apretó la palanca de control con tanta fuerza que la partió. Respiraba agitadamente, con dificultad.

Sentía la mirada de su maestro, siempre sobre él, el peso de esos ojos, las preguntas que acarreaban. Sabía que su maestro podía ver en su interior.

—Estás afligido, amigo mío —le dijo su maestro con voz tranquila, mientras la nave atravesaba aullando la estratosfera de Ryloth.

—No, maestro —respondió Vader. Se sumergió completamente en la Fuerza y se concentró para exorcizar todo ese pasado, para borrarlo de su cabeza.

Se concentró en el ahora, en aterrizar de forma segura una lanzadera prácticamente sin potencia. Su armadura regulaba su respiración. En vez de dejarse llevar por la emoción, la dominó y se conectó todavía más profundamente con la Fuerza. Dirigió toda la batería restante al timón intra-atmosférico de emergencia y lo utilizó para suavizar el ángulo de descenso. Entonces pensó en todas las naves que habían atravesado esos cielos y habían caído sobre el planeta. Cientos de naves.

Las manchas marrones, verdes y negras fueron aclarándose a medida que descendían. Vader podía distinguir elementos del terreno con la luz del atardecer: desfiladeros, cañones, cauces secos, crestas montañosas. Toda la superficie del planeta estaba rasgada, agrietada. Vio una enorme zona boscosa en medio de la tierra seca. Parecía fuera de lugar, como una anomalía en la superficie muerta de Ryloth. Pero Vader sabía que en el planeta había grandes extensiones boscosas.

La nave se dirigía directamente a la jungla, arrastrada por el puño implacable de la gravedad. Se precipitaban hacia el suelo como si a la nave le hubiera disparado un cañón bláster. Seguían cayendo en un ángulo demasiado pronunciado. Los controles del timón apenas reaccionaban, incluso ante la fuerza de Vader. Logró bajar los alerones intra-atmosféricos de emergencia, que suavizaron un poco la caída. El marrón y el negro desaparecieron. El cristal de la carlinga estaba ocupado únicamente por la jungla, como si estuvieran sobrevolando un océano de árboles.

—Prepárese para el impacto —avisó Vader, pero evidentemente su maestro ya se había abrochado el cinturón.

Cuando la lanzadera empezó a rozar las copas de los árboles, Vader intentó utilizar las delgadas ramas superiores de la jungla como una especie de freno de emergencia.

Ramas grandes y pequeñas empezaron a arañar el casco. La nave se tambaleaba a medida que se iba adentrando en el follaje. A través de la ventana de la carlinga sólo se

veían árboles y ramas rompiéndose. El metal aullaba y chirriaba. A medida que se golpeaba un árbol tras otro, iban saltando trozos de metal.

Chocaron contra un árbol enorme, la ventana se partió y la lanzadera cayó hacia la derecha, golpearon un árbol durante la caída, luego otro, dieron media vuelta, chocaron contra otro árbol, se quedaron de lado. La ventana de la carlinga se rompió en mil pedazos cuando la atravesó una rama el doble de gruesa que el brazo de Vader. La rama entró justo entre Vader y el Emperador. La velocidad y la masa de la nave la seguían propulsando entre los árboles. Golpearon un árbol tras otro hasta que finalmente la lanzadera se estrelló contra el suelo y quedó enterrada un metro en el limo arenoso. A través del agujero de la ventana delantera entró una explosión de tierra, que invadió la mitad de la carlinga.

El silencio repentino que siguió a la colisión fue muy extraño, un contraste curioso con el caos anterior. Vader soltó la palanca de control. Escuchó el chillido de uno de los animales que vivían en esa jungla. La luz del atardecer se filtraba por entre las copas de los árboles, proyectando sombras en los restos de la carlinga. A través de los filtros de su casco, Vader percibió el hedor orgánico de la tierra que la nave había desplazado con la colisión y el olor de la vegetación de la jungla. Vader comprobó el panel de instrumentos. Todo estaba apagado. Ya no quedaba energía.

—La baliza de emergencia está inoperante —dijo, desabrochándose el cinturón del asiento y bajando hacia la pared, que ahora hacía de suelo porque la lanzadera había quedado de lado. Su maestro también se desabrochó y bajó con delicadeza.

—Este aterrizaje estaba por debajo de tus capacidades —dijo el Emperador—. Te he visto reaccionar mejor en circunstancias mucho más difíciles. Creo que tu mente no estaba en lo que hacías.

Vader pensó durante un momento en lo que iba a responder. No valía la pena mentir.

—He estado… pensando en otra cosa durante un momento.

Su maestro asintió con la cabeza.

—Eso imaginaba. Me gusta que me hayas dicho la verdad, aunque creo que sólo es una verdad a medias. En todo caso, gracias a tu pequeño lapso tenemos cuatro cadáveres en el compartimento trasero.

Vader no le preguntó a su maestro cómo sabía que habían muerto cuatro hombres. Su maestro sabía cosas, sabía muchas cosas, sabía la mayoría de las cosas. No necesitaba más explicaciones. Claro que a su maestro no le importaban los hombres que habían muerto. Sólo le importaba el fracaso de Vader y la media verdad de Vader.

—No volverá a pasar, maestro —aseguró Vader, inclinando la cabeza.

—Eso espero —respondió su maestro, refiriéndose quizá a su mediocridad como piloto, o quizá a algo más.

Vader se volvió y agarró la puerta que daba al compartimento de pasajeros, con la intención de abrirla a la fuerza.

—Has dicho que estabas pensando en otra cosa —dijo su maestro, usando ese tono al que a veces recurría para poner una trampa verbal—. ¿En qué?

Vader dejó la puerta y se volvió hacia su maestro. Miró fijamente la cara arrugada del Emperador y esta vez no recurrió a medias verdades.

—El pasado. Mi vieja vida.

Su maestro le devolvió la mirada, con unos ojos oscuros como agujeros negros, y exhaló suavemente.

—Ya veo.

—No significa nada para mí —dijo Vader, agitando la mano enguantada—. Pensamientos dispersos, nada más.

—Mmh. El pasado es como un fantasma que nos acecha. Hay que eliminar los fantasmas. Quedarse en el pasado es una muestra de debilidad, Lord Vader.

—Sí, maestro —respondió Vader.

Al comprender que la lección de su maestro había terminado, Vader volvió a girarse hacia la puerta y la abrió forzándola. Tuvo que arrodillarse para ver el compartimento de pasajeros. Los cuerpos del piloto y el copiloto estaban tumbados, con los ojos abiertos y sus extremidades dispuestas en ángulos imposibles. El aterrizaje los había destrozado.

Los cuatro guardias reales estaban esparcidos por el compartimento. Dos de ellos todavía estaban atados a sus asientos, que se habían desprendido de la pared.

—Lord Vader —dijo el capitán de los guardias, liberándose de las correas del asiento—. ¿Dónde está el Emperador? ¿Está…?

—Está aquí —respondió el Emperador desde detrás de Vader, aunque Vader no lo había oído acercarse, ni tan solo lo había sentido—. Sano y salvo.

—Levántense —ordenó Vader.

El capitán y el otro guardia que todavía estaba en el asiento se pusieron en pie, tambaleándose. Los otros dos estaban tumbados en el suelo. Vader se sorprendió al ver que la pierna de uno de ellos dio una sacudida, como un acto reflejo. No estaba muerto.

—Aquí solo hay tres muertos —le dijo a su maestro.

—¿De verdad?

El líder de los guardias se arrodilló y comprobó el estado de su compañero.

—Está inconsciente, mi Emperador. No se había abrochado el cinturón y ha volado de un lado a otro durante el aterrizaje.

El guardia herido gimió. Su mano enguantada se abrió y se cerró.

—Mátelo —ordenó el Emperador.

El líder de la Guardia Real, obligado a obedecer inmediatamente cualquier orden del Emperador sin hacer preguntas, no vaciló. Se puso en pie, desenfundó su bláster pesado y disparó a su camarada en la cabeza. Un único disparo que le dejó un agujero oscuro y humeante en el casco.

—Y ahora hay cuatro —concluyó el Emperador.

Vader entendió el mensaje y se volvió hacia su maestro. Su respirador resonaba, pausado y audible.

El Emperador negó con la cabeza, con falso arrepentimiento.

—Ha sido estúpido. Y la estupidez, al igual que la nostalgia, es una debilidad. No puedo tolerar la debilidad en los que me rodean. Es una verdadera pena. Pero a veces debemos tomar decisiones difíciles. Ahora sácanos de aquí, por favor, Lord Vader.

Vader encendió su espada de luz. Su maestro lo observaba con atención, inexpresivo.

Vader clavó la espada de luz en el metal de la pared y lo utilizó para recortar la forma de una puerta en el casco. Vader salió el primero, seguido por los dos guardias reales. Por último, salió el Emperador.

El suave limo arenoso del suelo de la jungla estaba cubierto de hojas secas y ramas caídas. Por encima de sus cabezas, unos árboles de corteza fina y más de setenta metros de alto se alzaban hacia el cielo. Apenas les permitían ver la última luz del día. Las raíces de los árboles, que salían del suelo y formaban nudos de madera retorcida, llegaban a ser tan altas como Vader. Las copas de los árboles se agitaban con los vientos constantes de Ryloth, como si la jungla entera estuviera susurrando chismes al oído. En lo alto de los árboles algo muy grande aleteó entre las ramas, haciendo caer muchas hojas. A lo lejos, en la oscuridad, algún animal aullaba mientras el día llegaba a su fin.

—Comprueben los kits de supervivencia —ordenó Vader a los guardias reales—. Busquen todo lo que se pueda aprovechar.

No obedecieron hasta que el Emperador asintió con la cabeza. Cuando se fueron, Vader se volvió hacia su maestro.

—¿Me está poniendo a prueba, maestro? —preguntó, intentando conservar un tono de respeto.

—¿A prueba? ¿Así es como percibes las cosas?

—¿Me equivoco?

Su maestro sonrió y le puso una mano en el hombro. La misma mano que podía emitir rayos de Fuerza. Lo hizo con un gesto que era a la vez una demostración de afecto y de poder.

—Todos estamos siempre a prueba, amigo mío. Las pruebas nos hacen más fuertes, y esta fuerza es poder. Y el poder es nuestro objetivo. Tenemos que superar todas las pruebas a las que nos enfrentamos —hizo una pausa larga—. O morir en el intento.

Vader no podía interpretar el rostro de su maestro o el significado oculto detrás de sus palabras. Casi nunca podía.



CAPÍTULO ONCE

El centro de operaciones era un hervidero de voces y órdenes, por encima de un murmullo colectivo de incredulidad. El aire olía a sudor y angustia.

—¿Qué está pasando ahí arriba? —preguntó un teniente.

—¿Estado de la lanzadera de la Moff? —preguntó otro.

—¿Ahora tri-cazas? ¿Cuántos?

Entre todo aquel alboroto, Belkor iba de un puesto a otro, recogiendo datos y dando órdenes. Hacía lo posible por parecer que estaba intentando rescatar a una gente a la que en realidad quería ver muerta y que tenía las cosas bajo control. En realidad había perdido el control hacía tiempo. No tenía confirmación de que la nave de la Moff hubiera sido destruida, sólo que había desaparecido de los escáneres. Lo mismo se aplicaba a la lanzadera del Emperador. Eran dos indicios prometedores, pero todavía no se atrevía a tener esperanzas.

Se dio cuenta de que estaba respirando aceleradamente. Sentía que el uniforme le apretaba demasiado, que las paredes estaban demasiado cerca y el techo estaba demasiado bajo.

—Señor, ¿está bien?

—¿Qué? Por supuesto. Sí. Prosiga, Teniente.

Pero no estaba bien. No iba a estar bien hasta saber que el Emperador, Vader y Mors estaban muertos.

—Numerosas cápsulas de escape están aterrizando en el hemisferio occidental del planeta y en la luna cercana, señor —le informó otro teniente—. Estamos recibiendo miles de señales de auxilio. Los equipos de búsqueda y rescate se están centrando en las

cuadrículas de rescate, pero están abrumados, Señor. No hay personal suficiente. Se pasarán días enteros.

—¿Conocemos la ubicación de la lanzadera del Emperador o de la nave la Moff?

—Todavía no, señor.

Belkor asintió, aliviado y horrorizado a la vez. Si había tenido éxito, su próximo desafío sería inventarse una historia suficientemente creíble para exculparse.

Pero primero tenía que asegurarse de que el Emperador, Vader y la Moff estuvieran muertos.

—

Isval escuchó gritos.

—¡Isval! ¡Eshgo! ¡Que alguien se levante! ¡Necesito ayuda!

Era la voz de Faylin. Isval abrió los ojos, mareada. Parpadeó y respiró profundamente. La garganta parecía estar en carne viva. Y entonces…

La imagen enorme y fulgente de Ryloth ocupaba toda la ventana de la carlinga. Entonces el planeta desapareció y fue sustituido por la oscuridad negra del espacio. Después volvía a verse Ryloth, y luego otra vez el espacio. Estaban dando vueltas sin parar. Proa y popa intercambiando posiciones a toda velocidad. Isval cerró los ojos y trató de contener las arcadas. A pesar de lo aturdida que estaba, pudo darse cuenta de que iban a entrar en la atmósfera dando vueltas. La nave se partiría y ardería en el cielo.

—¿Faylin? —preguntó, con la garganta rasposa y dolorida—. ¿Eshgo?

Eshgo estaba hundido en el asiento a su lado, con la barbilla en el pecho. Faylin estaba sentada encima de él, intentando manejar los controles de la lanzadera.

—¡Está muerto, Isval! —gritó Faylin—. ¡Crost y Drim están inconscientes! ¡No puedo estabilizar la nave! He hecho simulaciones, pero esto…

—¿Muerto? —repitió Isval, recuperando lentamente el control sobre sus pensamientos, pero dominada por la aflicción.

—¡Isval! ¡Tú pilotas mejor que yo! ¡Tienes que hacer algo con esta nave o nos uniremos a él! ¡Deja el luto para luego! ¡Isval!

El tono de Faylin la ayudó a concentrarse. Se incorporó en el asiento, intentando aclarar las ideas.

—Primero los giros —dijo Isval, cogiendo la palanca de mando—. Pásame el control.

—¡No sé cómo pasarte el control! —gritó Faylin.

—Sí que lo sabes —respondió Isval, encontrando la calma como siempre durante una crisis—. Recuerda tus prácticas en el simulador. El botón azul, cerca de tu mano izquierda. Rápido.

—De acuerdo —dijo Faylin, calmándose un poco, y pulsó el botón.

Isval disparó los impulsores para compensar la rotación. Empezaron a girar más lentamente, hasta que la rotación se detuvo. Al otro lado del cristal de la carlinga estaba

Ryloth. Caían sobre la mitad del planeta, en la que era de día, demasiado abruptamente. Isval intentó hacer algo al respecto.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Faylin.

—Agárrate a algo —dijo Isval—. Ahora mismo.

Entrar en la atmósfera exterior fue como chocar contra una pared.

Con la pérdida súbita de velocidad, salieron despedidos hacia delante. Faylin consiguió agarrarse al asiento de Eshgo, soltando improperios. Se escucharon ruidos secos en el compartimento trasero. Isval intentó no pensar demasiado en lo que ese impacto podía significar para Drim y Crost. Las llamas devoraron la nave, cubriendo la carlinga con un resplandor anaranjado.

El casco crujía y se desprendían trozos de metal. La nave se agitaba con tanta furia que a Isval le dolían los dientes.

—Entrando… Entrando —dijo Isval, más para sí misma que para Faylin. La nave seguía vibrando, pero era normal al entrar en la atmósfera—. ¿Qué ha pasado con la otra nave? La nave con la que chocamos.

—¿Qué?

—¡La otra nave, Faylin! ¿Has visto qué le ha pasado?

—Yo… sí, se ha quedado a oscuras y ha caído dando vueltas hacia Ryloth.

—¿Ha ardido? ¿Has visto si ardía al entrar? Es muy importante, Faylin.

—No, no lo he visto. Estábamos dando vueltas y yo apenas podía… Estaba intentando reanimaros. Pensaba que íbamos a estrellarnos.

Isval soltó una palabrota. Los temblores y la vibración dieron paso a un vuelo suave cuando entraron en la atmósfera normal. Isval estabilizó la nave. Debajo de ellos se extendía Ryloth: sombrío, marrón y seco como un fruto al sol.

Isval comprobó el escáner, pero no había ningún dato que le resultara útil. Miró a través del cristal de la carlinga y se imaginó una lluvia de cápsulas y naves cayendo a la superficie. Dentro de una de ellas posiblemente iban Vader y el Emperador, pero no tenía forma de…

—Los registros —soltó ella, tocando las teclas de la computadora de navegación.

—¿Los registros? —preguntó Faylin.

—Ve a ver cómo están Drim y Crost.

Faylin entró en el compartimento trasero. Sólo necesitó un momento para comunicarle el veredicto.

—Han muerto. Estamos solas.

Isval asintió, concentrada en su tarea, negándose a sentir pena.

—¿Me has oído? —insistió Faylin, con la voz temblorosa—. He dicho que han muerto.

—Ya te he oído. Vuelve aquí y siéntate. Quizá te necesite.

—Isval…

—¡Siéntate, Faylin! Esto no ha terminado. Y no voy a permitir que su muerte haya sido por nada. ¿Y tú?

—No —respondió Faylin con suavidad. Cuidadosamente, sacó a Eshgo de su asiento, lo tumbó en el suelo y ocupó su lugar—. Por supuesto que no.

Isval comprobó los registros de escaneado y finalmente encontró lo que estaba buscando. Clavó el dedo en la pantalla.

—¡Ahí!

—¿Qué?

—Esa es la trayectoria de la caída de la lanzadera. Me has dicho que se ha apagado, así que ha caído sin más. Seguramente ha seguido esta ruta de descenso, al menos aproximadamente. Eso limita un poco la búsqueda. Entonces apretó la mandíbula para activar el comunicador privado con Cham.

—

Kallon pilotaba el transporte, surcando el espacio en dirección a Ryloth. Cham estaba sentado en el asiento del copiloto, intentando procesar cómo se sentía: extraño, fuera de sí, casi vacío. Había gastado casi todos los recursos del movimiento, pero habían derribado un destructor estelar imperial y quizá, *quizá*, habían matado a Vader y al Emperador. Debería estar exultante, pero en lugar de ello estaba insensible. Durante la última hora había estado lleno de adrenalina, y ahora era como si se deshinchara.

Volvió a intentar ponerse en contacto con Isval, pero no recibía respuesta. Notaba la mirada de Kallon e intentaba que no se notara su preocupación. Pero sus lekku se retorcían.

Su lanzadera llegaba al planeta por la parte donde era de noche, el lado opuesto al de la destrucción del *Peligro*. Una docena de naves más volaban cerca de ellos, todas ellas cargadas de revolucionarios y de todo el material que habían podido cargar a toda prisa de la base de la luna. Volaban con la energía baja, a poca velocidad, silenciando los motores con deflectores para intentar minimizar la presencia en los sensores.

—No nos están detectando —informó Kallon, consultando las lecturas—. El Imperio está ocupado con el rescate. La puerta de atrás está abierta y no hay nadie en casa.

—Bajamos todos al planeta, y entonces nos reagrupamos —ordenó Cham. Necesitaba recibir informes de estado y saber dónde estaba Isval. Necesitaba saber que estaba bien.

—Suena bien —dijo Kallon—. ¿Y entonces qué?

La pregunta cogió a Cham desprevenido. Exacto. *¿Y* entonces qué? Habían logrado más de lo que habían podido desear, y había estado tan ocupado planeando la destrucción del *Peligro* que apenas había pensado en lo que vendría después. Quizá no se había creído que podían tener éxito. Tenía que liderar un movimiento, una rebelión, pero no estaba seguro de lo que iban a hacer a partir de hoy. Necesitaba darles el siguiente objetivo, algo en lo que concentrarse. Él mismo lo necesitaba.

—Ahora mismo estoy haciendo planes para los siguientes pasos —le respondió a Kallon para ganar un poco de tiempo.

Entonces escuchó el pitido del comunicador privado con Isval y suspiró, aliviado.

—¡Isval, estás bien! Gracias a…

—Te envío la última trayectoria conocida —dijo ella, hablando con el tono rápido y entrecortado que utilizaba cuando estaba concentrada en algo—. Utilízala para establecer una zona aproximada de colisión. Seguramente será una superficie grande, de cientos de kilómetros cuadrados, pero al menos es un principio. Necesito que confirmes la información.

—¿Qué? Frena un poco.

—No hay tiempo para frenar, Cham. Vader y el Emperador han caído con su lanzadera, pero han atravesado la atmósfera. Están vivos. Estoy segura. Y te he enviado su última trayectoria.

Cham empezó a procesar las palabras de Isval, cuando le llegaron los datos relativos a la trayectoria. Introdujo los datos en su computadora de navegación y ejecutó una subrutina.

—¿Qué pasa? —preguntó Kallon.

Cham no se molestó en responder. Ni siquiera dudó de la afirmación de Isval de que Vader y el Emperador seguían vivos. Confiaba en ella incondicionalmente. Además, los dos habían visto a Vader hacer cosas que nadie debería poder hacer. Cham no creía que una simple colisión hubiera acabado con Vader. Estaba seguro de que ni siquiera se había producido una colisión.

Cham se dio cuenta de que quería que Vader muriera. Lo *necesitaba*. Isval tenía razón. Asestarle un golpe significativo al Imperio significaba cortarles la cabeza.

Ya tenía un objetivo.

—¿Y la otra nave que estabas siguiendo? ¿Quién iba en ella? ¿Cómo sabes que Vader estaba en esta nave y no en la otra?

—La otra también cayó, pero Vader no iba en ella. Yo misma lo vi, Cham.

La subrutina completó sus cálculos y confirmó las conclusiones de Isval.

Cham trasladó los resultados a una reproducción de la superficie de Ryloth y se la envió a Isval.

—Cálculos confirmados. Si esa trayectoria es correcta, tenemos una zona de búsqueda —explicó Cham—. Pero podría ser que el Emperador estuviera en la otra nave. ¿Qué quieres decir, que viste a Vader?

—Créeme, lo vi —respondió Isval—. Vamos a trabajar con lo que sabemos. Vader estaba en esa nave. Cuesta creer que el Emperador no estaba con él. Mmh. Esa zona es muy boscosa.

Sin duda Isval estaba contemplando la misma reproducción tridimensional que Cham.

—Una zona difícil para una búsqueda —concluyó Isval.

Cham estaba pensando lo mismo.

—Tardaremos demasiado en encontrar a alguien en esa región. Y si han sobrevivido al accidente, seguro que ya han enviado una señal de socorro. Ya habrán enviado alguien a buscarlos. No sé cómo podemos llegar antes.

La respuesta de Isval fue inmediata.

—Estaban a oscuras, Cham, no tenían energía. Faylin lo ha visto. Tardarán un tiempo en instalar un sistema de comunicaciones portátil con suficiente alcance para llamar a un equipo de ayuda. Y seguro que en estos momentos hay innumerables llamadas de socorro desde toda la superficie. Su señal se perderá entre las demás. Tenemos un poco de tiempo.

—No mucho. Menos de una hora, quizá —entonces Cham tuvo una idea repentina—. A menos que…

—Dilo. ¿A menos que qué?

Cham ya estaba dándole la vuelta a todos los detalles.

—Kallon puede piratear los satélites imperiales siempre que quiera. Lleva años haciéndolo. Siempre hemos tenido esa opción guardada en el bolsillo porque no nos sirve como medida aislada. A menos que destruyamos la estación de comunicaciones que hay en el ecuador. Si lo hacemos, entonces podemos intervenir en los satélites para enviar una señal de bloqueo…

—Y la comunicación se reducirá a la línea de visión —concluyó Isval, y Cham se la imaginó golpeando el panel de mandos con el puño—. Eso es, Cham. Estarán aislados. Tendremos tiempo para cazarlos.

Cham se preparó para poner el plan en marcha.

—Necesitaremos a Belkor. Y va a preguntar por la segunda nave. Necesito también su última dirección conocida. ¿Esta nave también se ha quedado a oscuras?

—Sí, ha caído incluso el soporte vital —respondió Isval—. Te envío los datos.

Tan pronto como Cham recibió los datos, le dijo a Isval:

—Espera un rato hasta que vuelva a ponerme en contacto contigo.

—¡Entendido! —tras vacilar un poco, añadió—. Cham, ahora sólo estamos Faylin y yo. Los demás… han caído.

Los lekku de Cham se debilitaron. Se le hizo una bola en la garganta, pero se la tragó. Habían sido buenos soldados, incluso amigos. Había perdido mucha buena gente en un día. Le dolía la cabeza por el peso de aquellas pérdidas.

—Entendido. Lo siento, Isval. Espera instrucciones.

Antes de llamar a Belkor, Cham ordenó a cuatro de las naves que les acompañaban que se dirigieran a la cuadrícula que había delimitado con Isval para empezar a buscar una lanzadera imperial estrellada. Las cuatro naves aceleraron y se separaron del grupo para ir en otra dirección.

Cuando estas naves se alejaron, Cham llamó a Belkor por su comunicador encriptado.

—

Belkor notó en el pecho la vibración del comunicador encriptado, ese insecto irritante que no dejaba de molestarle. Intentó ignorarlo, pero no paraba de llamar. Salió del centro de operaciones y se encerró en una oficina adyacente.

—Aquí Belkor —dijo secamente.

—Escucha con atención y no me interrumpas —dijo la voz de Cham—. Las dos naves han caído, pero te confirmo que ninguna está destruida. Tengo la trayectoria de la nave de Vader…

—¿Y la otra?

—Te he dicho que no me interrumpas, Belkor.

De la rabia, Belkor apretó tanto la mandíbula que se preguntó si podría volverla a abrir. Cham siguió hablando:

—Vas a decirle a la Base de Comunicaciones del Ecuador que se les acerca una nave escolta imperial, procedente del *Peligro* con altos cargos a bordo. Tienen que bajar los escudos y recibir a esta nave. ¿Lo entiendes?

Belkor ni siquiera se molestó en preguntar a Cham cómo sabía que había unas instalaciones secretas escondidas en medio de la jungla del ecuador del planeta. Cada vez que Belkor hablaba con Cham, el twi'lek le decía cosas que lo descolocaban completamente. Parecía que Cham estaba siempre uno o dos pasos por delante de Belkor.

—No puedo hacerlo.

—Debes hacerlo. Hay que destruir las conexiones de satélite de la estación.

—¿Para qué? No servirá de nada…

—Piratearemos los satélites de comunicaciones para que envíen una señal de bloqueo.

Belkor comprendió rápidamente las implicaciones.

—Vas a enturbiar toda la red. Impedirás las comunicaciones en todo el planeta.

—Lo sé. La comunicación se reducirá a la línea de visión. Y eso es lo que necesito. Creemos que Vader y el Emperador están vivos pero perdidos en la jungla.

El corazón de Belkor le golpeaba como un mazo en el pecho.

—No hemos recibido ninguna señal de auxilio —susurró—. ¿Por qué crees que están vivos? Si se han estrellado…

—Porque ya hemos visto lo que es capaz de hacer Vader, Belkor, y porque no va a morir estrellándose con una nave. Para estar seguros, tendremos que ponerle un bláster por debajo de la máscara y apretar el gatillo. Vamos a derribar las comunicaciones y así estarán aislados. Así tendremos tiempo para cazarlos.

A Belkor no se le escapó el uso del pronombre en plural. Imaginó que era intencional. Belkor era un traidor, igual que Cham. Después de todo lo que había hecho, era como si fuera otro miembro del movimiento Ryloth Libre de Cham. Si lo descubrían, lo iban a tratar como tal.

Se dio cuenta de que estaba caminando de un lado a otro. Su agitación estaba empezando a atraer miradas a través del cristal transparente de la oficina. Respiró profundamente para calmarse, se detuvo y se quedó de espaldas al cristal.

—¿Cómo sabes dónde están?

—No lo sé con exactitud —admitió Cham—. Tengo una zona de búsqueda. Pero es una zona muy extensa. Por eso necesito más tiempo.

Belkor pensó en Mors.

—La segunda nave. Dices que ha caído. ¿Cómo lo sabes?

—Mi gente lo ha visto. Eso es lo único de lo que puedo estar seguro.

A Belkor le caían ríos de sudor por la espalda.

—Muy bien. Necesito más información, Syndulla —susurrando todavía más bajo—. La Moff iba en esa nave. Necesito que se quede ahí. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo —dijo Cham—. Lo más probable es que haya muerto, Belkor. Su lanzadera estaba a oscuras, con el soporte vital desactivado. Acabaremos con Vader y el Emperador y pondremos fin a toda esta confusión. Y tú serás el nuevo Moff.

—Necesito estar seguro —insistió Belkor—. Necesito la trayectoria de la nave de la Moff. Envíamela.

—No puedo dedicar más recursos a buscar otra zona de aterrizaje.

—¡Lo comprobaré yo mismo! —gritó Belkor—. ¡Envíame la maldita trayectoria!

—De acuerdo. Muy bien —respondió Cham, con el tono que se utiliza para hablar con un niño furioso. A Belkor lo sacaba de quicio—. Allá va.

El comunicador de Belkor sonó al recibir los datos.

—Recibido.

—Pues entonces haz lo que te pido, y hazlo ahora mismo —ordenó Cham.

Belkor se alisó de nuevo el pelo y se esforzó por recuperar la compostura.

—Avisaré a la base.

—Buena caza, Belkor —dijo Cham.

Belkor no se atrevió a desearle lo mismo a Cham.

—

Kallon los condujo en su entrada a través de la atmósfera hacia el cielo nocturno de Ryloth. Aceleró, bajo el azote de los vientos, y se dirigió hacia la ancha boca de una cueva que se abría a una vieja mina de especia. Las galerías serpenteantes de la mina fueron construidas al menos diez años antes de las Guerras Clon. Las naves que le acompañaban se quedaron un poco más atrás. Kallon activó las luces externas de su nave y recorrió el laberinto de galerías de la mina. Se conocía el camino de memoria.

Mirando a través del cristal de la carlinga, Cham observaba esos muros rugosos, llenos de rastros de maquinaria. Se preguntaba cuánto tiempo pasaría hasta que tuvieran que abandonar también esta base. Se estaba quedando sin escondites y recursos. Los había consumido todos en un día. Sólo habría valido totalmente la pena si acababan con Vader y el Emperador.

Llamó a Isval, antes de que las comunicaciones se perdieran bajo tierra.

—¿Dónde estás? —preguntó Isval.

—Hemos llegado sin problemas a la oriental —respondió Cham—. Bajamos. Kallon está preparado.

—Muy preparado —reafirmó Kallon, a su lado, asintiendo con la cabeza.

—¿Qué tienes para mí? —le preguntó Isval a Cham. Ella, siempre tan pragmática. Cham sonrió.

—Belkor va a informar a la Base de Comunicaciones del Ecuador de que os acercáis. A bordo lleváis heridos. Personalidades del *Peligro*. Habéis logrado escapar antes de que explotara.

—Malditos revolucionarios —dijo Isval.

—Exacto —respondió Cham, sonriendo. Parece que han tenido un buen día.

El tono de voz de Isval recuperó la seriedad.

—¿Confías en que Belkor lo haga?

Cham negó con la cabeza.

—No me fío de él en absoluto, pero la confianza no tiene nada que ver con todo esto. Lo hará porque tiene que hacerlo. Está metido hasta el fondo, no puede dar marcha atrás. Lo hará a regañadientes, pero hará todo lo que necesitemos que haga.

—Muy bien —respondió Isval—. Vamos para allá.

—Nosotros repostaremos y volveremos a la zona de búsqueda. Kallon pirateará los satélites tan pronto como acabéis con la estación.

—Tan fácil como pulsar un botón —añadió Kallon.

—¿Cómo sabrá cuándo ha caído la estación? Si estáis bajo tierra no podré comunicarme con él.

—¿Cómo sabrás cuándo ha caído la estación? —le preguntó Cham a Kallon.

—Lo sabré.

—Lo sabrá —le respondió Cham a Isval.

—Entendido —dijo Isval—. Te veo en la cuadrícula de búsqueda, entonces.

—Sal cojeando, Isval. Se supone que estáis heridos.

—Exacto.

—Buena suerte —añadió Cham—. Te veo pronto.

Cham le envió las coordenadas de la zona de búsqueda donde creían que habían caído Vader y el Emperador. Ese sería su punto de encuentro para más tarde.

—Recibido —respondió Isval—. Buena suerte a vosotros también.

—La huida, Isval. Piensa siempre en la huida. Cuando tengas una salida, piensa en otra.

—Siempre —dijo ella, intentando que no sonara a ironía.

Ya estaban en las profundidades de la cueva, y se cortaron las comunicaciones.

Cham se había olvidado de decirle que había enviado algunas de las naves rebeldes que se retiraban de la base lunar hacia la zona de búsqueda. Iban a empezar a buscar la lanzadera de Vader y el Emperador y, posiblemente encontraran su presa antes de que llegaran Cham e Isval.

—Rápido —le dijo a Kallon—. Quiero salir cuanto antes.



CAPÍTULO DOCE

El comunicador de Isval recibió una llamada por una frecuencia abierta, con su código de llamada normal. Isval y Faylin se miraron, sorprendidas. No deberían recibir ninguna llamada abierta. Igualmente, Isval respondió:

—Adelante.

—Isval, aquí Nordon. Hemos encontrado algo en la zona de búsqueda. Parece que se trata de la nave en la que supuestamente iba Vader…

—¡Nordon! Espera, ¿qué haces ya en la zona de búsqueda? ¿Cham lo ha autorizado? ¿Y se puede saber qué haces hablando por esta frecuencia?

Le salió un tono de voz más brusco de lo que quería, pero solo porque no quería que nadie más encontrara a Vader. Quería encontrarlo ella, por Pok, por Eshgo. Encontrarlo y verse reflejada en las lentes de su casco al apretar el gatillo y atravesarle el pecho con el disparo de su bláster.

—El comunicador está encriptado, Isval. Somos los primeros en llegar aquí y sí, Cham lo sabe. Venimos del convoy que salía de la base lunar. Hay tres equipos más en camino.

—Cuatro, cuando lleguemos nosotros —añadió Isval.

—Correcto. A lo que iba. Hemos encontrado lo que parece ser una nave caída en plena jungla, en estas coordenadas.

El ordenador de a bordo de Isval recibió las coordenadas. Estaban en el extremo norte de la zona de búsqueda.

—Envíaselas a los otros equipos que están en camino —dijo Isval.

—¿Es la lanzadera del Emperador? —preguntó Faylin con entusiasmo.

—¿Habéis confirmado el identificador de la nave? —le preguntó Isval a Nordon, y se aguantó la respiración anticipando la respuesta.

—La vegetación de la jungla es muy espesa, pero parece una lanzadera imperial. Podríamos bajar a echarle un vistazo.

Isval estaba negando con la cabeza.

—Negativo, negativo. No bajéis, Nordon. Si es Vader… ¡no bajéis! ¿Entendido?

—Entendido. ¿Entonces qué?

Isval se planteó varias opciones.

—¿Has informado a Cham?

—No puedo abrir comunicaciones con él.

Significaba que seguía en la base subterránea. Sabía lo que Cham ordenaría: hacer un reconocimiento y esperar refuerzos.

—Observad la nave lo mejor que podáis, Nordon. Si confirmáis que es la lanzadera del Emperador, o si avistáis a Vader o al Emperador, borradlos de la faz del planeta.

—Entendido. ¿Tú qué vas a hacer?

—Destruir cosas —respondió Isval.

—Como siempre —bromeó Nordon—. Hasta pronto.

—Allá vamos —le dijo Isval a Faylin.

El generador se puso en marcha con un zumbido y el plato de la antena portátil de comunicaciones empezó a girar, buscando una red.

—Tendremos conexión dentro de un momento, Lord Vader —informó el capitán de la guardia Real.

—Utilice la frecuencia personal del Emperador. Pida inmediata…

Vader pudo sentirlo antes de verlo. Se volvió bruscamente hacia su maestro, y lo vio observando el cielo: dos luces descendían a toda velocidad. Vader sabía que eran naves. Quizá habían visto el fuego.

—Vienen naves, Excelencias —dijo uno de los guardias reales. Se acercó un magnificador de campo a las lentes del casco—. No son imperiales. Son un par de cargueros twi'leks, creo. ¿Quiere que dispare una bengala, Excelencias?

—No creo que eso sea necesario —respondió el Emperador con una sonrisa forzada.

Las naves se acercaban rápidamente. Sus siluetas toscas en forma de disco se recortaban claramente contra el telón de fondo del cielo.

Vader encendió su espada de luz y se situó delante de su maestro.

Isval dejó de pensar en el descubrimiento de Nordon y se concentró en pilotar la nave escolta a poca velocidad, en dirección al ecuador de Ryloth. Por debajo de ellas, la

superficie del planeta era una masa rocosa y desigual de tonos marrones y negruzcos. El terreno estaba marcado por numerosos cauces secos, y por pequeños bosques aquí y allá. A lo lejos, una de las cordilleras montañosas del ecuador se alzaba majestuosamente hacia el cielo, iluminada por los tonos rojizos y anaranjados del atardecer. Isval raramente tenía tiempo para apreciar la belleza, pero ahora le dedicó un momento.

—Es fantástico, ¿no? —comentó Faylin—. No tengo palabras para describirlo.

—Todo parece muy bonito desde lejos —replicó Isval—, pero muy duro cuando te acercas.

—Ya —dijo Faylin, apartando la mirada de las montañas. Se inclinó hacia delante y miró por la ventana principal—. Todavía no veo la base.

—Estamos a trescientos kilómetros —respondió Isval, examinando la lectura del escáner—. No hay naves en los alrededores.

—Están todas patrullando o en misiones de rescate.

—Vamos a acabar con esto y luego nos vamos de cacería.

—Entendido —dijo Faylin, asintiendo con la cabeza.

Cuando se acercaron a la distancia de comunicación establecida por los protocolos imperiales, Isval llamó a la base.

—Base Ecuatorial Alfa, aquí Escolta Imperial 29, ¿me reciben?

La respuesta fue inmediata.

—Escolta Imperial 29, les oímos alto y claro.

—Llevamos altos cargos del *Peligro* que necesitan asistencia médica inmediata. Preparen un equipo médico y envíenme un número de plataforma de aterrizaje.

Isval no apartaba la mirada del escáner, esperando a que bajaran los escudos de la estación.

Faylin, sentada a su lado, se movía nerviosamente.

—Vamos… —susurró Faylin—. Enseñadnos la barriga para que os la podamos rascar.

No obstante, los escudos seguían activos. El comunicador volvió a chisporrotear.

—Aquí el Mayor Steen Borkas. Nos han informado sobre su llegada. Les pido disculpas, pero envíenme por favor sus credenciales, Escolta 29. Además, ¿quién son los altos cargos? Serví en el *Peligro* hace tiempo. Conozco a buena parte de la tripulación.

Isval intercambió una mirada con Faylin y apretó la mandíbula para activar el comunicador que la conectaba con Cham.

—Quieren credenciales, Cham. Y nombres de los heridos. Parece ser que el comandante de la base sirvió en el *Peligro*.

Nada. Cham estaba bajo tierra, sin comunicaciones.

—El capitán se llamaba Luitt —dijo Faylin—. Podríamos decir su nombre.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Isval.

Faylin se encogió de hombros.

—Lo he oído en alguna parte. ¿Qué vas a decirles?

Isval empezó a pensar en mentiras.

Faylin se inclinó hacia delante y señaló a través de la ventana principal.

—Ahí está.

Podían ver unas instalaciones muy grandes, con muchos edificios de cemento, el generador de escudos y una serie de antenas parabólicas que constituían la principal base de comunicaciones imperiales en Ryloth.

El sol del atardecer lo teñía todo de tonos anaranjados. A Isval le pareció ver un par de pequeños transportes en las plataformas de aterrizaje, pero ningún caza.

—¿Isval? —dijo Faylin.

Isval activó el comunicador.

—Llevo a personal del puente de mando.

—¿Personal del puente de mando? —respondió Borkas—. He oído que Luitt salió ileso. ¿A quién lleváis? ¿Al comandante?

Mentalmente, Isval celebró no haber mencionado a Luitt. Empezó a improvisar mentiras.

—Señor, honestamente… no sabría decirlo. Sólo soy una piloto de escolta. Los oficiales que llevamos están en muy mal estado, al igual que mi nave. Ha sido un caos ahí arriba y hemos salido con vida por los pelos. Ni si quiera puedo subir mis credenciales. El ordenador está hecho trizas.

A su lado, Faylin dio un grito, como si estuviera gravemente herida.

—Señor —dijo Isval, fingiendo desesperación—. Necesitamos ayuda.

—Escolta 29, tienen permiso para aterrizar en la plataforma 9 —afirmó el Mayor Borkas—. El equipo médico está en camino.

Isval cortó la conexión.

—No activaremos el armamento hasta que estemos más cerca —le dijo Isval a Faylin.

Isval no pudo evitar sonreír cuando vio en el escáner que habían desactivado los escudos. Al acercarse a la base, empezaron a ver más detalles. Un grupo de soldados y un equipo médico con sus droides se dirigían a toda prisa hacia la plataforma 9. A través de los ventanales del puente de control y observación, iluminado por dentro, vieron a los oficiales y soldados que les esperaban.

—Veo cuatro antenas parabólicas —dijo Faylin—. Las podemos eliminar todas de una vez.

—Las antenas son la prioridad. Yo me encargo de ellas. Tú intenta matar a todos los imperiales que puedas.

Faylin se la quedó mirando, quizá sorprendida por su sed de sangre, y asintió con la cabeza.

Estaban cada vez más cerca, devorando kilómetros a cada segundo, y la base se iba haciendo cada vez más grande. Isval empezó a elegir el orden de sus objetivos, inclinando ligeramente la nave escolta para enfocar el ataque. Tenían que destruir todos los platos satelitales en el primer pase. No creía que la nave escolta tuviera suficiente potencia para destruir un generador de escudos reforzado, así que tenían que destruir las

antenas antes de que Borkas entendiera lo que estaba pasando y volviera a activar los escudos.

Sonó el comunicador.

—Esa era la plataforma de aterrizaje 9 —informó Borkas—. La *nueve*, Escolta 29.

—Entendido —respondió Isval, pero no cambió de dirección. En lugar de ello, aceleró inmediatamente y activó la mira computerizada. Sabía que los imperiales detectarían este movimiento. Fijó sus objetivos rápidamente.

—Fuego a discreción —le dijo a Faylin.

Empezó un recuento mental. Calculaba que tenían treinta segundos como mucho.

Faylin tenía el control manual de los cañones laterales, y empezó a disparar. Los rayos de plasma impactaron en la base, dispersando al equipo médico y dejando unos cuantos cuerpos sin vida en la plataforma de aterrizaje. Isval disparó sobre el objetivo que tenía fijado. Uno de los platos satelitales estalló en una nube de humo y llamas.

Llevaban tres segundos.

No se molestó en fijar el segundo objetivo con la mira computerizada. No tenía tiempo. Pasó el control al modo manual y disparó, llenando el espacio entre la nave y la antena de líneas de plasma. La segunda antena explotó, la base se llenó de llamas y la estructura entera se desmoronó sobre un edificio cercano, causando una explosión secundaria que lo llenó todo de humo.

Llevaban cinco segundos.

Como Isval no podía ver, fijó la mirada en el panel de instrumentos. Redujo velocidad y viró violentamente a babor. Faltaban veinte segundos. Había activado de nuevo la mira computerizada, que se centró en la tercera antena. Disparó. La antena estalló en una columna de humo y escombros, que salieron propulsados. Algunos trozos de metal golpearon el casco de la nave escolta. Isval giró pronunciadamente para dirigirse a la última, mientras Faylin disparaba a ciegas a través del humo.

Salieron de la nube de humo y vieron la cuarta antena. Recibieron un impacto en un lateral de la nave, que salió disparada hacia estribor. Saltaron todas las alarmas.

—Posición defensiva —dijo Isval, cuando faltaban diez segundos—. Maniobras evasivas. Apunta a la antena, Faylin.

El cielo se llenó de rayos verdes, procedentes de izquierda y derecha. Recibieron otro impacto, pero los modestos escudos y el casco de la nave escolta aguantaron.

—¡No puedo acertar nada si nos movemos de esta forma! —gritó Faylin—. ¡Estabiliza la nave!

Isval iba tan lenta como podía para no pasarse de largo, pero la lentitud tenía su precio. Se movía de lado a lado, de arriba abajo, pero esta nave escolta no era como un caza y le costaba mucho esquivar los disparos.

La carlinga empezó a llenarse de humo. Sonaron las alarmas, que anunciaban fallos en varios sistemas y circuitos.

—Toma el mando de control —ordenó Isval.

—¡Nos van a derribar! —respondió Faylin—. ¡No soy ni la mitad de buena que tú!

—Hazlo lo mejor que puedas —le dijo Isval con calma. Tengo que destruir esa antena—. Te he pasado el control a tu mando. Yo me encargo de las armas. Vamos.

Faylin empezó a soltar palabrotas, pero cogió la palanca de mando. Mantuvo la nave en movimiento, sacudiéndola más o menos al azar. No como lo haría un piloto experimentado, pero fue suficientemente efectivo para evitar que las derribaran.

Sonó el comunicador a través de una frecuencia del movimiento. Seguramente serían noticias de Nordon. Isval no podía dedicarle ni un segundo a responder. Ni tampoco Faylin, que tenía la palanca de mando agarrada con fuerza. Y cuando se encargaran de la última antena, no podrían responder hasta que desaparecieran de la línea de visión.

El humo no le dejaba ver la mira computerizada, así que Isval volvió a cambiar a manual. Apuntó a la última antena. Faylin balanceaba la nave de derecha a izquierda. Los disparos procedentes de la base pasaron rozando la proa.

—¡Dispara, Isval! —gritó Faylin.

Se acercaban mucho. Manteniendo la calma, Isval pulsó el botón de disparo. Los rayos de plasma impactaron en el plato y lo redujeron a una lluvia de esquirlas metálicas, que salieron disparadas por una bola de fuego.

—Sácanos de aquí —dijo Isval, soltando una exhalación.

Faylin tiró de la palanca de mando y aceleró al máximo. Salieron del alcance de los cañones bláster casi inmediatamente. El cielo llenó la ventana principal a medida que subían hacia la atmósfera exterior.

—No nos persiguen —dijo Isval, comprobando el escáner.

Faylin blasfemó en voz baja, negando con la cabeza.

Isval comprobó el comunicador, esperando que Kallon estuviera a punto de piratear los satélites. Probó con el comunicador privado para ir sobre seguro.

—Cham, ¿me recibes?

Nada. Entonces lo intentó a través del canal abierto en la frecuencia de Nordon.

—Nordon, ¿me oyes?

De nuevo, nada. Sólo silencio y ráfagas de estática.

—Parece que ha funcionado —dijo Faylin—. Las comunicaciones están bloqueadas. Los comunicadores están limitados por todo el planeta. Kallon es bueno.

—Lo es. Pero aún no nos podemos relajar —replicó Isval—. Ahora viene lo más difícil.

Activó el ordenador de navegación, introduciendo las coordenadas de la ubicación donde se suponía que tenían que encontrarse con Cham. Se iban a encontrar ahí para ir juntos a las coordenadas que habían recibido de Nordon. Pronto empezaría la cacería de Vader.

—

Después de una exploración a velocidad lenta, los cargueros dieron la vuelta y se dirigieron hacia el pequeño campamento. Aceleraron y descendieron en un ángulo pronunciado.

—Creo que ya han visto lo que querían ver —observó el Emperador.

Bajando en picado, los cargueros empezaron a disparar con los cañones bláster que llevaban instalados sobre el techo y en la parte inferior. Los cañones despedían unas largas líneas rojas ardientes. A cien metros de Vader y el Emperador, los árboles explotaban y quedaban reducidos a astillas. Los disparos se precipitaban por el claro hacia ellos, dejando un rastro de agujeros humeantes en la tierra. Este camino de fuego se dirigía hacia Vader.

Vader estaba tenso, totalmente conectado con la Fuerza, en situación de defender su posición. Entonces sus brazos se pusieron en movimiento. Su espada de luz zumbaba mientras la hacía girar a derecha e izquierda, desviando los poderosos disparos de los cañones bláster hacia los árboles. Los disparos desviados pulverizaron varios árboles y destruyeron las tiendas, pero no tocaron el sistema de comunicaciones. La fuerza cinética de los disparos lo propulsaba hacia atrás, y sus botas iban describiendo un surco en la tierra.

Los guardias reales se recuperaron rápidamente de la sorpresa inicial y empuñaron los rifles bláster. Dispararon contra los cargueros mientras aceleraban y pasaban de largo. No obstante, sus armas personales no le hacían ningún daño a las naves, que estaban blindadas y llevaban escudos.

—Excelencias, ¡tendríamos que refugiarnos entre los árboles! —gritó el capitán.

—No lo creo —respondió el Emperador suavemente, observando cómo las naves daban media vuelta.

—Esta vez volarán más bajo —comentó Vader.

—Creo que tienes razón —dijo el Emperador. Se quitó la túnica, cogió la elaborada empuñadura de su espada de luz y la encendió.

Vader lo miró, sorprendido. Rara vez veía a su maestro demostrando su poder en público. Y entendió lo que significaba, claro. No podían quedar testigos supervivientes. Sólo los guardias reales podían sobrevivir. Eran los únicos en quienes podía confiar. Nunca explicarían nada de lo que habían visto, ni siquiera lo hablarían entre ellos.

Los cargueros acabaron de dar la vuelta y se lanzaron hacia el claro a toda velocidad. El aullido de sus motores rompía el silencio imperante. Los guardias reales cambiaron de posición y se colocaron delante del Emperador, cubriéndolo parcialmente con sus propios cuerpos, y empezaron a disparar tan rápido como les era posible contra las naves atacantes. Impactaban una *y* otra vez, pero aquellos pequeños disparos no causaban daño alguno.

Vader se adentró más profundamente en la Fuerza. A su lado, sentía cómo su maestro reunía todo su poder. En ese momento, se deleitó en la unión de los dos, en su poder combinado en estado puro.

Los cargueros abrieron fuego, dibujando gruesas líneas de plasma en el aire. Los disparos hacían saltar la tierra, destruían los árboles y calentaban el aire del claro de la jungla.

Entregado completamente a la Fuerza, Vader anticipaba los disparos que normalmente le impactarían, percibía los ángulos apropiados de impacto y desviación y daba golpes rápidos y certeros con su espada de luz, un primer disparo, luego un segundo y luego un tercero. Pero no los desviaba hacia los árboles, sino que se los devolvía a las naves. El calor y la energía de los disparos bláster lo impulsaba hacia atrás. A través de sus guantes, notaba que la empuñadura de su arma se iba calentando. Su maestro hacía lo mismo con su espada de luz. Los movimientos elegantes de su espada roja describían un escudo protector a su alrededor, desviando los disparos de la segunda nave y devolviéndoselos. Las dos naves intentaron evitar los disparos redireccionados, una virando a la izquierda y la otra a la derecha, pero lo único que lograron fue que sus motores y sus vientres quedaran expuestos a los disparos.

Los motores explotaron en una nube de llamas y humo. El Emperador levantó los brazos. Con una mano formó una garra y empezó a despedir unos rayos abruptos de Fuerza, que durante unos momentos lo conectaron con la nave. Vader se imaginó el interior del carguero, iluminado por los rayos de su maestro, los pilotos gritando y retorciéndose de dolor mientras el poder del lado oscuro les rasgaba la piel. El Emperador apretó la otra mano, controlando la nave con la Fuerza. Vader también levantó una mano y dirigió el poder de la Fuerza hacia la otra nave.

Vader se entregó a la Fuerza con su furia hirviente y omnipresente, y la utilizó para controlar el carguero y enviar la nave entera hacia el suelo, gruñendo a causa del esfuerzo. A través del respirador se oía su respiración acelerada por el sobreesfuerzo.

Los motores de la nave estaban tan dañados que no pudieron compensar el movimiento descendente impuesto por el poder de Vader. El carguero cayó en picado y se estrelló contra el suelo. Vader imaginaba los gritos de los pilotos al precipitarse contra la jungla. La nave desapareció detrás de los árboles y explotó, haciendo temblar el suelo y despidiendo una bola de fuego que se elevó por encima de las copas de los árboles. Una nube de humo negro subió hacia el cielo oscuro. Vader escuchó una segunda explosión a sus espaldas. Su maestro había hecho que la segunda nave se precipitara contra el suelo de la misma forma. Después de las dos explosiones, la jungla se quedó un momento en silencio. Un silencio roto únicamente por la respiración de Vader. Entonces volvieron a escucharse los trinos, chirridos y aullidos de la fauna de Ryloth. Vader, su maestro y los dos guardias reales estaban intactos, rodeados de los cráteres humeantes que los disparos habían sembrado por el claro de la jungla. Los guardias reales miraron a Vader y a su maestro. Vader visualizó las miradas de asombro que debían de tener debajo de los cascos. Sabían que el Emperador era poderoso, pero Vader dudaba que hubieran visto jamás una demostración tan clara y directa de poder.

—Usted —dijo Vader, dirigiéndose al que tenía más cerca.

—Sargento Deez, Señor —respondió el guardia, haciendo una reverencia con la cabeza.

—Compruebe los restos de esas naves, Sargento Deez. Si hay supervivientes, tráigamelos.

—Sí, Lord Vader —respondió Deez. Se colgó el rifle bláster y se adentró corriendo en la jungla.

Vader le dijo al capitán:

—Vuelva al dispositivo de comunicaciones. Póngase en contacto con nuestro ejército.

Su maestro le puso la mano en el hombro. El poder que tenía en sus manos era palpable.

—Parece que los traidores nos han encontrado —dijo el Emperador—. Por lo que se ve, sus sospechas se confirman, Lord Vader. Nos están dando caza.

—Insisto en que creo que tendríamos que salir de aquí ya —respondió Vader.

—Estoy de acuerdo, amigo mío.

El capitán, que estaba intentando activar las comunicaciones, se dirigió a ellos:

—Excelencias, no puedo conseguir una señal. No tiene sentido. Para que no funcionen estas comunicaciones, tiene que haber caído la red de todo el planeta.

Vader se acercó al dispositivo de comunicaciones. Al oír las descargas intermitentes de estática, entendió inmediatamente lo que significaba.

—Están bloqueadas —dijo. Entonces se volvió hacia su maestro—. Vendrán más.

Su maestro sonrió.

—Entonces parece que la cacería acaba de empezar.

No tardó en volver el Sargento Deez, que les comunicó que no había habido ningún superviviente. Eso es lo que había supuesto Vader, aunque deseaba fervientemente capturar uno de esos revolucionarios con vida. Y pronto.

—

El pitido monótono y repetitivo de una alarma estaba taladrando la sien de Mors. Abrió los ojos y parpadeó bajo la luz antiséptica del compartimento de pasajeros de la lanzadera. El humo y el punzante hedor ionizado de los cortocircuitos invadían el aire del habitáculo. Estaba de espaldas al suelo de metal, mirando fijamente una luz empotrada que se iba enfocando y desenfocando. Sus pensamientos confusos empezaron a aclararse, a ordenarse, de modo que empezó a entender lo que estaba pasando.

Habían disparado contra la nave. La habían *derribado*. Habían perdido el soporte vital, el compartimento se había llenado de humo y…

¿Qué era esa maldita alarma? ¿Por qué no había muerto? ¿Dónde estaba Breehld?

—¿Breehld? —dijo Mors. Al pronunciar esa palabra, sintió una palpitación en la cabeza. Lo reconoció como un efecto secundario de la falta parcial de oxígeno. También comprendió rápidamente que si podía pensar con claridad es que había sobrevivido. Se palpó el cuerpo y comprobó que no tenía nada roto. Se apoyó en el suelo con un brazo.

Su cuerpo obeso y entrado en años le dolía, pero logró incorporarse. Parpadeó varias veces para deshacerse de un ligero mareo.

A través de una de las ventanas pudo ver la luz del crepúsculo. Se puso en pie, haciendo una mueca de dolor por el esfuerzo que le suponía. Se acercó a la ventana y observó la superficie rocosa de color beige de Ryloth. Del suelo agrietado salían montículos rocosos grandes y pequeños, y el viento omnipresente levantaba nubes de tierra seca.

¿En qué parte del planeta estaba? No conocía el terreno con profundidad como para especular.

Activó el comunicador.

—¿Breehld?

No obtuvo respuesta.

¿Quién los había derribado? Breehld le había dicho que era una nave escolta imperial. Pero… ¿por qué había disparado contra la lanzadera de Mors? Empezó a cambiar la frecuencia del comunicador para llamar a Belkor, pero vaciló.

Belkor la había enviado a dar la vuelta al planeta para ir a rescatar a alguien.

No a alguien. A personalidades importantes. A Darth Vader y al Emperador.

Soltó un insulto, una oleada de ansiedad la despertó completamente.

¿Qué había ocurrido con ellos? ¿Habían sobrevivido a la destrucción del *Peligro*?

No tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo. De alguna forma se habría activado el piloto automático durante el descenso de la lanzadera, pero no sabía ni siquiera cuánto tiempo había estado inconsciente.

Otra vez, iba a activar el comunicador para llamar a Belkor… un hábito. Siempre que tenía un problema, llamaba a Belkor. De nuevo, vaciló.

¿Qué era lo que producía ese maldito pitido?

Miró a su alrededor y por fin descubrió de dónde provenía: de un ordenador atascado en el reinicio. Al apagarlo, el pitido se detuvo. Se quedó ahí un rato, observando su propio reflejo en la pantalla oscura del ordenador; tenía sangre de una herida en la frente y el ojo izquierdo estaba hinchado. Tenía la sensación de haberse dislocado un hombro, pero puso a prueba el movimiento y comprobó que seguramente sólo se lo había golpeado durante el descenso. Probablemente se había caído y se había golpeado el hombro contra algo. Volvió a intentar reconstruir los hechos.

Tan pronto como su nave había llegado al campo de escombros del *Peligro*, les habían atacado. De todas las naves que había ahí arriba, atacaron precisamente a la suya. Y fue ni más ni menos una nave escolta imperial. Estaba claro que unos traidores habían secuestrado la nave escolta, pero…

¿Era posible que Belkor estuviera implicado?

Le parecía poco probable, pero… ¿era posible?

Durante años, el movimiento Ryloth Libre había conseguido estar siempre un paso por delante de Belkor. ¿O no?

En cuanto Darth Vader y el Emperador aparecieron en el sistema de Ryloth, una visita que no era de dominio público, fueron atacados por fuerzas vinculadas al movimiento. Teniendo en cuenta la sofisticación y la escala del ataque, esas fuerzas estaban colocadas cuidadosamente.

Y entonces la propia Mors fue enviada a una operación de rescate, quizá para no arrebatarle el mando a Belkor en el planeta, y fue atacada inmediatamente.

Empezó a pensar en los últimos meses, incluso años, recordando los éxitos del movimiento Ryloth Libre. Belkor siempre tenía una explicación plausible. Ahora Mors se preguntaba qué clase de explicación podría justificar el ataque a un destructor estelar imperial. Su convicción cada vez era más sólida.

Sólo había una explicación posible.

El movimiento tenía que contar con ayuda imperial. De cargos imperiales *significativos*.

Belkor. Todo giraba alrededor de Belkor.

Mors soltó un insulto que resonó en el compartimento de pasajeros, y corrió a la carlinga. Abrió la puerta y encontró a Breehld desplomado en su asiento. La cabeza le colgaba en un ángulo extraño, tenía la lengua fuera y el cuello estaba claramente roto. Probablemente había muerto cuando les atacaron.

Ese piloto llevaba años a su servicio.

—Lo siento, Breehld —dijo Mors.

Accedió al ordenador principal y comprobó los registros y el estado de la nave. Efectivamente, el piloto automático se había activado en algún momento cuando la nave había recuperado la potencia. Cuando esto ocurrió, Breehld ya estaba inconsciente o muerto, claro. La nave había aterrizado cerca del ecuador de Ryloth. La lanzadera había sufrido algunos daños durante el ataque, pero estaba en su mayor parte intacta y podía volar sin problemas.

Hacía tiempo que Mors no pilotaba una nave, pero pensó que podría manejar una lanzadera. Desabrochó a Breehld, lo cogió por debajo de las axilas y lo arrastró al compartimento de pasajeros. Incluso un esfuerzo tan pequeño la hizo sudar y resoplar de cansancio. Pensó en lo mucho que se había echado a perder. Lo había echado todo a perder. Y había pagado por ello.

Maldiciendo su propia indolencia, tumbó a Breehld en el suelo con una gran dignidad y regresó a la carlinga. Se sentó en el asiento del piloto, encendió los motores y justo en ese momento se dio cuenta de que no sabía adónde ir. Sin duda no podía volver al centro de operaciones, al menos no inmediatamente, teniendo en cuenta sus sospechas sobre Belkor.

Buscó en la computadora de navegación si había bases imperiales cerca. Debería saber cuáles había cerca sin tener que buscarlo en el ordenador pero, se había desocupado tanto de sus obligaciones en los últimos años, que sólo conocía muy por encima los recursos imperiales del planeta.

La base más cercana era la Base de Comunicaciones del Ecuador. El comandante era Steen Borkas.

—Muy bien —murmuró Mors. Sabía que podía confiar en Steen. Habían servido juntos como tenientes. Era un oficial radicalmente fiel al Imperio. Si Belkor estaba tramando algo, Steen nunca formaría parte de ello. Activó el comunicador de la nave y llamó al núcleo.

No había señal, sólo el rumor constante de la estática. Pensando que el sistema de comunicaciones no funcionaba correctamente, Mors realizó una comprobación del sistema. No parecía haber ningún problema. Frunció el ceño. Sólo se le ocurrían dos explicaciones para que no hubiera señal en un sistema de comunicaciones operativo. Ninguna de las dos era buena. Se le hizo un nudo en el estómago. Durante un momento tuvo una idea, estúpida y fugaz. ¿Y si Belkor había preparado un golpe de estado y se había apoderado de todo el planeta después de matar a Vader y al Emperador?

Pero era absurdo.

¿O no?

Se dijo a sí misma que era absurdo. Lo que tenía claro era que necesitaba descubrir qué estaba pasando exactamente. Al despegar, vio toda la superficie del planeta a sus pies. Conforme ganaba altura, tuvo una extraña sensación de incorporeidad. Era porque hacía años que no experimentaba el vuelo desde dentro de la carlinga. Sin embargo, no tardó en orientarse. La computadora de navegación marcaba la dirección, y Mors logró volar razonablemente bien.

A unos cincuenta kilómetros de la base de comunicaciones, vio varias columnas de humo negro que salían del suelo y se perdían en el cielo del anochecer. Por un momento se planteó la posibilidad de que la base estuviera destruida, pero al acercarse observó que las antenas de comunicaciones eran las que se habían llevado la peor parte. La ausencia de señal en el comunicador tenía sentido.

—¿Pero qué…?

De repente, empezó a sonar una alarma en el ordenador, indicando que los cañones de la base habían fijado su objetivo en la nave. Se activó el comunicador y escuchó una voz, aunque con el sonido hueco y deficiente de la comunicación de corto alcance.

—Identifíquese, lanzadera. Y no se acerque más.

Mors empezó a toquetear los controles, intentando apagar los motores mientras activaba el comunicador.

—No… Yo… Aquí la Moff Delian Mors.

Hubo una pausa, entonces habló una voz que le resultaba conocida…

—Necesitaré confirmación visual. En caso contrario, procederemos a derribarle —amenazó Steen Borkas.

—¿Me lo puede repetir? —respondió Mors.

—Confirmación visual, señora. Ahora mismo. O me veré obligado a disparar.

—¿Qué?

—Ahora, por favor —dijo Borkas con firmeza.

Mors recorrió todo el panel de comunicaciones buscando el botón que servía para abrir una conexión visual. No estaba familiarizada con los controles y necesitó un tiempo para buscar, mientras la alarma de objetivo fijado aullaba sin parar.

—Espere —pidió Mors—. Espere. Ahí, ya lo tengo.

Se activó una pantalla integrada en la ventana principal. Vio la cara de Steen Borkas, delgada y llena de marcas. A sus espaldas, oficiales subalternos y técnicos se movían incesantemente de un puesto a otro.

Los ojos de Borkas, un poco demasiado juntos, se abrieron completamente al ver a Mors.

—¡Perdóneme, Moff! —Hizo un saludo repentino y se puso colorado—. Tenemos… motivos para desconfiar. ¿Dónde está su piloto, señora?

—Solo estoy yo —respondió Mors—. Más detalles en cuanto aterrice. Asígneme una plataforma de aterrizaje.

—Sí, señora.

Mors aterrizó, se desabrochó y bajó por la rampa a toda prisa. Fuera la esperaba Borkas, acompañado de dos tenientes y un pelotón de soldados de asalto. Borkas seguía siendo el hombre escuálido, calvo y bien afeitado de siempre. Todo el mundo recibió a Mors con un saludo mientras desembarcaba. Mors devolvió el saludo tan cuidadosamente como le permitía su hombro herido.

—Necesito un médico para la Moff —le ordenó Borkas a un teniente.

—Más tarde —intervino Mors—. Antes de eso, tenemos que hablar.

Las plataformas de aterrizaje estaban diez metros por encima del resto de la base, de modo que podía ver claramente la devastación. Había varios incendios simultáneos. El aire olía a humo y plástico quemado. Pequeñas naves de mantenimiento y droides de contención de incendios recorrían toda la base, mientras equipos de técnicos y droides de mantenimiento corrían o rodaban de un lado a otro. Se gritaban órdenes por todas partes. Los platos satelitales, que normalmente eran las construcciones más grandes de la base, se habían derrumbado y habían quedado reducidos a montañas humeantes de metal retorcido y piezas de antenas esféricas.

—Estamos intentando restablecer la red de comunicaciones —le explicó Borkas—. La tercera antena es la menos dañada. Estamos trabajando intensivamente para que al menos esté operativa parcialmente.

—Muy bien —respondió Mors, sin apartar la mirada de la destrucción. Unos cuarenta técnicos y una docena de droides de mantenimiento trabajaban en lo que debían de ser los restos de la tercera antena. Varias naves de mantenimiento volaban por encima del equipo, lanzando cables que los trabajadores empezaban a sujetar a la esfera exterior de soporte de la antena—. ¿Cuándo ha sido?

—Hace unas doce horas, señora. Más o menos. Nos informaron de la llegada de una nave escolta que traía altos cargos imperiales.

Mors se tensó y se dio la vuelta hacia su viejo amigo.

—¿Quién les informó?

Borkas frunció el ceño.

—El centro de operaciones. O eso pensábamos. Aunque no puede ser. Supongo que los insurgentes piratearon el sistema de comunicaciones. Las credenciales parecían buenas, pero… evidentemente no lo eran. En cuanto bajamos los escudos, la nave empezó a disparar. Hicieron todo lo que ha visto en menos de un minuto.

—Menos de un minuto —repitió Mors como una necia, pensando en Belkor, en la traición.

Borkas se le aproximó.

—Lo siento, señora. Cuando termine todo esto, evidentemente presentaré mi renuncia.

Mors negó con la cabeza.

—De ninguna manera.

—Señora…

—No lo voy a permitir, Steen, esto no es culpa suya —afirmó Mors. Sabía muy bien de quién era la culpa, aunque no lo dijo: era culpa suya y de Belkor—. Voy a necesitar todo el personal de confianza que pueda encontrar para recuperar el control de la situación.

Borkas inclinó la cabeza en señal de agradecimiento.

—¿Cuál es la situación, señora? Hay un vacío informativo.

—¿Hay algún lugar en el que podamos hablar en privado? —preguntó Mors.

—Por supuesto. Sígame.

—Pero antes, hay un cadáver a bordo de mi lanzadera —dijo Mors—. Un buen hombre. Ocúpese de él.

Steen ordenó a un par de tenientes que se encargaran de Breehld, y los dos oficiales acataron la orden inmediatamente.

—Estoy contenta de volverle a ver, Steen. —Le dijo Mors a Steen mientras caminaban.

—Lo mismo digo, señora —respondió Borkas—. Ojalá fuera en circunstancias mejores.

Unos años antes, Mors había decidido delegar su autoridad sobre las operaciones imperiales en Belkor y no en Steen. Belkor le pareció más manejable, menos desafiante ante su autoridad. Se había arrepentido varias veces de su decisión, pero hoy más que nunca.

Tomaron un transporte hacia el edificio principal, una construcción hexagonal de tres plantas, con paredes de cristal, situada en el centro de la base. Durante el vuelo, Mors estuvo practicando lo que iba a decir. Cuando aterrizaron, Borkas la condujo a través de una serie de ascensores y pasillos corredores repletos de actividad, hasta llegar a una sala de conferencias privada. Mors perdió la cuenta del número de saludos que recibió. El personal de Steen era muy disciplinado.

—Tráiganos café y algo de comer —ordenó Borkas a alguien en el corredor.

—Y también un calmante para el dolor —añadió Mors, haciendo una mueca a causa del dolor que tenía en el hombro y en la cabeza.

Mors se hundió en uno de los asientos acolchados que rodeaban la gran mesa de conferencias. De repente, se sentía exhausta. Exhaló, dando unos golpecitos con los dedos en la mesa.

—Entonces —dijo Borkas, sentándose y mirando hacia ella—. Hay un traidor entre nuestras filas.

Mors le clavó la mirada, con las cejas levantadas, sonrojada.

—¿Qué? ¿Cómo ha…?

Llamaron a la puerta para anunciar la llegada de los medicamentos, el café y la comida. Borkas sirvió un café para cada uno, pero Mors tenía el estómago inestable y no creía poder ingerir otra cosa aparte de los medicamentos, que se tragó de golpe.

Cuando el oficial subalterno se retiró, Borkas continuó.

—¿Que cómo lo sé? No es difícil deducirlo, señora. Le tienden una emboscada al *Peligro*, una nave imperial ataca la base de comunicaciones tras una orden cuestionable llegada desde el centro de operaciones… *Ha sido* desde el centro de operaciones, ¿no? ¿No significa que han pirateado la señal?

—No. No han pirateado la señal —le confirmó Mors.

—Ha sido necesaria muchísima coordinación —concluyó Borkas—. Las autoridades imperiales han hecho la vista gorda, si no es que han colaborado directamente. ¿Ha sido un golpe de estado?

Mors negó con la cabeza, sin apartar la mirada del fondo de la taza.

—No lo podría asegurar —respondió ella, sin atreverse a mirarle a los ojos—. He estado… ausente, Steen.

—Sí —respondió Borkas—. Las cosas cambiaron cuando perdió a Murra. ¿Cuánto hace, cuatro años?

Mors asintió con la cabeza. Hacía mucho tiempo que no oía el nombre de su mujer en boca de nadie. Había muerto en un accidente de transporte en Coruscant. Un fallo mecánico hizo que el transporte colisionara contra un edificio; murió Murra y diez civiles más. Durante meses, Mors no hizo más que pensar cómo se debería de haber sentido Murra cuando el transporte se precipitaba contra el edificio. ¿Terror? ¿Resignación? La pérdida la deterioró, la destrozó.

—Las cosas no cambiaron —aclaró ella—. Cambié yo.

Después de la muerte de Murra, se quedó sin propósitos en la vida. De alguna manera, se acomodó en esa falta de objetivos. Se volvió hedonista y perezosa. Peor todavía, perdió la habilidad o las ganas de distinguir a un buen comandante de un adulador. Por eso había promocionado a Belkor y a gente como él, ignorando a oficiales como Steen Borkas. Y ahora había perdido un destructor estelar, al Emperador, a Lord Vader y un planeta entero.

—Me olvidé de usted, Steen. Lo siento.

Los labios finos de Steen formaron una sonrisa aún más fina.

—Nunca me he sentido olvidado.

Mors sabía que era mentira, pero aceptó sus palabras porque entendió la intención que había detrás.

—¿Puedo confiar en usted ahora, Steen? ¿A pesar de todo?

—Como siempre, señora.

Mors asintió y empezó a hablar con franqueza.

—Belkor Dray es el traidor. Estoy casi segura.

Borkas la escuchaba con los músculos tensos, bebiéndose el café. El desdén en su mirada era más elocuente y mordaz que cualquier insulto que le pudiera dirigir a Belkor.

—Además… —siguió diciendo Mors. Vaciló durante un momento, con la boca seca, antes de poder pronunciar las palabras siguientes—. Darth Vader y el Emperador estaban a bordo del *Peligro*.

Borkas la miró fijamente, totalmente perplejo. Le empezó a temblar la mano, haciendo saltar café de la taza, así que la dejó sobre la mesa.

—¿Estaban… a bordo cuando explotó?

Mors negó con la cabeza.

—No lo sé. Mi lanzadera se desvió para ayudar en el rescate de unos altos mandos. Quizá se referían a ellos. Pero esta desviación en principio la propuso Belkor. Podría tratarse de una simple estratagema para que me mataran los rebeldes durante la operación de rescate. Nos atacaron en cuanto nos tuvieron al alcance.

—Tenían el identificador de su nave —dijo Borkas.

—Sí —afirmó Mors—. Esto significa que si Vader y el Emperador salieron del *Peligro*, seguramente también tenían su identificador.

Borkas le clavó la mirada.

—Espere… Eso es.

—¿El qué?

—El mensaje interceptado.

—No le sigo —dijo Mors.

Borkas empezó a hablar muy rápido:

—Durante el ataque a esta base, interceptamos una comunicación con la lanzadera por un canal abierto. Hemos tardado bastante en desencriptarlo y sólo hemos logrado comprender una parte. Pero mencionaba a Vader. Al recibirlo, he supuesto que hablaban en código o que no tenía sentido…

Mors estaba medio levantada de la silla.

—¿Le mencionaba? ¿Qué decía?

Borkas se levantó y empezó a caminar de un lado a otro de la sala, mirando al suelo.

—Coordenadas, señora. Si Vader y el Emperador han escapado en una nave y han llegado al planeta, los revolucionarios saben dónde han aterrizado… o se han estrellado.

Mors también se puso en pie.

—¡Pero entonces nosotros también! ¿Qué tiene aquí, Borkas? ¿En términos de personal militar? ¿Qué vehículos? He visto los soldados de asalto. ¿Qué más tiene? Necesito llegar a esas coordenadas.

Borkas asentía con la cabeza, preparándose para la propuesta implícita de Mors.

—Tenemos transportes y vehículos de mantenimiento, nada armado. En cuanto a personal, tengo principalmente técnicos y un puñado de oficiales novatos. En total tengo unos veinte soldados de asalto y quizá unas diez personas más lo suficientemente familiarizadas con un bláster para ser de utilidad. Once, contándome a mí.

—Eso tendrá que servir —dijo Mors, poniendo las manos sobre la mesa—. Pero usted no viene, Steen.

—Señora…

—Mayor, usted se va a encargar de restablecer la red de comunicaciones. Cuando lo haga, se va a dirigir a los oficiales en los que podamos confiar. Sólo los oficiales que sabemos que son incapaces de cometer traición. Y les pedirá que reúnan a todos los soldados de asalto de Ryloth y que me los traigan todos a mí. No podemos fiarnos de nadie más. Sea lo que sea que esté ocurriendo aquí, ya sea un golpe de estado o un intento de asesinato, empieza por matarme a mí, al Emperador y a Vader. Voy a asegurarme de que no ocurra nada de esto. Y entonces voy a acabar con Belkor y con el movimiento Ryloth Libre. Deben de pensar que hoy es su gran día. Yo voy a hacer que este sea su último día.

Steen negó con la cabeza, con la cara enrojecida.

—Señora, puedo dejar aquí a alguien de confianza. Prefiero acompañarle. No tengo que informarle de nada. Mi sustituto va a supervisar las reparaciones tan bien como yo.

Mors miró fijamente a Steen y vio el deseo de hacer algo, lo que fuera, y lo comprendió muy bien.

—De acuerdo, Steen. Vendrá conmigo. Repartiremos los soldados entre uno de sus transportes y mi lanzadera. Que todo el mundo coja las armas sin perder un minuto y se prepare para salir.

—Sí, señora —respondió Borkas, haciendo un saludo.



CAPÍTULO TRECE

Isval se planteó saltarse el encuentro previsto con Cham y dirigirse directamente a las coordenadas que había recibido de Nordon, pero entonces Cham ya no podría encontrarla, porque él todavía no tenía esas coordenadas. Faylin detectó su tensión.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Estoy bien —respondió Isval, removiéndose en el asiento—. Sólo estoy nerviosa por ir tras Vader.

—En breve llegaremos al punto de encuentro —le informó Faylin, comprobando las coordenadas.

Delante de ellas, el paisaje estaba dominado por la frondosa jungla ecuatorial de Ryloth. Buena parte del planeta era seco y apenas tenía vegetación, pero los vientos y otros fenómenos meteorológicos que Isval no comprendía arrastraban algo de humedad hasta la región ecuatorial, que constituía el cinturón verde de Ryloth. Raramente lo veía de cerca, y ahora le resultaba imposible apartar la mirada del manto verde de las copas de los árboles. Las últimas luces del atardecer lo teñían todo con un color rojizo.

—Mantén activo el escaneado —le pidió a Faylin—. Cham nunca llega tarde.

Justo a la hora prevista, el escáner detectó una nave. Isval examinó los detalles y comprobó que se trataba del transporte de Cham. Tendría que acercarse más para que Isval pudiera comunicarse con él. El bloqueo de comunicaciones de Kallon estaba funcionando a la perfección. Se dio cuenta de que estaba completamente inclinada hacia delante, intentando ver por la ventana la nave de Cham.

A lo lejos, percibió movimiento: la nave. Al tener ya contacto visual, sus transmisores no se verían afectados por el bloqueo de Kallon.

—Cham, ¿me recibes?

—Isval —respondió él, con alivio en la voz—. Aterrizad en ese claro de ahí. ¿Lo veis?

—No tenemos tiempo que perder, Cham. Nordon se puso en contacto conmigo cuando estábamos atacando la base de comunicaciones. Había avistado una lanzadera imperial caída. Tengo las coordenadas.

Se las envió a la nave de Cham.

—Perfecto —respondió Cham—. Pero igualmente quiero que aterricéis. En mi nave van treinta personas. Goll y su pelotón. Quiero que la mitad vaya en tu nave.

El pelotón de Goll era uno de los equipos de asalto que el movimiento utilizaba cuando era necesario llevar a cabo un ataque potente. El equipo de Pok era parecido… hasta que Pok se topó con Vader.

—Bien pensado —le dijo Isval. Era mejor no llevar todas las tropas en una sola nave. Se giró hacia Faylin—. ¿Quieres aterrizar tú?

Faylin sonrió y negó con la cabeza.

—Creo que ya he pilotado bastante por hoy.

Isval descendió hasta un claro ancho de la jungla. El transporte convertido de Cham aterrizó al lado. Isval abrió la puerta del compartimento de pasajeros y bajó. Se abrió la compuerta de pasajeros de la nave de Cham y Goll y la mitad de su equipo corrieron hacia la nave de Isval. Iban todos cargados con blásteres y granadas. Los hombres y mujeres del equipo iban saludando a Isval con la cabeza a medida que pasaban por delante de ella. Goll fue el único que se detuvo a su lado.

Era más alto que ningún otro twi'lek que hubiera conocido. El color verde oscuro de su piel recubría unos músculos protuberantes.

—Estoy contento de verte, Isval. Hoy lo has hecho muy bien.

—Lo mismo digo, Goll. Y el día todavía no ha terminado. Sube a toda tu gente. Nos vamos en cinco minutos.

—Entendido —respondió él, y se adentró en la nave—. Todo el mundo a sentarse y a abrocharse el cinturón, damas y caballeros —le ordenó a su equipo—. En breve despegaremos.

—Goll —le dijo Isval al twi'lek corpulento, que giró la cabeza hacia ella—. Crost, Drim y Eshgo están a bordo. Hay… hay que bajarlos.

A Goll le cambió la cara, pero asintió con la cabeza. Le echó una ojeada al claro.

—Esta tierra es buena. Nos ocuparemos de ello, Isval.

Mientras Goll seleccionaba a algunos de sus hombres para la tarea de enterrar a sus compañeros, Cham bajó de su nave. Todavía llevaba puestos los auriculares del comunicador. Al verle, Isval se detuvo. Cham también se detuvo un momento al verla a ella, y entonces se le acercó rápidamente. Isval tuvo la impresión de que Cham iba a abrazarla, y esto le produjo una especie de oleada de calor. Isval, algo desconcertada, no sabía cómo debía sentirse al respecto.

Pero Cham se limitó a cogerla de los hombros y mirarle a los ojos. Ninguno de los dos decía nada todavía, aunque su silencio ya decía mucho. Como siempre, los dos se acercaban a la línea pero ninguno de los dos la cruzaba. Si su relación se convirtiera en algo más de lo que era, no podrían cumplir sus obligaciones en el movimiento.

Otra baja de este conflicto. Así lo veía Isval.

—Me alegro de verte —dijo Cham, y se le oscureció la piel.

A Isval también se le oscureció la piel.

—Yo también, Cham.

—He llegado a pensar que no nos volveríamos a ver. Y esta idea no me ha gustado nada.

—Es difícil librarse de mí —respondió Isval, nerviosa.

Cham sonrió, pero la franqueza de su expresión desapareció en seguida, y contuvo sus emociones. Ella hizo lo mismo, y todo quedó por decir.

—¿Un destructor estelar y una base imperial en solo unas horas? —comentó Cham—. Has batido un récord. Has hecho un trabajo excelente.

Sus alabanzas siempre le gustaban.

—Pero todavía no hemos terminado. Ahora vamos a por Vader y el Emperador.

—Sí, ahora vamos a por ellos —convino Cham—. Los motores están en marcha. Vámonos —miró a Goll y sus hombres, cavando tumbas a toda velocidad, y se le pudo ver el dolor en los ojos—. Descansad en paz, amigos míos.

Una vez enterrados los caídos, todos subieron a sus respectivas naves y despegaron. Volaban bajo, justo por encima de los árboles. El transporte de Cham iba el primero, y la nave escolta de Isval iba justo detrás, ligeramente a estribor. Volaban a oscuras, sin luces.

—Activa todos los escáneres que tenga esta nave —le dijo Isval a Faylin—. Y presta mucha atención.

—Está demasiado oscuro para ver nada.

—Presta mucha atención igualmente —le replicó Isval.

—El follaje es espeso —dijo Cham por el comunicador—. Está interfiriendo con los escaneos.

—Hay mucha vida aquí abajo —informó Faylin, consultando el escáner de infrarrojos.

A medida que se iban acercando a las coordenadas de destino, cada vez encontraban más claros en la densa vegetación.

—He encontrado algo. Grande, de metal —informó Faylin, mirando a Isval—. Una nave estrellada.

—¿Lo ves, Cham? —preguntó Isval.

—Lo veo. No son las coordenadas que nos han dado, pero no están demasiado lejos. Y no hay rastro de Nordon.

—No —confirmó Isval. Ambos sabían lo que quería decir Cham. Nordon se había topado con Vader.

—Deberíamos bajar a hacer una comprobación —sugirió Cham.

—Me parece bien —respondió Isval—. La jungla es demasiado espesa para ver algo desde el aire. Tendremos que bajar y seguir a pie. Buscaré un lugar para aterrizar.

Faylin localizó un claro en el escáner. Isval aterrizó ahí. Dejó los motores en marcha. Entonces llamó a Cham, que aterrizó su transporte cerca de la nave escolta.

—Deberíamos enviar las naves a las coordenadas de Nordon —observó Isval—. Por si acaso.

—Estaba pensando lo mismo —contestó Cham—. Las naves pueden ir separadas, escalonadas. Así podemos mantener un margen de comunicación entre todos.

—De acuerdo —respondió Isval.

Faylin se quedaría a medio camino y daría vueltas sin moverse de ahí. Kallon iría con el transporte de Cham hasta las coordenadas que les había dado Nordon. Él se quedaría lo suficientemente cerca como para comunicarse con Faylin, y ella estaría cerca de Cham e Isval.

—Si encuentras alguna señal de Nordon, nos informas inmediatamente —le ordenó Isval a Faylin—. Y no te preocupes, no tendrás que hacer maniobras. Hemos introducido tu posición en el piloto automático. Todo irá bien.

—Todo bien —respondió Faylin, aunque de manera poco convincente.

Isval desembarcó con Goll y los miembros de su equipo que habían subido con él, se unió a Cham en medio del claro y salieron en dirección a los restos, que estaban a kilómetros por la jungla. Se había levantado viento, que aullaba sin parar entre los árboles. El aire húmedo olía a limo y coníferas. Por encima del susurro del viento se escuchaban aullidos, crujidos y gruñidos en la noche.

Cham e Isval iban en cabeza. Goll desplegó su equipo en formación de exploración a izquierda, derecha y por atrás. Las naves despegaron y se perdieron en la noche.

—He oído todo tipo de historias sobre la jungla ecuatorial —le dijo Cham a Isval.

—Yo también.

—Hordas de lyleks, grandes primates carnívoros, plantas asesinas… lo que quieras. Pero Vader es lo peor que vamos a encontrar por aquí.

Isval asintió con la cabeza.

No tardaron en oír la voz de Faylin por el comunicador:

—Estoy en posición.

—Yo sigo hacia las coordenadas de Nordon —dijo Kallon—. Dentro de un momento, estaré fuera de vuestro alcance. Sólo podré hablar con Faylin.

—Haznos saber lo que ves —ordenó Cham.

Cham, Isval y Goll y su equipo atravesaban la jungla, entre troncos altísimos y raíces que parecían jaulas de madera. En las copas de los árboles había mucho movimiento, y les caían constantemente ramas, hojas y otros restos vegetales.

Isval se sentía expuesta, observada. Los ruidos de la jungla se detuvieron cuando se acercaron a los restos de la nave. Goll ordenó a sus hombres que se acercaran. El grupo se quedó en silencio al acercarse a los restos.

—Tú y dos más con Isval y conmigo —le ordenó Cham a Goll, que seleccionó a dos de sus hombres, y entonces ordenó al resto que se quedaran atrás como soporte.

Cham e Isval avanzaron los últimos doscientos metros que les separaban de los restos totalmente en silencio, con las armas desenfundadas. Les llegaba el olor de plástico quemado y podían ver una docena de árboles partidos por la mitad, seguramente por la caída de una nave sobre la jungla.

Cham e Isval se detuvieron ante la primera línea de árboles.

Los restos de una nave ocupaban un claro y los árboles cercanos, mezclados con mucha tierra removida y árboles desplazados por el impacto. Todavía salía humo de los restos, y el fuselaje central estaba prácticamente intacto.

Isval soltó un insulto. No era una nave imperial. Era lo que ella y Cham habían temido: uno de los cargueros modificados del movimiento. Teniendo en cuenta la dispersión de los restos de la nave, parecía poco probable que hubiera supervivientes. Buscando por el interior, Isval encontró los restos de un número escrito en el fuselaje. Con eso bastaba.

—Es la nave de Nordon —dijo Isval—. ¿Cham?

Cham observaba los restos, visiblemente afectado. Isval lo cogió del brazo.

—Cham, ¿qué te pasa?

Se volvió hacia ella, retorciendo sus lekku, pero conteniendo toda expresión.

—Nada. Estoy bien. Esta es la nave de Nordon.

—¿Cómo se habrá estrellado? —preguntó ella, pero ya conocía la respuesta.

—Vader —respondió Cham.

Isval asintió. De alguna manera, Vader lo había hecho. Había capturado él solo la nave de Pok y había matado a toda la tripulación, luego había corrido hacia ella evitando todos sus disparos, más tarde la había ahogado hasta dejarla inconsciente en la carlinga de su nave y ahora había derribado un carguero armado.

—¿Podemos hacerlo? —preguntó Isval suavemente, pronunciando las palabras prácticamente sin pensar.

Si Cham la había oído, no dio señales de ello.

—Nos encargaremos de sus cuerpos —dijo Cham—. Goll.

—De acuerdo —respondió el twi’lek enorme, y les hizo un gesto a sus dos hombres para que buscaran entre los restos.

Se escuchó la voz de Faylin por el comunicador.

—Kallon ya ha llegado a las coordenadas. Una primera exploración indica que hay una nave caída, dañada pero entera. Es una lanzadera imperial.

—Que no baje a investigar —ordenó Cham—. Volved aquí, los dos.

—Entendido —respondió Faylin.

Los hombres de Goll no habían dado ni diez pasos hacia los árboles cuando encontraron una forma saliendo a rastras de detrás del fuselaje humeante, con el brazo de un twi’lek en la boca. La criatura estaba encorvada, pero parecía más alta que un humano o un twi’lek. Sus patas traseras, de aspecto insectoide, se movían rápida y bruscamente.

Sus delgadas patas delanteras acababan en unas garras curvadas, grandes como ganchos para carne. Tenía la espalda cubierta por un caparazón jorobado con pinchos, y su cabeza no era más que una masa deforme con unos ojos demasiado grandes y una boca llena de pinchos.

El grupo se quedó congelado. Isval y Cham soltaron una imprecación casi al mismo tiempo, levantando las armas para apuntar.

—Un gutkurr —susurró Cham. Isval asintió con la cabeza.

—Atrás —le dijo Isval a los hombres de Goll, que empezaron a dar marcha atrás lentamente.

De todos los depredadores de Ryloth, sólo los lyleks eran más peligrosos que los gutkurrs. Isval había visto más de una vez disparos de bláster rebotando de la piel de un gutkurr.

—Lentamente —les dijo Cham a los hombres—. Lentamente y en silencio.

Otro gutkurr salió de debajo de los restos, cogió con la boca el otro extremo del brazo y trató de arrebatarle el botín a su compañero. Los dos empezaron a gruñir y sisear. Una tercera criatura, una cuarta y una quinta salieron de entre los restos. Oyeron todavía más gruñidos y siseos desde dentro, que sugerían la presencia de más gutkurrs, muchos más.

—Nos vamos —dijo Cham suavemente—. Ya, en silencio.

Isval no soportaba la idea de dejar el cuerpo de Nordon a los gutkurrs, pero no podían hacer absolutamente nada. Le deseó que descansara en paz.

Se levantó un viento a sus espaldas que los cubrió de hojas, ramitas y acículas. Isval soltó otra palabrota: sabía lo que significaba el viento.

Todos a una, los gutkurrs volvieron la cabeza en su dirección, alzándose sobre sus patas y abriendo la boca como para saborear el aire.

—Si detectan nuestro olor —dijo Cham—, abriremos fuego de contención y nos retiraremos al claro. Nos retiraremos ordenadamente, no cada uno por su lado.

Los gutkurrs volvieron a encorvarse. Varios emitieron un sonido, una especie de ladrido estridente. Uno de ellos empezó a dar vueltas en círculo, agitado. Salieron cuatro más de dentro de los restos, entre ellos el ejemplar más grande de la manada, una hembra. Golpeó a varios de los gutkurrs más pequeños que tenía cerca, como demostración de poder, y lanzó un gruñido muy fuerte. El resto de la manada la rodeó, aullando excitadamente. Se alzó sobre sus patas traseras hasta alcanzar su altura máxima, con las fauces abiertas.

—Nos ha detectado —susurró Isval.

—Quizá no —dijo Cham, pero a sus palabras les faltaba convicción.

El equipo de Goll llegó hasta los árboles.

La líder de la manada se agachó, encorvada, rugió y salió disparada hacia ellos. La siguió toda la manada, levantando puñados de tierra con las garras al correr.

Cham e Isval dispararon sus blásteres, y el equipo de Goll hizo lo mismo. Los rayos rojos impactaron en los gutkurrs que iban en cabeza y los derribaron. Sus compañeros

saltaban por encima de ellos o los pisaban, pero luego los caídos volvían a ponerse en pie y echaban a correr de nuevo.

—¡Vamos hacia el claro! —ordenó Cham—. ¡Corred, pero no os separéis!

Dieron media vuelta y se pusieron a correr por la jungla, girándose de vez en cuando para disparar contra la manada. Los gutkurrs rugían, corriendo entre la maleza y los árboles, anticipando el festín. Isval, Cham y el resto no tardaron en llegar hasta el equipo de soporte que habían dejado atrás. Goll les gritó.

—¡Gutkurrs! ¡Fuego de contención y retirada ordenada hasta el claro!

A la derecha, la explosión de una granada partió un árbol y varios gutkurr salieron volando por los aires.

Isval llamó a Faylin por el comunicador.

—¡Faylin, te necesitamos en el claro ahora mismo, con las puertas abiertas!

—¿Qué? ¿Qué está ocurriendo ahí abajo? ¿Os atacan?

—Sí —respondió Isval—. ¡Rápido!

—¡Estoy en camino!

Isval saltaba por encima de raíces y se agachaba por debajo de las ramas. Ella, Cham y tres de los hombres de Goll se dieron la vuelta, se colocaron en la base de un gran árbol y abrieron fuego sobre la manada que se les echaba encima. Los disparos rebotaban en la piel de las criaturas, pero al menos el impacto las echaba para atrás.

—¡Se están dispersando! —gritó Goll, disparando hacia la izquierda—. Intentan rodearnos. ¡Granadas!

Se produjeron más explosiones a izquierda y derecha. Los gutkurrs aullaban, furiosos.

—¡Seguid adelante! —gritó Isval, poniéndose en pie y corriendo en dirección al claro—. ¡No os quedéis atrás!

Desde la derecha, un gutkurr saltó por encima de un árbol caído y cayó sobre la espalda de uno de los hombres de Goll, que rodó por el suelo, gritando e intentando agarrar el rifle bláster. Pero fue demasiado lento. Las garras curvas y puntiagudas del gutkurr le atravesaron la ropa y le rasgaron el abdomen, haciendo saltar sangre y vísceras. Isval blasfemó y le disparó a la cabeza una y otra vez, hasta que la criatura se desplomó sobre su víctima, muerta.

—Tenemos que dejarle —dijo Cham, tirando del brazo de Isval.

Isval siguió haciendo marcha atrás, disparando a todo lo que se moviera entre los árboles, y entonces se dio la vuelta y corrió.

—¿Cuándo llegas, Faylin? —gritó Isval por el comunicador.

—¡En treinta segundos!

—¡Hay demasiados! —gritó uno de los hombres de Goll.

Por la derecha, Isval escuchó gritos de dolor. Los disparos resonaban entre las blasfemias, los gruñidos y los siseos.

—¡Seguid disparando y avanzando! —gritó Cham, llenando el aire de líneas de energía con su rifle bláster.

Arriba, Isval escuchó el zumbido de la nave escolta, volando bajo por encima de los árboles.

—¿Nos localizas en el escáner? —le preguntó Isval a Faylin. Entonces detectó un gutkurr en la maleza y le disparó varias veces, aunque no estaba segura de haberle dado.

—¡Sí! ¿Qué son esas cosas? ¡Los hay a docenas!

—Gutkurrs, una manada entera —le explicó Isval, disparando en dirección a los árboles. Le dio a un gutkurr en el costado, y este salió disparado, dando vueltas. La manada se había dispersado, reduciendo la velocidad, y había formado un arco. Isval estaba segura de que unos cuantos estaban dando la vuelta para cortarles la retirada—. ¿Puedes disparar?

—¿Disparar? Pero no puedo…

—¡Puedes hacerlo, Faylin! ¡Lo necesitamos! ¡Nuestros blásteres no les hacen nada!

—Vale, de acuerdo.

—¡No os separéis de aquí! —Cham le gritó al equipo—. Soporte aéreo. ¡Cerrad filas! ¡Cerrad filas!

Cham, Isval, Goll y los supervivientes de su equipo se reunieron sobre un pequeño montículo, detrás de un árbol, respirando aguadamente. Disparaban de forma compulsiva contra todo lo que se moviera, llenando la jungla de rayos láser. Los gutkurrs siseaban, rugían y aullaban en la oscuridad, entre los árboles.

Desde el cielo empezaron a llover disparos de la nave escolta. Los gruesos rayos de plasma sesgaban o derrumbaban los árboles y hacían saltar la tierra. A su alrededor veían pequeñas explosiones de tierra y maleza.

Los gutkurrs aullaban. El aire se llenó con un humo acre.

—¡Alto el fuego, Faylin! —ordenó Cham—. Vamos a movernos… ahora.

El grupo se puso en pie. Salieron corriendo hacia el claro, saltando por encima de raíces y ramas caídas. Los gutkurrs debieron de verlos, ya que empezaron a rugir, aullar y correr entre los árboles. Uno de los hombres de Goll tropezó y cayó delante de Isval. Ella lo levantó por las axilas, disparó a ciegas por encima de la espalda y corrieron juntos.

—Los disparos del cañón de la nave han dispersado la manada, pero todavía os persiguen —dijo Faylin por el comunicador—. Están formando un círculo por los dos lados. ¡Corred!

—¡Baja al claro, Faylin! —le ordenó Isval. Entonces le gritó al resto del grupo—. ¡Corred!

Ya no se preocuparon por disparar más. Corrían tan rápido como podían, seguidos de cerca por los depredadores. Podían oír la nave por encima de sus cabezas, a través de las copas de los árboles, aterrizando no muy lejos de ellos. Isval veía movimiento de vez en cuando por el rabillo del ojo, y tenía la sensación de que los árboles no acabarían nunca.

Pero al final, llegaron al claro. Faylin había aterrizado y las puertas del compartimento de pasajeros estaban abiertas.

—¡Rápido! ¡Rápido! —gritaba Cham, haciendo pasar a todo el equipo. Isval se había detenido junto a él y a Goll. Entre los tres cubrían la retirada, disparando

indiscriminadamente contra la línea de los árboles. Era difícil saber si le daban a alguna de aquellas criaturas.

—¡Vámonos! —dijo Cham, y entonces se dieron la vuelta y corrieron.

En cuanto lo hicieron, vieron varios gutkurrs saliendo de los árboles a su izquierda, cruzando el claro a toda velocidad hacia el resto del grupo, que todavía no había llegado a la nave. Mientras corría, Isval se puso a apuntar con los dos blásteres. Disparó una vez, dos veces, hacia las dos primeras criaturas de la manada. Les acertó a las dos en un lado de la cabeza y se derrumbaron al instante, muertas. Cham y Goll dispararon contra las últimas dos criaturas. La descarga de disparos fue tan fuerte que sus caparazones quedaron ennegrecidos y salieron disparadas a cinco metros de donde estaban.

Desde el interior de la jungla, por su derecha, salieron más gutkurrs. El resto del equipo de Goll se colocó junto a la puerta abierta de la nave y dispararon en equipos contra las criaturas, pero no lograron detenerlas. Una docena de gutkurrs o más cruzaba el claro a toda prisa, hacia la nave. Isval, Goll y Cham corrían, mientras Cham gritaba:

—¡Subid! ¡Subid!

El equipo de Goll dejó de disparar. Subieron por la rampa para adentrarse en el compartimento. Isval, Cham y Goll entraron detrás de ellos. Tan pronto como estuvieron dentro, Isval golpeó con el puño el botón de cierre. La puerta empezó a subir… pero justo entonces dos gutkurrs se agarraron a la puerta, intentando meterse dentro. Cham y Goll se miraron, levantaron sus armas y dispararon al unísono. La avalancha de disparos consiguió que las dos criaturas se soltaran de la rampa y la puerta se cerró completamente. Goll hizo un recuento rápido de supervivientes y evaluó las heridas.

—Hemos perdido a cuatro —le dijo suavemente a Cham—. Los demás están bien.

La expresión de Cham decayó durante un momento, pero sólo Isval lo hubiera podido advertir. Cham asintió con la cabeza y puso la mano en el hombro de Goll. Cuando Goll volvió con su equipo, Cham le dijo a Faylin por el comunicador:

—Llévanos a las coordenadas de Nordon.

—Ahora mismo —respondió Faylin—. ¿Todo bien ahí atrás?

Cham negó con la cabeza, pero dijo:

—Todo lo bien que podemos estar.

Isval se acercó a Cham. Estuvo a punto de tocarlo, pero se contuvo.

—¿Qué pasa? Y no te atrevas a decirme que todo está bien.

Cham no la miró, sólo respondió en un tono monótono.

—Ha sido un día muy largo, eso es todo.

—Mientes —le replicó ella—. Cuéntamelo.

—¿De verdad lo quieres saber?

No estaba segura de ello, pero asintió con la cabeza.

—Lo hemos dado absolutamente todo —explicó Cham—. En un día, he gastado casi todos los recursos que llevaba años acumulando.

La voz de Isval se convirtió en un susurro enfadado.

—Hemos perdido menos de treinta personas. Y hemos derribado un destructor estelar. El recuento no está mal.

Cham se la quedó mirando, con una expresión de dolor en los ojos.

—Treinta son muchos, Isval.

Isval se replanteó la implicación de sus palabras.

—Lo sé. Por supuesto. Lo sé.

—Ya sé que lo sabes. Pero no es sólo eso. Hemos perdido casi todas las naves que teníamos. Y cuando el Imperio analice lo que ha ocurrido hoy, pondrán todos sus recursos en marcha. Tendrán que hacerlo. Localizarán todas nuestras bases y nos darán caza a todos. Después de hoy tendremos que dispersarnos, al menos la mayoría de nosotros. Eso es en el mejor de los casos.

Isval negaba con la cabeza.

—¿Por qué no has dicho nada de todo esto antes? Podríamos haber…

—¿Qué? ¿Podríamos no haber hecho nada? ¿Dejar pasar esta oportunidad?

A Isval se le revolvió el estómago.

—No, pero… Yo no era consciente…

—¿No eras consciente de que después no habría nada más? Lo sé. Yo mismo no estoy seguro de si era consciente. Pero empecé a pensar en ello al derribar el *Peligro*, y cada vez lo tengo más claro. Es una verdad incómoda, pero hay que aceptarla. A partir de hoy, el movimiento como tal ha terminado.

Isval se negaba a creérselo.

—No, espera. Escucha, el Imperio no podrá encontrar nuestras bases, ni localizarnos a nosotros. Llevamos muchos años esquivándolos.

—Los hemos podido esquivar durante un tiempo porque Belkor era nuestra marioneta. Pero habiendo pasado todo esto, Belkor está acabado. Los dos lo sabemos.

Isval no lo negó. Belkor quizá se había convencido a sí mismo de que podría sobrevivir a los sucesos de este día, pero Isval sabía que no. Belkor no podría inventar ninguna historia que le permitiera salvarse de los investigadores de seguridad imperial.

—Podemos reconstruir el movimiento —replicó Isval—. De la misma forma que lo construimos.

Cham sonrió, pero fue una sonrisa forzada.

—Ya no tengo fuerzas, Isval.

A Isval se le removieron las tripas más que antes. Susurró:

—Sin ti no hay movimiento.

Cham negó con la cabeza.

—Es algo más grande que yo. Y si empezamos una rebelión por toda la galaxia, Ryloth tendrá la oportunidad de ser libre. El movimiento es una idea, no una persona.

Ella sabía que no era cierto. Sabía que Ryloth le necesitaba. Sabía que ella le necesitaba.

—Te equivocas —le replicó ella.

—No. Tengo razón. La lucha continuará, Isval, pero después de todo esto, hará falta otro líder —dijo Cham, haciendo una mueca—. Haré todo lo que pueda a partir de hoy, pero no nos quedan herramientas para hacer más de lo que hemos hecho. Encenderemos el fuego matando a Vader y al Emperador. Sólo que tendrá que ser otro el que alimente las llamas para que arda el Imperio.

—Nos estamos acercando —informó Faylin por el comunicador.

—

Vader, el Emperador y los dos guardias reales que habían sobrevivido caminaban incesantemente, aprovechando las últimas horas del día. La oscuridad se acentuaba mientras avanzaban por un terreno desigual, entre raíces enmarañadas y troncos de árboles altos como las columnas de un templo. Daba la impresión de que la oscuridad amplificaba los sonidos, los aislaba y los hacía resonar, todo sobre el telón de fondo de la respiración de Vader. Las lunas no habían salido; no iban a salir hasta al cabo de varias horas. Las copas de los árboles ocultaban la luz escasa de las estrellas. Caminar por la jungla era como atravesar un mar de tinta. La armadura de Vader le permitía ver en infrarrojos y en varios espectros distintos, y los cascos de los guardias reales también podían compensar la luz escasa, pero el Emperador…

Vader desvió la mirada a su izquierda, a su maestro, que caminaba con confianza a través de la oscuridad.

El Emperador veía con claridad, lo veía todo, como siempre.

Más allá de lo que alcanzaba la visión de Vader, había criaturas grandes y pequeñas moviéndose por entre el follaje. Escabulléndose, reptando, corriendo a zancadas. En lo alto de las copas de los árboles, numerosos depredadores perseguían a sus presas. De vez en cuando, el chillido de un animal moribundo rompía el silencio.

—Este lugar resulta instructivo, ¿no te parece? —le preguntó su maestro.

—Es implacable con los débiles —respondió Vader.

—Exactamente. Aquí los fuertes encuentran a los débiles y los destruyen.

—Como debe ser —declaró Vader.

—Exacto, como debe ser —repitió su maestro.

—Pero a veces, los fuertes se equivocan con su fuerza —se atrevió a añadir Vader—. Y al hacerlo, muestran su debilidad.

—¿Ah, sí? —comentó su maestro. Vader no dijo nada más.

Hasta bien entrada la noche, Vader caminó junto a su maestro en silencio, salvo por su respirador. Sólo se detendría si él se lo ordenaba.

Al cabo de un rato, la respiración de los guardias se parecía a la de Vader. Estaban agotados. Hasta que, de repente, el Emperador se detuvo y levantó la mano.

—Pueden descansar aquí durante un rato, Capitán. Pero no mucho tiempo. Pronto nos volveremos a poner en marcha.

—Gracias, mi Emperador —dijo el capitán. Empezó a montar un campamento improvisado, ayudado por Deez. Al cabo de un momento ya tenían una pequeña hoguera química encendida. Vader se quedó de pie junto al fuego, contemplando las llamas. Su maestro se sentó con las piernas cruzadas, en posición de meditación. Había cierta tensión entre Vader y su maestro, aunque no sabía de dónde procedía esa tensión.

—¿Maestro?

—¿Crees que la traición empieza en los actos, amigo mío?

—No. Empieza en los pensamientos.

Su maestro mostró los dientes. Vader no tenía claro si era una sonrisa o una amenaza.

—Pero no podemos conocer los pensamientos de los demás, especialmente los de un traidor, que esconde sus pensamientos para que no se descubra su traición. Y por eso tenemos que hacer salir los pensamientos y que se manifiesten en actos. Así descubrimos la verdad. ¿Estás de acuerdo?

Vader contemplaba las llamas.

—No ha dicho nada con lo que no esté de acuerdo.

De nuevo, esa sonrisa enigmática de su maestro.

—Tú fuiste un traidor, ¿no es así?

La respiración de Vader se aceleró con un ataque de rabia.

—¿Qué ha dicho?

—Traicionaste a los Jedi. A Padmé. A Obi-Wan. A todos los que amabas.

Su maestro se volvió hacia él y le miró. Las llamas se reflejaban en sus ojos.

Vader no sabía cuál era la respuesta que quería oír su maestro, así que dijo la verdad.

—Sí.

Su maestro volvió a centrar la mirada en el fuego.

El capitán estaba al otro lado de la hoguera, sentado en el suelo.

—Debería quitarse el casco, Capitán —le dijo el Emperador—. Debe resultar agotador llevarlo puesto constantemente.

—Gracias, mi Emperador —respondió el capitán. Al quitarse el casco, vieron un rostro cubierto de cicatrices, como el de Vader. Pero tenía las facciones de un clon, unas facciones que a Vader le recordaban a mucha gente de su pasado. Rex. Cody. Cincos. Eco. Por la mente de Vader desfiló una larga lista de nombres. Cada uno de ellos desataba un recuerdo, cada uno de ellos era un fantasma de su pasado.

—¿Hay alguna base imperial cerca, Excelencias? —preguntó el capitán. El Sargento Deez también se quitó el casco. No era un clon. Era un hombre bien afeitado de mandíbula pronunciada, con cabello rubio cortado a ras y tatuajes de formas abstractas en las mejillas.

Si Deez hubiera sido un clon, Vader se imaginó que lo hubieran llamado Tinta.

—¿Qué estamos buscando, Excelencias? —preguntó Deez.

El maestro de Vader se quedó mirando el brillo del fuego.

—Creo que lo sabremos cuando lo encontremos, Sargento.

—Por supuesto, señor —respondió el capitán. Sacó unas barritas de comida preparada y se las repartió con su compañero. Ni el Emperador ni Vader comían. En lugar de ello, los dos meditaban para estar en comunión con la Fuerza. Vader de pie, su maestro sentado.

Vader seguía pensando en las palabras de su maestro. Se dejó llevar por la Fuerza, permitiendo que sus corrientes lo arrastraran libremente. Como solía ocurrir en situaciones como esta, vio momentos de su pasado: una serie de imágenes inconclusas, violentas y dolorosas, acompañadas de sonidos.

La decapitación de Darth Tyranus, la primera persona que su maestro le pidió que matara. Los gritos de Padmé. El asesinato de los niños del Templo Jedi, con los ojos abiertos de miedo, un miedo que alimentaba su ira justificada. Los gritos de Padmé, su dolor. Traición. Los gritos de rabia de Mace Windu cuando descubrió la verdad. Los gritos de Padmé. Traidor. Los fuegos de Mustafar, su odio por Obi-Wan, que le tenía miedo y había intentado apartarlo de su destino, que había tratado de arrebatarle a Padmé, que lo había recluido en esta armadura. Los gritos de Padmé, su desesperación. *¡No, Anakin! ¡No!*

Vader abrió los ojos. Tenía los puños apretados y rebosaba de rabia. Vio a su maestro al otro lado de la hoguera, observándole. Sus rasgos estaban medio ocultos bajo la capucha, y su expresión era imposible de interpretar.

Vader sentía rabia en su maestro, y también sentía la amenaza que había en esa rabia. A Vader no le daba miedo. En estos momentos, no.

—¿Dónde están los guardias? —preguntó, al no verlos—. ¿Cuánto tiempo he estado…?

—Los he enviado a hacer una cosa. Volverán pronto —hubo un largo silencio, y entonces le preguntó—. ¿Qué has visto mientras meditabas?

—He visto… muertes y rostros de mi pasado, todos los acontecimientos que me han conducido hasta el presente. Los veo a menudo cuando pienso en el destino que me depara la Fuerza.

La ira de su maestro creció, aunque su expresión no se inmutó. Hablaba con el suave murmullo de un depredador:

—Tu destino, sí. Yo también he visto algunos indicios.

Durante un momento, atrapado en las secuelas de todas esas visiones, Vader se planteó cómo sería enfrentarse a su maestro en combate, atrapar ese cuerpo pequeño y frágil con sus manos, levantarlo del suelo y…

Abandonó esos pensamientos, pero su maestro los había detectado, ya que en su rostro se formó una sonrisa oscura.

—Te veo, aprendiz.

—Y yo a usted, maestro. Cree que siento nostalgia de mi pasado cuando lo veo en mis visiones, pero se equivoca. No siento nostalgia. Pienso en el pasado y en el hombre que yo era. Y lo observo todo con desprecio. Y lo único que hace tolerable todo ese pasado es que ha sido un camino que lleva hasta aquí, hasta el ahora, con esta armadura,

con usted. No siento ninguna nostalgia. No siento remordimientos. Mis recuerdos alimentan la ira, y la ira me hace más fuerte, y así puedo servirle mejor. A usted y a la Fuerza. Su duda…

—Sigue —le dijo su maestro.

Vader lo hizo, sin importar lo que iba a decir a continuación.

—Su duda es injustificada, y me enfurece.

Los dos lores Sith pasaron un rato en silencio, mirándose, uno a cada lado de las llamas. Al final, Vader rodeó la hoguera y se arrodilló delante de su maestro. Sentía la mirada fija de su maestro, esos ojos que lo veían en profundidad. Se imaginó a su maestro planteándose opciones.

—Los guardias ya vuelven —dijo su maestro—. Y no vienen solos. Levántate, Lord Vader.



CAPÍTULO CATORCE

Belkor estaba sentado en el asiento del copiloto de una nave de reconocimiento, pequeña y maniobrable. Estaban peinando la superficie de Ryloth, cerca del ecuador, en la zona de búsqueda establecida a partir de la trayectoria de descenso de Mors que le había proporcionado Cham.

—Es difícil hacer una búsqueda sin tener más comunicaciones que lo que tienes en la línea de visión —se quejó Ophim, el piloto que le acompañaba.

—Lo es —convino Belkor.

Belkor había reunido a un grupo de oficiales que le debían favores, gente que llevaba el uniforme imperial pero sin verdadera lealtad hacia el Imperio, gente que haría lo que les pidiera sin preguntas. Evidentemente, les había dado un pretexto: los rebeldes que habían derribado el *Peligro* iban disfrazados de soldados imperiales y aparentemente contaban con la ayuda de la Moff Delian Mors. Belkor conocía aproximadamente la ubicación de la nave de la Moff, que las tropas imperiales leales casi habían abatido. Belkor dijo a sus hombres que eran parte de un grupo selecto, y que desconocía la magnitud de la conspiración.

Si alguien sospechaba que Belkor se estaba inventando una historia, al menos no lo había dicho. A Belkor le debían sus cargos y todo su poder; a Mors no le debían nada.

—Vuelvan a recorrer la cuadrícula de búsqueda —ordenó a los cuatro cazas Ala-V que volaban junto a su nave de reconocimiento—. Establezcan una formación escalonada e informen constantemente. Necesito saber qué es lo que ven.

Los pilotos confirmaron que habían recibido la orden y empezaron la búsqueda. Escalonaron su formación para que cada caza siempre estuviera en contacto visual con

otro, y ese con el siguiente, y así sucesivamente hasta la nave de Belkor. Mantener la formación requería una atención constante y limitaba su capacidad de búsqueda.

—¿Sabemos algo de los tres cazas Ala-V del sur? —le preguntó a Ophim.

—Nada, señor.

Belkor miró a través de la burbuja de cristal de la carlinga. Buena parte del cristal estaba cubierto por la pantalla integrada, que mostraba los elaborados sensores de la nave. La burbuja en sí amplificaba la luz, y desde dentro se podía observar el terreno como si hubiera más luz de la que había. Debajo de la nave se extendían las junglas frondosas de Ryloth, que al sur limitaban con un desierto salpicado de montículos rocosos.

Belkor apretó la mandíbula, frustrado.

—Retiro lo que he dicho, señor —dijo Ophim, levantando un dedo y apretando el auricular—. Uno de los cazas Ala-V informa que ha visto humo.

—¿Dónde?

Ophim puso un dedo en la pantalla para mostrar la ubicación. Cerca de la Base de Comunicaciones del Ecuador. El humo probablemente lo había causado el ataque a la base de comunicaciones que el propio Belkor había permitido.

Pero Belkor no tenía alternativa. Quizá Mors se había estrellado cerca de la base de comunicaciones; quizá el humo provenía de su nave.

—Vamos —le dijo a Ophim—. Envíe los cazas Ala-V a las coordenadas. Tienen que continuar su búsqueda en la cuadrícula. Nos reencontraremos en la base de comunicaciones.

Ophim asintió con la cabeza y aceleró. La ligera nave de reconocimiento salió disparada, surcando los vientos cortantes.

—¿Sabemos algo del Ala-V que está cerca del humo? —preguntó Belkor.

Ophim negó con la cabeza.

—No hay señal, señor. Se ha roto la cadena de comunicación cuando ha ordenado que nos encontráramos en la base.

Belkor blasfemó. Ya no sabría nada más hasta que estuviera tan cerca que lo pudiera ver por sí mismo. Dentro de unos minutos comprobaría que la lanzadera de Mors se había estrellado cerca de la base y que la Moff había muerto durante el accidente. Sin embargo, toda esta fantasía se rompió en un choque frontal contra la realidad cuando, a lo lejos, divisaron las luces de la base.

—Nos informa el Ala-V —dijo Ophim—. El humo proviene de la Base de Comunicaciones del Ecuador. Pero…

—¿Pero qué?

—Han atacado la base. Esto explica el bloqueo de las comunicaciones. Creo que debe ponerse en contacto con el comandante de la base.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Señor, el piloto del Ala-V informa que la Moff Mors ha estado aquí.

Belkor no estaba seguro de haberle oído bien.

—¿Cómo ha dicho?

Ophim hablaba con expresión de escepticismo.

—Según uno de nuestros hombres, la Moff ha estado aquí.

—¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Sigue aquí?

—No lo sé, pero imagino que ahora mismo no estará aquí.

Belkor empezó a barajar múltiples posibilidades. La Moff había sobrevivido a la caída de la lanzadera y había acabado en la base de comunicaciones.

—¿Antes o después del ataque? —murmuró.

—¿Qué dice, señor?

Belkor volvía a sentir el sudor debajo de la camisa.

—Nada, nada, Ophim, estaba hablando solo. Póngame con el Mayor Borkas.

A través de la burbuja de la nave de reconocimiento, Belkor se quedó mirando las ruinas humeantes de la base de comunicaciones. El equipo de Cham había hecho un buen trabajo con las antenas, que habían quedado reducidas a varias montañas de escombros. Docenas de droides, técnicos y naves de reparación trabajaban a la luz de focos portátiles alrededor de una de las antenas caídas, intentando repararla.

Belkor se dio cuenta de que no estaba pensando con claridad. No estaba preparado para la posibilidad de que Mors hubiera sobrevivido a la caída. Y, lo que era todavía peor, estaba con un oficial como Steen Borkas. A estas alturas, seguro que Mors ya había deducido la implicación de Belkor en todos los sucesos de ese día. Después de su caída, no había intentado ponerse en contacto con él. Esto ya decía mucho. Seguro que había compartido sus sospechas con Borkas, y en estos momentos estaría volviendo al centro de operaciones. Era posible que Belkor llegara y encontrara un equipo de seguridad esperándole.

De repente se sintió débil, como si fuera un cuerpo líquido que pudiera escurrirse por el suelo.

Cuando la comunicación estaba a punto, Ophim asintió con la cabeza. Belkor se aclaró la garganta y reunió fuerzas.

—Aquí el Coronel Belkor Dray. ¿Hablo con el Mayor Borkas?

—¿Coronel Dray? —la voz no era la de Borkas—. El Mayor Borkas no está aquí. Soy el Capitán Narrin. El mayor se ha ido con la Moff Mors hace más de una hora.

Belkor miró a Ophim y silenció el comunicador durante un momento.

—¿Alguien les ha dicho algo sobre la… traición de la Moff?

—No, señor —respondió Ophim—. Dijo que no lo comentáramos fuera de nuestro círculo.

—Muy bien —respondió Belkor, y reactivó el comunicador—. ¿Adónde se han ido, Narrin?

—Mors, Borkas y un pelotón de soldados de asalto se han llevado dos naves. Misión de rescate. Tengo entendido que son personalidades importantes que han logrado escapar del *Peligro*. ¿Ha venido aquí para ayudar, señor? Deben de ser personas muy importantes, cuando todos los altos cargos vienen al ecuador a ayudarles.

«No tienes ni idea», pensó Belkor, pero no lo dijo. Estaba intentando procesar lo que había oído. La Moff seguía tratando de encontrar a Vader y al Emperador. Esto significaba que sabía (o al menos creía) que habían sobrevivido a la explosión del *Peligro* y a los ataques sucesivos. Tenía sentido. La Moff lograría conservar el cargo, o al menos la vida, si formaba parte del equipo heroico que encontraba a Vader y al Emperador. Pero no había hecho nada para ponerse en contacto con Belkor.

—¿La Moff ha llegado antes o después del ataque de la base?

—Después, señor.

Eso lo explicaría todo.

—¿Ha enviado a alguien a comunicar al centro de operaciones que está viva? ¿O que iba en busca de Va… de las personalidades?

—Permítame que lo consulte, señor —respondió Narrin. Tras un largo silencio, volvió la voz del capitán—. No, señor, no lo ha hecho. Se ha ido a toda prisa con el mayor.

—Sin duda —dijo Belkor, convencido ya de que la Moff había deducido su traición.

—Señor, no tengo las coordenadas que están buscando la Moff y el mayor. Y debido a la limitación de las comunicaciones, no tenemos forma de decirles que usted está en camino.

—No se preocupe, Capitán. Tengo las coordenadas.

—Señor, si me permite la pregunta… ¿qué demonios está pasando ahí fuera?

—No tengo tiempo para informarle sobre todo, Narrin, pero el Imperio ha sufrido un atentado terrorista. Es todo lo que necesita saber ahora mismo. ¿Cuánto tiempo tardarán en restablecer las comunicaciones normales?

—Estamos concentrando los esfuerzos en la tercera antena. Unas nueve horas, señor. Quizá un poco menos.

Nueve horas. Belkor tenía nueve horas para encontrar a la Moff y preparar su desaparición.

—¿Qué más podemos hacer por usted, señor? —preguntó Narrin—. Si podemos hacer algo contra estos terroristas…

—Nada —respondió Belkor—. Ya ha sido de gran ayuda. Nos pondremos en marcha inmediatamente.

—Buena suerte, señor.

En cuanto cortaron la comunicación, Belkor le dijo a Ophim:

—Así pues, ya sabemos que Borkas está compinchado con la Moff.

—No van a rescatar a ninguna personalidad del *Peligro* — dedujo Ophim.

—Exacto —dijo Belkor, siguiéndole la corriente—. Probablemente vayan a encontrarse con otros colaboradores o con los terroristas.

—Los capturaremos, señor —dijo Ophim.

—Sí, lo haremos.

La Moff tenía dos naves y algunos soldados de asalto. Belkor tenía la nave de reconocimiento y media docena de cazas Ala-V. Si podía atrapar a la Moff en el aire, todo acabaría en cuestión de segundos.

—Aquí están las coordenadas —dijo Belkor, mostrándole a Ophim el lugar donde creía que habían caído Vader y el Emperador—. Avise a los cazas Ala-V y pongámonos en marcha.

—Sí, señor.

—

Vader notaba una sensación hostil procedente de la jungla, en dirección a ellos. Los guardias reales salieron de entre los árboles corriendo a toda velocidad, con sus rifles bláster en la mano. El sargento había perdido el casco y tenía los ojos abiertos como platos, blanquecinos en contraste con sus tatuajes. El suelo vibraba ligeramente y el follaje temblaba al paso acelerado de su perseguidor. El capitán tropezó, pero logró recuperar el equilibrio y seguir corriendo. Les hizo un gesto a Vader y al Emperador para que se retiraran.

—¡Corran, Excelencias! —gritó el capitán, con la voz amortiguada por el casco.

—¡Necesitamos una posición más defensiva!

—¿Defensiva contra qué? —preguntó Vader, encendiendo su espada láser.

—¡Lyleks, señor! Más de…

Entonces Vader empezó a oír los ruidos que traía el viento: los chasquidos insectoides y el siseo de estos superdepredadores de Ryloth. A juzgar por el sonido, dedujo que debía de haber al menos una docena de estas criaturas enormes, que atravesaban la jungla y se les acercaban a toda velocidad.

—Lyleks —repitió el Emperador—. Interesante.

—¡Excelencias! —gritó el capitán mientras se aproximaba a ellos, resoplando—. ¡Llegarán dentro de un momento! ¡Tenemos que irnos!

Deez apuntó a los árboles con su rifle bláster.

—Es cuestión de segundos, capitán —dijo con la voz tensa.

Con la espada de luz encendida, Vader se colocó en posición junto al Emperador. Al ver esto, el sargento y el capitán se situaron también junto al Emperador, con los rifles preparados. No tuvieron que esperar demasiado tiempo.

Los lyleks salieron de la jungla, saltando de árbol en árbol. Eran unas criaturas enormes con dos tentáculos que se retorcían cerca de las mandíbulas. Al ver a Vader, el Emperador y los guardias, las criaturas se lanzaron hacia ellos, siseando.

Los guardias dispararon, y el aire se llenó de los rayos rojos de sus rifles. Los disparos impactaban en los lyleks pero rebotaban en sus caparazones y salían rebotados contra los árboles. Vader alzó la mano, levantó uno de los lyleks que iba en cabeza utilizando la Fuerza y lo lanzó de lado hacia los árboles.

Golpeó un tronco más grueso que un hombre y su caparazón arrugado y con púas se partió en dos. La criatura se quedó en el suelo, junto al árbol, retorciéndose indefensa.

Al lado de Vader, su maestro alargó las dos manos y empezó a lanzar unos rayos de Fuerza a dos de los lyleks que lideraban el grupo. Levantó a las criaturas del suelo y los lanzó hacia atrás. Los lyleks cayeron al suelo, aullando agónicos, y murieron.

Cuando el Emperador detuvo los rayos, desenfundó su espada de luz. Palpatine y Vader avanzaron juntos como si fueran una sola persona, protegiéndose entre ellos mientras se defendían de los tentáculos y las mandíbulas de los lyleks, rajando y mutilando patas, tentáculos y cabezas. Al cabo de poco, la jungla volvió a quedar en silencio. Vader y su maestro estaban espalda contra espalda, en medio de aquella carnicería. Los dos apagaron sus armas. El sargento y el capitán se los quedaron mirando, con los rifles bláster colgando de sus manos enguantadas como si fueran objetos inservibles.

El Emperador levantó la cabeza, parecía que escuchaba algo desde lejos.

—Hay más —anunció el Emperador. Vader entró en sintonía con la Fuerza y también sintió su presencia, acercándose. El Emperador añadió—: Hay muchos más.

—Este terreno no es el ideal para enfrentarse a tantos, maestro —dijo Vader, que sentía la proximidad de la horda de lyleks. De la jungla llegó un sonido apresurado, como si se acercara una ola gigantesca—. Hay cientos de ellos —añadió, escuchando las pinzas afiladas y los siseos insectoides de los lyleks—. Por lo menos.

—Correcto —respondió el Emperador, con la voz más tranquila que un estanque de agua—. Vamos a encontrar un lugar más adecuado para enfrentarnos a estas criaturas, Capitán.

El capitán se relajó, aliviado.

—Sí, señor. Síganme —entonces se dirigió a Deez—. Póngase a la retaguardia, Sargento.

El capitán se adentró en la jungla, rodeando árboles y saltando por encima de troncos caídos. Vader y su maestro seguían el ritmo. Vader se dio cuenta de que a su alrededor, la jungla se había quedado en silencio. Sólo se oía su respiración y el rumor lejano de la horda que los perseguía, el crepitar de ramas rotas y el retumbo del andar colectivo de los lyleks. La horda les iba ganando terreno.

—Todavía no veo a ninguna de estas criaturas —dijo Deez.

—Pero se están acercando —le replicó Vader. Imaginaba que los lyleks podían olerles, tenían un oído muy fino o bien utilizaban algún otro sentido para cazar.

Los cuatro hombres llegaron a un claro cubierto de hierba baja y arbustos. Cruzaron el claro. Vader pensó que la respiración exhausta de los guardias reales sonaba tan fuerte como su propio respirador. Sentía la presencia inminente de los lyleks. La horda era cada vez más grande, ya que la sed de sangre iba atrayendo a más criaturas de su especie. Pensó que una horda podía acabar con toda la fauna de varios kilómetros cuadrados de jungla.

—¡Rápido, Excelencias! —gritó el capitán.

Casi habían cruzado el claro cuando los lyleks aparecieron entre los árboles, a sus espaldas.

—¡Ahí están! —gritó Deez.

Vader miró hacia atrás y vio aproximadamente unos cuarenta lyleks saliendo de entre los árboles. Todos juntos formaban una especie de muralla de exoesqueletos con púas, tentáculos y fauces gigantescas. Iban saliendo cada vez más. Estaban tan hambrientos que se apilaban los unos sobre los otros, formando una maraña de extremidades, bocas y tentáculos.

Las criaturas los vieron de inmediato y emitieron un siseo colectivo, repiqueteando el suelo con sus patas afiladas. Al cruzar el claro, iban removiendo arena y tierra con sus gruesas extremidades. Los cuatro hombres habían llegado hasta los árboles del extremo opuesto del claro y se adentraron una vez más en la maraña de troncos y raíces.

—Busquen un acantilado o un túnel —dijo Vader serenamente—. Un lugar donde podamos limitar su ataque.

—¡Se están acercando! —gritó Deez, mirando hacia atrás. Disparó hacia ellos con su rifle bláster—. ¡Los disparos rebotan en sus caparazones!

El Emperador hizo un gesto con la mano libre, utilizando la Fuerza para derribar varios árboles. Algunos cayeron sobre la horda y aplastaron varios lyleks, otros derrumbaron más árboles, que a su vez derribaron otros árboles. Las criaturas supervivientes pasaban sin detenerse por encima de las que habían muerto, continuando su persecución frenética.

El capitán sacó una de las granadas que llevaba, la activó y la lanzó directamente a la horda. Explotó un par de segundos más tarde. La explosión resonó en toda la jungla, haciendo caer otro árbol y provocando aullidos de dolor entre los lyleks.

—Vaya hacia la derecha, Capitán —ordenó el Emperador—. A cien metros de aquí hay un túnel.

El capitán no cuestionó la orden, aunque Vader se preguntó cómo podía saberlo su maestro. El capitán giró a la derecha, perseguido de cerca por los lyleks. Sus cuerpos enormes iban derribando árboles a su paso. La distancia entre los cuatro hombres y la horda se iba reduciendo. Los dos guardias iban disparando los rifles con una mano mientras corrían, haciendo saltar trozos de árboles y acertando en algún lylek, pero sin poder frenar el avance general de la horda.

Llegaron a un desfiladero pronunciado. Los guardias empezaron a bajar, resbalando y agarrándose a las raíces para mantenerse verticales mientras descendían.

Vader y el Emperador saltaron desde arriba. Por el desfiladero corría un arroyo; al otro lado había una pared vertical formada por rocas, raíces y tierra, que se extendía a izquierda y derecha hasta donde llegaba la vista. Los lyleks estaban cada vez más cerca.

—¿Adónde vamos, mi Emperador? —preguntó el capitán—. No veo un túnel por ninguna parte.

Los primeros lyleks de la horda aparecieron por un lado del desfiladero. A medida que bajaban, sus largas extremidades se clavaban en la tierra y sus tentáculos se agarraban a las ramas.

Vader encendió su espada de luz y se puso al lado del Emperador, buscando el túnel por todo el desfiladero. Mientras tanto, el capitán y Deez disparaban contra todo lo que se movía. Sus disparos iluminaban la oscuridad.

Los lyleks siseaban y aullaban.

—¡A la cabeza! —Deez exclamó mientras disparaba—. ¡Los podemos derribar disparando a la cabeza!

Iban llegando cada vez más lyleks, ocupando todo el borde del desfiladero como una avalancha a punto de caer.

—¡Ahí! —gritó Vader, viendo finalmente una grieta ovalada y oscura en la pared del desfiladero. Debía de tener dos metros de alto y estaba bloqueada parcialmente por raíces gruesas.

—Vaya primero, Sargento —le ordenó el capitán a Deez mientras todos se apresuraban hacia la entrada del túnel—. Luego el Emperador, luego Lord Vader. Yo iré el último. ¡Adelante!

Los lyleks corrieron hacia ellos, subiéndose los unos encima de los otros, agitando espasmódicamente los pedipalpos que tenían a cada lado de sus bocas enormes, como si ya estuvieran saboreando la carne fresca. Media docena de cadáveres de lyleks colgaban de las raíces de una pared del desfiladero, pero el resto seguía avanzando implacablemente.

El rifle bláster del capitán derribaba una criatura tras otra disparándoles en la cabeza, pero seguían llegando más. Unas diez ya habían llegado al lecho del desfiladero y avanzaban a toda velocidad hacia los cuatro hombres, agitando los tentáculos y abriendo y cerrando las mandíbulas.

Vader levantó la mano y lanzó un golpe de Fuerza contra los lyleks que ya habían llegado hasta el lecho, propulsándolos contra la pared y contra el resto de la horda. El avance de las criaturas se convirtió en una maraña caótica de extremidades agitadas. En su frenética frustración, varios lyleks se destrozaron entre ellos.

Deez agachó la cabeza y se adentró en la oscuridad del túnel, seguido por el Emperador y por Vader, que apagó su espada de luz al entrar. El capitán entró el último, todavía disparando para cubrir la retirada. El túnel estaba sumido en la oscuridad total, y al cabo de tan solo un metro se abría a una amplia caverna, que tenía aberturas a la izquierda, a la derecha y en el centro.

—¡Toda la ladera estará llena de cavernas como esta! —gritó Deez.

—¡Sigan! —gritó el capitán por encima del hombro, sin parar de disparar por la boca del túnel—. ¡Rápido, rápido!

—No —replicó Vader, volviendo a encender su espada de luz—. Nos enfrentaremos a esas criaturas aquí.

Ya había movimiento entre las raíces de la entrada del túnel. Un lylek entró a toda velocidad, arrancando raíces a su paso, siseando y enseñando los dientes, hasta llegar a medio metro del capitán. Vader apartó al capitán a un lado, dio un salto hacia delante y atravesó la cabeza entera de la criatura con la espada de luz. El enorme cuerpo de la criatura se desplomó. Detrás de ella, docenas más de lyleks intentaban pasar rodeando el cuerpo de su compañero. Vader inclinó la cabeza, levantó la mano y soltó un golpe de Fuerza sobre la horda de lyleks, que salieron disparados hacia atrás entre chillidos de dolor.

—Retírense —ordenó el Emperador, y Vader y el capitán se retiraron.

El Emperador hizo un leve gesto con la mano y el techo del túnel se derrumbó, con una lluvia de tierra y rocas. Detrás del techo caído, se podían oír los siseos de frustración y los rugidos de las criaturas. Los cuatro hombres estaban iluminados por la luz de la espada láser de Vader. Cuando la apagó, se quedaron a oscuras. El capitán encendió las luces del casco.

—Escuchen —dijo Deez, inclinando la cabeza—. Creo que por ahí está pasando algo —apuntó con la barbilla al túnel de la izquierda.

A través de la Fuerza, Vader podía sentir los lyleks acercándose por el túnel lateral.

—Tiene razón, Sargento —dijo.

—No deberíamos luchar aquí, Excelencias —intervino el capitán—. Van a venir desde las dos direcciones.

Los lyleks se estaban acercando. El repiqueteo de sus patas puntiagudas y sus siseos se hacían cada vez más fuertes.

Deez cogió una de las granadas que llevaba. Vader lo agarró de la muñeca para impedirle que la lanzara.

—Podría hacer que se derrumbaran todos los túneles —le advirtió Vader.

Deez se sonrojó, avergonzado.

—Claro. Por supuesto, Lord Vader.

—Por favor, mi Emperador —dijo el capitán, haciendo un gesto hacia el túnel central.

—Tiene razón, maestro —convino Vader—. Deberíamos continuar.

—Me parece bien —concluyó el Emperador.

El grupo se dirigió hacia el túnel central, que descendía serpenteando y se iba haciendo cada vez más ancho.

Cuando habían recorrido unos doscientos metros, adentrándose cada vez más en las profundidades, escucharon los primeros sonidos de los lyleks que los perseguían. Del suelo salían formaciones rocosas y del techo bajaban gruesos bloques de cristal, pero no había nada que les permitiera establecer una posición defensiva. Los chirridos y silbidos de las criaturas rebotaban en la piedra, y el eco hacía que les pareciese que las tuvieran justo delante.

—Son más rápidas que nosotros en este terreno —comentó Deez—. Tendremos que parar y pelear.

A medida que se les acercaban los lyleks, parecía que el túnel entero vibraba a su paso. Pronto Vader empezó a oír el estrépito de sus exoesqueletos corriendo sobre la piedra.

—Casi los tenemos encima —dijo Vader. El capitán esperó a Deez y siguió caminando a su lado. Los guardias estaban entre el Emperador y la horda. Vader encendió su espada de luz para tener un poco más de luz adicional.

—¡Ahí vienen! —gritó el capitán, y empezó a disparar con una mano, por encima del hombro.

—¡Ya los veo! —gritó Deez, y también empezó a disparar. Los lyleks aullaban y siseaban.

—Ahora puede usar sus granadas —dijo Vader. La caverna era lo suficientemente amplia como para soportar una explosión sin derrumbarse.

Los dos guardias activaron inmediatamente las granadas y las lanzaron; cinco segundos más tarde, en el túnel resonaron las explosiones, los gritos de los lyleks y el retumbo de rocas cayendo al suelo. La onda expansiva rugió por todos los confines del túnel. Vader y el Emperador utilizaron la Fuerza para bloquear la onda expansiva que venía hacia ellos, pero venía con tanta fuerza que los dos guardias reales cayeron de bruces al suelo, arrastrando la armadura por la roca.

Vader se dio la vuelta y utilizó la Fuerza para poner en pie a los dos guardias.

Deez sangraba por la nariz y estaba atónito.

—No volveremos a perder tiempo por ustedes —amenazó Vader—. La horda sigue acercándose.

Como para ilustrar sus palabras, por detrás empezaron a escuchar los sonidos de la horda de lyleks, con sus aullidos, sus silbidos y el repiqueteo de sus patas afiladas.

Los cuatro hombres siguieron avanzando por el túnel. Vader iba al lado de su maestro. Iba buscando un lugar en el que pudieran detenerse y defenderse, pero el túnel continuaba adelante, sin estrecharse, adentrándose cada vez más en las profundidades del planeta.

Sin pararse, Vader utilizó la Fuerza para agarrar varios bloques de estalactitas de cristal del techo. Con su poder, las agitó hasta casi arrancarlas completamente. Las dejó ahí colgando, esperando a que la vibración de la horda las hiciera caer a su paso.

El túnel serpenteaba a derecha e izquierda, pero Vader no veía túneles laterales. Tan solo una única galería que hurgaba en las profundidades de Ryloth.

A sus espaldas, oyeron el estruendo de rocas cayendo (los cristales que Vader había soltado) y los aullidos de lyleks aplastados. Pero esa horda aparentemente indestructible seguía avanzando. Y estaba cada vez más cerca.

Al final de una larga recta descendente, Vader dejó pasar a todo el grupo y se detuvo para mirar hacia atrás. Su casco reflejaba la escasa luz proyectada por su espada de luz y vio la horda acercándose por el túnel, como un océano de tentáculos, patas y mandíbulas, rodeando o subiéndose a las estalagmitas que salían del suelo. El repiqueteo de su ejército de patas afiladas iba dejando un rastro de agujeros en la piedra. Algunos lyleks trepaban

por las paredes como arácnidos gigantescos, recubriendo todo el túnel a su paso. Sus tentáculos no paraban de agitarse y las mandíbulas estaban en movimiento, como si ya estuvieran masticando carne. Vader no podía quitarse de encima la sensación de que alguien lo estaba dirigiendo a alguna parte. Quizá los lyleks, quizá su maestro.

Se conectó profundamente a la Fuerza y soltó una oleada de poder a través de su mano extendida que llenó el túnel entero. La oleada arrolló la horda, partiendo exoesqueletos, fragmentando estalagmitas y propulsando hacia atrás a más de una veintena de lyleks, que cayeron sobre el resto en una lluvia de cuerpos partidos y fragmentos de roca. Chillando y revoloteando, el resto de lyleks pasaron por encima de los heridos y los caídos y se lanzaron hacia delante, con la mirada fija en Vader.

Vader estaba preparado para enfrentarse a todos ellos, masacrarlos a todos ahí mismo, en ese momento, pero la voz de su maestro lo atrajo desde el túnel.

—¡Ven, Lord Vader!

Vader apagó su espada de luz, se dio la vuelta y empezó a correr. Utilizó la Fuerza para aumentar su velocidad y alcanzar a los otros tres.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Deez, pero Vader ignoró sus palabras. Cuando llegó al lado de su maestro, expresó sus pensamientos.

—Sí —respondió el Emperador—. Estas bestias nos están dirigiendo… involuntariamente, creo.

—¿Dirigiéndonos adonde? —preguntó Vader.

—Pronto lo sabremos —dijo el Emperador—. Creo que tenemos que estar preparados.

Siguieron caminando a toda prisa por el túnel, que finalmente empezó a estrecharse.

—Hay luz más adelante —anunció el capitán—. ¡Ahí!

Vader lo vio: un leve resplandor verde que provenía de una abertura circular de un metro y medio de diámetro. La abertura daba a una gran caverna de treinta metros de ancho, como un quiste semiesférico en las entrañas del planeta. Se detuvieron ahí, a una altura de cinco metros sobre el suelo de la caverna. La luz ambiental provenía de numerosos bloques de cristal brillante, que emergían de las paredes y el suelo.

Por el suelo de la caverna corrían cientos de lyleks, que cuidaban de la que Vader asumía que debía de ser la reina de la colonia: una criatura con un abdomen hinchado que era tres veces más grande que el resto de lyleks. Por todas partes había grandes receptáculos grises de aspecto rugoso, pegados a las paredes en grupos de diez o veinte: sacos de huevos. Por las paredes y el techo de la caverna había más de una docena de aberturas, de un tamaño similar a la que habían encontrado los cuatro hombres, que daban a otros túneles. Durante un momento, nadie dijo nada. El único sonido que se oía en el túnel era la respiración agitada de los guardias y el respirador de Vader.

Hasta que la reina lylek los vio. Volvió su enorme cabeza hacia ellos, les dirigió una mirada fija y dio la alarma con un siseo estridente. El sonido rebotó por las paredes de la caverna. Todos los lyleks se volvieron hacia ellos. Se escuchó el eco colectivo de todas

sus patas poniéndose en movimiento. Sisearon todos a la vez, moviendo sus tentáculos, nerviosos y agitados.

Detrás de los hombres, los lyleks se acercaban por el túnel.

—Y ahora ya sabemos adónde nos estaban llevando —dijo el Emperador.

Vader se volvió hacia Deez y el capitán.

—Ustedes dos aguantarán esta posición todo el tiempo que puedan.

El capitán se puso rígido.

—Nosotros nos quedaremos con el Emperador.

—Sigan las órdenes de Lord Vader —intervino el Emperador.

—¿Qué va a hacer usted? —preguntó Deez, mientras él y el capitán cogían varias granadas, las activaban y esperaban a que aparecieran los lyleks que los perseguían.

—Vamos a matarlos a todos —respondió Vader, encendiendo su espada de luz.

El Emperador empezó a reírse a carcajadas, sacó su espada de luz y la encendió, llenando el túnel con su haz de energía roja.



CAPÍTULO QUINCE

Faylin les avisó desde la carlinga.

—Pronto estaremos al alcance de Kallon. ¡Ya lo tenemos aquí!

La voz de Kallon sonó por el comunicador de Cham y de Isval.

—Cham, he encontrado la lanzadera del Emperador.

—¿Dónde estás? —preguntó Cham, mirando instintivamente por la ventana de la nave escolta, aunque sólo podía ver la oscuridad de la noche.

Pausa.

—He aterrizado, estoy cerca de la lanzadera. Oye, sé…

Cham blasfemó.

—¡Te dije que hicieras sólo vigilancia, Kallon!

—Los escáneres mostraban que no había vida así que…

—¿No había vida? ¿Y cuerpos? —agregó Cham, tras una larga pausa—. No puedo ver si afirmas o niegas con la cabeza…

—Vale, vale. Sí, hay tres cuerpos. Uno de ellos es un guardia real. Significa que han estado aquí. También he visto los restos de un campamento.

—¿Un campamento? Kallon, podrían volver. Quiero que te subas a tu nave y…

—He dicho los *restos* de un campamento. Y si estuvieran cerca, hubieran oído mi nave y ya estarían aquí. Se han ido, Cham, y creo que tienes que venir aquí con Goll.

Cham sintió un acaloramiento y se le erizaron los lekku.

—¿Crees que van a pie por la jungla?

—Goll tendrá que confirmarlo, pero eso creo —respondió Kallon—. Si los hubiera recogido una nave, se hubieran llevado el cuerpo del guardia, ¿no? Además, por aquí no veo rastro de que haya aterrizado una nave. No es que sea un rastreador, pero…

—Pero crees que van a pie. No olvides que no veo si sólo asientes con la cabeza.

—Sí, creo que van a pie.

Cham hizo lo que pudo para contener una sonrisa. Isval no. Sonrió abiertamente, asintiendo.

—Vamos para allá, Kallon —dijo Cham—. No te muevas. Es una orden.

Isval se acercó a él y le apretó el hombro.

—Van a pie, Cham. Los atraparemos. Seguro —afirmó Isval. La nave era estrecha y no podía caminar de un lado a otro como hacía siempre, así que se limitó a cambiar el peso de un pie a otro—. No pueden andar muy lejos. No conocen el terreno. Podrían estar heridos por el accidente. Lentos.

—O no —replicó Cham, intentando contener su optimismo, aunque por dentro lo compartiera—. Aterriza cerca de Kallon, Faylin.

Isval dejó de moverse y miró a Cham directamente a los ojos, preocupada. Le volvió a poner una mano en el hombro.

—¿Estás bien? ¿Estás bien de verdad?

Cham asintió para tranquilizarla.

—Estoy bien. Vamos a hacer lo que hemos venido a hacer.

Isval no se lo creyó, pero asintió con la cabeza y fue a sentarse al lado de Goll.

Al verla alejarse, Cham se arrepintió de todo lo que le había dicho antes. La había cambiado. A diferencia de él, ella nunca había tenido mucha vida fuera del movimiento. Cham no había tenido en cuenta lo mucho que ella necesitaba todo esto, lo mucho que le necesitaba a él. Al descargar sus propias preocupaciones, Cham había quebrantado la seguridad de Isval.

Tendría que haberse quedado callado.

—

Isval estaba sentada junto a Goll. A su lado, parecía diminuta. Goll olía a sudor y a metal lubricado.

—¿Cuánto has oído? —le preguntó Isval, suavemente.

—He oído que van a pie.

—No me refiero a eso.

—No suelo escuchar las conversaciones de los demás —dijo Goll, con la mirada fija hacia delante.

Isval le puso la mano en el antebrazo; se le marcaban las venas por debajo de la piel.

—¿Cuánto has oído?

Goll encogió sus hombros enormes.

—Bastante.

Isval movió la cabeza, se quedó callada un rato, y entonces dijo:

—Se equivoca. El movimiento no es sólo una idea. Cham es importante.

—Lo sé.

—Así que no dejaremos que le pase nada —dijo ella, levantando el puño—. ¿De acuerdo? Después de hoy, tendremos que reconstruirlo todo. Y lo vamos a necesitar.

Goll soltó un resoplido y chocó el puño diminuto de Isval con el suyo, enorme y encallecido.

—De acuerdo. ¿Y qué te parece si no dejamos que nos pase nada a nosotros?

—¿Crees que puedes seguir su rastro? —preguntó Isval—. ¿El rastro de Vader?

—Sí, puedo.

—¿Incluso a oscuras?

Se volvió hacia ella y la miró con una expresión que parecía pedirle que dejara de preguntar estupideces.

—Muy bien —dijo Isval—. Muy bien.

Escucharon la voz de Faylin por el comunicador de la nave.

—Ya estamos aquí. Vamos a aterrizar.

Faylin hizo bajar la nave escolta a través de las copas de los árboles, entre ramas que rascaban el casco, hasta aterrizar en el claro.

—Quédate aquí —le dijo Cham a Faylin—. Mantén activo el escáner. Avísame si detectas algo.

Goll le ordenó a la tripulación que de momento se quedaran a bordo de la nave escolta. Quería que hubiera el mínimo movimiento posible por el campamento para el primer rastreo.

Goll, Isval y Cham desembarcaron. Les recibió la humedad de la selva ecuatorial y abundantes insectos. Entre los árboles, la fauna chillaba, rugía y aullaba.

Kallon les estaba esperando en el claro, con las manos cruzadas sobre su amplia barriga y una gran sonrisa en la cara. También vieron la lanzadera imperial, colisionada pero todavía de una pieza.

—El campamento está ahí —le dijo a Goll, señalando con el pulgar unos escombros, una hoguera apagada y los restos de una tienda de acampada multiclimática—. Ni me he acercado.

—Perfecto —dijo Goll—. ¿Y los cuerpos?

—Están dentro de la nave. Tampoco los he tocado. He echado un vistazo pero ni he entrado.

—Perfecto —repitió Goll, con tono profesional.

Isval se acercó a la lanzadera junto con Cham, Goll y Kallon. Goll observaba atentamente el suelo, la nave y los árboles. Isval imaginaba que llegaba a conclusiones que a ella se le escapaban.

La lanzadera estaba de lado, hundida medio metro en la tierra limosa de la selva. La rama de un árbol había atravesado el cristal de la carlinga. El casco estaba ennegrecido por los disparos bláster y el metal estaba desgajado. Isval dedujo que la entrada en la

atmósfera no fue muy bien. Cerca de la nave había restos de instrumentos esparcidos por el suelo. Goll cogió algunos fragmentos, siguió dando vueltas, cogió algunos más.

—Un generador y un dispositivo portátil de comunicaciones —explicó, dejando caer al suelo un trozo de metal.

—¿Destruidos durante la colisión? —preguntó Cham.

Goll miró hacia el cielo, y entonces recorrió todo el claro con la mirada. Lentamente, caminó hacia los árboles, parando de vez en cuando para examinar los agujeros que había en el suelo. Cuando terminó, se dio la vuelta para responder a la pregunta de Cham.

—No lo creo. Estos agujeros son de disparos de una nave. ¿Nordon?

—Podría ser —respondió Cham—. Nordon encontró a Vader y al Emperador en el claro y empezó a dispararles. Tiene sentido.

—Lo que no tiene sentido alguno es que Vader y el Emperador derribaran a Nordon —replicó Isval. Cham no hizo ningún comentario.

—Déjame ver los cuerpos —dijo Goll.

—Tenemos que apresurarnos —le recordó Cham—. Nos llevan una ventaja importante.

—Correcto.

Cham, Isval y Kallon observaron atentamente a Goll mientras trepaba por un lado de la lanzadera y desaparecía por un agujero, aparentemente cortado en el lateral del casco. Mientras esperaban, Isval miró hacia la oscuridad de la jungla, consciente de que Vader estaba ahí en algún lugar. Esperaba poder encontrarle antes que las tropas imperiales. Finalmente, Goll salió trepando de la lanzadera.

—Los cuerpos son de dos pilotos y un guardia real. Los pilotos murieron por las contusiones, probablemente durante la colisión. El guardia murió de un disparo de bláster en la cabeza. Voy a ver si encuentro un rastro.

—

—Tengo dos naves en el escáner —informó Belkor, comprobando los sensores de la nave de reconocimiento—. No, son tres, aunque todas están en tierra. —Los sensores de la nave de reconocimiento eran muchísimo mejores que los del resto de naves, y Belkor sabía que aquellas naves que había visto no le habrían detectado a él.

—Quizá Mors ha cogido otra nave —dijo Ophim, entusiasmado—. Señor, puedo llamar a dos de los cazas Ala-V para que vengan rápidamente. Si nos encargamos de Mors ahora, todo esto acabará pronto.

—Espere —respondió Belkor, examinando la lectura de la pantalla integrada y frunciendo el ceño.

Ophim también estaba observando los datos.

—Eso es una escolta imperial y un transporte de este planeta. La tercera nave es una lanzadera imperial muy dañada —dijo Ophim, frunciendo el ceño él también—. No tiene sentido.

Tenía sentido para Belkor, evidentemente. Era Cham o la gente de Cham. Tenían que ser ellos.

Ophim se lo quedó mirando, con los ojos abiertos.

—Señor, podría ser Mors con los traidores de Ryloth Libre con los que colabora. Voy a llamar a los cazas Ala-V para que vengan.

Justo cuando iba a pulsar el botón del comunicador, Belkor le cogió la mano.

—Primero vamos a acercarnos para verlo mejor, Teniente.

—Pero, señor, si nos detectan en sus escáneres…

—Tenemos que verlo mejor, Ophim —dijo Belkor con firmeza—. Tenemos… que estar seguros.

—Sí, señor.

Ophim hizo descender la nave de reconocimiento hasta prácticamente rozar las copas de los árboles. Al acercarse, Belkor notó un sofoco por todo el cuerpo. Le caían gotas de sudor por la espalda y tenía el uniforme húmedo y pegajoso. Podía oler el hedor que desprendía. El corazón le latía con fuerza. Sabía lo que quizá tendría que hacer. No iba a resultar nada fácil.

—Volando bajo, señor. Así seguro que no nos detectan durante un rato.

Belkor asintió con la cabeza, pero no podía ni hablar. Esperó hasta que la nave estuviera muy cerca del grupo del suelo, hasta que desapareciera el bloqueo de las comunicaciones.

—No creo que nos puedan ver todavía, señor —informó Ophim instintivamente, en voz muy baja. Belkor ya lo sabía—. Están en tierra. Seguramente no tienen el escáner activado.

Belkor se sacó el comunicador encriptado del bolsillo y llamó a Cham. Una parte de él esperaba que no le respondiera.

—

Goll empezó a rastrear cerca del campamento, utilizando una luz roja muy tenue que no interfería con su visión nocturna. Buscaba rastros por el suelo, caminando lentamente y levantando la mirada de vez en cuando hacia los árboles. Finalmente se puso en pie, movió la cabeza afirmativamente, y miró en dirección a Cham.

—Ya los tengo —dijo, señalando en una dirección con la barbilla—. Por ahí. Son cuatro.

—¿Estás seguro? —le preguntó Isval. La respuesta fue una mirada fulminante.

—Está seguro —intervino Cham. Entonces dio un respingo al notar la vibración del comunicador encriptado que llevaba en el bolsillo. Lo cogió y se lo quedó mirando, como si fuera un objeto extraño.

—¿Qué pasa? —preguntó Isval—. ¿Ese no es…?

—Belkor.

—¿Cómo?

Cham se encogió de hombros y llamó a Faylin por su comunicador normal.

—¿Detectas algo en el escáner?

—Todo tranquilo, Cham.

«No tan tranquilo», pensó Cham y respondió a la llamada de Belkor.

—

Por el comunicador encriptado sonó la voz de Cham.

—¿Belkor? ¿Dónde estás? No apareces en mi escáner.

Belkor ignoró al twi’lek y comenzó a fingir pensando en Ophim, que solo podía oír la mitad de la conversación.

—Aquí el Coronel Belkor Dray. Apaguen las naves inmediatamente. Toda su tripulación debe rendirse ahora mismo.

—¿Qué estás diciendo? Si aquí…

—Una decisión correcta —le interrumpió Belkor, y cortó la conexión. Se guardó el comunicador en el bolsillo y le dijo a Ophim—. Tomaré el control de la nave.

—¿Señor? Por supuesto, señor.

Ophim transfirió el control de la nave a la palanca de mando de Belkor.

—¿Qué es eso? —preguntó Belkor, señalando a un punto indeterminado fuera del cristal de la carlinga.

—¿Qué es el qué, señor? —Ophim volvió la cabeza para mirar hacia fuera—. No veo nada, no hay nada en el escáner.

Belkor desenfundó su pistola bláster con la mano sudorosa y le disparó a Ophim en la nuca. La sangre salpicó todo el cristal de la burbuja de la carlinga. Durante un momento, Belkor sintió un mareo y pensaba que iba a vomitar, pero se contuvo las arcadas.

Apartó la mirada de la sangre, blasfemando, racionalizando, disculpándose ante sí mismo. El comunicador encriptado empezó a vibrar en su bolsillo. Hizo una respiración profunda antes de responder.

—Estoy volando, Syndulla. Diez kilómetros al sur de vuestra posición.

—¿Cómo nos has encontrado? ¿Por qué no te vemos en el escáner?

—Es una historia muy larga. No me veis porque voy en una nave de reconocimiento. ¿Esa es la lanzadera del Emperador? Dime si hay cuerpos a bordo.

—Hay cuerpos, pero no los de Vader o el Emperador. Se han marchado a pie.

—¿Cómo lo sabéis?

—Lo sabemos.

Belkor silenció el comunicador y empezó a blasfemar a gritos, mirando la extensión inacabable de selva ecuatorial, que se extendía en todas direcciones. Si Vader y el Emperador iban a pie, sería prácticamente imposible encontrarles.

—Estamos siguiendo su rastro —agregó Cham.

Belkor pulsó el botón del comunicador tan fuerte que le dolía el dedo.

—¿Cómo?

—Tengo gente que puede hacerlo. Este es *nuestro* planeta, Belkor. Lo conocemos. Dime, ¿qué tienes ahí contigo?

—Nada que pueda servirte. Estáis solos. Mors está aquí fuera y creo que lo sabe todo. Necesito encontrarla inmediatamente. —Belkor miró a Ophim y la ira se apoderó de él—. ¡Tendrías que haberla matado en el espacio, Syndulla! ¡Tendrías que haberlos matados a todos! ¡Te di los malditos identificadores! ¡Todo esto ya hubiera terminado!

Cham se quedó callado por un momento, y entonces dijo:

—Pero no ha terminado. Todavía no. ¿Mors va a pie? ¿Por qué piensas que lo sabe todo?

Belkor apretó los dientes y parpadeó varias veces para aclarar la visión. Estaba perdiendo el control de sí mismo, como había perdido el control de los acontecimientos.

—Mors va en una nave con veinte soldados de asalto de la Base de Comunicaciones del Ecuador. Y creo que lo sabe porque ha venido hasta aquí en lugar de volver al centro de operaciones. También va en busca de Vader y el Emperador.

—Muy bien —dijo Cham—. Muy bien. Déjame pensar un momento. No cuelgues.

Sentado en el asiento y con el cinturón abrochado, Belkor no podía moverse. Empezó a toquetearse el uniforme, el gorro, el pelo. Se imaginó a Cham consultando a su equipo, pensando en la mejor forma de arrinconarle. Cham no tardó en hablar por el comunicador.

—Escúchame, Belkor. Nos ayudarás a atrapar a Vader. Entonces yo te ayudaré a atrapar a Mors. *Entonces* todo esto habrá terminado.

Belkor respiraba con dificultad, intentando no mirar al cadáver de Ophim.

—¿Me oyes, Belkor? Ahora dime, ¿qué tienes ahí contigo?

—Estoy… solo en la nave de reconocimiento. Pero tengo seis cazas Ala-V explorando la cuadrícula en busca de Mors. Estamos en formación escalonada para podernos comunicar.

—¿Te fías de los pilotos de los cazas Ala-V?

A Belkor se le escapó una risita, que sonó histérica.

—¿Para matar a Mors? Sí. La he hecho quedar como la traidora que ha derribado el *Peligro*, Pero… ¿para matar a Vader y al Emperador? No. ¿Para ayudar a terroristas twi'leks? No, no lo harán, Syndulla. No.

—De acuerdo, te diré lo que vamos a hacer —le explicó Cham—. Que los cazas Ala-V sigan buscando a Mors. Si tú o tus hombres encontráis su nave, derribadla. Pero que mantengan la formación escalonada por si los necesitas… los necesitamos. No te alejes de nosotros mientras rastreamos a Vader y el Emperador. Mantén siempre la distancia de comunicación, porque cuando te pida soporte aéreo, quiero que esos cazas Ala-V vengan inmediatamente.

—¡No te van a ayudar! ¿Es que no me has oído? ¡No van a disparar contra el Emperador!

Finalmente, Cham perdió los papeles.

—¡No lo sabrán, Belkor! ¡Estarán a oscuras! ¡Entre los árboles! —entonces Cham bajó la voz—. Te daré a ti las coordenadas y tú se las darás a ellos, y ellos llegarán y abrirán fuego. Sólo si lo necesito. Sólo entonces.

Belkor no pudo evitar burlarse de él.

—Siempre planificando todas las contingencias. Un día te olvidarás de algo, Syndulla.

—Quizá, pero no será hoy, Belkor. No nos olvidaremos de nada. Hoy no.

—No voy a poner mis naves a tu disposición, twi'lek —le dijo Belkor—. No me arriesgaré a que Mors salga de esta zona y vuelva al centro de operaciones. Entonces me encontraría con un equipo de seguridad esperándome al volver.

—No estás pensando con claridad —respondió Cham—. Ella no sabe lo profunda que es esta conspiración, por eso ha venido a buscar a las únicas personas que seguro que no están implicadas: Vader y el Emperador. No se irá a ninguna parte hasta que los encuentre. Confía en mí, Belkor. Ayúdame a encontrar al Emperador, y entonces yo me aseguraré de que tú encuentres a Mors.

Belkor escuchaba esas palabras, incluso las comprendía, pero no tenía la capacidad de analizarlas. Sabía que estaba agotado, demasiado estresado para pensar. Cham tenía razón. *No* estaba pensando con claridad. Quería volver atrás, empezar el día de nuevo, tomar unas decisiones distintas. No quería ser responsable de las muertes de cientos o miles de imperiales a bordo del *Peligro*. No quería tener un cadáver sentado a su lado. Debería pegarse un tiro ahora mismo. Sabía que debería hacerlo, pero sabía que no era capaz. En lugar de ello, miró a través de la burbuja de la carlinga, respiró profundamente y gritó hasta tener la voz ronca y quedarse sin aliento.

—Vamos a acabar con todo esto, Syndulla.

—

Cham se guardó el comunicador encriptado en el bolsillo, frunciendo el ceño. Belkor le daba un poco de lástima. Cham lo había encerrado en una caja de la que no podía salir. No había otra salida que la muerte. La única variable era si se enfrentaría primero a un inquisidor imperial. Cham negó con la cabeza, agitando sus lekku.

—Faylin, tú y Kallon tenéis que irnos siguiendo, a intervalos de media hora. Os daré un rumbo y la distancia a mantener. No nos perdáis. Quizá os necesitemos para evacuarnos.

—Entendido —dijeron los dos.

—¿Y Belkor? —le preguntó Isval.

—Es inestable —respondió Cham.

—Sí —convino Isval, comprobando las cargas de potencia de sus blásteres.

—Nos seguirá con su nave de reconocimiento. Si necesitamos los cazas Ala-V como soporte aéreo, los podemos llamar.

—Vader derribó dos de nuestros cargueros armados desde el suelo. No sé si…

Cham la interrumpió, con una voz más dura de lo que pretendía.

—¿Tienes alguna idea mejor, Isval? Estoy haciendo lo que puedo, utilizando todos los recursos que tengo. Mejor tener los cazas que no tenerlos, ¿no crees?

Al principio le sentó un poco mal el tono de Cham, pero entonces se le oscureció la piel y levantó la barbilla.

—Sí, mucho mejor —respondió Isval. Después se dio la vuelta y se alejó. Cham se la quedó mirando. Era como si siempre estuviera viéndola alejarse.

—Goll, ¿estás listo? —preguntó Isval, guardando sus blásteres.

—Listo.

—Cham, tú y yo iremos delante. El resto de tu equipo irá en formación estándar, veinte metros por detrás. ¡Vamos, equipo!

—Ya la habéis oído —le dijo Goll a su grupo, y todos respondieron afirmativamente.

—Todo el mundo en silencio —dijo Cham. Su mejor oportunidad era pillar desprevenidos a Vader y al Emperador.

Isval, Goll y Cham se adentraron en la jungla. Goll los llevaba tan rápido como podía por donde se habían ido Vader y el Emperador. Cuando estaban en plena jungla, Cham se empezó a plantear si realmente sería posible pillar desprevenido a Vader.

—

Mors pilotaba el transporte, y uno de los oficiales de Steen hacía de copiloto. La mitad de los soldados de asalto y cuatro oficiales de Steen de la base de comunicaciones estaban sentados en el compartimento de pasajeros de la lanzadera. Mors observaba la noche de Ryloth a través de la ventana. Habían salido dos de las lunas del planeta, dos arcos espectrales que proyectaban una luz pálida sobre las copas de los árboles. La extensión oscura de la selva ecuatorial era todo lo que Mors podía ver en todas direcciones, salpicada por algunos claros y algún desfiladero profundo.

El terreno intimidaba a Mors. Ella trabajaba en un despacho y no tenía experiencia alguna en operaciones de búsqueda. Steen tampoco. Ninguno de ellos. Con la ayuda de la computadora de navegación, uno de los jóvenes oficiales de Steen se había esforzado por delimitar un perímetro de búsqueda. Pero era una zona muy extensa y Mors no tenía muy claro lo que estaban buscando: ¿una nave caída pero intacta? ¿Un campo de escombros? ¿Supervivientes a pie? ¿Cuerpos? Iban muy lentos, con mucho cuidado, observando atentamente los resultados del escaneo y confiando en tener suerte.

—¿Eso es algo? —preguntó el copiloto, señalando unos signos de vida en el escáner. Era un oficial de mediana edad, con una gran barriga y unas orejas prominentes que le salían por debajo del gorro.

—Es un animal —respondió Mors, comprobando el escáner—. Uno muy grande. Un lylek, probablemente. Dicen que abundan mucho en esta jungla.

El copiloto suspiró con impaciencia.

—Más de mil naves y cápsulas salieron del *Peligro*. No hemos visto ninguna. Y tampoco hemos encontrado otras naves de búsqueda. Hubiera jurado que encontraríamos alguna nave o cápsula nada más recorrer diez kilómetros, aunque fuera por accidente.

—Pues te equivocabas —respondió Mors—. Es un planeta muy grande y la ola expansiva de la explosión debió de dispersar muchísimo las cápsulas de escape. Están todas repartidas por el hemisferio occidental. Como las comunicaciones están limitadas a la línea de visión, es como ir en barco intentando encontrar mil boyas flotando en medio del océano. Te puedes pasar días enteros sin encontrar nada, ni siquiera otros barcos. Francamente, creo que tenemos suerte de al menos contar con un punto de salida.

—Supongo —dijo el copiloto. Señaló con la barbilla fuera de la carlinga—. Con punto de salida o sin él, eso de ahí es mucho espacio, señora.

Mors sólo pudo asentir. Sabía que estaban ante miles de kilómetros cuadrados de terreno escarpado, de modo que el escaneo era lento e impreciso.

Por décima vez desde que dejaron atrás la base de comunicaciones, Mors se preguntó si había sido un error salir a buscar a Vader y el Emperador. Quizá tendría que haberse llevado a Steen y a los soldados de asalto al centro de operaciones para arrestar a Belkor, recuperar el control y *entonces* ir tras Vader y el Emperador.

Pero claro, si la conspiración de Belkor abarcaba varios oficiales, iban a matar a Mors bajo cualquier pretexto mucho antes de que llegara al centro de operaciones. O bien recuperaría el control, pero cuando lo hiciera Vader y el Emperador ya habrían muerto a manos de los rebeldes, que también iban tras ellos. No, su objetivo era encontrar primero a Lord Vader y al Emperador y entonces reunir a todas las fuerzas leales, antes de hacer un movimiento en contra de Belkor.

Pero para encontrarles, necesitaría más suerte que otra cosa.

Se frotó los ojos fatigados, se quedó un rato mirando a la luna y se puso otra vez a estudiar los resultados del escaneado.

—

Cham e Isval iban varios pasos por detrás de Goll. Dejaban que el gran twi’lek hiciera su trabajo sin molestias ni interrupciones. Goll trabajaba rápido y en silencio, refunfuñando de vez en cuando al examinar el suelo, un árbol, hojas o la maleza. Tenía todo el tiempo la frente fruncida, con unas arrugas tan profundas como los desfiladeros de esta jungla.

De vez en cuando se paraba en seco, con las manos en las caderas, como para pensar o para observar algún detalle, y al cabo de poco seguía adelante. Cham llamaba regularmente a Faylin, Kallon y Belkor para que pudieran seguirles desde sus naves. Todo el rato tenía uno de sus comunicadores en la mano.

—Puedes empezar a hacer malabares con esas cosas —dijo Isval.

Cham sonrió al volver a llamar a Faylin y Kallon para darles su ubicación. Les había pedido que no estuvieran en el aire más tiempo de lo necesario para evitar que los

detectara cualquier nave imperial que pasara por la zona. Sólo necesitaba que permanecieran a distancia de comunicación.

De repente Goll se detuvo, inclinando la cabeza hacia un lado. Con una mano, se acarició su lek derecho. Entonces miró a izquierda y derecha.

—¿Qué pasa? —le preguntó Isval, pero Goll levantó la mano para pedirle silencio.

Les hizo una señal para que esperaran y siguió caminando, con la tenue luz roja cerca del suelo mientras avanzaba entre los árboles y la maleza. Isval no tenía ni idea de lo que Goll estaba viendo pero, por sus hombros encorvados, quedaba claro que estaba tenso. Isval también estaba encorvada, tensa, apretando demasiado los blásteres. Hizo una respiración profunda.

Un suave silbido de Goll les indicó que podían seguir adelante. Isval y Cham se lo encontraron parado en el borde del claro, con las manos en la cintura, mirando hacia delante.

—¿Veis? —preguntó cuando Isval y Cham llegaron a su lado.

El claro se extendía más allá del alcance de la visión nocturna de Isval.

—Estoy viendo un claro —respondió Isval—. ¿Qué más se supone que tengo que ver?

—No era un claro hasta hace poco. ¿Veis todas las ramas rotas? ¿La tierra removida? ¿Los árboles caídos?

Después de la explicación de Goll, todos estos detalles parecían obvios.

—Una horda —dijo Cham.

—Exactamente —respondió Goll, suavemente—. Y me apostaría lo que fuera a que perseguían al grupo del Emperador. El tiempo cuadra.

—¿Lyleks? —preguntó Isval, admirada pensando en la cantidad de criaturas que haría falta para devastar este trozo de jungla. Habían arrasado con todo a su paso—. ¿Y ahora cómo podremos seguir el rastro de Vader?

—La horda ha borrado el rastro que dejaban los humanos —explicó Goll—, pero cuando te persigue una horda, casi siempre te atrapa. Basta con seguir la horda.

—Y… ¿y si la encontramos? —preguntó Isval. Nunca había visto un lylek de cerca y no tenía ganas de hacerlo.

—La pregunta que tenemos que hacernos es: *¿Y si no la encontramos?* —dijo Cham, dejando en el aire las implicaciones de su pregunta.

Isval entendió lo que quería decir. Si Vader y el Emperador podían encargarse de una horda de lyleks, un grupo de twi'leks revolucionarios no les supondría una gran amenaza.

—Llegados a este punto, no podemos dar marcha atrás —dijo ella.

—Sí, es como lo que le decía a Belkor —le recordó Cham a Isval—. Pero si nos encontramos con una horda, estamos todos muertos.

Goll dio un gruñido de conformidad.

—Aun así… —dijo Isval, pensando en Pok, Eshgo, Drim y todo el mundo que murió a manos de Vader y el Imperio—. Aun así…

Isval se quedó mirando a Cham, como si quisiera convencerle para tomar la decisión correcta.

Pasó un rato antes de que Goll volviera a hablar:

—Entonces, ¿qué vamos a hacer, Cham?

—Vamos a seguir la horda —dijo Cham, señalando el rastro que habían dejado los lyleks en el suelo de la jungla—. Llegados a este punto, no podemos dar marcha atrás.



CAPÍTULO DIECISÉIS

Vader se dejó envolver completamente por la Fuerza. A través de ella, canalizaba y magnificaba su ira y su odio omnipresentes. A su lado, el Emperador se entregaba desenfrenadamente a su conexión con la Fuerza. Al unísono, saltaron desde la abertura del túnel.

En cuanto cayeron al suelo, el enjambre entero de lyleks se les tiró encima. Cientos de ellos, como un maremoto de patas afiladas y mandíbulas cortantes. Cargaban levantando la parte superior del cuerpo, para poder usar las patas frontales como lanzas. En su desesperación por matar y alimentarse, se subían los unos encima de los otros.

Vader extendió una mano enguantada y lanzó un golpe de Fuerza que partió en dos a la pareja de lyleks que en ese momento se abalanzaba sobre él. Una lluvia de sangre y trozos de caparazón cayó sobre los que estaban detrás. Al mismo tiempo, su maestro descargaba una oleada de poder destructor sobre tres de estas enormes criaturas, que salieron disparadas contra la pared y quedaron malheridas, retorciéndose, aullando y ya casi moribundas.

Vader se lanzó hacia delante, empuñando la espada de luz. Se agachó para evitar un tentáculo, esquivó una pata afilada y con un corte transversal decapitó un lylek que se le venía encima. Aplastó el cráneo bajo la bota y utilizó la Fuerza para lanzar el cuerpo decapitado de su víctima contra las tres criaturas que tenía tras él, las cuales quedaron atrapadas en una maraña de extremidades y tentáculos.

Al sentir que se le acercaba un peligro por detrás, Vader se dio la vuelta y le cortó las patas frontales a otro lylek que iba a empalarlo por la espalda. Saltó encima del cuerpo de la criatura, que huía estremeciéndose. Utilizándolo como montura, atacó y acabó con

varios de sus compañeros. Acabó con los aullidos de dolor de la criatura clavándole la espada en el abdomen.

Saltando desde el lomo de la criatura moribunda, Vader se lanzó hacia la masa furiosa de lyleks, que no podían apenas atacar o morder, porque su espada de luz iba amputando patas, tentáculos, cabezas y mandíbulas, cubriendo el suelo de miembros ensangrentados. Los impactos de los tentáculos y las patas apenas lo inmutaban. Estos ataques no atravesaban completamente su armadura, y él poco dolor que lograban infligir no podía superar el dolor que siempre llevaba consigo.

Una pata afilada le golpeó por un lado, y Vader salió propulsado hacia los tentáculos de otro lylek, que inmediatamente lo atrapó y lo levantó del suelo, boca abajo.

Mientras estuvo ahí colgado, otro lylek se lanzó hacia delante con la boca abierta como para arrancarle la cabeza. Su espada de luz entró por la boca de la criatura y salió por el otro lado de su cráneo, y la criatura se derrumbó al instante. El lylek que lo tenía atrapado lo atrajo hacia su propia boca, pero Vader sólo tuvo que hacer un giro con la cintura y cortar uno de los tentáculos que lo agarraban. Dio una vuelta en el aire y cayó de pie, se giró y amputó las patas delanteras del lylek que tenía delante. La criatura se desplomó, chillando y echando sangre por las patas, y todo su cuerpo se desplomó sobre Vader entre espasmos de dolor. El impacto lanzó a Vader hacia atrás, pero aprovechó el movimiento para asestar un golpe horizontal que partió en dos la cabeza de otro lylek. Había matado más de diez criaturas, quizá más de veinte, pero seguían llegando más. La masa de cuerpos restringía sus movimientos, lo atrapaba. El suelo estaba cubierto de patas afiladas.

Rugiendo, esquivaba, saltaba y giraba a través de la horda, sesgando y apuñalando con su espada, hasta que un tentáculo le golpeó en pleno pecho y lo envió hacia atrás. El lylek que le había golpeado lo siguió, alargando los tentáculos, entreabriendo la mandíbula y levantando las patas delanteras como lanzas. Mientras tanto, la pata de otro lylek le golpeó en la espalda. Su armadura evitó que la pata lo atravesara, pero el impacto lo lanzó hacia el lylek que cargaba contra él.

Vader tropezó, pero logró levantar una mano y descargar un golpe de Fuerza, que lanzó a la criatura atacante cinco metros hacia atrás, hasta empotrarla en la pared. Necesitaba un momento para recuperarse y comprobar cómo estaba su maestro, así que utilizó la Fuerza para saltar sobre la masa de lyleks hasta un saliente en la pared, a cinco metros de altura. Los lyleks que dejó atrás hicieron rechinar las mandíbulas y agitaron los tentáculos, frustrados, subiéndose los unos sobre los otros en su desesperación por ir hacia la pared.

Desde un saliente que estaba cerca de la abertura del túnel, Vader escuchó los gritos de los guardias y el sonido retumbante de los disparos constantes. Las paredes vibraron cuando explotó una granada.

Utilizando la Fuerza, Vader dio un salto hacia la boca del túnel. Deez y el capitán estaban arrodillados, con sus rifles bláster apoyados en el hombro, disparando contra los lyleks que intentaban avanzar hacia ellos por el túnel. Con un simple gesto, Vader soltó

una descarga de Fuerza que destruyó por completo a los lyleks que iban delante y echó para atrás a una docena más de criaturas.

—¿Dónde está el Emperador? —dijo gritando el capitán al ver a Vader. Deez seguía disparando.

Vader se volvió y miró hacia abajo. Su maestro estaba rodeado por una docena o más de lyleks. Giraba, esquivaba y saltaba, y su espada de luz se movía tan rápida que casi se veía borrosa. Parecía diminuto entre esos cuerpos enormes, pero se movía a una velocidad sobrenatural. Su espada no paraba de rasgar, cortar y mutilar. Estaba riendo con esas carcajadas tan familiares que, por alguna razón, se oían por encima de los sonidos de la horda.

Pero entonces, una veintena de lyleks se lanzaron sobre él a la vez y desde todos los lados, amontonándose, lanzando golpes con sus garras afiladas y formando una especie de red retorcida con sus tentáculos. Palpatine desapareció debajo de esa masa de enormes cuerpos quitinosos.

A Vader le asaltó un pensamiento. Un pensamiento aislado, que duró tan solo un momento: si su maestro moría, Vader dominaría el Imperio y la galaxia se libraría de las ataduras de ese anciano…

Apartó el pensamiento, saltó desde la boca del túnel, dio una vuelta en medio del aire y cayó sobre uno de los lyleks, que se desplomó retorciendo los tentáculos. La espada láser de Vader entró por la espalda y salió por el abdomen, matando inmediatamente a la criatura.

Unos tentáculos intentaron apresarle desde izquierda y derecha. Un tercer lylek se encaramó a la criatura muerta para intentar atraparle, pero Vader saltó desde el cadáver sobre el que estaba hasta la espalda de otro lylek, a un metro de ahí, y lo atravesó con su espada de luz.

—¡Maestro! —gritó, todavía sin poder ver al Emperador entre todas aquellas criaturas.

Un golpe de poder desde debajo de la horda hizo saltar a cuatro lyleks hasta diez metros de alto. Sus cuerpos se partieron por la fuerza del impacto, y cayeron trozos de patas y tentáculos como una lluvia macabra. Su maestro estaba en el centro del círculo de lyleks supervivientes, con el pelo enmarañado, la túnica rasgada y la espada de luz en la mano, aparentemente indemne.

Vader saltó junto a su maestro. Se colocaron espalda contra espalda.

—Maestro —dijo Vader.

—Lord Vader —respondió su maestro, con una risita—. Es divertido, ¿no? ¿Te has planteado dejarme morir para seguir tus propias ambiciones?

Vader ni siquiera intentó mentir.

—Lo he pensado, pero sólo por un momento.

—Muy bien —respondió su maestro—. Muy bien.

Como si siguieran órdenes, los lyleks se les lanzaron encima desde todas direcciones. Vader y su maestro canalizaban la Fuerza y descargaban oleadas de poder que golpeaban

a las criaturas, destrozando a varias de ellas y catapultando a seis o siete más contra la pared. Pero los lyleks seguían viniendo, chillando, intentando atraparles.

Vader y su maestro estaban en medio de la horda, espalda contra espalda, con sus espadas de luz convertidas en líneas rojas asesinas que las patas, tentáculos y cuerpos de los lylek no podían franquear. Los cadáveres se apilaban a su alrededor en una montaña de criaturas muertas, pero la horda seguía acercándoseles. Los dos ya estaban cubiertos de sangre y vísceras, desatados en la Fuerza, entregados a su capacidad desenfrenada para matar.

Vader notó un nuevo peligro antes de que se materializara: desde detrás de la masa de cadáveres, un lylek saltó sobre él y su maestro, con las patas afiladas apuntadas para empalarles. Vader respondió con un salto aumentado por la Fuerza, cogiendo la espada de luz con las dos manos, interceptando a la criatura en pleno salto y cortándola en dos con el rayo rojo de su espada.

Cayó sobre un lylek muerto, e inmediatamente volvió de un salto al lado de su maestro. Aterrizó agachado, esperando que se le tiraran encima los lyleks restantes. No obstante, vio que se estaban apartando.

Pronto entendió el porqué. Estaban abriendo paso para que se acercara la reina.

—Has percibido el peligro pequeño pero no el grande —le dijo su maestro—. Aquí lo tienes ahora.

—

La calma de la selva desconcertaba a Isval. Parecía que la horda de lyleks le hubiera arrebatado toda vida, o que todas las criaturas estuvieran en silencio, resguardadas, pensando en la siguiente oleada de cosas terribles. La forma en la que los lyleks habían arrasado el terreno le hubiera parecido imposible si no lo hubiera visto con sus propios ojos. Árboles arrancados de raíz, troncos desmenuzados, maleza aplastada en la tierra… Pero sabía que dentro de un mes, todo volvería a crecer y sería como si no hubiera pasado nada.

«De eso podemos aprender», pensó.

Isval y Cham caminaban a toda prisa junto a Goll. Podían cubrir mucho terreno ahora que el rastro era tan fácil de seguir. Los seguía el equipo de Goll, rompiendo el silencio con el sonido de su armamento y equipo. Kilómetro tras kilómetro, Isval tenía tiempo de pensar en el desenlace de todo aquello.

—¿Qué esperamos encontrar aquí? —le preguntó Isval a Cham—. ¿Cuerpos?

Cham se encogió de hombros y miró a Goll.

—Si los lyleks los han atrapado, no quedará nada de los cuerpos —explicó Goll—. Pero habrá indicios de un festín frenético. Eso nos dirá todo lo que necesitamos saber.

Pensar en Vader y el Emperador destripados por una jauría hambrienta de depredadores de Ryloth parecía bastante apropiado. No obstante, Isval había visto las cosas que Vader podía hacer. Cosas que nadie debería poder hacer.

—¿Y si no ha habido ningún festín frenético? —preguntó Isval—. ¿Y si han escapado?

—Nadie escapa a pie —respondió Goll.

Isval no estaba tan segura.

Al cabo de media hora, empezaron a encontrar el primer cadáver de lyleks. El cuerpo estaba tumbado sobre la maleza.

Le faltaba la cabeza. Isval examinó su anatomía, que estaba formada por pinchos y extremos afilados y cubierta por un exoesqueleto quitinoso que parecía curtido como una piedra y más resistente que una armadura. Sus tentáculos eran extensiones gomosas más gruesas que los brazos de un humano.

—Disparo de bláster —informó Goll, examinando los restos del cuello del lylek—. ¿Veis la quemadura? Seguramente esta es la única forma de derribar a una de estas cosas.

—Si han matado a la horda entera, ¿podrás volver a encontrar el rastro? —preguntó Cham.

Goll le miró con incredulidad.

—Cham, una cosa es matar un lylek. Quizá hayan tenido suerte. Pero erradicar una horda entera con disparos de bláster mientras vas a pie… es como intentar matar a una tormenta de arena. Es una fuerza de la naturaleza. Te engulle y apenas sabes que estás ahí.

—¿Podrías volver a encontrar el rastro, Goll?

—Yo… sí, supongo. Hay muchas variables, evidentemente, pero…

—Muy bien —dijo Cham.

Pronto encontraron más cadáveres, todos con impactos en la cabeza.

—Nos estamos acercando —dijo Goll suavemente—. Atención, todo el mundo.

Llegaron hasta un desfiladero. Los tres se quedaron boquiabiertos. Se quedaron mirando durante un buen rato, observando sin hablar, asombrados.

Goll rompió el silencio con una blasfemia en voz baja.

Había docenas de cadáveres de lylek esparcidos por el lecho y por las paredes del desfiladero. La mayoría tenían marcas de disparos en la cabeza, pero los demás habían sido destruidos con otro tipo de fuerza. Las piernas estaban rotas y retorcidas, los exoesqueletos partidos y quebrados. Un cadáver estaba medio enterrado en la pared, al otro lado del desfiladero. Goll examinaba la escena, frunciendo el ceño como hacía siempre.

—La horda no ha salido de aquí —dijo—. Los lyleks hacen sus nidos bajo tierra. Esto debe de ser una entrada —le explicó, aunque a Isval no le parecía que estuviera convencido—. Probablemente hay muchos agujeros en la pared de este desfiladero que conducen al nido. Pero no…

—¿Ha habido un festín? —le preguntó Cham.

Isval sabía la respuesta antes de que Goll lo dijera.

—No lo… no, no lo creo —respondió Goll—. Seguidme.

Isval vaciló durante un momento, al imaginar la horda de lyleks saliendo de los agujeros y atrapándolos en el desfiladero.

—Quedaos aquí y cubrid las inmediaciones —ordenó Isval al equipo de Goll, que se distribuyó a lo largo del desfiladero, mirando hacia abajo sin dar crédito a lo que veían.

—Todo el mundo alerta —ordenó Goll, antes de empezar a bajar por la ladera, usando lo que quedaba de la maleza para ir bajando. Cham e Isval le siguieron.

El pequeño arroyo que antes recorría el desfiladero se había convertido en una pasta de sangre mezclada con barro. Al ver todos esos cadáveres, Isval no podía ni imaginar lo que Vader y el Emperador habían hecho para destrozar a los lyleks de aquella manera.

—¿Granadas? —preguntó Goll, pero Isval no vio indicios de fuego ni explosiones.

—Tiene que ser algo que no hemos visto —respondió Cham.

—Esto son superdepredadores —dijo Goll con incredulidad—. Fortificamos nuestras ciudades por miedo a enfrentarnos a unas cuantas de estas criaturas. Pero un grupo de cuatro personas a pie… ¿se enfrenta a una horda? Esto son superdepredadores —insistió Goll.

«Vader es el superdepredador», pensó Isval, sin atreverse a decirlo en voz alta.

Goll examinó la tierra revuelta que había alrededor de lo que parecía un túnel de entrada que se había derrumbado. Por encima de la tierra sobresalía una enorme maraña de raíces y la parte trasera de un lylek. El resto había quedado enterrado.

—Ha habido mucha actividad en este túnel —dijo Goll, examinando el suelo—. Como si estuvieran intentando entrar a buscar algo. Probablemente Vader y su grupo se escondieron en este túnel y entonces lo derrumbaron para bloquear a sus perseguidores —dio unos pasos atrás, mirando a izquierda y derecha—. Habrá muchos túneles cerca que lleven hasta el nido. Seguramente toda esta montaña está llena de túneles que bajan hasta las profundidades. No creo que hayan escapado sólo derrumbando este túnel. Los lyleks los habrán perseguido a través de algún otro.

—¿Dices que Vader está bajo tierra? —exclamó Cham.

—Sí, te estoy diciendo que está bajo tierra —respondió Goll—. Y probablemente el resto de la horda también.

—Lo que queda de la horda —puntualizó Isval, mirando los cadáveres.

—Si salen —preguntó Cham—, ¿tendrán que salir por aquí?

—Eso es mucho suponer, Cham.

—Pero si salen… —insistió Isval.

Goll negó con la cabeza.

—He visto reproducciones holográficas de nidos de lyleks. Son laberínticos. Hay muchos puntos de entrada y de salida. Si el Emperador y Vader logran sobrevivir de alguna forma ahí abajo, podrían salir por cualquier parte. Digamos a un radio de diez kilómetros de aquí. Lo siento, Cham. Creo que los hemos perdido.

La piel de Cham se oscureció. Indicio de frustración. Isval apretó los puños.

Cham activó su comunicador:

—Kallon, Faylin, creemos que Vader y el Emperador están bajo tierra. Pueden salir por cualquier parte en un radio de quince kilómetros de nuestra ubicación actual. Empezad un barrido aéreo. Si encontráis cualquier cosa, avisad inmediatamente.

—Si hay alguna nave por aquí cerca, nos podrán detectar —le advirtió Kallon.

—Lo sé —dijo Cham—. Pero hacedlo.

Después de que Kallon y Faylin confirmaran la orden, Cham tomó el comunicador encriptado que utilizaba con Belkor y le repitió lo mismo. Isval sólo podía escuchar la mitad de la conversación, la parte de Cham.

—Podrían, Belkor, pero lo dudo —dijo Cham, mirando a todos los lyleks muertos y al túnel derrumbado—. Tú no estás viendo lo que yo veo. Tú limítate a empezar el barrido aéreo. Ya lo sé. Hazlo —ordenó, y cortó la conexión.

—A estas alturas ya podrían estar fuera, Cham —observó Goll—. Esa estimación de diez kilómetros es sólo eso, una estimación.

—Ya me doy cuenta de ello —le dijo Cham, aclarándose la garganta—. ¿Qué opciones tenemos? ¿Qué más tenemos?

Goll se encogió de hombros.

—Podríamos bajar a perseguirles —propuso Isval.

—Eso *no* es una opción —respondió Goll.

—No tenemos el material para ello y es demasiado peligroso —dijo Cham.

—No saldría nadie con vida —afirmó Goll—. Te lo puedo garantizar.

La irritación de Isval por la situación hizo que empezara a gritarle a Goll.

—¿También me garantizas que Vader no saldrá, entonces? ¿Que están todos muertos ahí abajo?

Goll se puso las manos en la cintura, miró todos esos lyleks muertos y negó con la cabeza.

—No. Después de ver todo esto, no. Si esto no los ha matado, no sé qué puede matarlos.

Su comentario hizo estallar la burbuja de ira de Isval.

Goll miró hacia el cielo, a través de las aberturas en la espesura de la jungla.

—El viento trae lluvia. ¿Lo oléis?

Como si estuviera esperando la señal, retumbó un trueno.

—¿Qué clase de hombres estamos persiguiendo, Cham? —preguntó Goll—. Nunca había visto ni oído algo semejante.

Cham negó con la cabeza, y sus lekku se estremecieron. Isval era la única que tenía la respuesta, pero no se atrevía a pronunciarla.

Superdepredadores. Esa era la clase de hombres que estaban persiguiendo.

—

Vader y el Emperador empequeñecieron bajo la sombra enorme de la reina. Se hizo el silencio y podían oír su respiración, fuerte y húmeda. Cada una de sus seis patas tenía un

grosor de un metro y medio y terminaba en unos pinchos afilados que parecían espadas. Tenía cuatro tentáculos en lugar de dos, cada uno de diez metros de largo y grueso como la cintura de un hombre. Terminaban en unas puntas brillantes y quitinosas que desprendían un líquido viscoso, que podría ser sangre o quizá veneno. Su boca podía partir en dos a un humano.

Avanzaba lentamente, agitando los tentáculos, golpeando el suelo con sus patas con un repiqueteo rítmico. Al acercarse a ellos, bajó la cabeza y siseó. Sus mandíbulas parecían estar masticando el aire.

Palpatine tenía una sonrisa en los labios, esa sonrisa cómplice que lo caracterizaba.

—¿Empezamos, Lord Vader?

Vader respondió únicamente con el sonido de su respiración.

La reina se puso en movimiento de golpe, al mismo tiempo que Vader y el Emperador.

Un tentáculo se lanzó hacia Vader, que saltó por encima de él, esquivando de paso un segundo tentáculo. Atacó con su espada láser, pero la reina retiró el tentáculo a tiempo y la espada dejó un rastro chamuscado en el suelo de roca. Saltó sobre ella, haciendo una voltereta en el punto culminante de la trayectoria, y al caer sobre ella cogió la espada con las dos manos y la apuntó hacia abajo para empalarla.

La reina se hizo a un lado y lanzó un tentáculo que golpeó a Vader y lo lanzó al suelo. Se dio la vuelta para tirársele encima, pero Palpatine se le puso delante de un salto, agachándose y esquivando rápidamente las embestidas de sus tentáculos y sus patas afiladas. Asestaba golpes rápidos con la espada de luz a cada oportunidad que tenía. Pero no lograba cortarlos, tan solo dejarles marcas.

La reina se lanzó sobre el Emperador, que dio un salto hacia atrás y cayó unos metros más allá. Vader se puso en pie de un salto, esquivando el empalamiento de la afilada punta quitinosa de uno de sus tentáculos. Se encontró cara a cara con cinco lyleks, que siseaban nerviosamente y agitaban los tentáculos. Le clavó la espada a uno en plena cabeza, saltó hacia atrás por encima de otro, aterrizó en el suelo y le cortó las patas traseras.

A su derecha su maestro hizo un gesto y, utilizando la Fuerza, levantó del suelo a dos de los lyleks. Vader y su maestro no intercambiaban ni una palabra, pero los dos sabían exactamente lo que iba a hacer el otro. Con un movimiento delicado de la mano, el Emperador arrojó los dos lyleks hacia Vader, que agitaban histéricamente los tentáculos y tenían la barriga al descubierto. Girando rápidamente, Vader asestó dos golpes con su espada de luz y los partió por la mitad. Las cuatro piezas ensangrentadas restantes cayeron al suelo con un golpe seco.

Desde arriba, varios disparos bláster impactaron en el lylek que todavía tenía delante. Varios disparos rebotaron en su caparazón, pero uno finalmente le dio en la cabeza y lo derribó. Vader miró hacia arriba y vio a Deez, arrodillado en la boca del túnel, disparando a la jauría con su rifle bláster.

Vader interceptó a otro lylek que se le echaba encima golpeándolo con la espada de luz, que le sesgó las piernas y dejó a la criatura soltando aullidos espasmódicos. Vio a su maestro esquivando los rápidos ataques insistentes de los tentáculos de la reina. El Emperador giraba, daba vueltas y saltaba, asestando golpes con su espada de luz a cada ocasión. Cada vez que la espada golpeaba los gruesos tentáculos, dejaba unas marcas negruzcas de las que emanaba una sangre espesa. Parecía que el dolor sólo servía para enfadar más a la reina.

Vader dio un salto muy alto y cayó junto a su maestro. La reina rugió y descargó una ráfaga de golpes. Trabajando en tándem, desviaban los golpes, contraatacaban y abrían docenas de agujeros en los tentáculos con las espadas, que en sus manos se convertían en nubes de luz borrosa. La reina los obligaba a retroceder, y de vez en cuando tenían que desviar la atención a un lylek que les atacaba o intentaba saltarles encima desde un lado. Moviéndose al unísono, como si fueran una sola persona, los dos lores Sith giraban como un compás alrededor de un centro invisible, esquivando, golpeando y matando. Frustrada, la reina se lanzó sobre ellos con una velocidad sorprendente. Su cuerpo enorme los golpeó a los dos y los lanzó hacia atrás. Con la rapidez de un rayo, intentó morderlos…

El Emperador se tiró al suelo para evitar la mordedura. Cuando la reina le atacó con las patas, era como si hubiera recibido una avalancha de lanzas. Las patas afiladas golpeaban con fuerza en el suelo. Palpatine rodó por debajo del cuerpo gigantesco de la reina, mientras Vader alcanzaba sus tentáculos con la espada de luz. La sangre de sus múltiples heridas salpicaba en todas direcciones. La reina estaba intentando aplastar a su maestro con su enorme masa. Vader se dio cuenta de sus intenciones, subió la mano y la levantó, gruñendo por el esfuerzo, durante la fracción de segundo que necesitó su maestro para salir rodando de debajo de ella. Y entonces volvieron a empezar, haciendo zumbar sus espadas por el aire. La reina siseó, agitando sus tentáculos malheridos, golpeando con las patas y agachándose hacia atrás.

—¡Mi Emperador! —gritó Deez desde arriba, disparando contra la reina tan rápido como podía apretar el gatillo.

Los disparos salieron despedidos del caparazón de la reina y empezaron a rebotar incontroladamente por la caverna. Vader utilizó su espada de luz para desviar uno a la cara del lylek más cercano, matándolo al momento. A su lado, su maestro le partió la cabeza a otro lylek que se le acercaba. Vader decidió acabar todo este asunto.

—Maestro —dijo simplemente.

—Adelante —respondió el Emperador.

Vader corrió hacia delante y saltó hacia arriba. Cuando alcanzó el punto álgido del salto, su maestro utilizó la Fuerza para propulsarlo, hasta que Vader cayó sobre la espalda de la reina.

La reina empezó inmediatamente a dar sacudidas, agitando sus tentáculos. Vader le clavó la espada de luz en la espalda. Sorprendentemente, la espada sólo le impactó parcialmente, y entonces resbaló hacia un lado. La reina aullaba y soltaba sonidos agónicos. Vader volvió a coger el arma con las dos manos, preparándose para asestarle

otro golpe, pero la reina se estremeció con fuerza y lo lanzó al suelo. Cayó cerca de su maestro, que lo agarró del brazo y lo puso en pie con una fuerza asombrosa.

La reina giró a su alrededor y lanzó una vez más los tentáculos hacia Vader y su maestro. Acto seguido, saltó hacia delante e intentó morder violentamente a Vader. Los dos esquivaron sus ataques con su sincronía habitual y le golpearon la cabeza con sus espadas de luz. Ambos dieron en el blanco. El Emperador hizo un corte profundo en el exoesqueleto reforzado de la cabeza y Vader le destruyó un ojo. La reina aulló y retrocedió, sangrando por la cuenca del ojo y agitando los tentáculos descontroladamente. Deez seguía disparándole, pero parecía que los disparos no le hacían prácticamente nada. El dolor de la reina hizo que el resto de lyleks enfurecieran y cargaran desde todas direcciones.

Vader dio un paso atrás y saltó hacia lo alto de la pared. Quedó colgando del estrecho saliente, con las botas apoyadas en la roca. Pensaba que su maestro iba a hacer lo mismo, pero no. Estaba en el centro de la jauría, girando, cortando, matando. Deez dejó de disparar a la reina y se centró en los lyleks que atacaban al Emperador, aunque el movimiento frenético del combate le impedía apuntar correctamente. Sus disparos rebotaban en los caparazones y salían despedidos.

La reina se recuperó lo suficiente como para observar toda la escena. Se fijó en Vader, colgado en la pared, aparentemente vulnerable. Se lanzó hacia él, aullando. Se abría paso entre los lyleks, agitando salvajemente los tentáculos hacia él. El ojo que le quedaba estaba fijado en Vader y abrió la boca con un siseo prolongado.

Abajo, una explosión de rayos de Fuerza destrozó a unos cuantos lyleks y Palpatine se quedó en el centro de un círculo de criaturas muertas y chamuscadas. Intercambió una mirada con Vader y asintieron con la cabeza. Vader sabía que tenía que mantener su posición mientras la reina se acercaba.

Palpatine levantó las manos y lanzó una tormenta de rayos de Fuerza hacia la reina, que la cubrieron de líneas azules crepitantes. La reina chilló y se estremeció, agónica. Vader vio como sus mandíbulas se abrían completamente, mostrando varias filas de dientes, mientras los rayos causaban estragos en su caparazón y en los órganos interiores, quemándola por fuera y por dentro.

Vader actuó rápidamente. Utilizando la Fuerza, saltó de la pared directamente sobre su cabeza. A pesar del dolor, la reina consiguió atraparlo a medio salto con un tentáculo, que se cerró con fuerza en su cintura. La armadura cedió ante tanta presión y Vader gritó de dolor. No obstante, como siempre, Vader permitió que el dolor lo conectara todavía más con la Fuerza.

La reina lo levantó y se lo acercó a su cara herida, a lo que le quedaba de ojo, a la boca abierta en un siseo frenético. Exactamente como Vader había previsto.

—¡Acaba con ella! —gritó su maestro.

Vader lanzó la espada de luz al interior de su boca abierta, guiándola con la Fuerza, haciéndola girar rápidamente como un motor hacia el interior de su garganta. La reina se atragantó, retrocedió y abrió al máximo el ojo bueno en expresión de dolor y confusión.

Vader mantenía el control mental sobre su espada, que seguía dando vueltas, sesgando las entrañas de la criatura. Desesperada, la reina lanzó instintivamente un tentáculo afilado y venenoso hacia el pecho de su víctima.

Ayudado por la Fuerza, agarró la punta con su mano enguantada y lo paró antes de que pudiera alcanzar su armadura.

Gruñó de dolor y del gran esfuerzo. El grueso apéndice muscular de la criatura gigantesca se batía en duelo contra su robustez alimentada por la Fuerza. Él era más fuerte. Se quedó mirando fijamente a la reina mientras su espada de luz le atravesaba las entrañas y los rayos de su maestro la chamuscaban.

La reina volvió a gritar en un último estertor agónico. La masa gigantesca de su cuerpo se derrumbó en el suelo, arrastrando a Vader, atrapado en un tentáculo sin vida. Cayó al suelo con una flexión de las piernas, junto con el resto del cuerpo sin vida de la reina, se quitó el tentáculo de encima y atrajo su espada de luz para recuperarla.

La espada atravesó el cadáver de la reina y volvió a su mano, cubierta de viscosidad.

El resto de lyleks aullaban descontroladamente, moviendo caóticamente sus piernas y tentáculos. Deez seguía disparando.

Vader intercambió una mirada con su maestro, que estaba a cinco metros de él. Se hicieron un gesto con la cabeza. Imbuidos con la Fuerza, se dedicaron a masacrar a los lyleks que quedaban. Los rayos rojos de sus espadas de luz se levantaban y bajaban una y otra vez. Las criaturas, confundidas y aturdidas, prácticamente ni se defendían. Pronto el suelo quedó cubierto de cadáveres. Vader y su maestro eran los únicos seres vivos en medio de esa carnicería.

La carcajada del Emperador rompió el silencio. Los dos apagaron las espadas.

—Bien hecho, amigo mío —dijo el Emperador.

Arriba, en la boca del túnel, Deez utilizó el cable extensible integrado en su cinturón para hacer rápel por la pared. Se abrió paso entre los cuerpos, sin poder reprimir una expresión de asombro, hasta que llegó hasta Vader y el Emperador. Se arrodilló, con el puño en el pecho.

—Mi Emperador.

—¿Y el capitán? —preguntó Vader.

—Muerto a manos de una de esas criaturas, Lord Vader —dijo Deez, levantándose—. Su cuerpo… es irrecuperable.

Vader sentía que la mente del Emperador estaba en otra parte. Quizá había oído las palabras de Deez, quizá no; Vader no podía estar seguro.

—Creo que debemos marcharnos de este lugar antes de que empiece a apestar —dijo finalmente el Emperador—. Por ahí se va a la superficie, estoy bastante seguro.

Juntos, Vader, el Emperador y Deez avanzaban a toda prisa por los túneles ascendentes, en dirección a la superficie. Estaban preparados para encontrarse más lyleks, pero los túneles estaban vacíos. Probablemente habían aniquilado al nido entero.

—Las criaturas se han debilitado al morir la reina. Cuando se corta la cabeza, el cuerpo muere pronto —comentó el Emperador.

Vader no dijo nada. Se limitó a observar a su maestro.

—¿No lo ves? Es por eso que nos persiguen, Lord Vader. Los rebeldes quieren cortarle la cabeza al Imperio.

—Por supuesto —respondió Vader. Pero su maestro nunca decía algo tan obvio si no tenía un objetivo—. ¿Y?

La cara de su maestro se deformó en su media sonrisa de costumbre.

—Muchas cosas funcionan así, incluso en algunas relaciones. Si se elimina la cabeza, el cuerpo no puede sobrevivir solo. La relación es complementaria, casi simbiótica.

Vader entendió lo que le quería decir.

—Sí, maestro.

El eco de un trueno retumbando por las paredes de roca les hizo entender que estaban cerca de la superficie. El túnel por el que iban se fue estrechando gradualmente, hasta que sólo podían ir de uno en uno. Deez iba el primero y Vader el último.

Vader advirtió que el túnel estaba bloqueado. Al otro lado, podía oír el goteo del agua, el sonido de la lluvia. Deez se subió a unas rocas, intentando ver al otro lado.

—Casi estamos fuera —dijo—. Puedo ver el exterior a través de una grieta. Seguramente la lluvia ha causado un desprendimiento. Tendremos que abrirnos paso, Excelencias.

Vader y el Emperador pasaron por delante de Deez, se quedaron delante de las rocas apiladas y se concentraron en la Fuerza. Levantaron las manos al unísono, reunieron su poder colectivo y soltaron una descarga de Fuerza más potente que una granada. Roca y tierra explotaron hacia el exterior, hacia el cielo nocturno.

Por la abertura podían ver troncos de árboles y lluvia.

—Ya estamos, Sargento —dijo el Emperador sonriendo.

—

Preocupados por la posibilidad de que los cadáveres de lyleks atrajeran a todo tipo de carroñeros, probablemente gutkurrs, Goll condujo a Isval y a Cham a varios kilómetros del desfiladero, en plena jungla. Resonaban los truenos y el cielo se llenó de rayos. La lluvia lograba atravesar las copas de los árboles y empapaba el suelo de la jungla. El aire olía a limo húmedo.

—Con este tiempo, buscar a Vader desde las naves será todavía más difícil —comentó Isval.

Cham sólo asintió con la cabeza. Estaba demasiado preocupado pensando en salidas y desenlaces. Necesitaba encontrar una solución, pero todavía no la tenía.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Isval.

Cham esbozó una sonrisa falsa.

—Mañana.

Ahora fue Isval la que asintió sin decir nada.

Cham les había mandado parar, pensando que no tenía mucho sentido dar vueltas por la jungla. Habían perdido el rastro del Emperador. Tendrían que volver a encontrarlo por aire. O darlo por perdido. Mientras tanto, tendrían que esperar.

Evidentemente, Isval no paraba de moverse, impaciente. El equipo de Goll se había sentado sobre unos troncos y estaba ocupándose del material.

—Tendríamos que seguir adelante —dijo Isval, parándose delante de Cham.

—¿Hacia dónde? —le preguntó Cham.

Isval gruñó y siguió dando vueltas.

Cham se permitió plantearse la posibilidad de que Vader y el Emperador hubieran muerto, devorados por los lyleks bajo tierra. Lo dudaba, pero la incertidumbre lo corroía. Se estaba quedando sin tiempo para ir cerrando acontecimientos. La Base de Comunicaciones del Ecuador no tardaría en reparar alguna de las antenas, y entonces se anularía la señal de bloqueo de Kallon. Llegados a ese punto, se pondría en marcha una operación coordinada de búsqueda y rescate. Y ya no tendría margen de maniobra. Además, suponía que la noticia de la destrucción del *Peligro* habría llegado ya a Coruscant y que en ese preciso instante ya se estaban preparando soldados y naves imperiales para venir a Ryloth, si no estaban ya en camino. Cuando llegaran, procederían a imponer un bloqueo en todo el sistema y entonces…

Y entonces lo peinarían para encontrar a la gente de Cham. Salidas. Desenlaces.

Tenía unas horas, como mucho, si quería al menos darle a su gente la posibilidad de huir. Sentía que los acontecimientos de ese día se le escapaban de las manos. Y estaba cansado, completamente agotado.

Recibió una llamada por el comunicador que tenía con Kallon y Faylin.

—Adelante.

Isval dejó de dar vueltas y se lo quedó mirando, más tensa que la cuerda de un arco.

—Cham —dijo la voz de Kallon por el comunicador—, acabo de detectar una explosión en el escáner.

El corazón de Cham se aceleró. Sus lekku se estremecieron de emoción.

—¿Estás seguro? ¿Muy lejos?

—A cinco kilómetros de tu ubicación. Te mando las coordenadas precisas.

—¿Qué pasa? —preguntó Isval, que sólo había oído la mitad de la conversación—. ¿Qué pasa?

Cham levantó un dedo para pedirle paciencia.

—Kallon, toma nota de la ubicación. No te acerques. Sólo confirma.

—¿Ni siquiera a dar un vistazo?

—Kallon, si es Vader, debes saber que derribó dos naves desde el suelo y que ha sobrevivido al ataque de una horda de lyleks. No te acerques. Tenemos que ir con mucho cuidado. Confirma.

—Confirmado. ¿Quieres que os lleve?

—Podemos cubrir cinco kilómetros a pie más rápido que si tú vienes hasta aquí a buscarnos. Aterriza en algún lugar y sigue conectado. Faylin, acércate a nosotros, pero no demasiado.

—Entendido —respondió Faylin.

Cham cortó la comunicación y le explicó a Isval lo que le había dicho Kallon.

—Podría ser algo que no tuviera nada que ver —le advirtió él, al ver la emoción de Isval.

Isval asintió, calmándose un poco ante la perspectiva de entrar en acción.

—Pero podrían ser ellos. Probablemente lo sean. Y no tenemos nada más. Goll, que tus hombres se levanten. Nos vamos.

Goll y sus hombres prepararon el equipo y se pusieron en formación.

—¿Y Belkor? —le preguntó Isval a Cham.

—Claro —respondió Cham, y llamó a Belkor por su comunicador encriptado.

—Puedes aterrizar de momento. Hay una cosa que tenemos que comprobar. Pero tienes que estar listo para cuando te llame.

—Espera, Syndulla, yo…

Cham cortó la conexión y se imaginó a Belkor gritándole desde su carlinga. Pero Belkor era imprevisible y Cham no se fiaba de él. Quizá decidiría acercarse a Vader y el Emperador antes de que Cham estuviera preparado, o quizá delataría su posición demasiado temprano.

Cham necesitaba a Belkor en la reserva con sus cazas Ala-V, listos para cuando él los necesitara.

Llegados a este punto, Cham veía a Belkor como un martillo. No quería implicar al imperial en todo esto hasta que tuviera un clavo a punto.

—Vámonos —le dijo a Isval y a Goll—. Rápido, ya.

—

Vader, el Emperador y Deez salieron del túnel y se adentraron en la jungla. Llovía con intensidad y retumbaban los truenos. Las hojas de los árboles se agitaban bajo la lluvia.

—¿En qué dirección, Excelencias? —preguntó Deez.

Antes de que pudieran responder, una joven twi’lek de piel verde salió de entre la maleza. Era una post-adolescente. Llevaba una parka impermeable muy gastada y una cartuchera en la cintura con una pistola bláster de cañón largo, de la época de las Guerras Clon. De la mochila sobresalía material de supervivencia, además de un tubo de madera tallada que parecía un instrumento musical. Al ver a Vader, al Emperador y a Deez, abrió mucho los ojos y se estremecieron sus lekku, pero no salió corriendo.

Deez iba a coger el rifle pero Vader lo detuvo cogiéndolo del brazo. Al ver este gesto, la chica se relajó un poco, aunque parecía preparada para desenfundar si era necesario. Vader detectaba en ella más curiosidad que miedo.

—¿Quién eres? —preguntó Deez.

—¿Quiénes sois *vosotros*? ¿Qué estáis haciendo aquí? —respondió la chica, con un acento muy cerrado que a Vader le costó de entender al principio—. ¿Os habéis perdido?

Aparentemente, la chica no reconocía al Emperador ni a sus compañeros. Seguramente procedía de uno los numerosos pueblos remotos que había esparcidos por las zonas más salvajes de Ryloth.

—Ven aquí, chica —dijo el Emperador, utilizando la Fuerza para darle la orden.

Incapaz de resistirse, la chica salió de entre los árboles y se les acercó, pequeña y vulnerable delante de ellos.

Con una velocidad sobrenatural, el Emperador empuñó y encendió su espada de luz y atacó a la chica. Pero Vader había detectado la intención de su maestro y se movió todavía a mayor velocidad, encendiendo su propia espada e interceptando la espada de su maestro antes de que pudiera golpearle a la chica.

La chica, bajo el dominio del poder del Emperador, parecía no detectar el peligro. Se quedó ahí de pie, con la mirada perdida, con el rostro iluminado por la luz roja de las espadas enfrentadas.

En los labios del Emperador se formó una sonrisa macabra. Vader notaba cómo aumentaba el poder de su maestro.

A sus espaldas, Deez levantó el rifle y apuntó a la espalda de Vader, pero él levantó la mano que tenía libre y descargó un golpe de Fuerza que lo levantó del suelo y lo catapultó contra los árboles. Se escuchó el crepitar de muchas ramas bajo el peso del cuerpo de Deez.

Vader y su maestro si miraron a través de la luz roja crepitante de sus espadas de luz.

—¿A esto hemos llegado? —le preguntó su maestro. Hablaba con voz tranquila, casi resignada. No había sorpresa en su tono. Esto sorprendió a Vader.

—Perdóneme, maestro —dijo Vader, apagando la espada—. Pienso que la chica nos puede ser de ayuda.

—¿De verdad? —preguntó el Emperador con voz suave.

—Seguro que hay un pueblo cerca —explicó Vader—. Si tienen una nave…

Deez logró ponerse en pie y salió cojeando de entre los árboles, soltando un gemido de dolor. Llevaba el rifle bláster medio levantado, observando a Vader con incertidumbre, esperando órdenes del Emperador.

Palpatine frunció el ceño durante un momento, antes de que sus labios volvieran a esbozar una media sonrisa, que Vader no vio. Le hizo un gesto a Deez para que bajara el arma, sin apartar la mirada de la máscara de Vader.

—Estoy de acuerdo. Puede resultarnos útil.

El Emperador se quedó mirando su propia espada, luego miró a Vader, apretó los labios y apagó el arma. Entonces le dijo a la chica:

—¿Tu pueblo está cerca?

La twi’lek, todavía bajo la influencia del poder del Emperador, asintió con la mirada perdida.

—No está lejos. He salido a comprobar las trampas de caza y he escuchado una explosión. He pensado que sería un desprendimiento y he venido a ver. Os he visto entre los árboles.

—¿Y qué has pensado al vernos? —preguntó el Emperador.

La chica arrugó la frente, como si no entendiera la pregunta.

—¿Que qué he pensado? He supuesto que os habríais perdido, que quizá os habíais estrellado. Aquí no se ven desconocidos casi nunca. Seréis bienvenidos en el pueblo. Es la costumbre.

Palpatine sonrió.

—Va bien saberlo. ¿Cuántos sois en el pueblo?

—Treinta y siete —respondió la chica—. Aunque Naria está embarazada. Pronto seremos treinta y ocho.

—Perfecto —afirmó el Emperador, lanzándole a Vader una mirada de curiosidad.

—¿Maestro? —preguntó Vader. El Emperador lo ignoró.

—¿Traéis noticias de lo que está ocurriendo en las ciudades? —preguntó la chica.

—Quizá sí —dijo el Emperador—. ¿Tenéis alguna nave en el pueblo?

La chica negó con la cabeza.

—No, no tenemos naves. Ni siquiera un comunicador que funcione. Dejó de funcionar hace un año y no hemos podido conseguir otro. Pero tenemos comida, lumbre y canciones.

El Emperador sonrió.

—Fantástico. Llévanos a tu pueblo.

Sin decir nada más, la chica se dio la vuelta y los condujo por la jungla.

Vader pensó que seguramente el pueblo de la chica lo habrían fundado esclavos que habían huido de una de las minas de Ryloth, o refugiados desplazados hace años, durante las Guerras Clon. En Ryloth había numerosos pueblos así, que apenas tenían contacto con el mundo exterior. El Imperio sabía de la existencia de estos pueblos, evidentemente. A veces los desalojaban y reubicaban su población en campos de trabajo si necesitaban mano de obra, pero en general el Imperio los dejaba en paz. Si en el pueblo de la chica no había ni naves ni comunicadores, no les sería de gran utilidad a Vader y a su maestro excepto como parada en el camino. No obstante, quizá encontrarían algo que les fuera de utilidad.

—¿Cómo te llamas, chica? —le preguntó el Emperador mientras avanzaban entre los árboles.

—Drua —respondió la chica, que se quedó mirando a Deez—. ¿Y tú cómo te llamas? ¿Y por qué llevas ese… traje?

La pregunta lo tomó desprevenido.

—Me llamo Sargento y es un gran honor para mí llevar esta armadura.

El Emperador desvió la conversación.

—¿Has venido hasta aquí sola, Drua?

—¡Pues claro! Conozco la selva tan bien como cualquiera —dijo, y se quedó mirando el cielo a través de una abertura en las copas de los árboles—. Dejará de llover en una hora.

—¿Dónde están tus padres? —preguntó el Emperador. A Vader le pareció una pregunta muy extraña viniendo de él.

Sin girarse, la chica respondió bajando un poco la voz:

—Mi madre murió hace dos inviernos. Y no conocí a mi padre.

—Como tú, mi aprendiz —dijo el Emperador discretamente.

Estas palabras desenterraron varios recuerdos de Vader. Durante un momento vio a su madre, que era una esclava, y a los merodeadores tusken que la mataron. También recordó los momentos de satisfacción cuando los mató a todos, a todos y cada uno de ellos.

—Entonces, ¿vives sola? —preguntó el Emperador.

—¡Claro que no! Vivo con mi abuelo —respondió Drua.

—Muy bien —dijo el Emperador—. Intentaremos no ser una carga para vosotros.

—

Cham comprobó su ubicación y la comparó con las coordenadas de su ordenador.

—Estamos cerca —le dijo a Goll e Isval, que caminaban a su lado.

Goll se volvió hacia su equipo, que avanzaba en su formación habitual de escaramuza, y les hizo un gesto para que se quedaran un poco atrás y se movieran en silencio.

—Dejadme que me adelante a comprobar la zona —le dijo Goll a Cham.

Cham asintió con la cabeza. Goll desapareció entre los árboles. Se detuvieron a esperar en silencio, bajo la lluvia. Cham estaba fascinado por lo bien que Goll se movía por la selva. Cham se dirigió a Isval, decidido a reparar el daño que había causado antes.

—Lo siento. Por lo que he dicho antes.

—¿Sobre qué? —preguntó Isval sin mirarle.

—Ya lo sabes. Sobre el movimiento. Lo de que estaba cansado y que la lucha tendría que seguir sin mí.

Entonces Isval lo miró, con la piel mojada y enrojecida.

—Entonces…

—Entonces seguiremos adelante. Después del día de hoy. Pase lo que pase. Podemos reconstruir el movimiento.

Ella lo escudriñó con los ojos entrecerrados.

—No sabes mentir, Syndulla. Antes has dicho lo que pensabas —al oír esto, Cham levantó las manos para protestar, pero ella siguió hablando—. No. Escúchame. He pensado sobre lo que me has dicho. Si matamos a Vader y al…

—*Cuando* matemos a Vader —corrigió Cham.

Isval parpadeó.

—Exactamente. Cuando matemos a Vader y al Emperador, el Imperio no caerá de la noche a la mañana. Pero habremos empezado algo. Una rebelión, quizá. Pero la rebelión necesitará líderes. Como tú.

Cham no estaba seguro de lo que ella quería oír, así que no dijo nada.

—Creo que no me estoy explicando bien —continuó diciendo Isval—. Tenías razón, al menos en parte. Lo entiendo. Después de hoy, el movimiento llegará a su fin. Pero no porque vaya a morir, sino porque va a cambiar. Va a extenderse. Lo que hemos hecho hoy, lo que *estamos* haciendo hoy, va a propagarse por todo el Imperio. Y lo que surja de todo esto va a necesitar líderes. Como tú, Cham.

—Y como tú —respondió Cham.

Isval negó con la cabeza, agitando sus lekku.

—Yo soy una luchadora, no una líder, no una planificadora. Ese eres tú. Por eso no quiero volver a oír hablar de que sea otro quien siga con la lucha. A partir de hoy, lucharemos en otro terreno. Quizá ya no seamos el movimiento Ryloth Libre, pero seguiremos luchando.

Cham siempre había luchado por Ryloth y sólo por Ryloth, pero la forma de pensar de Isval resultaba contagiosa. Quizá necesitaba una visión más amplia. Antes pensaba que se había quedado sin propósitos, pero en lugar de ello quizá había encontrado otra misión, un propósito mayor. Quizá.

—Me quedo con lo que me dices, Isval.

—Hazme caso —dijo ella.

En ese momento, apareció Goll entre los árboles. Isval no pudo esperar a que hablara:

—¿Qué has encontrado? —le preguntó.

—Un viejo túnel de lyleks. Parece que estaba tapado por un desprendimiento pero que lo han reabierto con explosivos.

—Con una granada —precisó Cham.

—Sí —dijo Goll—. Para que alguien pudiera salir desde dentro.

—Han tenido que ser ellos —dedujo Isval, y en su rostro apareció una sonrisa feroz.

Goll también sonrió.

—Estoy de acuerdo, a menos que haya mucha gente dando vueltas por los nidos de lyleks. He encontrado un rastro que se alejaba del túnel. Son más de uno, pero con la lluvia es difícil distinguir cuántos son. Va a resultar difícil seguirles el rastro. Tenemos que ponernos en marcha.

De repente, Cham se dio cuenta de que estaban más cerca de su presa de lo que habían estado en todo el día. A media hora, quizá a una hora de poder atacar al Emperador y a su mano derecha. Miró a Isval, a Goll y al resto del equipo de Goll.

—Ya sé lo que estáis pensando —dijo Isval.

—Muy bien, porque yo no lo sé —respondió Goll, mirando a Cham y después a Isval—. Parece que te hayas tragado una roca, Cham.

—Podemos hacerlo —dijo Isval, poniéndole la mano en el hombro a Cham—. Lo único que tenemos que hacer es *pensar en la salida,* ¿no?

—Exacto —respondió Cham, y entonces repitió lo que siempre le decía a Belkor, unas palabras incómodas a la vez que reconfortantes.

—Llegados a este punto, ya no podemos dar marcha atrás. Vamos a acabar con esto.

—

El viento traía un zumbido suave e irritante desde algún lugar. A Vader le hacía pensar en el sonido de algún insecto. El zumbido aumentaba o se detenía según las oscilaciones del viento.

Al escuchar el sonido, Deez se ponía en guardia. Preparaba el rifle, mirando con atención hacia los árboles de los alrededores, como si anticipara un ataque.

Al principio Drua estaba desconcertada, luego la reacción le pareció muy divertida.

—No hay nada que temer. Lo que oís son tubos para lyleks. El sonido los ahuyenta. Les irrita el cerebro. Mi abuelo dice que les duele tanto la cabeza que ni se acercan.

—¿Un sonido ahuyenta los lyleks? —preguntó el Emperador, retóricamente—. Qué interesante.

—Bueno, si avanzan muy decididos no puede ahuyentarlos —respondió Drua—. Mi abuelo dice que simplemente los lleva en otra dirección. ¿Quién quiere caminar hacia un dolor de cabeza?

El terreno se iba elevando a medida que Drua los conducía entre los árboles. El paisaje estaba lleno de pedruscos y pilas de rocas, cada vez más numerosas. El zumbido se hizo más frecuente, y pronto vieron la causa. De los árboles colgaban unos tubos de madera curvados, brazos gruesos que se agitaban al viento. Tenían agujeros de varios tamaños reparados por toda su longitud. Cuando el viento soplaba a través de los agujeros, los tubos emitían ese zumbido tan irritante. Al verlos ahí colgando, Vader pensó en las horcas de un patíbulo.

—Este sonido saca de quicio a cualquiera —dijo el Emperador—. ¿Y si el viento deja de soplar, Drua? Entonces los lyleks vendrán, ¿no?

Drua le miró como si hubiera dicho una ridiculez.

—El viento nunca deja de soplar. Y si es necesario, podemos huir. Tenemos un lugar fortificado para escondernos.

—Ya veo —dijo el Emperador.

Pronto la jungla dio paso a un terreno escarpado formado por montañas de tierra y rocas. Recorrieron varias colinas abruptas hasta llegar a un acantilado. Se encontraron delante de una enorme cantera de paredes verticales. En la base de la cantera vieron dos grandes aberturas oscuras, que parecían dos bocas gritando desesperadamente. Vader dedujo que serían entradas de minas. Probablemente uno de esos túneles era el lugar fortificado que había mencionado Drua.

Cerca de uno de los túneles se encontraba el pueblo de Drua, formado por unas treinta o cuarenta casas de una sola planta construidas con rocas apiladas, vigas hechas con

ramas de árboles y techos de corteza y pieles extendidas. Cerca de las casas había una extensión de huertos elevados. Vader no vio ganado.

Había antorchas en dos puntos de las paredes de la cantera. Las llamas que bailaban bajo la lluvia proyectaban dibujos en movimiento sobre las paredes verticales. Varias antorchas más delimitaban los extremos del pueblo. Vader vio a varios twi'leks moviéndose por el pueblo, de una casa a otra. De lejos parecían sombras o fantasmas.

De repente, se encendió un gran fuego en una zona común y media docena de twi'leks se reunieron a su alrededor. Era gente normal haciendo cosas normales. Por toda la cantera empezó a resonar la música de varios instrumentos de viento y una voz femenina cautivadora.

—Es Mala, cantando el Lamento de Valaunt —les explicó entonces Drua.

—Precioso —dijo el Emperador—. Drua, ¿en el pueblo tenéis algún ordenador? ¿Algún vehículo? Drua sonrió y negó con la cabeza.

—No, no tenemos nada de eso. Nuestra vida es muy sencilla —se tocó el bláster que llevaba en la cintura—. Con algunas excepciones, claro. Pero los ancianos dicen que demasiada tecnología nos volvería a convertir en esclavos. Tenemos nuestras costumbres, y nos van muy bien.

Los condujo por el borde del acantilado hasta llegar a un camino sinuoso iluminado por antorchas, que bajaba hasta el fondo de la cantera.

—Tened mucho cuidado —les advirtió Drua—. El camino es traicionero.

El Emperador sonrió al oír eso.

Empezaron a bajar por el camino. Vader y el Emperador avanzaban con la misma seguridad que Drua. Deez estuvo a punto de resbalar varias veces.

Al llegar abajo se encontraron con un twi'lek corpulento de piel verde, armado con una pistola bláster. Llevaba un silbato de madera tallada colgado de un cordel en torno al cuello. Miró con recelo a Vader, al Emperador y a Deez. Parecía ligeramente desconfiado.

—Narmn, no pasa nada —le dijo Drua—. He encontrado a esta pobre gente perdida en la jungla. Este es Sargento y… —se detuvo al darse cuenta de que no les había preguntado el nombre a los otros dos.

—Me llamo Krataa —dijo el Emperador. Entonces señaló a Vader—, y este es Irluuk.

Los ojos de Narmn se estrecharon pero hizo una reverencia con la cabeza, agitando ligeramente sus lekku, y les dijo:

—Krataa, Irluuk y Sargento, estáis aquí. Y porque estáis aquí, sois bienvenidos.

—Muy amable de tu parte —respondió el Emperador.

Narmn y Drua los condujeron hacia el otro lado de la cantera, hacia la calidez y la luz del pueblo. Narmn se llevó el silbato a los labios y emitió una serie de notas. Vader supuso que era la señal que indicaba la llegada de extranjeros. La Marcha Fúnebre de Valaunt se detuvo.

—Voy a adelantarme para ir a buscar al abuelo —dijo Drua. Al ver que Narmn asentía, salió corriendo.

—¡Sí, reúne a todo el mundo! —le gritó el Emperador—. Estoy impaciente por conocerlos a todos.

Mientras tanto, empezaron a salir más twi'leks de las casas y se reunieron delante del pueblo. Eran como una colección de sombras, de espectros. Aparentemente, salían a recibir a los desconocidos. A Krataa, Irluuk y Sargento.

Aparte del Emperador, sólo Vader sabía que esos nombres falsos, Krataa e Irluuk, eran antiguas palabras de los Sith que significaban «muerte» y «destino».

—

Goll iba diez metros por delante de Cham e Isval, que a su vez iban diez metros por delante del grupo de Goll. Todos iban tensos y llevaban las armas a punto, excepto Goll. Isval se repetía a sí misma que Goll era demasiado bueno como para dejar que cayeran en manos de Vader y el Emperador. También pensaba que Vader y el Emperador no sabían que alguien les perseguía.

Goll iba siguiendo el rastro entre los árboles, examinando las ramas y las hojas, pero principalmente el suelo. Iba gruñendo y murmurando para sus adentros, ganándolos por la jungla con total confianza.

—Hay cuatro, pero no son los mismos cuatro de antes —dijo suavemente, reuniéndose con el grupo para informarles—. Han perdido a uno de los guardias reales. Ahora va un adolescente con ellos, o una mujer de huesos pequeños. Posiblemente sea twi'lek, pero no hay forma de saberlo con certeza.

—¿Están muy lejos? —preguntó Isval.

—No mucho —respondió Goll—. Puedo avanzarme yo solo a explorar, si…

—No —le interrumpió Cham—. Seguiremos juntos. Avanzamos escalonados. Cuando los veas, nos detenemos para evaluar la situación y planificar el ataque. Sólo tendremos una oportunidad. Tenemos que hacerlo muy bien. Todos sabemos de lo que es capaz Vader. Necesitamos atacar por sorpresa, si es posible.

Isval y Goll asintieron con la cabeza y empezaron a caminar. Goll iba el primero, separado de los demás.

—Hay gente que caza lyleks —le susurró Cham a Isval—. ¿Lo sabías?

—Lo he oído alguna vez, sí. ¿Adónde quieres llegar?

—¿Por qué crees que lo hacen? —preguntó Cham—. ¿Por qué se juegan la vida de esa forma?

—Por la emoción, a lo mejor —respondió Isval—. O para demostrar que pueden hacerlo.

—Tal vez piensen que es algo importante —dijo Cham. Entonces Isval se dio cuenta de que Cham no estaba hablando sobre los lyleks, y ella tampoco.

—Seguramente —respondió ella—. Si no les pareciera muy importante, sería absurdo hacerlo.



CAPÍTULO DIECISIETE

Narmn los condujo hasta el pueblo. Recibieron a Vader, el Emperador y Deez con sonrisas y miradas de admiración. Al ver esas casas tan humildes, Vader pensó en la casa en la que había vivido en Tatooine, hacía mucho tiempo.

El Emperador sonreía y asentía con la cabeza, devolviendo los saludos y dando gracias a los twi'leks. Vader no decía nada, aunque era consciente de que su traje y la armadura de Deez generaban muchos susurros y miradas interrogativas. Mucha gente cuchicheaba y los señalaba con el dedo. Los twi'leks se reunieron a su alrededor, muy interesados por estos desconocidos. Deez se interpuso entre el Emperador y los aldeanos.

—Mantened la distancia —les dijo a los twi'leks, con un tono demasiado duro.

—No se preocupe, Sargento —dijo el Emperador—. No pasa nada. ¿Verdad, Irluuk?

Vader respondió a eso con otra pregunta, hablando en un idioma antiguo de los Sith para que sólo le pudiera entender el Emperador:

—¿Tiene la intención de matarlos, maestro?

—No pretendo eso, aprendiz —respondió el Emperador en el mismo idioma, sin perder la sonrisa—. Pero de todos modos, morirán. Los has matado en el momento en el que has decidido salvarle la vida a esa chica.

—No lo entiendo —dijo Vader.

—Lo vas a entender. Paciencia, amigo mío.

Drua salió de entre la gente y se paró delante de ellos. La luz de las antorchas iluminaba su sonrisa. La acompañaba un twi'lek de piel oscura, frágil y arrugado, que se apoyaba en el hombro de la chica. Tenía los ojos lechosos de un ciego.

—Mi abuelo —anunció Drua.

Su abuelo hizo una reverencia con la cabeza, como había hecho Narmn. Probablemente sus lekku daban la bienvenida, aunque Vader no lo podía ver.

—Nuestra costumbre es dar la bienvenida a todos los desconocidos —dijo el anciano, con una voz débil y quebrada—. Ahora mi nieta ha compartido vuestros nombres y ya no sois desconocidos. Bienvenidos, Sargento, Irluuk y Krataa. Todo el pueblo está aquí. Todos os han visto.

Mucha gente asintió, agitando los lekku y sonriendo. El anciano levantó las manos para pedir silencio y continuó:

—La lluvia se ha detenido y tenemos nuevos amigos. Es tarde, pero no es demasiado tarde. Deberíamos celebrarlo con música.

Todo el mundo reaccionó con hurras y gritos de alegría. Empezó a sonar la música, que provenía de los instrumentos de viento que habían visto antes, acompañados por un tambor. Muchos de los aldeanos empezaron a cantar o a tararear en Ryl, su lengua nativa. Era una melodía que subía y bajaba de intensidad, que parecía imitar la lluvia y el estruendo de los truenos.

Drua cogió al Emperador de la mano y lo condujo hasta el centro del pueblo. Los aldeanos seguían a Vader y a Deez, dándoles golpecitos cálidos en el hombro y la bienvenida. Vader se dejaba conducir por esa gente, observando sus caras sonrientes, sabiendo que estaba rodeado de espectros.

En el centro del pueblo ardía una gran hoguera. Cerca había dos twi'lek tocando instrumentos de viento, balanceándose al ritmo de la música. Entre ellos estaba sentado un percusionista, que marcaba el ritmo.

Alrededor de la hoguera había varios tocones tallados. Vader, Deez y el Emperador se sentaron. Los aldeanos se concentraron a su alrededor, hablando sonrientes. Una pareja se puso a bailar. Otros se sentaron también en los tocones y charlaban entre ellos. El abuelo de Drua se sentó cerca de Vader y el Emperador. Antes de que Drua se sentara, el Emperador le dijo:

—Drua, quizá podrías traerle a Irluuk la unidad de comunicaciones que has dicho que teníais. Quizá él pueda repararla.

Vader se lo quedó mirando, interrogativamente.

—Hazme ese favor —le dijo el Emperador a Vader—. Drua, ¿la puedes traer?

—Por supuesto —respondió Drua, y se fue corriendo. Volvió al cabo de un momento. Le trajo a Vader un pequeño comunicador de varias décadas de antigüedad y una cajita de herramientas. El tipo de herramientas que Vader utilizaba de niño, cuando construía cosas de metal en lugar de estar encerrado en él. Vader abrió la caja y cogió una herramienta. Se sentía igual de cómodo con una herramienta en la mano que con su espada de luz. No tardó en desmontar el comunicador. Vio el problema inmediatamente. No tardaría en repararlo. Drua lo contemplaba, fascinada.

El Emperador se inclinó hacia él y le dijo:

—Veo que conservas las habilidades de tu juventud.

—Pero nada más de esa época —respondió Vader.

—Eso ya lo veremos —contestó el Emperador.

—

El viento traía un sonido leve pero irritante.

—¿Qué es eso? —le preguntó Isval a Cham.

Cham se encogió de hombros, con la frente arrugada.

—Vamos a ver qué dice Goll.

Hizo una señal para que se detuvieran los hombres de Goll, que iban detrás de Isval y Cham. Goll no tardó en volver desde su posición de exploración.

—¿Qué es ese sonido? —le preguntó Cham.

—Creo que es algún tipo de señal, o simplemente es música —respondió Goll—. O quizá sea sólo para ahuyentar a los animales. No estoy seguro, pero parece inofensivo. Y da igual, porque los hemos encontrado. A Vader y al Emperador. Los hemos encontrado.

El corazón de Isval se aceleró. Sintió un calor interno, acompañado por la calma que le sobrevenía cuando era el momento de entrar en acción.

Cham cogió a Goll por los hombros.

—¿Dónde están?

—Hay un acantilado a medio kilómetro, por allá —dijo, señalando con la barbilla—. Parece una vieja cantera. Los he visto ahí.

—¡Los has visto! —gritó Isval, incapaz de contenerse—. ¿Por qué estamos esperando? Vamos. Cham, llama a los cazas Ala-V de Belkor, podemos…

—No, no —le interrumpió Goll, negando con su cabeza enorme con una seriedad que deshinchó a Isval—. Todavía no llaméis a nadie, y menos a Belkor.

—¿Qué pasa? —preguntó Cham, preocupado.

—Hay un pueblo, Cham. Una aldea aislada. Todos twi'leks. Muy rústicos. No he visto nada que parezca un dispositivo de comunicaciones. Están…

—¿Qué les ha hecho Vader? —saltó Isval.

—Nada —respondió Goll—. Están…

—¿Nada? —repitió Isval—. ¿Qué quieres decir, *nada*?

—¡Déjame terminar la frase, Isval! —gritó Goll, acallando a Isval—. Están todos reunidos en el centro del pueblo. Es como… como una celebración o algo así.

Isval lo comprendió. Goll había dicho que eran rústicos.

—Los aldeanos no los conocen. Para ellos, sólo son huéspedes.

Debido a la dureza de la vida en Ryloth, este tipo de aldeas tenían ciertas normas. Entre ellas, la hospitalidad hacia los desconocidos. Esa norma no se aplicaba a las fuerzas imperiales, evidentemente, pero algunas aldeas llevaban tanto tiempo aisladas que no sabían nada del Imperio. Parecía ser que Vader y el Emperador habían encontrado una de estas aldeas, y los twi'leks los habían acogido.

—Enséñanoslo —dijo Cham.

—

Syndulla le había dicho que aterrizara y esperara porque había encontrado algo, pero Belkor no seguía órdenes de Syndulla. Tenía que seguir buscando, no sólo a Vader y al Emperador, sino a Mors. No iba a alejarse demasiado de Cham, pero iba a seguir buscando.

—Arriba, abajo, arriba, abajo —le dijo al cadáver de Ophim, que ya empezaba a oler mal—. Se cree que soy un cebo de pesca. Pero no lo soy, Ophim. ¡No lo soy!

Se dio cuenta de que estaba sudando, quizá tenía fiebre y le estaba hablando a un cadáver. El sonido de la lluvia cayendo sobre la burbuja durante la última media hora le había dado jaqueca y sus pensamientos estaban embarrados.

—Sólo he de aguantar unas horas más, ¿vale? ¿Vale, Ophim?

Belkor volaba bajo por encima de los árboles, lentamente. Los elaborados escáneres de la nave recorrían el paisaje circundante y el cielo de los alrededores.

Nada. Nada de nada.

Miró el reloj para ver cuánto tiempo tenía hasta que la base de comunicaciones reparara una antena y anulara la señal de bloqueo. Le quedaba poco tiempo. Seguía doliéndole la cabeza. ¡Y no habían encontrado nada! Bueno, algo sí. Cham había encontrado algo, pero no le había dicho qué era.

—No confía en mí —le dijo a Ophim.

Intentó llamar a Cham por el comunicador encriptado, pero Cham no respondía.

Belkor golpeó el comunicador contra la palma de la mano y gritó:

—¡Responde! ¡Responde! ¡Responde!

En un arrebato de frustración, lanzó el comunicador contra la burbuja de la carlinga. Rebotó y cayó al suelo. Se arrepintió inmediatamente de su acción, pensando que quizá había destruido su única conexión con Cham.

Blasfemó, se puso a reír y blasfemó otra vez.

Se dio cuenta de que estaba teniendo algún tipo de ataque. Un ataque de ansiedad, de estrés o algo así. El corazón le latía a toda velocidad y sentía como si alguien le estuviera clavando agujas en el cráneo. Tomó varias respiraciones profundas para intentar calmarse, y consiguió recuperar un poco el control.

Y al hacerlo, decidió que ya había recibido suficientes órdenes de Cham. El twi’lek era demasiado lento y metódico. Además, no se lo estaba contando todo. ¿Había dicho que tenía una pista sobre Vader y el Emperador? Con eso bastaba. Belkor iba a descubrir qué era esa pista.

Despegó, con la nave de reconocimiento totalmente a oscuras. Desde fuera, siendo de noche y lloviendo, sería invisible a simple vista.

Siguió volando bajo, rozando los árboles. Envió su ubicación y el rumbo que tomaba a sus cazas Ala-V para que pudieran seguirlo y estar en contacto.

Entonces puso rumbo hacia donde creía que estaba Cham.

—Vamos a ver lo que ha encontrado, Ophim.

—

Mors estaba a los mandos del escáner del transporte. El oficial que pilotaba mantenía la nave cerca de los árboles, pero no demasiado. Ese transporte no tenía una gran maniobrabilidad. Si encontraban una rama gruesa…

En el perímetro exterior del escáner apareció una nave. Mors sintió una gran curiosidad. Enseguida activó el comunicador y llamó a Steen.

—¿Está viendo esto, Steen? —dijo Mors, mirando en dirección al transporte de Steen, aunque apenas lo podía ver. Sólo podía seguirlo en el escáner.

—Es un Ala-V, señora —dijo la voz de Steen por el comunicador—. Sin duda es uno de los cazas de Belkor. Y se acerca.

—Se acerca muy rápido —añadió el oficial que pilotaba el transporte. Mors no podía recordar su nombre.

—Llámele —ordenó Mors, intentando mantener la calma. Ni la lanzadera de Mors ni el transporte de Steen eran capaces de ganar un combate contra un Ala-V, aunque sólo fuera uno. Tenían que salir de esta hablando. De lo contrario, su intento de rescatar a Lord Vader y al Emperador iba a acabar muy mal.

—Hable usted, Steen. Seguramente los hombres de Belkor no me hagan caso —entonces se dirigió a su piloto—. No haga maniobras evasivas.

—¿Está segura?

—Sí —afirmó Mors, aunque apretó los puños mientras se acercaba el Ala-V.

El armamento del caza fijó como objetivo la lanzadera de Mors. Saltaron las alarmas.

—Nos está apuntando —dijo el piloto, innecesariamente.

—Aquí el Mayor Steen Borkas de la Base de Comunicaciones del Ecuador —dijo Steen por el comunicador, con voz tranquila y autoritaria—. Desactive las armas e identifíquese inmediatamente, Ala-V.

Pronto vieron las luces atmosféricas del Ala-V, que se acercaba a toda velocidad. El caza ralentizó un poco y se dirigió hacia la lanzadera y el transporte.

—Repito, desactive las armas e identifíquese, Ala-V.

El caza no lo hizo, así que Mors tuvo que jugar sus cartas. Suponía que Belkor no les habría contado toda la verdad a los pilotos de los cazas.

—Ala-V —dijo Mors—. ¿Ha venido a ayudar en la operación de búsqueda y rescate de Lord Vader y el Emperador? Este es nuestro objetivo en la zona. Confirme.

El Ala-V pasó junto a la lanzadera y el transporte con su característico zumbido, que Mors pudo oír desde su nave. Mors soltó el aire que tenía contenido.

—¿Repita, transporte? —dijo el piloto del Ala-V. Mors decidió lanzarse de cabeza.

—Hijo, aquí la Moff Delian Mors. Le he preguntado si ha venido a ayudar en la búsqueda de Lord Vader y el Emperador. Los dos están cerca de aquí, en tierra. Y están en tierra porque su destructor estelar y luego su lanzadera han sido derribados como consecuencia directa del ataque de un grupo de traidores, concretamente el Coronel Belkor Dray. ¿Me oye?

Silencio en el comunicador.

—Hijo, espero que me entienda. Y espero que vea que al final todo esto se va a descubrir. Belkor no le ha dicho nada sobre Vader y el Emperador, ¿no?

Otro largo silencio.

—No, señora.

—Hijo, habrá una investigación como jamás hemos visto. La Oficina Imperial de Seguridad, guarniciones de soldados de asalto, todo eso. Escúcheme, no sé exactamente qué le habrá contado Belkor, pero no tiene que creerse nada de nada. Y a menos que usted también sea un traidor, le pido que desactive las armas y que no se comunique con nadie más que con nosotros. Confirme.

En los segundos siguientes, a Mors le salieron unas cuantas canas más. Finalmente, el caza Ala-V desactivó el armamento.

—Confirmo. Señora, aquí el jefe de escuadra Arim Meensa. Belkor nos ha dicho que *usted* era la traidora. Y creo que estaba dispuesto a creérmelo. Quizá demasiado dispuesto, ya que le debo más de una a Belkor. Pero conozco la reputación del Mayor Borkas. Él nunca podría estar implicado en una traición contra el Emperador. ¿Qué está pasando aquí, señora?

—Un intento de asesinato a cámara lenta —explicó Mors—. Pero vamos a impedirlo. Dígame todo lo que sepa: quién está aquí, dónde se encuentra Belkor… todo.

El Ala-V se puso en formación al lado del transporte y de la lanzadera.

—Sí, señora —respondió el piloto.

Mors y Steen no tardaron en saber que Belkor iba en una nave de reconocimiento y tenía un total de seis cazas Ala-V en distancia de comunicación. Buscaban a Mors, pero también la lanzadera estrellada de Vader y Palpatine. También descubrieron que Belkor les había dicho a los pilotos que al final probablemente tendrían que atacar a un objetivo en tierra basándose únicamente en coordenadas, y que cuando diera la orden de ataque, tenían que actuar rápidamente y sin hacer preguntas. Por último, descubrieron que, hacía muy poco, Belkor había cambiado repentinamente la zona de búsqueda. Mors sacó las conclusiones obvias.

—Belkor tiene un equipo en el terreno —le dijo a Steen por el comunicador.

—Más traidores, o quizá un grupo de rebeldes. Sea como sea, tienen una pista sobre el Emperador y Lord Vader.

—Podría ser —respondió Steen, un poco escéptico.

—Tenemos que ir a por Belkor —dijo Mors, aunque sabía que los escáneres de la nave de reconocimiento de Belkor los detectarían a ellos mucho antes que ellos a él. Belkor los esquivaría fácilmente. Además, no sabían exactamente dónde estaba. Lo único que tenían eran sus últimas coordenadas conocidas y que todavía estaba a distancia de comunicación del caza de Meensa.

—Podemos enviar el Ala-V —propuso Steen de una forma brusca—. Derribarlo.

—Quizá —dijo Mors, pensando—. Pero no es una buena idea. Tenemos que encontrar al Emperador. Si Belkor tiene un equipo en el terreno siguiendo a Vader y al

Emperador y nosotros vamos a por Belkor, el grupo de tierra todavía podrá alcanzarles. El Emperador es un anciano, Steen. No creo que puedan avanzar muy rápido.

—Es cierto —reconoció Steen—. Ya lo tengo.

Mors llamó al jefe de escuadra, barajando otra idea.

—Meensa, ¿sus hombres seguirán sus órdenes por encima de las de Belkor?

—Señora, todos le debemos algo al coronel, pero… sí, van a obedecer lo que yo les diga.

—Muy bien. Entonces, escúcheme. Va a seguir haciendo lo que él le ha ordenado. Nosotros le seguiremos. Nos informará al instante de todo lo que ocurra. Y cuando Belkor ordene el ataque, me dará las coordenadas y retrasará la llegada de los cazas.

—¿Retrasar… la llegada?

—Sí. Necesito llegar ahí antes y desplegar los soldados de asalto. Entonces llegarán sus cazas. Dígales a sus hombres lo que tenga que decirles, pídales que hagan primero un reconocimiento. Verán los soldados de asalto y a Lord Vader. Entonces les comunicará que Belkor es el traidor. ¿Puede hacerlo?

—Fácilmente, señora.

—

Se levantó una neblina, causada por el calor sobre el suelo húmedo. Cham estaba agachado mirando hacia abajo, observando la aldea de la cantera. La escena le parecía surrealista. Vader, el Emperador y un guardia real sin casco estaban sentados alrededor de una hoguera entre un círculo de twi'leks que les ofrecían fruta y calabazas para beber. Vader estaba manipulando algo con las manos. Por toda la cantera resonaba una música, una melodía interpretada por instrumentos de viento y percusión.

—No te lo vas a creer —dijo Cham, pasándole los macrobinoculares a Isval, que mostró la misma expresión de asombro que había tenido Cham. Goll le cogió los macrobinoculares a Isval, examinó el panorama y se los devolvió a Cham.

—Incluso con rifles de francotirador, sería muy difícil —dijo Goll—. Tampoco es que tengamos rifles de francotirador.

—¿Qué hacemos? —le preguntó Isval a Cham.

Cham miró a Goll y señaló con un movimiento de la cabeza al camino iluminado por antorchas que bajaba por un lateral de la cantera.

—¿Tus soldados podrían bajar sin alertar a nadie?

—Ese camino está medio excavado en la pared de la cantera —respondió Goll, observando atentamente—. Entre eso y la neblina, sí, creo que podemos bajar sin que nos vean. Siempre y cuando no nos encontremos a nadie dando un paseo nocturno. Pero si la neblina no se espesa, cuando lleguemos abajo y empecemos a acercarnos a la aldea, estaremos a la vista de todo el mundo.

—Ya —convino Cham—. Pero vayamos paso a paso. Paso a paso.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Isval.

Cham notaba impaciencia en su voz. Detectaba su necesidad de hacer algo ahora mismo, ahora que tenían a Vader y al Emperador a la vista.

—Estoy pensando en que los hombres de Goll se coloquen en posición y entonces esperamos —explicó Cham.

Isval apretó la mandíbula, como si intentara contener unas palabras que sabía que era mejor callar. Al final, lo soltó:

—¿Esperar qué? ¡Están ahí mismo!

—¡Junto con más de treinta personas inocentes! —le replicó Cham—. Rústicos o no, son *nuestra* gente. Si envío el equipo de Goll, ¿sabes lo que pasará? Si ordeno a los cazas de Belkor que disparen sobre estas coordenadas, ¿sabes lo que pasará?

Isval se lo quedó mirando en silencio, apretando y aflojando los puños.

—Es tarde —dijo Cham suavemente—. Pronto los aldeanos volverán a sus casas. Vamos a observar adonde van Vader y el Emperador. Todo el mundo necesita dormir, incluso ellos. Entonces avanzamos. Rápidos. Precisos. Nadie más sale herido, sólo ellos. Y acabamos con todo esto.

Goll miró a Cham, luego a Isval, luego otra vez a Cham.

Finalmente, Isval asintió.

—Si esta neblina se espesa demasiado, no podremos ver el fondo de la cantera desde aquí.

—Paso a paso —repitió Cham.

—Ordenaré a mis hombres que empiecen a bajar —dijo Goll, a medio camino entre una pregunta y una afirmación. Cham asintió con la cabeza.

Cuando el equipo se puso en movimiento, Isval alargó la mano para pedirle a Cham los macrobinoculares.

—Haré guardia.

—Me lo imaginaba —dijo Cham—. Perfecto. Yo necesito hablar con Kallon.

—¿Sobre qué? —preguntó Isval.

—Sobre nuestra salida.

Cham se quedó un momento observando a los hombres de Goll, que se agachaban y empezaban a bajar de uno en uno por el camino que bajaba hasta el fondo de la cantera. Entonces se alejó hacia los árboles y llamó a Kallon por el comunicador.

—Cham —dijo Kallon.

—No me discutas lo que te voy a decir, ¿de acuerdo?

—Eh… vale, de acuerdo.

Cham exhaló y le dijo:

—Necesito que te vayas ahora. Vuelve a casa. Empieza a organizar la retirada de nuestras fuerzas a las montañas. Asegúrate de dispersar a toda la gente y el material que nos queda.

—Pero no puedo…

—Me estás interrumpiendo.

—Ya. Adelante.

—El Imperio ya habrá enviado refuerzos a Ryloth. Van a establecer un bloqueo sobre todo este sistema y van a peinar cada milímetro de superficie del planeta. Será algo sin precedentes, Kallon. Y sabes que encontrarán todas nuestras bases ocultas. Enviarán a cientos de twi'leks a la Oficina Imperial de Seguridad. Nuestra gente tiene que empezar a dispersarse ahora. Dividirse en células. Todos conocen el proceso. Tú también. Ponlo todo en marcha.

Se produjo una larga pausa.

—Muy bien, lo haré. Te veo cuando todo esto termine, Cham. ¿Qué está ocurriendo ahí?

—Los hemos encontrado. Ahora sólo tenemos que matarlos.

Cham cortó la conexión y llamó a Faylin.

—Adelante, Cham.

—Quédate donde estas y mantén esta frecuencia. Eres nuestra salvación si algo sale mal. Tendremos que ir apretados. He enviado a Kallon a otra misión.

—Entendido.

Cham volvió al lado de Isval. Estaba de pie junto a Goll, mirando por los macrobinoculares. Examinaba la aldea, sobre todo su presa. El equipo de Goll ya estaba abajo.

—No hay ningún aldeano cerca del final del camino —dijo Isval—. Están todos en el centro del pueblo.

—Perfecto —dijo Cham.

—¿Has visto en lo que trabajaba Vader?

—No —dijo Cham—. ¿Sabes qué era?

—Era un comunicador —explicó Isval—. Era viejo pero inconfundible.

—Un comunicador viejo no va a saltarse la señal de bloqueo de Kallon.

—Cierto —respondió Isval.

—Me resulta extraño imaginarlo trabajando en un comunicador —dijo Cham—. Me hace pensar en quién era antes de ponerse ese traje.

Isval dejó los macrobinoculares.

—Lo sabremos cuando le arranquemos el traje del cadáver.

—

Belkor se dio cuenta de que iba tarareando mientras pilotaba. Era una melodía de la época en la que había sido teniente.

A lo largo de ese día, en algún momento había llegado a la conclusión de que iba a morir. No podía hacer nada para evitarlo. Lo había aceptado. Pero también había decidido que antes quería llevarse por delante a Vader, al Emperador, a Syndulla y a su grupo de estúpidos seguidores. Todo el mundo iba a recordar su nombre durante generaciones.

—¿Y por qué no, Ophim? —le preguntó al muerto que seguía atrapado en el asiento, a su lado.

Se preguntó si ya se había vuelto totalmente loco, Pero entonces pensó que alguien que se volvía loco nunca se preguntaba si se había vuelto loco.

Examinaba los escaneos sin dejar de tararear. Sabía aproximadamente por dónde tenía que encontrarse Syndulla. Había detectado un grupo grande de formas de vida alrededor de una especie de cañón.

—Ahí estáis —dijo, acelerando en esa dirección.

—

Vader apenas escuchaba la música de los twi'leks y ni tocó la comida. Estaba entre ellos, pero separado de ellos. Su armadura, su poder y su mente lo alejaban de toda esta gente. Estaba más lejos de ellos que una estrella del firmamento. Eran seres efímeros, pasajeros, que no podían ni tocarlo. Vader se concentró en el comunicador, en sus manos manejando las herramientas, limpiando los circuitos, conectando las fibras. Era una especie de meditación.

—Es increíble —le dijo Drua al observarle trabajar.

Vader volvió a montar el dispositivo y se lo dio a la joven twi'lek.

—Ya está.

—¿Lo has arreglado? —preguntó Drua—. ¿Así de fácil?

—No es eso lo que quería decir —respondió Vader, aunque Drua no lo entendió. Vader no lo había reparado para hacer que el dispositivo funcionara. Lo había arreglado para asegurarse de no sentir nada mientras lo hacía. Lo había arreglado para exorcizar sus propios fantasmas. Sin duda su maestro le había pedido a la twi'lek que le trajera el comunicador por esa misma razón.

La joven twi'lek encendió el comunicador. A diferencia de Vader, ella no sabía que una señal de bloqueo impediría recibir cualquier comunicación. Probó varias frecuencias.

De repente, encontró una frecuencia activa.

—¡Eh, escuchad esto! —dijo, sonriendo. Había sintonizado una frecuencia imperial no segura, utilizada para supervisar envíos comerciales. Vader escuchó una voz repetitiva dando instrucciones a un carguero. Se incorporó de repente, sorprendido, comprendiendo de inmediato lo que significaba.

—Parece que han vuelto las comunicaciones —dijo el Emperador. Entonces se dirigió a Deez—. Sargento, si no le importa, por favor intente contactar con la Moff por la frecuencia segura.

—¿Y si la Moff es la traidora? —preguntó Vader. El Emperador se rió por lo bajo.

—Delian Mors es muchas cosas, Lord Vader. Es una holgazana hedonista y nihilista. Pero nunca ha sido y nunca será una traidora al Imperio. Y tras los acontecimientos de hoy, sospecho que empezará a corregir sus debilidades. Adelante, Sargento.

El Emperador le dio a Deez el código de la frecuencia. Deez cogió el viejo comunicador y sintonizó el canal seguro disponible sólo para moffs y emitió una solicitud de llamada.

—Esto terminará pronto —le dijo el Emperador a Vader.

Vader miró a todos esos twi'leks, que sonreían, comían y cantaban.

Espectros. No eran más que espectros.

—

El crujido repentino de estática del comunicador casi hizo saltar a Mors de su asiento.

—¡Han vuelto las comunicaciones, señora! —gritó el piloto.

—¡Sí, lo he oído! —exclamó Mors, y llamó a Steen inmediatamente—. Steen, envíe mi agradecimiento a su personal de la base. Han acabado unas horas antes.

—Lo haré, señora.

—Hay un mensaje entrante, señora —anunció el piloto—. El canal está… bloqueado, señora. No puedo responder.

Mors lo comprobó y vio que se trataba de una transmisión a través del canal seguro reservado para moffs.

—Lo responderé yo —respondió Mors, y acto seguido introdujo el código de acceso—. Aquí la Moff Delian Mors. ¿Con quién hablo?

—Aquí el Sargento Erstin Deez de la Guardia Real. Llamo en nombre del Emperador Palpatine —dijo Deez. Mors no reconocía la voz—. El Emperador y Lord Vader se encuentran en las coordenadas siguientes y requieren la evacuación inmediata.

Mors no podía creer lo que estaba escuchando.

—¿Ha recibido las coordenadas? —le preguntó Mors a su piloto.

—Las tengo, señora —confirmó el piloto.

—Sargento Deez —dijo Mors—, creemos que el Emperador y Lord Vader están en peligro. Si es posible, aléjelos de su ubicación actual y vuélvase a poner en contacto conmigo por este canal para darme las nuevas coordenadas.

—Entendido, Moff Mors.

—Vamos para allá —dijo Mors.

—

Belkor estaba volando alto. Se encontraba sobre una vieja cantera minera.

Veía varios ruegos pequeños y una gran hoguera en el suelo de la cantera. Muchas formas de vida humanoides se congregaban alrededor del fuego. Amplió con el zoom, amplió, amplió, amplió, hasta que pudo ver…

A Vader y al Emperador, sentados junto a unos twi'leks.

Intentó aguantarse la risa, pero se le escapó. La escena le parecía ridícula. Todo *ese día* le parecía ridículo.

Un grupo de twi'leks bajaba por una pared de la cantera, y había otro grupo en un margen, observando la aldea.

—Hola, Syndulla —dijo Belkor.

Los tenía a todos, todos ellos en un mismo lugar. Iba a matarlos a todos.

—Se lo merecen —le dijo a Ophim, o quizá se lo dijo a sí mismo. Ya no estaba seguro. Seguramente ya no era importante.

Pensó en llamar a Syndulla por el comunicador. Sería divertido burlarse de él. Pero justo cuando iba a cogerlo, el comunicador soltó un estallido de estática. A Belkor le dio un sobresalto. Al principio, se preguntó si se lo estaba imaginando. El personal de la base de comunicaciones no podía haber reparado la antena tan rápido, ¿no?

Se quedó mirando el comunicador, respirando profundamente. El sudor le cubría la frente. Si ya habían vuelto las comunicaciones, ¿entonces qué pasaba?

—¿Qué significa esto, Ophim? —preguntó.

Acercó la mano lentamente hacia el comunicador y se lo quedó mirando un momento. Entonces lo activó y conectó con la base.

—¿Me… me reciben?

Se escuchó un poco de estática, y entonces:

—Aquí la Base de Comunicaciones del Ecuador. Le recibimos. Identifíquese.

Belkor soltó el comunicador como si estuviera ardiendo, y lo volvió a coger rápidamente. Cortó la conexión. Entonces le transmitió al jefe de la escuadra de cazas las coordenadas de la aldea twi'lek.

—He localizado a los traidores. Están en una aldea twi'lek dentro de una vieja cantera. Hay muchos twi'leks en la base y por las paredes de la cantera. Mátelos a todos. No puede escapar nadie. Confirme.

Hubo una pausa larga antes de que respondiera el jefe de escuadra.

—Confirmado… Señor.

Belkor quería verlo todo con sus propios ojos, así que descendió y esperó a que los cazas Ala-V empezaran la carnicería. Se habría unido a ellos si la nave de reconocimiento hubiera llevado armas. Pero no las llevaba, así que lo único que podía hacer era disfrutar del espectáculo. Y todavía podía burlarse de Syndulla.

—

Llamaron a Cham por el comunicador encriptado.

—Adelante —le dijo a Belkor.

—¿Sabes una cosa, Syndulla? —dijo Belkor, con una voz ligeramente agitada—. ¡Han vuelto las comunicaciones!

Cham sintió un acaloramiento repentino.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes?

—¡Pruébalo! —respondió Belkor—. Vamos. Todo se viene abajo, Syndulla. Pero no sólo para mí. Prepárate.

Cham llamó a Kallon, que por aquel entonces ya estaría demasiado lejos para recibirle si la señal de bloqueo todavía funcionaba.

—Kallon, ¿me recibes? ¿Kallon?

—Te recibo —respondió Kallon, sorprendido—. Cham…

Cham blasfemó y cortó la conexión. Entonces miró a Isval, que estaba a su lado, con cara afligida. Junto a ella estaba Goll, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Han vuelto las comunicaciones —les informó Cham.

—Entonces tenemos que ir ya —respondió Isval, señalando la aldea con la cabeza.

—Mi equipo está en posición —dijo Goll.

Cham asintió con un gesto. Los hombres de Goll estaban allá bajo, en la cantera, listos para avanzar hacia la aldea. Goll se había quedado con Cham e Isval para proporcionar cobertura y coordinar desde arriba.

—Tiene un comunicador, Cham —dijo Isval—. Vader. Lo hemos visto. Alguien vendrá a rescatarles. Se acaba el tiempo.

Cham movió la cabeza diciendo que no, intentando analizar las cosas cuidadosamente, aunque estaba un poco confundido.

—No. Todavía tenemos un poco de tiempo. No hay nadie cerca.

—Eso no lo sabemos —dijo Isval—. ¿Y si hay alguien? Es nuestra única oportunidad. Nos lo jugamos todo.

Cham miró hacia la aldea, los twi'leks, las mujeres y los niños. Negó con la cabeza.

—Todavía no.



CAPÍTULO DIECIOCHO

—Tienes que hacerlo —dijo Isval, pero ella misma se daba cuenta de la falta de convicción en su voz—. Es ahora o nunca.

Cham observó la aldea durante unos pocos segundos. Le dolían los ojos.

—¿Cham? —preguntó Goll—. ¿Empezamos o no?

Cham no apartó la mirada de los aldeanos.

—Empezamos. Pero con disparos de advertencia.

—¿Qué? —preguntó Goll.

—Cham… —suplicó Isval.

—No vamos a disparar contra twi'leks —dijo Cham—. Cuando escuchen los disparos de advertencia correrán hacia esa mina. Por eso está ahí. Es un escondite. Probablemente comunica con algún lugar de la jungla.

—Perderemos el factor sorpresa —dijo Goll, obviando las implicaciones.

Isval no quiso obviarlas y lo dijo alto y claro:

—Vas a conseguir que muera nuestra gente. Has visto lo que puede hacer Vader.

Se odió a sí misma por haberlo dicho, pero sabía que era necesario decirlo.

El rostro de Cham se deformó, con una expresión en los ojos que Isval no había visto nunca. Una mezcla de dolor, rabia y desesperación. Estaba agotado y se notaba.

—¿Te crees que no lo sé, Isval? Pero nuestra gente aceptó las implicaciones de la lucha. Todos sabían que podían morir. Estos aldeanos, no. Somos revolucionarios, no… —se detuvo a media frase, abatido.

—¿No qué? —le preguntó Isval.

—Piensa bien en lo que nos estamos planteando —le dijo Cham—. Que unos cazas Ala-V acribillen un pueblo lleno de twi'leks. Pilotos imperiales matando twi'leks siguiendo nuestras órdenes. De esto es de lo que estamos hablando. Piensa en ello.

Isval no tenía tiempo para pensar en ello. Las palabras de Cham le golpearon como un puño. En lugar de eso, pensó en Ryiin. Pensó en todas las chicas a las que había salvado a lo largo de los años. Se imaginó a chicas como ellas en esta aldea. En el lugar equivocado, en el momento equivocado.

Se había convencido a sí misma de que acribillar este pueblo era lo correcto. Que la muerte de unos cuantos twi'leks era un precio aceptable por acabar con Vader.

Se sonrojó de vergüenza e inclinó la cabeza.

—Está bien —le dijo Cham.

Isval volvió a erguirse y lo miró.

—No, no está bien.

—A veces, todos nos perdemos, Isval. Sólo tenemos que volvernos a encontrar.

De repente, Isval recordó por qué Cham era tan importante para el movimiento y para lo que viniera después. Llevaba años luchando contra el Imperio, odiaba lo que significaba el Imperio tanto o más que ella, pero su odio y sus métodos siempre cedían ante sus principios.

Lo adoraba. Lo reconoció. Cham *era* un revolucionario. Nada más y nada menos.

—Todavía podemos retirarnos —dijo Isval, aunque le costó mucho decir aquellas palabras.

Cham negó con la cabeza inmediatamente.

—Pok —dijo—. Crost, Drim, Veraul, Eshgo, Div, Mirsil, Nordon, Krev…

Siguió durante un rato, diciendo el nombre de todos los miembros del movimiento que habían muerto ese día. Una vez más, Isval comprendió el peso que llevaba a sus espaldas.

—Por ellos —dijo Cham—. No podemos irnos. Todo esto tiene que haber valido la pena. Hemos derribado un destructor estelar. Pero tenemos que hacer más por ellos. Y eso significa acabar con Darth Vader y el Emperador. Tenías razón todo el tiempo, Isval.

Isval buscó palabras para responderle pero no encontró ninguna. Así que le dio la mano.

Goll se aclaró la garganta.

—Podemos disparar para advertir a los aldeanos, para que tengan tiempo de esconderse en el túnel. Pero… ¿y si Vader y el Emperador también huyen? ¿Entonces qué hacemos? Podrían tomarlos a todos como rehenes, o huir por ese túnel. ¿Y si huyen, Cham? ¿Les dejamos huir o disparamos? Si disparamos, nos arriesgamos a darles a algunos aldeanos…

—No tendremos que arriesgarnos —respondió Cham.

Entonces Cham e Isval dijeron a la vez:

—Vader no huirá.

Goll los miró fijamente, afirmó con la cabeza y habló por su comunicador de muñeca para dar la orden a sus hombres.

—A veces una decisión puede ser correcta e incorrecta a la vez —dijo Cham.

—Sí —fue lo único que Isval *pudo* responder.

Cuando Goll asintió para indicarle a Cham que sus hombres estaban listos, Cham sacó su comunicador encriptado y llamó a Belkor.

—Belkor, ordena a tus cazas que disparen sobre estas coordenadas cuando te avise.

—Creo que lo haré… —respondió Belkor, con un tono un poco aturdido—. Pero creo que lo haré ahora mismo.

—No. Cuando te avise, Belkor. Antes no.

—¡Ya te veo, Syndulla! —gritó Belkor, echándose a reír—. ¡Ya te veo, y vas a arder con el resto! ¡No voy a responder ante ti nunca más!

Cham escuchó el sonido inconfundible de los cazas Ala-V surcando la atmósfera. Ya estaban muy cerca. Cada vez más cerca. Cham blasfemó.

—¡Disparos de advertencia! —le gritó a Goll—. ¡Ya! ¡Ahora mismo!

—

Examinando el escáner, Belkor vio cómo sus cazas se acercaban a la aldea. Vio cómo se acercaban, volando bajo a toda velocidad por encima de los árboles. En cuestión de segundos, sembrarían el caos. No pudo contener una sonrisa. Tenía ganas de saltar, pero no había espacio en la carlinga. En lugar de ello, bailó un poco en su asiento.

Y entonces vio algo extraño en el escáner: dos naves adicionales, un transporte y una lanzadera.

—¿Qué es eso? —se preguntó—. Esas dos naves no deberían estar ahí, Ophim.

Entonces llamó al jefe de escuadra.

—Meensa, detecto dos naves más. Identifíquelas.

No hubo respuesta.

—Meensa, identifique esas naves.

Belkor tuvo una sensación, como si se le abriera un agujero en el estómago. Un espacio vacío que empezaba a expandirse y a llenarse de duda.

—¿Qué está pasando aquí?

Llamó al transporte y no obtuvo respuesta. Entonces lo intentó con la lanzadera, que sí que respondió. Cuando escuchó la voz al otro lado, se quedó unos segundos sin poder respirar.

—Hola, Belkor —dijo Mors.

—

Cham observaba atentamente la cantera, deseando con todas sus fuerzas que estuvieran haciendo lo correcto, mientras Goll se acercaba su comunicador de muñeca a la boca para hablar con sus hombres.

—Disparos de advertencia para ahuyentar a los aldeanos hacia el oeste. Después id hacia Vader y el Emperador. No demasiado cerca. Se acerca soporte aéreo.

Los hombres de Goll avanzaron a toda prisa por la cantera, agachados, disparando y cubriéndose en viejas montañas de rocas. Disparaban a los edificios o hacia arriba. Los rayos rojos de sus blásteres dibujaban líneas en la neblina.

Cham escuchó los gritos de sorpresa de los aldeanos por toda la zona. Varias de las casas empezaron a arder por culpa de los disparos, y las llamas se extendieron rápidamente. Uno de los hombres de Goll lanzó una granada hacia las casas. Cham supuso que la lanzó lejos de la gente para no hacerle daño a nadie, pero lo suficientemente cerca como para que la explosión retumbara en todo el lugar y la gente saliera corriendo.

Al principio, los twi'leks se reunieron en el centro del pueblo, alterados, gritando. Algunos de los más valientes se subieron a los tejados de unas casas para examinar la aldea. Algunos incluso dispararon contra los atacantes, pero no acertaron.

Cham observaba el desarrollo del combate a través de los macrobinoculares, esperando que los aldeanos no se defendieran, esperando no tener que dar la orden a los cazas para que acribillaran el pueblo. Se animó cuando vio a numerosos twi'leks corriendo en dirección al túnel. Los adultos se llevaban a los niños y ayudaban a algunos ancianos.

—Seguid adelante —susurró Cham.

Muchos aldeanos convencieron a sus amigos y familiares para huir. Cham podía verlos haciendo gestos en dirección al túnel. Unos cuantos se dirigieron a Vader y al Emperador, pidiéndoles que les siguieran. Cham se quedó congelado, contemplando la posibilidad de que ellos también huyeran por el túnel.

Contuvo la respiración.

—

Drua tiró con fuerza de la capa de Vader. A su alrededor, todos los twi'leks gritaban, chillaban y corrían. Unos cuantos disparaban hacia la oscuridad contra los atacantes invisibles. Los techos de dos casas estaban ardiendo, y las llamaradas se elevaban hacia el cielo.

—Por fin nos han encontrado nuestros cazadores —dijo el Emperador, poniéndose en pie y alisándose la ropa. Deez se colocó delante del Emperador, protegiéndolo, con el rifle listo para disparar.

—¡Vamos! —gritó Drua—. Todos vosotros. Hay un lugar seguro.

—Deberíamos retirarnos al túnel, Excelencias —aconsejó Deez—. Los refuerzos están en camino.

—Oh, no lo creo —respondió el Emperador.

Vader apartó a Drua.

—Vete —le ordenó el Emperador.

Al principio, Drua se quedó sorprendida. Luego se enfadó.

—Vete, niña —insistió el Emperador.

Drua se fue corriendo con el resto de aldeanos.

—Tendrás que hacerlo tú solo, amigo mío —le dijo el Emperador a Vader—. No puedo utilizar la Fuerza delante de tantos testigos.

—Yo me quedaré a su lado, mi Emperador —dijo Deez. Vader encendió su espada de luz.

—

—¡Eso es! —gritó Isval, mirando por los macrobinoculares.

Darth Vader, el Emperador y el guardia real estaban solos en el centro de la aldea. La luz que emitía el fuego proyectaba unas sombras fantasmagóricas. Un rayo de luz roja emergió del puño de Vader: su espada de luz.

Isval podía oír los cazas Ala-V acercándose.

—Cham, los aldeanos están a salvo. Dile a Belkor que ordene el ataque de los cazas. Que arrasen con todo. Sólo están Vader y el Emperador. Ya los tenemos.

—

Belkor abrió la boca, la cerró, la volvió a abrir… pero parecía que las palabras no se atrevían a salir. Estaba enrojecido y sudado. Finalmente logró hablar:

—¿Moff?

—Ha intentado matarme, Belkor. Y ha matado a cientos de compañeros.

—No, no —dijo Belkor—. Es un malentendido. Estaba…

—*No* me insulte, Coronel —le interrumpió Mors—. Y no se degrade todavía más intentando decir que es inocente. Sé todo lo que ha hecho. Pagará por ello.

A Belkor le invadieron varias emociones distintas: ira, desesperación, odio. No estaba seguro de si había una palabra para definir lo que sentía. Se puso a gritar por el comunicador, rodándolo de saliva:

—¿Yo pagaré? ¿Y usted? ¡Usted también debe pagar! ¡Es un fraude! ¡Debería pagar por su negligencia, su pereza, por las drogas, por sus esclavos, por su propia traición contra el Imperio! ¡Yo he sido un traidor hoy! ¡Usted lo ha sido toda su carrera! ¡Usted también tiene que pagar por ello!

—Y *pagaré* por ello —respondió Mors—. Lo *estoy* pagando. Pero yo no tengo sangre en las manos, Belkor. Usted sí.

Belkor miró de reojo al cadáver oscurecido de Ophim, a la herida que le había hecho en la cabeza. Asintió, resignado. Efectivamente, tenía sangre en las manos. Al darse

cuenta, al reconocerlo, de repente tuvo una sensación extraña. Como si no tuviera huesos, como si estuviera hecho sólo de líquido. Se movió incómodamente en el asiento de la nave. Ese día empezaba a pesarle demasiado.

—Pagará por todo esto —insistió Mors—. Más que yo.

Sorprendentemente, Belkor se sintió aliviado. Tenía que pagar por ello. Lo sabía.

—¿Qué va a hacer, Moff? —le preguntó, con una voz que era poco más que un susurro—. ¿Entregarme a la OIS? ¿A Vader?

—No, Belkor. No voy a entregarle a la Oficina Imperial de Seguridad, ni a Vader.

Uno de los cazas Ala-V se desvió ligeramente del resto del grupo y se acercó a toda velocidad a la nave de reconocimiento en un vector de ataque.

Belkor asintió con la cabeza y suspiró. Ni siquiera albergó la idea de huir. No tendría ningún sentido. Con una nave de reconocimiento no podría esquivar a un Ala-V.

—No, no puede entregarme, claro —dijo Belkor—. Podría decirles cosas que no quiere que sepan.

—Se acabó, Coronel —respondió Mors.

«Ya era hora», pensó Belkor.

—Adiós —dijo Mors.

El caza Ala-V se le tiró encima. Saltó una alarma cuando el caza fijó su objetivo en la nave de Belkor.

Dejó los mandos y se reclinó en el asiento. Miró el cadáver de Ophim.

—Lo siento, Ophim.

En el ordenador saltó otra alarma para comunicar que el armamento del Ala-V estaba activo. Belkor cerró los ojos. Su mundo explotó en llamas.

—

Isval, Cham y Goll se agacharon instintivamente cuando una nave estalló sobre sus cabezas, formando una bola de fuego anaranjada. Cham ya tenía el comunicador encriptado de Belkor en la mano. Lo activó.

—¿Qué ha sido eso, Belkor? ¿Belkor?

No hubo respuesta.

Un caza Ala-V surcó el cielo, atravesando la nube que había dejado la explosión. Lo seguían varios cazas más.

—Da la orden de que arrasen la aldea, Belkor. Diles…

—Era una nave de reconocimiento —le interrumpió Goll.

—¿Qué? —exclamó Cham.

—Lo que ha explotado era una nave de reconocimiento.

—No —dijo Isval, con desesperación en la voz—. No puede ser. ¿En serio?

Cham apretó el comunicador con tanta fuerza que le dolían los nudillos.

—Belkor, ¿me recibes? ¿Belkor?

Nada.

Entonces Cham supo que todo se venía abajo.

—

Mors ya tenía línea de visión cuando la nave de Belkor explotó por encima de la cantera, llenando el cielo de un color rojo y naranja. Mors tuvo sentimientos encontrados al ver al caza Ala-V atravesando el fuego y el humo.

De algún modo, Mors era responsable de lo que había hecho Belkor. Pensó que era apropiado que fuera precisamente ella quien se encargara de él. Mors suspiró y dejó de pensar en el coronel y su traición, para centrarse en la situación actual.

—Vamos a aterrizar en la cantera. Acorralaremos a los soldados twi'leks —le ordenó a Steen—. Que no escape ninguno. Envíe un contingente de soldados de asalto para proteger al Emperador.

—Sí, señora.

—Escuadra de ataque —le dijo Mors a los cazas Ala-V—. Hagan un reconocimiento visual del perímetro de la cantera y la jungla de los alrededores. Abran fuego sobre todo lo que vean. Pero no disparen a la cantera.

Pensó que en la cantera tenía que haber traidores, twi'leks del movimiento Ryloth Libre o nativos de la zona. Los puso a todos en el mismo saco.

—Aterrizando —informó el piloto, colocando la lanzadera delante de los twi'leks que estaban avanzando por la cantera hacia la aldea.

Detrás de ellos aterrizó el transporte de Steen, que les cortó la retirada. Antes de que el transporte acabara de tomar tierra, se abrieron las puertas del compartimento de pasajeros y salieron soldados de asalto, escupiendo plasma con sus rifles bláster. La mitad de ellos corrió hacia la aldea, en busca del Emperador.

Entonces se abrieron las puertas de la lanzadera y salieron corriendo los soldados de asalto de Mors, disparando con los rifles. Los twi'leks quedaron atrapados en el fuego cruzado. El fondo de la cantera se llenó de líneas de energía. Mors observó que varios disparos venían desde arriba, seguramente desde la parte más elevada.

—

Los cazas Ala-V cruzaron el cielo con ese chillido tan característico, sin disparar sobre el pueblo.

—¿De dónde han salido las otras naves? —preguntó Isval, disparando contra el transporte y la lanzadera que habían aterrizado a cada lado del equipo de Goll, vomitando soldados de asalto.

El suelo de la cantera era un infierno de disparos bláster. Los gritos llenaban el aire de la noche. Los hombres de Goll estaban atrapados, asediados.

Entonces Isval vio a Vader salir corriendo de la aldea, con la espada de luz en la mano.

—¿Lo veis?

—Sí —respondieron Goll y Cham.

Dispararon por turnos a Vader, a los soldados de asalto. Desde el fondo de la cantera, alguien empezó a dispararles a ellos. Los disparos impactaron en las rocas del borde. Isval y Goll tuvieron que apartarse un momento. Cham seguía disparando, con la mandíbula apretada y la mirada fija.

—¡Están acorralados! —gritó Goll, volviendo al borde para disparar—. Tenemos que bajar ahí o evacuarlos. Envía a Faylin con la lanzadera.

—No podrá esquivar a los cazas Ala-V —replicó Isval, y Cham sabía que tenía razón.

Los hombres de la cantera estaban muertos, o lo iban a estar pronto.

Cham decidió causarle todo el daño posible al Imperio antes de morir.

—Todos contra Vader —ordenó—. Concentrad el fuego sobre él.

Los tres empezaron a disparar sobre esa sombra negra y su espada roja brillante.

—

Mors lo observaba todo a través de la ventana de la carlinga, desde la seguridad de la lanzadera, insensible a los disparos de bláster. Veía cómo los soldados de ambos lados gritaban órdenes, disparaban sus blásteres y morían. Los twi'leks estaban arrodillados o tumbados en el suelo, divididos en dos grupos. Cada grupo disparaba en una dirección distinta. Mientras tanto, los soldados de asalto corrían agachados hacia ellos, disparando sin parar. Los twi'leks gritaban y morían. Los soldados de asalto, golpeados por los blásteres, salían volando hacia atrás o caían al suelo, con la armadura ennegrecida por los disparos. Mors estaba sentada en su asiento y observaba el desarrollo del combate. Sólo podía terminar de una forma. Los twi'leks estaban rodeados.

Al mirar hacia arriba, vio los cazas Ala-V dando la vuelta para bajar en un vector de ataque. Seguramente habían encontrado un objetivo, algo a lo alto de la cantera.

Su mirada se vio atraída hacia el exterior de la nave. Cuando vio de qué se trataba, se quedó sin aliento.

Lord Vader avanzaba entre los disparos, con la capa flotando al viento y cortando el aire con su espada de luz. Iba desviando los disparos bláster y los devolvía a los twi'leks. Iba matando uno tras otro. Lo hacía casi con indiferencia, como si estuviera pensando en otras cosas. Su casco miraba hacia arriba, hacia el borde de la cantera.

Bajo la mirada atenta de Mors, de repente Vader empezó a correr. Se movía a una velocidad sobrenatural, que dejó a la moff completamente atónita. Vader se dirigía a un lado de la cantera que era demasiado empinado. Una persona normal no podía subir por ahí. Pero Mors sabía que no estaba observando a una persona normal. Mors y su piloto se inclinaron hacia delante en sus asientos para ver avanzar a Vader.

—¿Quién es ese? —preguntó el piloto en voz baja—. ¿Es…?

Mors asintió con la cabeza.

—Darth Vader —dijo ella, compadeciéndose de la persona o personas que Vader había elegido como objetivo.

—

—Esos cazas Ala-V están dando la vuelta —dijo Goll, disparando contra Vader, que estaba cruzando la cantera a toda prisa. Iba tan rápido que Cham no se lo hubiera creído si no lo hubiera visto. Isval disparaba con las dos pistolas, lanzándole líneas rojas a Vader. Cham disparaba tan deprisa como podía, pero la espada de Vader era más rápida y desviaba todos y cada uno de los golpes. Devolvía casi la mitad de los disparos hacia Isval, Cham y Goll, que tenían que agacharse para esquivarlos.

Cuando Vader llegó a la pared empinada, dio un saltó, se agarró a alguna protuberancia, se agachó y saltó de nuevo.

—Eso es imposible —murmuró Goll, sin dejar de disparar.

Isval sabía que era posible. Había visto lo que podía hacer Vader. Nada de lo que hacía la sorprendía.

Y ahora iba a por ellos.

Seguían asomándose por el borde de la cantera para disparar, pero la espada de luz de Vader giraba vertiginosamente en el aire y ninguno de sus disparos le rozaba siquiera. Vader saltaba de un lugar a otro, subiendo lentamente. Sólo se detenía durante unos segundos para coger fuerzas y saltar de nuevo, cada vez más arriba.

—¿Cómo lo hace? —gritó Goll.

La capa de Vader flotaba en el aire mientras saltaba. A Isval le hizo pensar en una especie de criatura mitológica, como si un espíritu oscuro de la muerte hubiera venido a cobrarse sus vidas. Isval no permitiría que matara a Cham. El movimiento le necesitaba. Y tenía una hija. No lo iba a permitir.

—Salid de aquí —les dijo a Goll y Cham.

Apartó un momento la mirada de Vader y se centró en el suelo de la cantera. El tiroteo estaba llegando a su fin. Los hombres de Goll estaban moribundos o muertos. Además, oía el aullido de los cazas Ala-V que se les acercaban.

—¡Salid de aquí! —gritó Isval—. ¡Ahora!

Parecía que Cham no la había oído. Estaba disparando rápidamente contra Vader, con los dientes apretados y la piel oscurecida.

—Goll, ¡llévatelo de aquí!

Isval volvió la cabeza y vio que los cazas Ala-V se les echaban encima. Goll siguió su mirada y vio las naves.

—¡Vámonos, Cham! —dijo Goll, agarrándolo del hombro.

—¡No me voy a ir! ¡Iros vosotros!

Vader seguía saltando, seguía subiendo. Tenía la mirada fija en Isval, en Cham.

—¡Iros, maldita sea! —gritó Isval—. ¡Tienes una hija, Cham! ¡Piensa en Hera! ¡Llévatelo, Goll! ¡Piensa en nuestro trato! ¡Iros!

Isval se puso en pie, para que Vader la viera claramente.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Cham—. ¡Agáchate, Isval!

Isval volvió la cabeza y le sonrió. No era una media sonrisa, sino una sonrisa de verdad.

—Estoy pensando en una salida. Te quiero, Cham. ¡Ahora vete de aquí!

Y antes de que Cham pudiera decir nada más, Isval salió corriendo por el borde de la cantera, disparando a Vader con los dos blásteres.

—¡Isval! —gritó Cham, pero ella no le hizo caso. Él también la amaba. Hacía años que la amaba.

—¿Te acuerdas de mí? —le gritó Isval a Vader, sin dejar de dispararle—. ¿Te acuerdas? ¡Te vi en el *Peligro* antes de volarlo en mil pedazos!

El sonido de los cazas Ala-V acercándose retumbó como un aullido sombrío.

—

—¡Vámonos, Cham! —gritó Goll, cogiéndolo por el cuello de la camisa—. ¡Vámonos ahora mismo!

—No… no puedo… ¡No puedo abandonarla! —dijo Cham, mirando a Isval, intentando librarse de Goll.

Por encima de sus cabezas, los cazas Ala-V rugían en el cielo.

Goll consiguió levantarlo, se lo echó a la espalda como si fuera un saco y empezó a correr hacia los árboles. Cham blasfemó, intentó zafarse, pero Goll era mucho más fuerte de lo que parecía y Cham era como un niño.

—¡Isval! —gritó.

Desde arriba se oyó el sonido de los cazas Ala-V abriendo fuego. Los disparos partían árboles y hacían saltar tierra y piedras por los aires. La onda expansiva de los disparos hizo tropezar a Goll. Una lluvia de piedras cayó sobre Cham. Casi todo eran piedras pequeñas, pero una roca más grande le golpeó en la sien y se le nublaron los sentidos. Le parecía que Goll avanzaba en cámara lenta. Dejó de distinguir los sonidos, y todo quedó sustituido por un rugido monótono. Hasta que todo se fundió en negro.

—

Vader subió de un salto hasta el borde de la cantera. Se quedó quieto entre los restos humeantes de la ráfaga de los cazas Ala-V. Su capa ondeaba al viento. Isval podía oír el sonido rítmico de su respirador. Estaba a ocho metros de él. De ese hombre, ese dios o lo que fuera. Ese que hacía lo que nadie debería poder hacer.

—Tendrías que estar muerto —dijo Isval con voz ronca. Enfundó los blásteres.

—Tú también —respondió Vader, con una voz tan profunda como esa cantera. Apagó la espada de luz.

Isval pensó en Pok, en Eshgo, en Nordon, hirviendo por dentro. Se le tiró encima gritando, sacando un cuchillo. Sabía que nunca llegaría a acercarse lo suficiente como para utilizarlo, pero de alguna forma esperaba poder tomarlo por sorpresa.

Evidentemente, no podía. Nadie podía tomar a Vader por sorpresa. No era posible.

Vader levantó una mano y la detuvo completamente. Su cuerpo no respondía a las órdenes de su mente. Era como si la estuviera agarrando con un puño gigantesco. Isval sintió que su cuerpo se levantaba por encima del suelo. El cuchillo se le escapó de la mano. Vader inclinó la cabeza hacia un lado para mirarla. Entonces hizo un gesto de pinza con el pulgar y el índice.

Se le cerró la tráquea y no podía respirar. Ni siquiera podía atragantarse. Se lo quedó mirando mientras su cuerpo pedía oxígeno a gritos. Quería atravesarlo con la mirada, con su rabia, con su odio.

Su visión se empezó a oscurecer. Veía una especie de túnel. Al final había una figura oscura con una armadura negra, con la mano levantada. Al cabo de unos segundos, ya no podía ver. Podía oír el ritmo lento y persistente de la respiración de Vader, pero ella no podía respirar. El mundo se quedó a oscuras.

—

Cham abrió los ojos. Estaba en una nave, la nave de Faylin. Notó que alzaban el vuelo. Dejaban atrás a Isval, lo dejaban todo atrás.

—No —murmuró Cham, pero ya estaba hecho. Isval ya no estaba. Todo había acabado.

Se quedó mirando a la pared de la nave, pero sin ver, sin ver absolutamente nada.

—¿Qué ha ocurrido? —gritó Faylin desde la carlinga—. ¿Dónde está todo el mundo? ¿Qué ha pasado, Goll?

—Tú limítate a pilotar, Faylin —replicó Goll—. ¿Cham? ¿Estás bien? ¿Estás herido?

—¿Han muerto? —preguntó Faylin—. ¿Todo el mundo ha muerto?

—¡He dicho que te limites a pilotar, humana! —gritó Goll.

—Sí. Han muerto —dijo Cham con una voz gris, apagada—. Todo el mundo ha muerto. El movimiento ha muerto.

Isval había muerto.

—No digas eso —le suplicó Faylin—. No. No es verdad. Nosotros seguimos aquí. Seguimos aquí.

—Vuela a ras de los árboles, Faylin —dijo Goll—. Ahora que han vuelto las comunicaciones, esta zona no tardará en llenarse de naves imperiales.

Faylin no respondió. Se limitó a hacer lo que dijo Goll.

—¿Qué somos? —preguntó Cham—. *¿Qué* somos, Faylin? Un enjambre de insectos intentando picarle a un rancor.

—No estás pensando con claridad —dijo Goll—. Es la pena la que habla por ti. Lo he visto antes.

—¿Ah sí? —le gritó Cham—. ¿En serio?

—También era amiga mía, Cham —dijo Goll.

Pero para Cham había sido más que una amiga. Y todo había transcurrido en silencio hasta el final.

—No tendrías que haberle hecho caso —le dijo Cham.

—Por supuesto que sí. Y lo sabes. Tienes que seguir adelante con todo esto, Cham. Eres el único que puede hacerlo. Isval lo sabía. Por eso retrasó a Vader. Lo sabes muy bien.

Era verdad. Cham lo sabía. De alguna forma, sabía que era verdad.

—¿Qué hacemos ahora, Goll? —preguntó Faylin—. ¿Adónde tengo que ir?

Goll se quedó mirando a Cham.

—¿Cham? ¿Qué hacemos ahora?

Cham pensó en todo lo que había perdido ese día. No sólo a Isval, sino a muchos más. Entonces pensó en los hombres y mujeres que iba a perder en los próximos días, cuando el Imperio aplastara Ryloth con su bota y empezara a interrogar a todos los sospechosos que encontrara. Sabía que no iba a terminar nunca. Ryloth sólo era un obstáculo más para los planes del Emperador. Mañana aplastaría otro planeta. Y luego otro. El Imperio era una máquina cuyos engranajes no dejaban de girar. Seguirían erradicando la libertad hasta que desapareciera de toda la galaxia.

Alguien tenía que seguir luchando contra eso. Alguien tenía que hacerles pagar por ello, por Isval, por todas las víctimas de su lucha obsesiva por el orden y el control.

Cham no podía dejarlo. No podría dejarlo nunca. Acababa de pagar el precio más alto que podía imaginarse. El Imperio ya no podía hacerle nada peor. Seguiría luchando sin parar, luchando contra ellos sin remordimientos, sin piedad. Sin detenerse jamás.

—Tenemos que sacar del sistema a nuestra gente. A tantos como podamos, y lo más rápido que podamos —explicó Cham—. Entonces nos iremos de aquí. Kallon ya debería de haber empezado la retirada. Entonces…

Hizo una pausa. Recordó la cara de Isval, su mirada valiente, su sonrisa. No una media sonrisa, sino una sonrisa de verdad, la que él recordaría siempre. Le saltaron unas lágrimas, pero no vaciló.

—¿Entonces qué? —preguntó Faylin.

—Entonces luchamos, Faylin. Seguimos luchando hasta el final.

Más tarde ya empezarían a hacer planes. Por ahora, la resolución de seguir luchando ya era suficiente.

Goll sonrió y le golpeó el hombro con el puño, con tanta fuerza que le hizo daño.

—¡Ya le has oído! ¡Seguimos luchando!

—

Cuando Isval recuperó la consciencia, estaba de rodillas, con las manos en la espalda sujetadas de alguna forma. Los soldados de asalto se gritaban órdenes entre ellos;

recorrían la cantera, disparando a cualquier superviviente de los soldados de Ryloth Libre. Parecía que ella era la única a la que se llevaban como prisionera. Se imaginó a Vader torturándola. Intentó no pensar demasiado en ello. El hecho de que no veía a Cham por ninguna parte le daba esperanza. Estaba convencida de que había escapado. Había pensado en la huida. La huida de Cham.

Delante de Isval estaba el Emperador. Era un anciano con una túnica oscura, una mandíbula rígida y unos ojos afilados como cuchillos. A su lado estaba Darth Vader, alto y oscuro. Justo detrás del Emperador había un guardia real sin casco, con la cara tatuada y cubierto de suciedad. Detrás de ellos había varios soldados de asalto formados en semicírculo. Sus armaduras blancas tenían un aspecto espectral en la oscuridad.

—Tiene miedo de que la entregue a la OIS —le dijo el Emperador a Vader con una voz sorprendentemente suave—. Hay cosas mucho peores que eso, querida mía.

—No me dais ningún miedo —dijo Isval.

—Creo que eso es verdad —dijo el Emperador—. Eso es lo que esperaba de ti. También es verdad que no sabes nada de nada.

Isval levantó la barbilla.

—Sé que hoy el Imperio ha perdido un destructor estelar y cientos de tropas. Los has perdido. Gracias a nosotros.

—Cierto —respondió el Emperador, con una sonrisa muy frustrante en sus labios—. Eso es totalmente cierto. Sabes lo que he perdido, pero ¿sabes lo que he ganado? ¿Te lo has planteado?

—¡No has ganado nada! —respondió Isval con desprecio—. Has tenido suerte de escapar con vida.

—Ah, querida mía, mi vida no ha estado en peligro en ningún momento. Pero dado que eres incapaz de entender lo que ha pasado aquí de verdad, te lo voy a explicar. Todo lo que ha pasado hoy aquí ha pasado porque lo he permitido. Es cierto, tu patético movimiento ha dado su golpe, pero lo ha hecho demasiado temprano, antes de hora, antes de que el movimiento fuera lo suficientemente maduro como para suponer una verdadera amenaza. Y ahora el movimiento se ha agotado y se verá reducido a la nada. ¿Qué quedará del movimiento después de hoy, en tu opinión?

Oír al Emperador refiriéndose al movimiento de Cham era demasiado para ella.

—¡Cállate! —gritó Isval, apartando la mirada, odiándose a sí misma por las lágrimas que empezaban a brotar de sus ojos—. No sabes de lo que estás hablando.

«Queda Cham», pensó. Al menos quedaba él.

—Ah, ahora empieza a verlo —dijo el Emperador—. Quizá pensabas que los acontecimientos de hoy servirían para iniciar una rebelión, ¿no? Claro que sí —y el Emperador se echó a reír con desprecio. El sonido de su risa se clavó en el cerebro de Isval.

—Esto no va a pasar nunca, querida mía. Tu pequeño movimiento ha sido una vela que os he permitido encender y ahora… se ha apagado sin prenderle fuego a nada —el

Emperador se agachó y la miró fijamente con esos ojos sin vida, como los ojos de un cadáver—. Nada —entonces se levantó, sin dejar de mirarla—. Lord Vader.

Detrás de él, la figura alta y oscura de Vader encendió la espada de luz. Al oír el crepitar del haz de energía de la espada, Isval escuchó el sonido de su propia muerte. Se le secaron las lágrimas de los ojos, que quedaron sustituidas por una expresión de desafío, rabia y esperanza. Sabía que al menos Cham había escapado, que el fuego de la rebelión no se había apagado, porque lo llevaba Cham.

Se quedó mirando a Vader, sin miedo.

—Os odio a todos. A vosotros y a todo lo que representáis —dijo Isval—. Pero cuando asesiné a todos esos oficiales, lo hice por amor.

Vader levantó la espada, con una respiración fuerte y rítmica. Cuando habló, su voz era profunda como un gong funerario.

—Sé exactamente lo que quieres decir —dijo, y le asestó un golpe con la espada.

—

Cuando el cuerpo decapitado cayó a sus pies, Vader apagó la espada de luz.

—Todavía queda trabajo por hacer, amigo mío —le dijo el Emperador, señalando con la cabeza la empuñadura del arma de Vader.

—¿Maestro?

—Los aldeanos, Lord Vader. Drua y su gente. No podemos permitir que haya tantos testigos. Te esperaré aquí.

Vader apartó la mirada de su maestro y la dirigió a la boca oscura de acceso a la mina en la que se había escondido Drua y el resto de los aldeanos. Vader sentía los ojos del Emperador clavados en él, la intensidad de la mirada, el peso de sus expectativas. Sabía que los acontecimientos de hoy tenían mucho que ver con él. La lucha por derrotar un movimiento rebelde antes de que creciera demasiado había sido el telón de fondo. Pero, tal y como ya había sospechado Vader, todo esto había sido una prueba para él, para obligarlo a enfrentarse a los fantasmas de su pasado y exorcizarlos completamente y para siempre. Ahora lo veía claro. También veía que su maestro había hecho bien poniéndole a prueba. También explicaba por qué su maestro se había contenido, por qué había mostrado tan poco de su verdadero poder durante todo el día. Quizá quería que Vader se valiera por sí mismo para superar todos los desafíos. O quizá había querido parecer más débil de lo que era en realidad para sacar a la luz cualquier ambición de traición que Vader pudiera tener.

—Estoy aquí para obedecerle, maestro —dijo Vader.

Encendió su espada de luz y se dirigió hasta la cueva. Recordó el día en el que había entrado en el Templo Jedi, donde no había más que niños. Ese día los masacró a todos, como iba a hacer ahora con los twi'leks.

Las carcajadas de su maestro llegaron hasta la cueva y siguieron resonando en su mente, más fuerte que los gritos de los twi'leks que morían bajo su espada de luz.

Cuando terminó, volvió junto a su maestro.

—Bien hecho, viejo amigo —le dijo Darth Sidious. Se sacudió las manos, como para quitarse la suciedad de encima—. Y ahora pasemos a cosas más importantes.

Para Jen, Riordan, Roarke, Lady D y Sloane. Os quiero a todos.

AGRADECIMIENTOS

Escribí este libro durante la época más complicada de mi vida adulta. No hubiera sido posible sin Shelly Shapiro. Shelly, muchas gracias por tu paciencia.

ACERCA DEL AUTOR



PAUL S. KEMP es autor de las novelas superventas *Star Wars: Crosscurrent*, *Star Wars: The Old Republic: Deceived* y *Star Wars: Riptide.* Además, ha publicado numerosos relatos cortos y novelas de fantasía, como *The Hammer and the Blade* o *A Discourse in Steel.* Paul S. Kemp vive y trabaja en Grosse Pointe, Michigan, con su mujer, sus hijos y sus dos gatos.

www.paulskemp.com
facebook.com/paulskemp
@Paulskemp